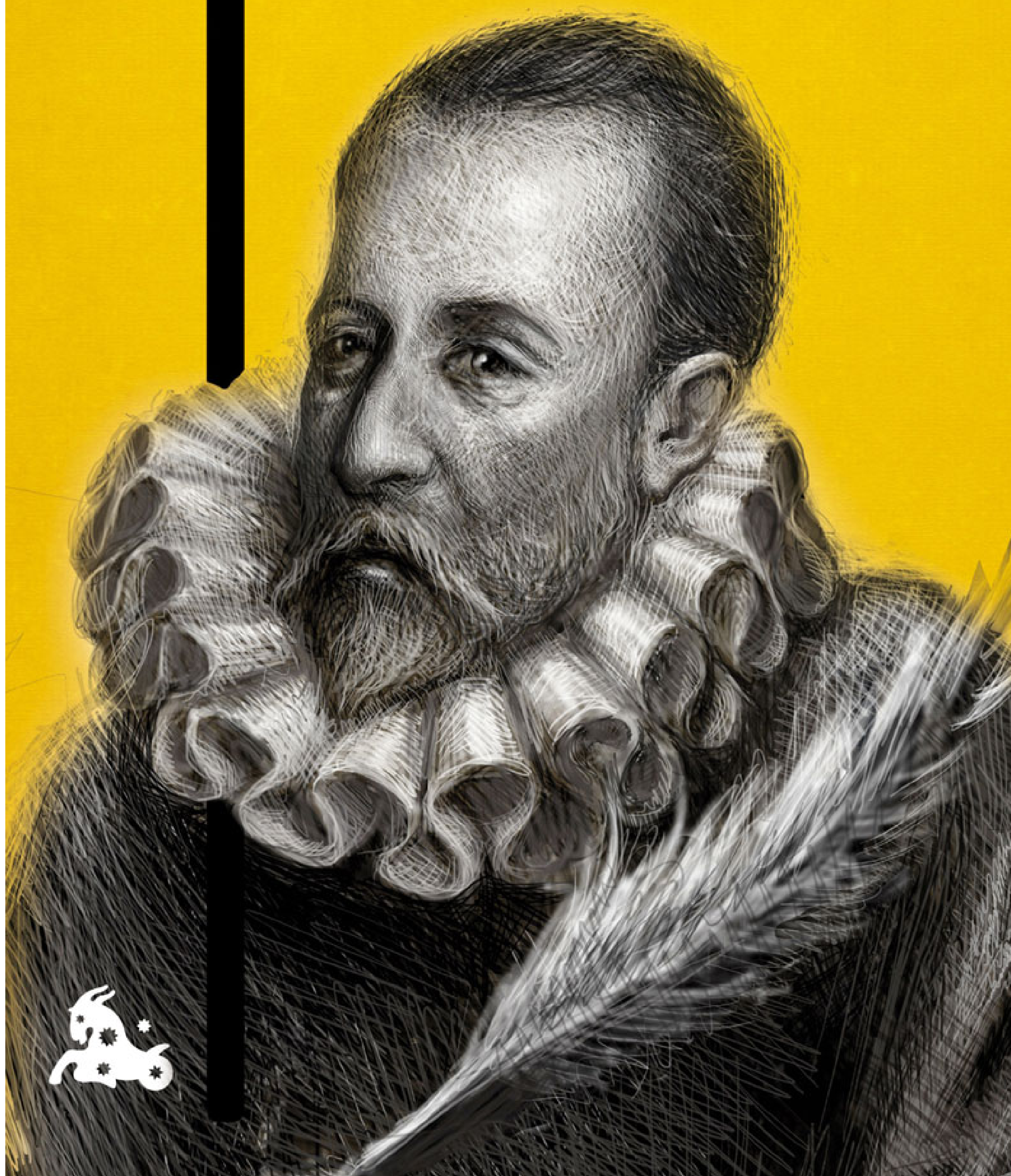
JEAN
CANAVAGGIO

CERVANTES



JEAN CANAVAGGIO

CERVANTES



Índice

Biografía

Jean Canavaggio (París, 1936), hispanista de reconocido prestigio, ha sido director de la Casa de Velázquez y es catedrático emérito de Literatura Española en la Universidad de París Ouest Nanterre. Correspondiente de la Real Academia Española y de la Real Academia de la Historia, ha publicado, además de este *Cervantes,* que mereció el Premio Goncourt de Biografía, su *Cervantès dramaturge: un théâtre à naître, así como Don Quijote, del libro al mito*. Ha coordinado una *Historia de la Literatura Española*, y ha dirigido una nueva traducción al francés de las *Obras en prosa de Cervantes*, editada en la «Biblioteca de la Pléiade».

V.D.S.

Nota preliminar a la quinta edición

Publicada en París en 1986, traducida al castellano el mismo año, esta biografía ha sido reeditada tres veces en España desde aquella fecha. Se ofrece ahora al lector una quinta edición, con motivo de las manifestaciones cervantinas iniciadas en 2013 con el quadricentenario de las *Novelas ejemplares*, y que van a culminar durante estos tres años con las sucesivas conmemoraciones del segundo *Quijote*, de la muerte de Cervantes y del *Persiles*. Además de beneficiarse de una amplia reescritura, ha incorporado, entre otros elementos, el examen de varios temas actualmente debatidos por la crítica, desde la polémica en torno al origen alcalaíno del manco de Lepanto hasta la localización de sus restos. La formación académica del autor del *Quijote*, su partida a Italia, sus intentos de fuga durante su cautiverio, la autenticidad de la *Epístola a Mateo Vázquez*, el entorno familiar de Ana Franca de Rojas, los amoríos de las hermanas del escritor, de su hija y de su sobrina, la personalidad de sus mecenas y protectores, las peregrinaciones andaluzas del comisario, sus desavenencias familiares, el origen del nombre Saavedra, el proceso editorial del *Quijote*, la identificación de Avellaneda figuran así entre las cuestiones planteadas a partir de nuevos datos. En cuanto a la bibliografía, tiene en cuenta los estudios más significativos publicados durante estos últimos años.

Me resulta especialmente grato expresar mis más sentidas gracias a las personas que me han aconsejado y acompañado en esta labor: Francisco Rico, inspirador del proyecto; Patricia Marín Cepeda, Emilio Maganto Pavón y Miguel Ángel Teijeiro Fuentes, que me han facilitado el fruto de

sus respectivas investigaciones; José Montero Reguera y Francisco Florit Durán, a quienes debo una inestimable ayuda en la revisión del texto y, finalmente, Anna Soldevila, iniciadora de la preparación técnica del libro, y Liliana Pedro, que se ha encargado de llevarla a buen puerto.

JEAN CANAVAGGIO

Prólogo

> Este digo que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha* (...). Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos...

Tres años antes de su muerte, en cuatro frases insinuadas en el prólogo a las *Novelas ejemplares*, Cervantes abre la vía por la que, siguiendo a muchos más, nosotros nos hemos adentrado. En esa evocación de un pasado del que no conserva sino dos o tres momentos claves, no llega a esbozar el relato de su propia vida: no es ni Teresa de Ávila, que escribía para su confesor, ni Rousseau, que ciento cincuenta años más tarde inventará la autobiografía literaria. Pero, al iniciar su autorretrato, fija con trazo vigoroso las pocas imágenes que, todavía hoy, lo designan en la memoria colectiva: el combatiente de Lepanto, el cautivo de Argel, el autor del *Quijote*. Estas imágenes indisociables están unidas por un vínculo que para nosotros sigue siendo problemático: el soldado debe al escritor haber salido del anonimato; pero el paso de la espada a la pluma, de las armas a las letras, no se hizo de modo repentino. ¿Cómo interpretarlo? Si en parte es fruto de las circunstancias, no por ello deja de expresar la elección de un hombre cuya intimidad se nos escapa de forma irremediable.

Recuperar el hilo de una existencia, más allá de las estampas consagradas por la posteridad: ése ha sido, desde hace más de dos siglos, el propósito mayor de cuantos han chocado en este enigma. Les ha guiado una preocupación constante: reconstruir, en sus etapas sucesivas, un camino desconocido durante mucho tiempo. Inaugurada en el siglo XVIII por los

primeros biógrafos, proseguida hasta nuestros días por una pléyade de eruditos, la exploración sistemática de los archivos, públicos y privados, ha permitido reunir lentamente una documentación importante sobre los acontecimientos que jalonaron la vida de Cervantes: su nacimiento, sus campañas militares, su cautiverio, sus peripecias familiares, sus comisiones en Andalucía, su estancia en Valladolid, su carrera de escritor, sus relaciones con otros escritores son otros tantos puntos sobre los que, en parte, se ha hecho la luz. La monumental biografía de Astrana Marín nos da, pese a sus defectos e insuficiencias, una idea bastante exacta de la amplitud del trabajo realizado.

Pero ¡cuántas oscuridades todavía! No sabemos nada, o casi nada, de los años de infancia y adolescencia del escritor; en varias ocasiones, durante meses, incluso durante años, entre el final de sus comisiones andaluzas y su instalación definitiva en Madrid, perdemos su rastro. Ignoramos todo sobre las motivaciones subyacentes a la mayoría de sus decisiones: su partida para Italia; su embarque en las galeras de don Juan de Austria; su matrimonio con una joven veinte años menor que él; su abandono del domicilio conyugal, tras tres años de vida en común; su retorno a las letras, al término de un silencio de casi veinte años. Hemos perdido buen número de sus escritos; dudamos de la autenticidad de los que después le han sido atribuidos; en cuanto a los que conservamos y que constituyen su gloria, no tenemos más que indicaciones sucintas sobre su génesis. Los autógrafos que nos han llegado se reducen a actas notariales, apuntes de cuentas y un puñado de cartas. Finalmente, ninguno de sus presuntos retratos es digno de fe.

Sobre este terreno movedizo han florecido, como era de esperar, innumerables leyendas: los amores de Cervantes, sus repetidos encarcelamientos, en Sevilla y otros lugares, sus relaciones con los poderosos, sus desavenencias con Lope de Vega, sus amarguras con Avellaneda, el misterioso autor del *Quijote* apócrifo, son algunos de los capítulos en que resulta difícil separar lo verdadero de lo falso. Irrita o hace sonreír esta fabulación; en parte es excusable. No refleja sólo el deseo de

colmar, al precio que sea, las lagunas de nuestra información; traduce, sobre todo, una aspiración más profunda: descubrir, más allá de la trama de los acontecimientos, la personalidad de quien los vivió, con el riesgo de forjarse una representación suya fantasiosa. También esa aspiración es la de nuestra época: pero este paso pretende ser, a la vez, más riguroso que el andamiaje de las suposiciones gratuitas y más fecundo que la investigación policiaca, atenta sólo a la materialidad de los hechos: consiste en volver a los textos cervantinos para buscar en la obra al menos, si no en el hombre, cuanto sea susceptible de iluminarlo.

Hace más de un siglo que legiones de exegetas realizan esa investigación, sobremanera delicada. Pero cuanto más minuciosa se hace, más tiende a ocultarse su objeto. Por dos razones esenciales. En primer lugar, lo que el autor nos dice de sí mismo está necesariamente sujeto a caución. Las informaciones que nos da a través de sus ficciones —como el relato del Cautivo, intercalado en el *Quijote*— son difíciles de explotar, ya que constantemente delega sus poderes en varios pseudonarradores. En cuanto a los textos en que, asumiendo su identidad, se expresa personalmente —*Información de Argel*, dedicatorias, prólogos, *Viaje del Parnaso*—, el interés documental, que es mucho, resulta menor que la forma en que Cervantes se saca a escena; son, si se quiere, los fragmentos dispersos de un retrato de artista cuya verdad no exige verificación.

Y por encima de todo, poemas, novelas largas y breves, comedias y entremeses componen un universo específico que, si bien expresa los deseos y sueños de quien lo engendró, desborda inevitablemente su aventura personal. A medida que se afinan las herramientas de análisis y se multiplican los ángulos de acercamiento, los textos cervantinos nos entregan una multitud de ideas insospechadas sobre su autor. Mas éste no es para nosotros sino el doble de un ser inasible que en otro tiempo se proyectó en un acto de escritura y cuya obra, desde entonces, se ha enriquecido con sentidos nuevos. Nuestra mirada ya no es la de los lectores cultos del siglo XVII que, aunque se reían con las extravagancias de Don Quijote, sin duda otorgaban su preferencia a las *Novelas ejemplares*.

Seguimos admirando estas últimas, pero no son forzosamente las mismas que gozaron de su predilección. Nos maravillamos con los entremeses, que, en origen, no eran más que farsas sin pretensiones. Por último, en lo que inicialmente no fue más que una epopeya burlesca hemos descubierto la primera de las novelas modernas.

Atrapado en este devenir que sin duda no previó, Cervantes, al filo de los años, ha sido remodelado por sus admiradores: cada generación ha retocado, rectificado, recompuesto lo que había recibido en depósito. Más circunspectos que nuestros predecesores, ponemos en duda los estereotipos que elaboraron; pero sólo quedamos satisfechos a medias de las representaciones, provisionales todas, con que hemos sustituido las suyas: el autor del *Quijote* sigue estando más allá de la imagen que de él nos formamos. Despreciador sutil de los valores establecidos, desacraliza todos los conformismos. Pero ¿dónde encontrar la fuente de sus reservas y de sus desacuerdos? ¿En sus decepciones de excombatiente mal recompensado por sus servicios? ¿En el supuesto comercio que tuvo con las ideas de Erasmo? ¿En su presunta pertenencia a la casta minoritaria de los descendientes de judíos conversos? Y si es cierto que, en su caso, las actitudes discordantes alternan con comportamientos más ortodoxos, ¿dónde buscar la ley de sus contradicciones? Durante mucho tiempo las investigaciones se han acantonado en el terreno de las actividades controladas y reflejas. Desde hace poco se trata de sumirse en las profundidades de lo irracional, a fin de descifrar las figuraciones simbólicas que nos proporcionarían las ficciones cervantinas. Se han adelantado hipótesis que cuestionan una idealización facticia del manco de Lepanto y tratan como se merece una hagiografía que ya no es de recibo. Pero, a falta de documentos suficientes, el dossier psicobiográfico sobre el que se fundamentan sigue siendo singularmente somero. Tal vez revele tendencias masoquistas, incluso una homosexualidad latente, como se ha sostenido, pero en su laconismo también autoriza todo un abanico de argumentos fundadores. Quien se lance a la búsqueda de metáforas obsesivas, si no quiere atenerse a una triste reunión de fantasmas dispuestos a gusto del clínico, debe emplear la prudencia.

Explicar a Cervantes: aventura arriesgada, divididos como estamos entre una existencia pasada de la que no tenemos más que un enfoque indirecto, y la obra de aquel que la vivió hace más de cuatrocientos años; un hombre hoy desaparecido, a quien esta obra se le escapa para vivir en adelante su propia vida. Pero ¿contar a Cervantes o, como diría Paul Veyne, «contarlo mejor»? Tal es el riesgo que hemos decidido correr fijándonos tres objetivos a la medida de nuestras ambiciones.

En primer lugar, establecer, con todo el rigor requerido, lo que de él se sabe: separar lo fabuloso de lo cierto y de lo verosímil. En la actualidad, y aunque se trate de opiniones comúnmente admitidas, ya no se puede afirmar que Cervantes fue alumno de los jesuitas de Sevilla; ni que fue capturado a la altura de Saintes-Maries-de-la-Mer; ni que el *Quijote* fue escrito en una mazmorra; ni que la carta al cardenal Sandoval —falsificación notoria— respira el presentimiento de la muerte. Resulta indispensable un relato crítico de las experiencias y de las acciones que constituyen la vida cervantina, incluso si esa vida sólo se capta desde fuera.

En segundo lugar, volver a situar en su medio y en su época a un escritor que, a ojos del profano, encarna y resume el Siglo de Oro. Gracias a trabajos de primer orden, tenemos hoy una visión más nítida y más matizada de la España de los tres primeros Austrias. Actor oscuro de una aventura heroica, testigo lúcido luego de un tiempo de dudas y de crisis, Cervantes es el intérprete de una nación a la que observó en un momento de su historia, pero de la que se sintió solidario hasta el final. Ese testimonio no es un documento en bruto; procede de un mundo imaginario en el que sería absurdo ver únicamente el reflejo estilizado del mundo real. Don Quijote y Sancho, en cierto modo, no son sino aquel mismo que los inventó; también son España; son, en última instancia, una parte de nosotros mismos. Pero ante todo son personajes autónomos, aun cuando, bajo el escalpelo del analista, se despojen de su vida aparente y se revelen como seres de papel.

Finalmente, y hasta donde sea posible, ir a su encuentro: no tratando de penetrar a todo trance su misterio, sino siguiendo el movimiento de una

existencia que, de proyecto que fue durante su vida, se ha convertido en un destino que nos esforzamos por volver inteligible. Este recorrido no es inocente: describir una vida es también construirla; hacer revivir a un muerto es fijarlo para la eternidad. El personaje que buscamos no se reduce ni al individuo que conocieron sus allegados, ni al «raro inventor» que, con mucha razón, se preció de ser, ni a la sucesión de mitos —del superhombre al réprobo— que suscitó desde su muerte y cuyo estudio sigue sin hacerse. Más allá de esas máscaras, cada una de las cuales tiene su parte de verdad, para nosotros está ante todo el perfil perdido que prestamos al narrador secreto disimulado tras sus dobles: ese ausente tan presente cuya voz reconocemos cada vez entre otras mil. Este perfil conjetural, que nuestro lápiz esboza incansable y que otros sabrán corregir, pretende ser, ante todo, un perfil de escritor. Ojalá que el relato de su vida despierte o reavive en nosotros el deseo de leerlo.

1

El despertar al mundo (1547-1569)

Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener.

Don Quijote, II, 20

En la encrucijada de un siglo

Entre las ciudades artísticas que las cercanías de Madrid proponen a la curiosidad del turista, Alcalá de Henares no es la primera en llamar su atención. Cierto que su patrimonio no puede compararse con el de sus rivales, y además no goza, como ellas, de un emplazamiento excepcional. No tiene la ballesta del Tajo para aislarla sobre un roquedal, como Toledo, y señalarla a la admiración del visitante; ni tampoco una sierra que la domine, como Segovia, y acuse el contraste de las cimas nevosas con las extensiones amarillentas de la llanura castellana. El viajero apresurado que, pasando Barajas y su aeropuerto, toma al este la dirección de Zaragoza, no se da cuenta de que llega a orillas de una ciudad histórica. En los treinta kilómetros que separan Alcalá de la Puerta del Sol, el paisaje que se ofrece a la vista todavía era, no hace mucho, el de las viñas y tierras paniegas de Castilla la Nueva: hoy no revela otra cosa que la expansión de una capital tentacular, hasta los primeros contrafuertes de una meseta cuyas primeras estribaciones limitan el horizonte.

Nuestro viajero ha de consentir en abandonar la rápida autopista que pasa a alguna distancia del Henares, afluente del Tajo, cuyo nombre recuerda las praderas que alegran sus riberas y donde todavía pastan los toros. Sólo entonces descubrirá el rostro de una ciudad cargada de historia. De la antigua Complutum de Plinio y de Trajano no queda vestigio alguno, o casi ninguno. Tampoco subsiste nada de la fortaleza medieval, la Al-kalá Nahar, levantada a orillas del río por los invasores musulmanes. Pero la admirable fachada plateresca de la Universidad Complutense, inaugurada en 1508 por el cardenal Cisneros, todavía rinde testimonio de una época gloriosa: la que vivió este foco de humanismo, consagrado por la publicación de la primera Biblia políglota, y que disputaba a Salamanca el favor de los estudiantes.

La casa que se ve detrás del hospital de la Misericordia, en el corazón del antiguo barrio judío, no carece de elegancia ni de encanto, con su patio adornado por una higuera, su tosca escalera que lleva a los pisos superiores, sus cámaras de vigas aparentes, amuebladas en el estilo del Renacimiento: ahí es donde, según dicen, nació el más ilustre de los hijos de Alcalá: el autor del *Quijote*. Pero ese decorado no debe engañarnos. Desconocida durante mucho tiempo por los historiadores, la verdadera casa natal de Cervantes ha sido desfigurada al hilo de los siglos por sus sucesivos propietarios. Identificada en 1941 gracias a las investigaciones de Luis Astrana Marín, no por ello dejó de ser entregada a la piqueta de los demoledores; y en su lugar se edificó una reconstrucción, conforme en todo punto con las normas arquitectónicas del siglo XVI, pero cuyas comodidades no concuerdan del todo con los modestos orígenes del escritor.

Nunca sabremos bajo qué techo vio la luz Cervantes. Pero al menos podemos asignarle la cuna de Alcalá. Ya acabaron los tiempos en que diez ciudades de España se disputaban la gloria de ser la patria de este nuevo Homero. Los progresos de la erudición disiparon esas leyendas desde el momento en que, a mediados del siglo XVIII, se encontró la partida de bautismo del joven Miguel. Este descubrimiento providencial de un documento irrebatible[1] —pese a los afirmaciones de quienes pretenden descalificarlo en beneficio de otras ciudades—[2] nos proporciona la fecha

de la ceremonia, pero no la del nacimiento de nuestro héroe. Bautizado el 9 de octubre de 1547 en Santa María la Mayor, ¿nació Cervantes el 29 de septiembre, día de San Miguel? ¿O vino al mundo una semana más tarde, para entrar inmediatamente en el seno de la Iglesia? De buena gana lo aceptaríamos, vistas las costumbres de una época en que la mortalidad infantil imponía no diferir el bautismo de los recién nacidos.

En 1547, año importante, desaparecen Francisco I en Francia y Enrique VIII en Inglaterra: dos monarcas de primerísimo plano, adversarios temibles del Imperio de los Habsburgo, y cuya muerte ocurre en el momento mismo en que Carlos V aparece en la cima de su poder. A pesar de reinar treinta años sobre Castilla y Aragón, sobre Nápoles y Sicilia, sobre los Países Bajos y el Franco Condado, sobre Bohemia y Austria, Carlos de Gante no aspiró a ser el federador de esos dominios múltiples, reunidos bajo su cetro por el juego conjugado de sucesiones y alianzas. Hacer Europa unificándola no entraba en los designios de un príncipe que, a la vez que se afirmaba como uno de los fundadores del Estado moderno, en muchos aspectos se sintió heredero de un orden antiguo. Respetuoso con los particularismos y las tradiciones de sus posesiones personales, quiso asumir, en el seno de la cristiandad de Occidente, el papel carismático que le confería una dignidad imperial obtenida por elección; pero no reivindicó la supremacía política que su título habría podido significar en otras épocas. No por ello dejará de serle negada con aspereza esa preeminencia simbólica. A corto plazo, por vecinos inmediatos, preocupados por restablecer en beneficio propio el equilibrio de antaño, y que la muerte de sus respectivos soberanos enfrenta desde ese momento a un incierto porvenir; a plazo más largo, por la doble amenaza que representan el Turco y la Reforma para un Imperio fundado sobre una adhesión unánime a los mismos valores y a la misma fe.


D. Miguel de Ceruantes Saauedra
Iuan de

Retrato apócrifo de Miguel de Cervantes, atribuido a Juan de Jáuregui, Real Academia Española, Madrid. *(Foto Oronoz)*

De estas dos amenazas, la encarnada por el Turco es, sin duda, la más espectacular. Dueño casi absoluto del Mediterráneo oriental, el Imperio otomano vuelve sus miradas hacia la otra cuenca, hacia ese mar español guardado por el cerrojo de Malta. Una de las bazas con que cuenta para establecerse en él, es, evidentemente, el apoyo de sus vasallos de África del Norte, alentados por el fracaso, ocurrido seis años antes, de la expedición lanzada contra Argel por Carlos V. Al menos los españoles esperan conjurar el peligro: mientras conserven la red de los presidios, ese rosario de plazas fuertes controladas por ellos, de Orán a La Goleta, en el litoral magrebí, y mientras las galeras moras y turcas prefieran el beneficio inmediato del corso a los frutos más azarosos de la guerra de escuadras. El otro peligro, el constituido por la Reforma, parece más insidioso cuando se oculta tras el genio de Erasmo, cuyas ideas tuvieron en la corte, no hace mucho, fervientes admiradores; difunde una viva inquietud cuando adopta abiertamente el rostro de la herejía luterana, cuyos progresos se esfuerza por frenar el emperador. La victoria obtenida en Mühlberg, en abril de 1547, sobre los príncipes protestantes alemanes, si bien saludada por la opinión española, no fue más que el preludio de un combate espiritual de largo aliento: el que lleva desde entonces la Iglesia católica, enteramente dedicada a su propia renovación. Con este fin acaba de inaugurar en Trento los trabajos del famoso concilio, cuyas sesiones durarán más de veinte años.

¿Cómo no había de enorgullecerse Alcalá de pertenecer a un país que, con el correr de los años, se había convertido en el elemento preponderante del gran Imperio? En los inicios del reinado, pudo creerse que tal papel dominante tocaría en suerte al florón de la herencia borgoñona, a esos Países Bajos que vieron nacer a Carlos V, siendo los primeros en adentrarse por la gran aventura del capitalismo. Pero, desde 1530, todo empuja a Castilla a tomar el relevo de las Provincias del Norte: un territorio que forma una sola extensión y reúne en torno a la llanura central el norte cantábrico y el sur andaluz; una demografía floreciente, cuyo impulso se mantiene hasta mediados de siglo; una economía próspera, basada en los recursos de una agricultura dinámica y en la expansión de una industria textil ampliamente exportadora; unas instituciones sólidas, forjadas por los Reyes Católicos, y

que resistieron la prueba de la rebelión comunera (1519-1521), ese levantamiento de las ciudades castellanas contra los abusos de los consejeros flamencos del joven emperador; por último, una situación geográfica incomparable. En su fachada mediterránea, linda con los territorios de la corona de Aragón, que incluyen Barcelona, Valencia y Baleares; también mira hacia Italia, y, más especialmente, hacia Milán, Nápoles y Sicilia. En su fachada atlántica, se abre al inmenso espacio americano, descubierto hacía medio siglo y luego, poco a poco, delimitado y sometido, y que acaba de entrar en la era colonial: en ese año de 1547, en que se extingue, con Hernán Cortés, la generación de los conquistadores, comienza la explotación sistemática de las minas del Potosí.

¿Escogió realmente Castilla este destino sin igual? De haber vencido los Comuneros, con ellos Castilla hubiera limitado sus ambiciones. Sin duda disponía de cartas que le permitieron ostentar el primer rango. Pero fueron las circunstancias las que la condujeron a incorporarse al conjunto imperial cuando nada la predisponía a formar parte de él. Durante siete siglos, no fue más que una de las fronteras del Occidente cristiano. Empeñando sus fuerzas en una Reconquista interminable, a menudo ajena a las preocupaciones del resto de Europa, en muchos aspectos quedó cerca de un islam del que fue vasalla durante mucho tiempo, más que de sus vecinos del otro lado de los Pirineos. Ganando progresivamente el terreno perdido, superando las guerras intestinas que la desgarraron en el siglo XV, no por ello deja de encarnar, a finales de la Edad Media, un modelo singular: el de una España plural donde, a pesar de tensiones y conflictos, judíos, moros y cristianos llegaron a inventar una coexistencia no siempre pacífica, pero en todo caso original. Y es entonces cuando la unión con Aragón, sellada por el matrimonio de Fernando e Isabel y luego confirmada en 1479, a su advenimiento, abre nuevos horizontes a Castilla. Trece años más tarde, ésta da el golpe de gracia al invasor de antaño apoderándose de su último reducto, Granada, el mismo año en que Colón descubre América. Treinta años transcurren todavía, y viene un momento en que el advenimiento de Carlos, la elección imperial, la conquista del Nuevo Mundo la proyectan esta vez a los cuatro rincones del

universo: salto prodigioso para una nación todavía joven, bruscamente apartada de su vocación peninsular y destinada a presidir el nacimiento de los Tiempos Modernos.

Para asumir el choque sin flaquear, no le bastaba a Castilla los recursos de su suelo, el ardor y la audacia de sus hijos, el oro y la plata sacados de las entrañas de las Indias. Tenía que llevar el rumbo, con clara conciencia de los envites y de los medios, en una empresa agotadora, a buen seguro, para pilotos menos robustos, como Países Bajos o Aragón. Una carga soportada mejor, si Carlos V, a cambio del esfuerzo exigido, hubiera elegido ser un monarca castellano. Pero, en cuarenta años de reinado, no pasará sino breves estancias en la Península, poniéndose la mayoría de las veces en manos de sus subordinados. Ausencia perjudicial, cuando la victoria de la España cristiana, consumada con el final de la Reconquista, rompe el equilibrio de las comunidades. En esta sociedad compartimentada entre clérigos, nobles y pecheros, y donde el dinero altera la sabia ordenación de cada estamento, se establece una nueva línea divisoria entre los cristianos de cepa —la casta mayoritaria— y los excluidos de toda especie, ya sean de ascendencia judía o musulmana. A partir de ahora, comienza para éstos la era de las sospechas.

En esta mitad del siglo XVI, los trescientos mil musulmanes que han permanecido en el suelo de la Península están todavía pendientes de su futuro destino. Dotados de un estatuto ambiguo que, a cambio de una conversión puramente formal, les permite conservar su lengua, sus usos y sus costumbres, supieron mantener, como en Granada, la red de relaciones familiares y tribales, o bien asegurarse, como en Valencia, el apoyo de los «barones», sus señores inmediatos. Hostil al celo proselitista de los fanáticos de la integración, el emperador les asegura una protección tácita. No se verá desmentida en todo el reinado, señalando al mismo tiempo a la vindicta de sus adversarios un pueblo de inasimilados.

Más complejo es el caso de los judíos. Éstos, que, por fidelidad a la ley de sus antepasados, hubieron de tomar el camino del exilio por orden de Isabel, se dispersaron por los contornos del Mediterráneo. Los *sefarad*, o sefarditas, son sus descendientes. Quedan los conversos, que prefirieron

elegir la asimilación. Teólogos, juristas, financieros, médicos, se ufanan de ser la elite de una nación a la que durante la Edad Media proporcionaron los ejecutivos que ésta necesitaba. Orgullosos de las prerrogativas que les valieron la confianza de los monarcas y sus enlaces con la aristocracia, se volvieron por convicción católicos en su mayoría. En el momento en que sus hermanos de raza fueron expulsados, muchos de ellos eran buenos cristianos desde hacía varias generaciones. Algunos príncipes de la Iglesia —el cardenal primado de Toledo e, incluso, según se ha dicho, el primer Gran Inquisidor— salieron de sus filas. Es suficiente para suscitar los celos, el odio, incluso, de todos los que envidian un éxito menos tolerable, precisamente porque no se inscribe en el diseño de la sociedad patriarcal de antaño.

La reprobación que golpeaba al judío va a pesar, por tanto, sobre el «converso», al que tanto su «raza» como su adhesión al Cristo crucificado por sus antepasados vuelven doblemente sospechoso. Así se difunde la obsesión de la «mancha», la mancilla original, entre los cristianos viejos que se jactan de no estar contaminados y que lo proclaman a la cara de las naciones vecinas, inclinadas a tener a la extraña España por un país semitizado, infestado de «marranos».[3] De este modo, y debidamente autorizada, se instituye una delación que no perdona ni a clérigos, ni a nobles, ni a ninguno de los grandes cuerpos del Estado. Así se esboza, con el deseo enloquecido de reencontrar una identidad problemática, un vasto repliegue de España sobre sí misma. Ese repliegue se oculta todavía bajo el empuje de una aventura a escala planetaria; pero va a quedar al descubierto con el reinado de Felipe II. Precisamente en 1547 el cabildo de la catedral de Toledo vota unos estatutos de limpieza de sangre prohibiendo a los conversos el acceso a las dignidades eclesiásticas. El instigador de esta medida es un humilde campesino vuelto cardenal y cuyo nombre, Guijarro, fue latinizado en Silíceo. Preservado de toda mancha por su origen, consigue tras ardua lucha hacer adoptar esa disposición discriminatoria. La Corona y luego Roma intentan llevar contra ella un combate de retaguardia. Fue inútil: Toledo no tarda en conseguir émulos en más de una diócesis. Apoyada en sus designios por la Inquisición —también de 1547 data el primer *Índice* que prohíbe los

libros sediciosos—, segura de la adhesión popular, una España hasta entonces subterránea, la que Pierre Chaunu llama justamente «la España de las negaciones», va a nacer: el mismo año que Cervantes.

Los ascendientes

Cristianos viejos de un lado, cristianos nuevos de otro: ¿en cuál de estas dos castas hay que incluir al autor del *Quijote*? Plantear la cuestión de esta forma supone querer participar en el apasionado debate que periódicamente agita a los especialistas. La mayoría de las veces, los argumentos propuestos en favor de una u otra hipótesis se basan en una lectura orientada de los textos cervantinos. Quienes ven en Cervantes a un representante de la España mayoritaria no recuerdan sólo que, en el informe preparado a instancias suyas a su regreso de Argel, se le reputa de «cristiano viejo». Como piezas de convicción invocan las diatribas antimoriscas de *El coloquio de los perros*, del *Quijote* y del *Persiles*, y las situaciones burlescas encarnadas por los judíos en las comedias del cautiverio. Sus contradictores objetan que el excautivo de los baños argelinos, constantemente rechazado por quienes se negaron a premiar sus servicios, no presentó nunca la prueba tangible de su limpieza de sangre: ésta sólo viene acreditada por meros testimonios. Menos sensibles a la vehemencia de las palabras escritas contra judíos y moriscos que a la ironía subyacente, subrayan, *a fortiori*, la irrisión que alcanza su apogeo en los entremeses: así, *El retablo de las maravillas* nos muestra a unos aldeanos invitados a aplaudir un espectáculo imaginario, reservado, según dicen, a los que están «sin mancha»: inmediatamente todos se extasían al punto entre grandes gritos, antes que dejar suponer que no ven nada y ser tachados de conversos por sus vecinos.

¿Quiso Cervantes convertirse en defensor de los valores establecidos? ¿O, por el contrario, estuvo en desacuerdo con el tono de su época? Sean cuales fueren sus decisiones, pretender que le fueron dictadas por su pertenencia a una casta equivale a caer en la trampa de un determinismo

sumario. No hemos de olvidar que, en su caso, el doctrinario nunca gana por la mano al artista, y el poder subversivo de su obra trasciende el designio del que parece, a primera vista, proceder. Saber que el más ilustre escritor del Siglo de Oro, el símbolo mismo del genio universal de España, fue un converso obligado a callar sus orígenes, quizás ilumine tal o cual aspecto de su universo mental, pero nunca nos entregará la clave de su creación.

Aunque resulta imposible arrojar luz plena sobre sus ascendencias, los documentos que poco a poco se han reunido permiten poner fin a las genealogías fantasiosas inventadas por cervantófilos mal inspirados. En contra de lo que se pretendió en otros tiempos, Cervantes no desciende de los antiguos reyes de León. Tampoco parece haber sido pariente del cardenal Juan de Cervantes, patricio eminente de la época de Isabel y de Fernando. Su patronímico, muy difundido por la Península, tal vez sea de origen gallego; pero fue en Andalucía donde se establecieron sus ascendientes directos. Su bisabuelo paterno, Ruy Díaz de Cervantes, había nacido hacia 1430. Pañero en Córdoba en la época de los Reyes Católicos, vivió con holgura, en compañía de su esposa, Catalina de Cabrera. Su abuelo Juan de Cervantes logra evadirse de ese medio mercantil: al término de una carrera sinuosa se alza hasta la abogacía. Nacido hacia 1470, estudia derecho en Salamanca y se casa hacia la treintena con Leonor de Torreblanca, hija de un médico cordobés, que le dará cuatro hijos. Convertido luego en teniente de corregidor, durante veinte años es agente del poder central en diversos municipios. Nombrado adjunto de uno de sus tíos en Alcalá, ve nacer en esa población a Rodrigo, su segundo hijo, futuro padre de Miguel, en 1509, el mismo año en que se inaugura la Universidad. Tres años más tarde, el «virtuoso señor licenciado» está de nuevo en Córdoba, de donde vuelve a salir para Toledo tras haber liquidado el comercio de su padre.[4]

Dos experiencias significativas van a marcar la continuación de su carrera. En 1523, en Cuenca, anda en dimes y diretes con sus administrados, que le reprochan sus actos arbitrarios. En 1527, en Guadalajara, es miembro del Consejo del duque del Infantado, Diego Hurtado de Mendoza. Éste, ya anciano, se ha enamorado de una vivaracha plebeya llamada María de Maldonado, con la que en 1530 se casa en secreto, tras haberla dotado con la

bonita suma de dos millones de maravedís.[5] Un año más tarde, entrega su alma a Dios. Juan de Cervantes, su confidente y cómplice, debe afrontar entonces la cólera del hijo del duque, furioso al descubrir que su madrastra hereda la quinta parte de los bienes de su padre. Se enfrenta, sobre todo, al bastardo don Martín de Mendoza. Éste, gitano por parte de madre y archidiácono por añadidura, se había convertido en amante de la propia hija del licenciado, María, y le había prometido una dote sustancial. Despedido de forma brutal al mismo tiempo que María, Juan de Cervantes apela a la justicia. Sus adversarios contraatacan al punto. Encarcelado en Valladolid, el licenciado logra probar la falsía de las acusaciones lanzadas contra él y consigue ganar el pleito. María de Cervantes, debidamente indemnizada por su examante, da a luz una niña, Martina. En adelante se llamará María de Mendoza.

En 1532, el licenciado está de vuelta en Alcalá, donde va a vivir cinco años venturosos. Dueño de la casa de la calle de la Imagen, se presenta asimismo como comprador de otra casa muy cercana, llamada *La Calzonera*. Lleva un gran tren de vida: veinte años más tarde se le recordará por sus caballos, sus servidores, sus ricos ropajes, y también porque mantenía tratos con la mejor sociedad. No por ello deja de llevar una existencia itinerante: lo encontramos en Ocaña, en Madrid, en Plasencia. Sus constantes desplazamientos están relacionados probablemente con los cargos que ocupa; pero también dan fe de una creciente desavenencia entre los esposos. En 1538, su separación está consumada; y mientras doña Leonor, que reside en Alcalá con sus dos hijos, debe hacer frente a dificultades materiales cada vez mayores, Juan de Cervantes se vuelve a Córdoba, donde se convierte en abogado de la Inquisición. También pasa algunas temporadas en Baena, en Cabra, en Osuna, a veces al servicio de una familia aristocrática. Luego toma definitivamente el camino de su ciudad natal, donde acabará sus días rico y respetado. Las escrituras notariales que conservamos nos dicen poco sobre su vida íntima; pero al menos nos permiten vislumbrar una morada confortable, una criada-amante, un trío de esclavos, blancos y negros, y unas ocupaciones bien remuneradas, aunque no siempre vistas con buenos ojos por sus colegas.

Un padre cirujano

Curiosa figura, la de este abuelo, tachado tal vez sin razón de venalidad, pero, a buen seguro, tan complaciente con los poderosos como riguroso con los humildes. Quizá Miguel lo recuerda cuando presta a una de sus heroínas palabras desengañadas sobre los oficiales de justicia. En cualquier caso, a él le debe el haber visto la luz a orillas del Henares, puesto que su padre, Rodrigo, hijo menor del licenciado, permaneció en Alcalá, donde se estableció. Conocemos mal a este personaje discreto. Sordo desde la infancia, no tenía ni el don de gentes de su hermano mayor, Juan, muerto prematuramente hacia 1540, ni las capacidades del menor, Andrés, que, tras partir para Córdoba con su padre, se establece en Cabra después de un rico matrimonio. Pero conoció el éxito, cuando los Cervantes estaban en primera fila en la ciudad del cardenal Cisneros. Aficionado a la viola y a los caballos, participó en torneos y juegos ecuestres, en los que a la buena sociedad le gustaba brillar. Por desgracia, esos tiempos han pasado cuando, hacia 1542, se casa con Leonor de Cortinas, perteneciente a una familia de terratenientes oriundos de Castilla la Vieja, pero asentados en Arganda, en las cercanías de Madrid. La marcha de su padre, los sinsabores de su madre, la muerte de su hermano mayor y los deberes de su nuevo estado le obligan a ganarse la vida. Como su sordera le impide seguir las huellas del licenciado, decide convertirse en «médico zurujano»: oficio despreciado en una época en que el arte de Hipócrates estaba aún en pañales y en que el cirujano-barbero era poco más que un simple artesano.

¿Recibió Rodrigo su vocación del abuelo materno, el médico Torreblanca, que, a su vez, era heredero de una dinastía de médicos reputados? Su humilde posición, en el último grado de la jerarquía médica, nos hace pensar que prefirió silenciar ese ilustre precedente. En cuanto a su matrimonio, ignoramos todo sobre las circunstancias en que se produjo. Con toda probabilidad, los padres de Leonor no apreciaron mucho la elección de su hija. Ésta, cosa rara para la época, había aprendido a leer y a escribir, y, sin

duda, desde muy temprano afirmó el temple de que debía dar muestras en la adversidad. ¿Aspiraban sus padres a otro estado para la hija? Lo cierto es que ninguno de sus nietos verá a sus abuelos asistir a su bautismo. A esta desaprobación tácita responde la indiferencia del licenciado: informado por Rodrigo de su decisión de contraer matrimonio, no contesta a la carta. No puede extrañar, por tanto, que, de los tres hijos del cirujano nacidos en esos años, ninguno recibiera el nombre de Juan.

Después de Andrés, nacido al año de matrimonio y muerto en la cuna, dos hijas, Andrea (1544) y Luisa (1546), luego dos chicos, Miguel (1547) y Rodrigo (1550), van a ampliar el círculo familiar en el espacio de seis años. Para un principiante, obligado además al sostén de su madre, es una pesada carga. Y la competencia es fuerte en una ciudad donde abundan colegas famosos y que cuenta con dos mil estudiantes de medicina, según nos informa Berganza en *El coloquio de los perros*, de lo cual infiere «o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar (que sería harta plaga y mala ventura), o ellos se han de morir de hambre».

Para no morirse de hambre, un novato, como todavía lo es Rodrigo, debe resignarse a las más humildes tareas y aceptar al primero que llega por clientela. Peleas de estudiantes, accidentes de taller y riñas de bravucones le procuran, un año con otro, todo un lote de fracturas que componer y de heridas que sanar, con una amplia cosecha de sangrías ante todo; pero todo ello es bien poco, a fin de cuentas, cuando se tienen tantas bocas que alimentar. Cierto que nuestro cirujano se aleja a veces de las fondas estudiantiles y de las posadas dudosas —teatro habitual de sus hazañas— para ocuparse de algún noble paciente, interesado en la discreción o parco en gastar. Pero estas incursiones en el gran mundo son, con frecuencia, fuente de sinsabores. Parece que lo perjudicó un incidente ocurrido cuando dispensaba sus cuidados a uno de los hijos del marqués de Cogolludo. Tachado de incompetencia por el padre del joven, Rodrigo trata en vano de llevar el caso ante los tribunales. Disuadido de seguir adelante, desalentado por las dificultades encontradas en su trabajo, piensa en emigrar con los suyos.

El nacimiento de su último hijo precipita su decisión. El 10 de enero de 1551, Juan de Cervantes autoriza a María de Mendoza a poner en venta la

casa de la calle de la Imagen. María (cuya hija, Martina, se ha convertido hace poco en esposa de Diego Díaz de Talavera, escribano forense en jefe del arzobispado de Toledo) ha sabido administrar hábilmente la donación que le había otorgado su amante el arcediano. Sin duda decidió esta operación de acuerdo con Rodrigo, antes de distanciarse, años después, de su hermano. Dos meses más tarde, los Cervantes en bloque abandonan Alcalá por Valladolid, haciendo borrón y cuenta nueva del pasado. Cuarenta leguas de malos caminos, que la carreta alquilada en la que han tomado asiento con sus bultos va a cubrir en más de una semana, con la ruin hospitalidad de una mediocre posada cada noche. En los primeros días de abril los encontramos ya a orillas del Pisuerga, a la sombra de una corte en la que, desde hace tres años, Carlos V, ausente, está representado por su hija, la regente doña María, y por su yerno Maximiliano.

Este viaje sin idea de retorno ¿nació, como se ha dicho, de una cabezonada? ¿Partió Rodrigo a la aventura, en busca de un mundo mejor, como lo hará a su modo Don Quijote? Eso sería confundir las preocupaciones del cirujano deseoso de clientela con las ilusiones del caballero enderezador de entuertos. Al fin y al cabo, Valladolid era otro mundo que La Mancha. Con sus treinta y cinco mil habitantes, era una de las ciudades más prósperas de Castilla la Vieja; era también un polo de atracción para todos los que iban a litigar, mendigar o intrigar en las salas de la Chancillería o en las antecámaras de los Consejos. Para el padre de Miguel, esa nueva residencia significaba la perspectiva de una clientela mayor y más afortunada y, como secuela, la esperanza de estar, por fin, en puerto seguro.

Documento autógrafo de Miguel de Cervantes, en el que se declara nacido en Alcalá de Henares, y su partida de bautismo, que se conserva en la parroquia de Santa María la Mayor. *(Foto Archivo Espasa*

Calpe)

En realidad, la salida de Alcalá inaugura quince años de idas y venidas que llevan a Rodrigo a los cuatro rincones de la Península, hasta el día en que se resuelva a echar el ancla en Madrid. Quince años de incesante caminar que, si nos traen a la memoria los treinta años de peregrinaciones de Juan de Cervantes, prefiguran también los quince años durante los que el autor del *Quijote* surcará a su vez Andalucía. Vicisitudes obligadas de una existencia menesterosa, sin duda; pero que hayan afectado a tres generaciones sucesivas nos induce a pensar que, sobre quienes las conocieron, pesaron otras tensiones: Juan, el primero, gran aficionado a procesos, emparentado por su mujer con una familia de médicos andaluces; luego, Rodrigo, cirujano itinerante, cuyo matrimonio con una hija de campesinos fue sentido por éstos como un mal casamiento; por último, Miguel, a quien no se van a recompensar sus servicios de guerra y que, convertido en agente del Tesoro real, deberá recorrer aldeas y más aldeas persiguiendo deudores recalcitrantes. Tres oficios, tres vagabundeos, tres destinos que, dada la situación de los cristianos nuevos en la España del siglo XVI, parecen denunciar la misma pertenencia secreta al medio converso. Sin embargo, quince testimonios presentados por Cervantes alegan su limpieza de sangre, mientras que no tenemos prueba decisiva de su «mancha». Cuando hace su entrada en Valladolid, Rodrigo no llega cargado con los pecados de Israel. En las gestiones que emprende, se refiere de buen grado a su padre, y el nombre del «virtuoso señor licenciado» es para él prenda de honorabilidad. Pocos meses más tarde, invocará ante los tribunales su calidad de hidalgo. Pero el hombre que recuerda su condición de ese modo será, en adelante, un desgraciado enfrentado a un destino adverso.

Las contrariedades de Valladolid

Bastan ocho meses para que Rodrigo vea desvanecerse sus ilusiones; y necesitará casi dos años para salir de la trampa en que un buen día se encontró cogido. La prueba debió de ser dura para este soñador impenitente

que al principio creyó que el éxito llegaría sin esfuerzo alguno. Júzguese por su instalación: vive en el barrio de Sancti Spiritus, en el piso bajo de una amplia casa alquilada por su hermana María, y no tarda en contratar a un ayudante, convencido de que los clientes han de afluir; por último, toma un criado a su servicio.

¿Gastos desconsiderados? A decir verdad, el espectáculo que le ofrecía la ciudad era idóneo para alimentar sus esperanzas: en plena expansión, aún no había digerido su crecimiento. Los cronistas de la época hablan de ella como de un vasto campamento, deplorando su clima a menudo húmedo, burlándose con el escaso acondicionamiento de las oficinas y los servicios, evocando los cerdos que se revolcaban en plena corredera de San Pablo. Pero sus iglesias de fachadas labradas, sus palacios en los alrededores de la Plaza Mayor causaban ya la admiración de los visitantes. Atraídos por el lujo de sus tiendas y la habilidad de sus joyeros, caballeros, negociantes, estudiantes, servidores, monjes, mendigos y esclavos se apretujaban dentro de sus muros, haciendo reinar una permanente animación. La letanía burlesca de un viajero holandés resume bastante bien la impresión que debía de causar al visitante una ciudad que ofrecía con profusión «pícaros, putas, pleytos, polvos, piedras, puercos, perros, piojos y pulgas».[6] En otros términos, la confusión de una moderna Babilonia, pero también el brillo de una auténtica capital donde los jornaleros eran los mejor pagados de España.

No sabemos si Rodrigo pecó por exceso de optimismo, creyendo que recogería el guante de colegas que ya tenían casa propia. Posiblemente multiplicó, para causar buena impresión, los gastos suntuarios, presumiendo del apoyo financiero de una hermana que, a su vez, también vivía a todo tren. Lo cierto es que, en noviembre, se ve forzado a pedir un préstamo de cuarenta mil maravedís para pagar a un acreedor llamado Gregorio Romano: préstamo usurario contraído en condiciones que hacen suponer alguna connivencia entre Pedro García, el prestamista, y María de Mendoza. En su vencimiento, fijado para el día de San Juan del año siguiente, el deudor se muestra incapaz de cumplir con sus compromisos; no puede siquiera abonar los intereses. Encarcelado el 2 de julio de 1552, Rodrigo se entera dos días más tarde de que sus bienes acaban de ser embargados. Pobre botín, si hemos

de creer al inventario nos ha llegado: algunos muebles y colgaduras, un arcón, un juego de sábanas, unos cuantos trajes, una espada, una viola, dos libros de medicina, una gramática. Si no se ocultó nada, ese inventario habla por sí solo de la indigencia del cirujano.

Doña Leonor de Torreblanca salvará lo que pueda poniendo a su nombre los bienes embargados. Abandonando con los suyos esa planta baja, se instala en el piso ocupado por María; ahí es donde, el 22 de julio, su nuera da a luz su quinto hijo, una niña que recibe el nombre de Magdalena. Entretanto, desde el fondo de su celda, Rodrigo ha pasado al contraataque. De los testimonios que presenta para defender su buena fe, se desprende que tanto él como su padre tienen empleos que no se dan a plebeyos. Ahora bien, la «hidalguía» de los Cervantes, de notoriedad pública desde hace dos generaciones, nunca ha sido demostrada por cartas patentes. Además, es de señalar que todos los fiadores requeridos por el cirujano se refieren a los años venturosos de Alcalá y de Guadalajara; ningún testimonio emana de Córdoba, donde, sin embargo, el abuelo paterno tenía descendencia. ¿Le repugnó al padre de Miguel precisar las ocupaciones del antiguo pañero? Su silencio sobre sus orígenes cordobeses, su negativa a indicar el propio oficio esbozan una penumbra que turba al historiador.

De todos modos, los sucesivos recursos chocan, de parte del juez, con el rechazo. En efecto, sus acreedores no quieren saber nada mientras no hayan recuperado lo que se les debe. Liberado bajo fianza el 7 de noviembre, Rodrigo, que sigue siendo insolvente, vuelve diez días más tarde a su celda. En diciembre del mismo año y luego en enero del año siguiente, se repite el mismo vaivén. Hay que esperar a febrero para que el desventurado abandone definitivamente la prisión. Todavía deberá vender el mobiliario de la casa de Sancti Spiritus para reunir el dinero necesario y saldar sus deudas. No le queda otro remedio que despedirse de una ciudad donde no conoció más que sinsabores y desengaños. En la primavera de 1553, carga de nuevo su escaso bagaje en un coche de alquiler. En compañía de las dos Leonor, de María y de sus cinco hijos, deja las orillas del Pisuerga y regresa con toda probabilidad a Alcalá. Miguel, que ya anda por los seis años, ¿conservó el recuerdo de esa amarga estancia? Su obra no ha guardado ningún rastro de

ella; pero probablemente vuelva a su memoria cuando, medio siglo más tarde, decida mudarse a la efímera capital de Felipe III.

Pese a que el cirujano retorna entonces a su villa natal, no permanece en ella más que un solo verano: el tiempo de encontrar una vivienda provisional, quizá proporcionada por su sobrina Martina y el esposo escribano de ésta; el tiempo, también, de restablecer, dentro de lo posible, una situación financiera comprometida. Sólo tenemos una certeza: en el otoño vuelve a ponerse en camino, pero en esta ocasión con destino a Córdoba. No parece haber informado al padre de su proyecto: ya conocemos las lamentables relaciones que mantenía el licenciado desde hacía quince años con los suyos. Esta nueva partida se produce en el momento en que se desplaza, desde el norte hacia el sur, el centro de gravedad del reino; en que el extraordinario impulso que conoce Sevilla irradia por toda la vega del Guadalquivir, mientras Burgos y Valladolid ven sus lanas y paños afectados por la crisis de la industria textil. A través de sus propias andanzas, Rodrigo ha ilustrado a su modo ese amplio movimiento de relevo; un movimiento que, llegado el momento, han de confirmar sus andanzas ulteriores.

Peregrinación a las fuentes

Esta partida para Andalucía ha inspirado a los cervantistas páginas estremecedoras: el viajero que se dirige de Alcalá a Córdoba penetra en efecto, al salir de Toledo, en las vastas extensiones de La Mancha. En tiempos de Cervantes, los convoyes las recorrían en seis o siete etapas. ¿Cómo no evocar la emoción de Miguel al descubrir, bajo el cielo de octubre, los paisajes desolados que su héroe recorrerá, un día, al paso de Rocinante, los molinos que encenderán su imaginación, las posadas que su locura le hará tomar por castillos? Esta celebración romántica del choque espiritual del que un día nacerá la obra maestra no sólo contradice cuanto sabemos de la génesis del *Quijote*; supone que Cervantes hizo efectivamente ese camino con los suyos. Y ése es un punto que queda por establecer. Durante siglos no

se ha sabido prácticamente nada de sus años de infancia y adolescencia: su rastro se perdía hasta 1567, año de su instalación en Madrid. Debemos a Astrana Marín el descubrimiento de la estancia de Rodrigo en Córdoba, atestiguada por un documento del 30 de octubre de 1553, posterior en unos días a su llegada. Pero ¿fue el cirujano con su familia? Ningún indicio autoriza semejante afirmación. Escaldado por su malaventura, bien pudo tentar su suerte en la sola compañía de su madre, dejando mujer e hijos en Alcalá, bajo la protección de su sobrina y su hermana. Está comprobado que, durante esos años, Leonor de Cortinas se encontraba, en diversas ocasiones, a orillas del Henares, con algunos de sus hijos. Miguel, muy joven aún, ¿estaba entre ellos? No es absurdo pensarlo.

Nos gustaría saber cómo fueron los reencuentros del licenciado y su hijo. Si Leonor de Torreblanca (que terminará sus días en Córdoba) hizo también el viaje, Juan de Cervantes no debió de apreciar la reaparición de una esposa de la que se hallaba separado hacía tanto tiempo. Un detalle doméstico permite adivinar el egoísmo del viejo abogado. Apenas llegado a la ciudad andaluza, Rodrigo compra a crédito varias varas de tela de lino y de algodón. En cualquier caso, hubo de pedir prestada la suma necesaria para esa compra, lo cual indica que su padre no le dedicó de entrada el recibimiento que se merecía.

Ahora bien, la frialdad de los inicios fue dando lugar, poco a poco, a relaciones más cordiales. Parece que la voz de la sangre terminó por prevalecer en Juan de Cervantes. Lo prueba el nacimiento, hacia 1554, del último hijo del cirujano, que esta vez recibió el nombre de su abuelo, pero del cual ignoramos si vio la luz en Córdoba o en Alcalá. Tal vez el licenciado ayudó a su hijo a instalarse en el barrio popular de San Nicolás de la Ajerquía, cerca del Guadalquivir. Sin duda lo recomendó a quien correspondiera si, como es probable, Rodrigo se dedicó a buscar clientela. Convertido en «familiar» —es decir, confidente— de la Inquisición, el padre de Miguel debió de ejercer sus talentos en la prisión del Santo Oficio, a las órdenes de un médico amigo, sin excluir los servicios prestados en el hospital de la Caridad. Es de esperar que supiera responder a las esperanzas de sus protectores y a las necesidades de sus enfermos. Orgullosa de su pasado

glorioso, Córdoba, que vio nacer a Séneca y cuya célebre mezquita todavía recuerda que fue capital de la España musulmana, se encontraba demasiado lejos de Sevilla para ejercer una influencia directa sobre sus actividades. El éxodo de sus habitantes hacia Málaga, Granada y, también, hacia el Nuevo Mundo, revela un estancamiento que se confirmará bajo Felipe II. Con sus cuarenta mil habitantes, cifra elevada para la época, no dejaba de ser, sin embargo, una etapa importante en el gran eje que unía Castilla con Andalucía. Su comercio local seguía siendo próspero, y sus artesanos, duchos en el trabajo del cuero, eran dignos herederos de los grandes «cordobaneros» de la época de los Califas.

Es, pues, una ciudad todavía activa la que ve a Rodrigo reanudar el trabajo en los primeros meses de un invierno lluvioso, marcado por dos espectaculares crecidas, una tras otra, del Guadalquivir. Escarmentado por sus anteriores desgracias, confortado por el apoyo de su padre, ya no tiene que temer la competencia de los eminentes colegas que, en Alcalá o en Valladolid, ciudades universitarias, estaban en candelero. Pasará varios años en la cuna de sus antepasados: años que nos imaginamos por fin pacíficos, hasta el punto de incitar al cirujano a traer a su familia. Sobre esta hipótesis al menos se funda la presunta estancia de Miguel en la ciudad andaluza. En ella, el escritor hizo, al parecer, tres descubrimientos decisivos: la escuela, el teatro y la picaresca.

Ante todo, la escuela, como conviene a un chiquillo de seis años, en edad de aprender a leer y escribir. Según dicen, adquirió los primeros rudimentos en la academia de un pariente de los Cervantes, Alonso de Vieras, situada en el barrio de Castellanos. ¿Fue un niño ávido de aprender? Su pasión por la lectura nos induce a creerlo. ¿Frecuentó el colegio de Santa Catalina, fundado por los padres jesuitas y que, tras dos años de una instalación provisional, acababa de trasladarse a uno de los más hermosos palacios cordobeses? Del elogio de los jesuitas sevillanos pronunciado por Berganza en *El coloquio de los perros*, se ha inferido que siguió las lecciones de sus correligionarios de Córdoba. Examinaremos este argumento al evocar la estancia de Rodrigo en Sevilla. Por ahora nos limitaremos a cargar en la cuenta de su hijo el bagaje habitual de un joven escolar.

Luego, el teatro, cuyo gusto le llegó en hora temprana, si hemos de creer sus confidencias sobre el tema. Entendemos por teatro los espectáculos de una generación que buscaba su camino, en una época en que la escena española no tenía existencia nacional y en que aún no habían nacido los corrales. En el medio cerrado de la buena sociedad andaluza, debieron de aplaudirse, en los días de fiesta, los espectáculos que los buenos padres montaban en Santa Catalina y que sus alumnos representaban ante la flor y nata de la sociedad local. Esas comedias edificantes, escritas en un latín pintoresco entreverado de castellano, nos muestran al hombre en lucha, dividido entre virtudes y vicios. Mas nada prueba la asistencia del vástago de un humilde cirujano a unas representaciones de las que no habla en ninguna parte.

Resulta más verosímil, en esos años, la revelación de los espectáculos de títeres introducidos con éxito en España por Sebastián Hay. En *El Licenciado Vidriera* recordará a esas «gentes vagamundas» a las que acontecía «envasar en un costal todas o las más figuras del Testamento Viejo y Nuevo y sentarse sobre él a comer y beber en los bodegones y tabernas». No se puede comprender a Don Quijote saltando sobre el retablo de Maese Pedro y destrozando las figuritas animadas por el titiritero, si no se descubre, en lo más profundo de su delirio, la fascinación sentida por Cervantes niño. Queda por saber si contempló en algún patio de posada los tablados del gran Lope de Rueda, cuyo talento celebrará en el ocaso de su vida. Aunque se conservan rastros del paso de Rueda por Córdoba, en 1556, lo que su admirador nos dice a este respecto sugiere un encuentro más tardío.

Por lo que se refiere a esa franja de la sociedad española en que, en las aguas revueltas del vagabundeo, de la delincuencia y de la prostitución, se encuentran pordioseros y mendigos de toda especie, ocupa tal lugar en la obra de Cervantes que a veces se ha datado en los años cordobeses su iniciación a lo que más tarde se llamará la picaresca. En esa época, el pícaro propiamente dicho aún no ha accedido a la dignidad literaria. Es más: el término que lo designa sólo tiene en ese momento una acepción restringida; apenas si se aplica a mozos de cuerda y pinches de cocina. Así y todo, no por ello deja de producirse, más allá de las palabras, la toma de conciencia de un

fenómeno que por aquellas fechas llama la atención de teólogos y juristas: la amplitud que ha adquirido una mendicidad teóricamente lícita, pero cuyo crecimiento preocupa a la opinión. Sus debates proyectan sobre el proscenio todo un universo marginal, sacado de la penumbra en que se mantenía hasta entonces.

Este mundo parásito ha existido siempre; pero, en la España urbana de mediados del siglo XVI, además de adquirir un relieve y un peso que no se sospechaban, se convierte en telón de fondo de las aventuras de Lázaro de Tormes, el antepasado de los pícaros de la literatura: éstos son los primeros síntomas de una coyuntura nueva y de una evolución de las mentalidades. Etapa obligada entre Sevilla y Castilla, Córdoba pronto descuella entre los puntos claves de la picaresca. Cerca de San Nicolás, la plaza del Potro, donde el turista debe hacer hoy un alto, era en el Siglo de Oro el punto de encuentro de pordioseros de toda laya. En *La ilustre fregona*, Cervantes la recomienda al novicio deseoso de hacer su aprendizaje. ¿La frecuentó personalmente en su primera infancia, en las horas de ocio que le concedían sus maestros? Aunque aventurase en ella sus pasos, guardémonos de prestarle a todo trance una precocidad de mala ley. A finales del reinado de Felipe II, el autor del *Quijote*, en sus peregrinaciones andaluzas, pasará más de una vez por los alrededores de Córdoba, manteniendo con el hampa local el trato de un hombre maduro.

Volvamos a Rodrigo, que parecía haberse adaptado a su nueva existencia y a quien dos duelos familiares van a golpear uno tras otro. El 11 de marzo de 1556, el licenciado Cervantes parte para un mundo mejor, con más de ochenta años, edad excepcionalmente avanzada para la época. Un año después, Leonor de Torreblanca muere también en casa de su hijo. Poco tiempo antes había vendido «un esclavo de color loro».[7] De la lectura de sus testamentos respectivos se deduce que los dos esposos no se reconciliaron. Para el cirujano, esa doble separación marca el inicio de nuevas vicisitudes. Durante siete largos años perdemos su rastro. Algunos lo hacen bajar rumbo a Granada, para reunirse en Cabra con su hermano Andrés. Su presencia en ese feudo del duque de Sessa no está atestiguada

hasta 1564. ¿Residió antes allí, durante esos años oscuros de los que ignoramos todo? ¿Llevó consigo a Miguel? Es lo que suponen varios biógrafos, adelantando dos argumentos: la protección que más tarde otorgará al soldado de Lepanto el duque de Sessa, futuro virrey de Sicilia, protección motivada, han dicho, por relaciones anudadas desde esa lejana época; y el repetido interés de que da testimonio la obra de Cervantes por la impresionante sima situada en las cercanías de ese pueblo fortificado, colgado en los primeros contrafuertes de Sierra Nevada. También aquí debe imponerse la prudencia. La sima de Cabra —presunto modelo de la cueva de Montesinos a la que desciende Don Quijote— no era propiamente hablando una curiosidad turística; era, más bien, un motivo folclórico, consagrado por el *Romancero*, cuya evocación no implicaba necesariamente el recuerdo de una excursión por el lugar. En cuanto al duque, gobernador de Milán entre 1558 y 1560, apenas debió de tener tiempo de interesarse por el adolescente cuyo abuelo había estado antaño a su servicio, y de abrirle, como se ha pretendido, el acceso a su biblioteca.

Este paréntesis de siete años en la vida del futuro escritor y de su padre coincide, paradójicamente, con una sucesión de importantes acontecimientos. El año mismo en que desaparece Juan de Cervantes, Carlos V, debilitado por la enfermedad y las preocupaciones, pone fin a un reinado de más de cuarenta años; para sorpresa de todos, se retira al monasterio de Yuste, en el corazón de Extremadura, donde muere dos años después. Su hijo Felipe II recibe en herencia un dominio menos disperso, pero casi igual de vasto, el cual, aunque llegue por un extremo hasta los Países Bajos, tiene su asiento en el Mediterráneo. Castilla, aumentada con sus dependencias italianas y coloniales, refuerza un papel ya preponderante. El emperador había pensado en otra fórmula cuando, en 1554, casó al heredero del trono con la hija de Enrique VIII, la católica María Tudor. Inglaterra y Flandes, España e Italia y, por último, las posesiones de América hubieran sido, de este modo, las tres piezas maestras de un conjunto más equilibrado. La desaparición de María, muerta sin descendencia tres meses después que su suegro, el advenimiento de su hermana, la protestante Isabel, arruinan sin remisión el proyecto y van a imprimir un curso diferente a los destinos de Europa. Desde 1560, Felipe II

confirma la vocación dominante de Castilla, estableciendo la sede de la corte en Madrid. Ese mismo año, y de acuerdo con el tratado de Cateau-Cambrésis, se casa en terceras nupcias con Isabel de Valois, hija de Enrique II de Francia. En 1563 comienza la construcción de El Escorial, desde donde el rey intentará imponer su fe y su ley al mundo, pero anclando desde entonces su poder en el corazón mismo de la Península.

La llamada de Sevilla

Ausente, como es lógico, del teatro de los acontecimientos, Rodrigo de Cervantes no reaparece hasta el 30 de octubre de 1564. El decorado ha cambiado: ahora nos encontramos en Sevilla, donde, según el documento que conservamos, el hijo del licenciado regenta desde hace varios meses unas casas de alquiler. Aunque ejerce sus actividades en una de las parroquias ricas de la ciudad, la de San Salvador, vive en San Miguel, un barrio más popular. Posiblemente, esa reconversión se debió a la iniciativa del hermano mayor, Andrés, que, desde su residencia de Cabra, velaba por los intereses del cirujano: dueño de unas casas mencionadas en el acta, hubo de acoger en su regazo a su hermano menor. Ahora bien ¿quién acompaña a Rodrigo en esta ocasión? Sin duda alguna, su hija Andrea, de la que volveremos a hablar dentro de poco. Pero, ¿y Leonor? ¿Y los otros cinco hijos? Como nos ocurrió con Córdoba, carecemos de las pruebas decisivas que nos permitirían responder. Nos vemos, pues, obligados, aprovechando algunos cabos sueltos, a adjudicar a Miguel una primera experiencia sevillana puramente conjetural, veinte años antes de la larga estancia que marcará de forma tan profunda su vida y su obra.

Tras sus muchas decepciones, Rodrigo pudo sin duda resolverse a tentar a la suerte en Sevilla, si bien sin garantía de éxito, en una ciudad que aunaba el lujo y la miseria, en la que los estafadores pululaban y en la que las rivalidades eran duras, pero con todas las bazas que puede ofrecer una metrópoli en expansión. Beneficiándose a la vez de una fértil comarca, de la

vía de acceso del Guadalquivir y del monopolio del comercio de las Indias, la capital andaluza había llegado a ser la más dinámica y próspera de las ciudades de la Península. Con casi cien mil residentes permanentes, con el aflujo constante, además, de una población flotante, gozaba de una animación que provocaba la maravilla de los visitantes. En plena renovación arquitectónica, al decir de los cronistas, era el lugar soñado de las operaciones inmobiliarias. No obstante, el excirujano no permaneció mucho tiempo al servicio de su hermano: a fin de cuentas, su estancia no pasó de los dos años.

Miguel tiene dieciocho, la edad en que se amplía el campo de los descubrimientos y de las emociones. Los mismos que han hecho de él un alumno de los jesuitas de Córdoba pretenden matricularlo en los registros de su colegio sevillano situado en pleno centro de la ciudad, en el barrio de Don Pedro Ponce, adelantando a 1562 la fecha de su llegada, y dándole por compañero al hijo de Andrés, su primo Juan. De este modo se le puede hacer condiscípulo de Mateo Vázquez, futuro secretario de Felipe II, a quien el autor del *Quijote* encontrará luego en su camino, hipótesis que, en vista de su diferencia de edad, carece de cualquier fundamento.[8] Así también, se le da por maestro al padre Acevedo, cuyas piezas teatrales fueron representadas por los alumnos ante la flor y nata de Sevilla, a semejanza de las que había compuesto antes en Córdoba. En la disposición de esas comedias cuyo texto manuscrito conservamos, se ha querido hallar la matriz de las concepciones teatrales de Cervantes. Las alegorías que pueblan las psicomaquias del reverendo padre anunciarían, en particular, las «figuras morales» de las que el autor de la *Numancia* se jactará un día de haber sido el inventor. Es más: en el misterioso «Miguel» mencionado entre los actores de la tragedia *Lucifer furens* se ha pretendido reconocer al hijo del cirujano, cuyo nombre, según dicen, era de poco uso en Sevilla.

Este hermoso edificio se apoya en una base que no puede ser más frágil: la famosa página de *El coloquio de los perros* en la que Berganza, al servicio de un negociante sevillano, evoca la enseñanza dispensada a sus hijos por los padres de la Compañía. Este vibrante elogio de su pedagogía, cargado durante mucho tiempo a su crédito, tal vez no sea, en realidad, más que la

imagen inversa de una denuncia feroz de los compromisos mundanos de la Orden. Así es, al menos, como ha sido interpretado a la luz del proceso instruido contra los hijos de San Ignacio por uno de sus correligionarios, el gran historiador Mariana. Sea como fuere, ¿quién nos dice que ese texto, ditirambo o diatriba, refleja una experiencia vivida directamente por el autor? En la «Atenas sevillana», que honraba las artes y las letras desde siempre, no faltaban establecimientos menos encopetados donde el hijo del cirujano pudo proseguir —tras una interrupción de ¿cuántos años?— los estudios iniciados en Córdoba o en Alcalá. En cualquier caso, dificil se nos hace saber cómo se desarrollaron. Entre otras preguntas, ¿qué grado de conocimiento alcanzó Cervantes de las dos lenguas clásicas? Es poco probable que llegara a saber mucho griego; pero en cuanto al latín, que ya solía figurar en el programa de estudios preuniversitarios, sí podemos inferir cierta familiaridad con él de las referencias a la Vulgata que pone en boca de Tomás Rodaja, o de los versos de Virgilio, Horacio u Ovidio que cita de vez en cuando, aunque alguna vez de manera inexacta. Por ello no se le puede llamar «ingenio lego», calificativo que le aplicó Tamayo de Vargas, aunque engastándolo en un elogio —«ingenio, aunque lego, el más festivo de España»[9]— que parece consagrar a Cervantes como autor de aquel libro de burlas y entretenimiento que fue el *Quijote* para sus primeros lectores. De hecho, no cabe dudar del respeto que merecen, en su obra, aquellos que aprenden griego y latín en Salamanca, como Diego de Avendaño, en *La ilustre fregona*, o el hijo de don Diego de Miranda, en la Segunda Parte del *Quijote*: acceden de esta forma al «primer escalón de las ciencias». Pero otra cosa es el uso indiscreto del latín denunciado por Cipión y Berganza en *El coloquio de los perros*. Por un lado, el de «algunos romancistas que, en las conversaciones, disparan de cuando en cuando con algún latín breve y compendioso, dando a entender a los que no lo entienden que son grandes latinos, y apenas saben declinar un nombre ni conjugar un verbo»; y, en el otro extremo, el de los que verdaderamente saben latín, pero «de los cuales hay algunos tan imprudentes, que hablando con un zapatero o con un sastre arrojan latines como agua». Dos formas de una misma necedad, por lo cual, como observa Berganza, «tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora como el que los dice ignorándolos».

Dicho de otra forma, nunca fue Cervantes un humanista profesional: no perteneció al gremio de aquellos eruditos —gramáticos y comentaristas— que, al dedicarse a la lectura e interpretación de los textos griegos y latinos, colocaron las bases de la filología aplicando sus recursos y sus técnicas. Tampoco se le puede comparar con escritores como Fernando de Herrera o Francisco de Quevedo, cuya formación inicial se fraguó en el ámbito humanístico. Su relativa familiaridad con la literatura latina procedió más bien de una labor empírica, nacida de su famosa afición a leer. Pero no le impidió, sino todo lo contrario, burlarse de quienes pretendían, como Lope de Vega, hacerse pasar por tales. Para decirlo con palabras de Anthony Close, «saber cuáles fueron los libros que leyó Cervantes nos importa mucho menos que saber cómo los leyó y qué partido sacó de sus lecturas».[10]

A esos mismos años se remonta su amor por el teatro. Conocidas son las palabras que pone en boca de Don Quijote: «desde muchacho fui aficionado a la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula»; y precisará poco antes de su muerte, al recordar, en el prólogo a las *Ocho comedias*, «una conversación de amigos» ocurrida en Madrid:

> Yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento. Fue natural de Sevilla y de oficio batihoja, que quiere decir de los que hacen panes de oro; fue admirable en la poesía pastoril, y en este modo, ni entonces ni después acá ninguno le ha llevado ventaja; y, aunque por ser muchacho yo entonces, no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, vistos ahora en la edad madura que tengo, hallo de ser verdad lo que he dicho.

Cervantes tenía buena memoria; además de insertar, en *Los baños de Argel*, unos versos del batihoja cuyo recuerdo había conservado, nos dice con toda exactitud lo que eran esas églogas y cómo se montaban. Pero la impresión más viva que sintió la debe a los «pasos» que Rueda representaba en los entreactos de sus comedias, encarnando con igual talento las negras, los rufianes, los bobos y los vizcaínos, cuatro de los papeles cómicos de estas farsas entonces en boga.

En su momento examinaremos la importancia histórica de este cómico, uno de los padres del teatro castellano. Ahora conviene destacar que, en el

momento mismo en que servía a los intereses de su hermano, Rodrigo de Cervantes tuvo por vecino a Lope de Rueda. Tal vez, incluso, mantuvo relaciones de amistad entonces con uno de los miembros de su compañía, que algo más tarde volveremos a encontrar en Madrid. Feligrés de San Miguel, igual que el cirujano, Rueda bautizó en esa iglesia a su hija Juana Luisa el 18 de julio de 1564. Resulta, pues, tentador fechar en ese año el deslumbramiento de un espectador de diecisiete. Pero ¿y si Cervantes en ese momento no estaba en Andalucía? En tal caso, muy bien pudo verlo actuar uno o dos años después, en Madrid o Alcalá. Nuestro conocimiento, más que fragmentario, del calendario de las giras del cómico nos impide ser más precisos.

El único episodio debidamente comprobado, durante la estancia de Rodrigo, tuvo por protagonista a Andrea, la mayor de sus hijos. Nicolás de Ovando, hijo de un magistrado del Consejo del Rey y sobrino del vicario general de Sevilla, se había interesado por la joven, que se hallaba entonces en todo el esplendor de sus veinte años. Según las escrituras notariales que nos han llegado, le prometió, incluso, el matrimonio. Promesa no cumplida, por tratarse, en realidad, de una forma de galanteo retribuido, propio de las llamadas «cortesanas honestas». Por ello Andrea obtuvo, al menos en parte, la reparación financiera que, según uso de la época, podía legalmente reclamar. El nacimiento de una hija, Constanza de Ovando, vendrá a probar en el momento preciso el fundamento de su petición. Se ha supuesto que, a través de su hermana, Miguel conoció a Ovando: así habría nacido su amistad con Mateo Vázquez, entonces secretario (y se dice que amante) del tío vicario general. Después de María de Mendoza y su amante *el Gitano*, Andrea añade un nuevo eslabón a la cadena de amores ilegítimos que jalonan la existencia de Cervantes. El autor del *Quijote* no dejará de seguir la tradición, como luego veremos. Además, entre todos los nombres que han de llevar sus heroínas, el de Constanza será su predilecto.

El 10 de enero de 1565, toda Sevilla presencia en la plaza de San Francisco la ejecución de una esposa adúltera y de su amante mulato por el marido en persona, un posadero ofendido en su honor. Cervantes se acordará de esta horrible escena, evocada en un capítulo del *Persiles*, sin que podamos

deducir que la contemplara como testigo. Poco más o menos en esa fecha, Rodrigo retorna a Alcalá, donde tal vez encuentra a Leonor, a quien, tres meses antes, había enviado un poder. El 11 de febrero, asiste a los votos de su hija Luisa, que entra en el carmelo de la Concepción. De ese auténtico «rinconcito de Dios», para retomar la imagen de Santa Teresa, se convertirá un día en priora, con el nombre de Luisa de Belén. El 10 de abril, la presencia del cirujano está atestiguada de nuevo en Córdoba. ¿Iba Miguel con él? Una alusión suya a la sepultura de Rueda, enterrado en el coro de la catedral, ha hecho suponer su presencia en las exequias del cómico, muerto a finales de marzo.

De nuevo en Sevilla, Rodrigo se encuentra implicado una vez más en un proceso por deudas: en su ausencia, un acreedor llamado Rodrigo de Chaves ha reclamado el embargo de sus bienes. Ironía del destino: el cirujano va a deber su salvación a su hija. Aduciendo que los bienes secuestrados son propiedad personal suya, Andrea ha impugnado la decisión del juez y conseguido demorar el proceso. Tal presencia de ánimo, tal sentido de las argucias jurídicas sorprenden en una joven de veintidós años, y nos disuaden de ver en ella a la ingenua víctima de un seductor sin escrúpulos. En cualquier caso, esta nueva desventura debió de incitar a su padre a despedirse, para siempre, de la metrópoli andaluza. Llamado a Alcalá por la muerte súbita de su suegra, doña Elvira de Cortinas, vuelve a partir pocos meses más tarde con los suyos para una morada que espera más acogedora. Su elección se ha fijado en la nueva sede de la corte: en el otoño de 1566, se halla instalado en Madrid.

Años madrileños

La ciudad a la que Rodrigo acaba de trasladarse —sin duda a finales de la primavera anterior— lleva ya seis años siendo sede de la monarquía, pero aún conserva la huella de sus modestos orígenes. Plaza fuerte en otros tiempos, en las avanzadas de la España cristiana, conoció un primer

desarrollo a finales del siglo anterior, cuando los Reyes Católicos establecieron en ella, durante algún tiempo, su Chancillería. Eclipsada bajo Carlos V por Toledo y Valladolid, más activas y más pobladas, debe su nuevo destino a su situación geográfica: desde ella Felipe II podrá vigilar más cómodamente las obras de El Escorial. Durante los quince años que dure la construcción del imponente monasterio, el Imperio español será gobernado, pues, desde las orillas del Manzanares: consagración totalmente provisional, pero confirmada luego, tras un tiempo de vacilaciones, por los sucesores del Rey Prudente.

De momento, a Madrid le cuesta mucho asumir dignamente su nuevo destino. Sus treinta y cinco mil habitantes la dejan a buena distancia de Sevilla, cuya prosperidad y cuyo resplandor no posee; pero, comparados con los dieciocho mil residentes con que contaba veinte años antes, dan testimonio de un fuerte impulso demográfico. La instalación del monarca en el viejo Alcázar, el traslado de los Consejos y oficinas de que va acompañada, provocaron la llegada de una masa de cortesanos, funcionarios y solicitantes, con su abundante servidumbre, a los que cuesta trabajo encontrar alojamiento. La afluencia de todo un mundo de parásitos, desde los aventureros de alto vuelo hasta el mundo del hampa, plantea agudos problemas a los magistrados encargados de la seguridad pública. Para afrontar el reto de un crecimiento espectacular, la ciudad devora los bosques que la rodean, a fin de disponer de la madera indispensable. De ellos sólo subsiste en nuestros días la Casa de Campo, cuyas verdes encinas quiebran por un instante la monotonía grandiosa de la meseta castellana. Estos materiales reunidos deprisa sirven para la construcción de nuevos barrios, en los solares que permanecían englobados en el recinto medieval. Las «casas a la malicia» proliferan: sus tejados inclinados ocultan con habilidad, por el lado de la calle, los pisos dispuestos por el lado del patio; de este modo permiten a sus dueños escapar a la obligación de alojar a los innumerables funcionarios de un rey burócrata. Madrid conservará durante mucho tiempo los signos de este urbanismo a la diabla: la red de callejas, la suciedad de los barrios bajos, la escasez de agua del modesto Manzanares excitarán más de una vez la imaginación de sus detractores.

En esa época, la villa contaba con catorce parroquias. ¿En cuál de ellas eligió la familia Cervantes su domicilio? Lo ignoramos, porque Rodrigo se limita a decirse domiciliado en Madrid. El primer indicio de su presencia nos viene dado por una escritura notarial del 2 de diciembre de 1566: un nuevo poder otorgado a Leonor por su esposo, durante la liquidación de la sucesión de doña Elvira. Quince días más tarde, Leonor vende por siete mil maravedís una viña sita en Arganda y que figuraba en esa sucesión. Que su mujer haya liquidado tan rápidamente una parte de su patrimonio nos dice mucho sobre los escasos recursos del cirujano. Poco preocupado —si no incapaz— de volver a emprender su oficio de otro tiempo, Rodrigo parece haberse buscado otros medios de existencia. Un préstamo de ochocientos ducados, concedido por él a un tal Pedro Sánchez de Córdoba, nos permite adivinar las bienhechoras secuelas de la herencia Cortinas. Otras actas notariales nos lo muestran comprometido en operaciones financieras, en compañía de Pirro Bocchi y Francesco Musacchi, dos negociantes italianos. También se menciona un tercer compadre, cuyos antecedentes y ocupaciones llaman la atención: nos referimos a Alonso Getino de Guzmán, antiguo músico y bailarín vinculado a la compañía de Lope de Rueda, quien, tras haber vivido cierto tiempo en Sevilla, también tomó el camino de Madrid. Organizador de las fiestas y espectáculos de la joven capital, debió de gozar de una envidiable posición si la comparamos con la suerte común de los cómicos. Según indican algunos documentos, Rodrigo parece haber hospedado a los tres hombres.

En cuanto a Nicolás de Ovando, ha desaparecido de la vida de Andrea. Asentado también en Madrid, ha sufrido reveses de fortuna: su padre ha muerto de forma repentina y su familia ha sufrido una bancarrota. Pocos años más tarde se convertirá en camarero del cardenal Espinosa, gran inquisidor y presidente del Consejo de Castilla.[11] Por lo que se refiere a Andrea, ha encontrado nuevo protector entre esos italianos que frecuenta de forma asidua su padre. El 9 de julio de 1568, el genovés Francesco Locadelo, gentilhombre negociante, otorga a la joven una importante donación, en agradecimiento a los cuidados recibidos de Rodrigo y de su hija. El acta evoca las curaciones requeridas por las heridas y apostemas del rico

comerciante. También especifica las liberalidades concedidas a la amable enfermera: piezas de paño, vestidos, cojines y tapices; candeleros y platos de estaño; sillas y escribanías; en resumen, lo suficiente para amueblar cómodamente un interior confortable, además de una suma de trescientos escudos de oro. Por encima de todo, la donación tendía a permitir a Andrea casarse honradamente. El generoso Locadelo no tardó en volver a Italia; pero Rodrigo y los suyos, al abrigo de la necesidad por un tiempo apreciable, a buen seguro conservaron un grato recuerdo de su estancia con ellos.

El encuentro de Getino de Guzmán bajo el techo paterno tuvo notable incidencia en la vida personal de Cervantes, ya que marca la fecha de sus inicios literarios. En octubre de 1567, el nacimiento de la infanta Catalina Micaela, segunda hija de Felipe II e Isabel de Valois, va a celebrarse con todo esplendor. Y el encargado de las fiestas dadas con tal ocasión no es otro que Getino. Sobre los arcos de triunfo levantados por sus cuidados, dispone unos medallones, cada uno de los cuales va ornado con una composición poética; entre ellas figura en buen lugar un soneto de Miguel:

> Serenísima reina, en quien se halla
> lo que Dios pudo dar al ser humano...

Durante mucho tiempo se ha creído que el autógrafo de este poema se conservaba en París, en el fondo español de los manuscritos de la Bibliothèque Nationale. De hecho, sólo se trata de una copia, hallada por casualidad a mediados del siglo XIX. Ese soneto es una pieza de encargo, torpe todavía, una obra de circunstancias inspirada en un poema inédito, dedicado al príncipe heredero, el famoso don Carlos, por Pedro Laínez, su camarero. Este homenaje de Cervantes a un escritor confirmado, del que se convertirá en amigo íntimo, se acomoda a los usos de la época; pero sobre todo nos indica que el futuro autor del *Quijote* frecuenta desde hace poco los cenáculos literarios de la corte. Además de Laínez, algunos con los que se codea le testimonian ya su simpatía: un López Maldonado, un Gálvez de Montalvo, cuyos nombres se asociarán al suyo cuando, a su retorno del cautiverio, decida consagrarse a las Musas. Tal vez también acuda al teatro

en las dos salas permanentes —el Corral de la Cruz y el Corral de la Pacheca — que acaban de inaugurarse. Por el momento, ha visto sus versos grabados en letras de oro y ofrecidos a la curiosidad del público. Aspira, desde luego, a un éxito más duradero; pronto va a ofrecérsele la ocasión de realizar su deseo.

Cuatro poemas

En todo caso, Felipe II no hubo de prestar atención a los versos del aprendiz de poeta. Le preocupan otros desvelos, los que crean en él las tensiones y dificultades de una época de crisis y que ha de agudizar la prueba dolorosa de una tragedia íntima.

Aun antes de su regreso a España, el descubrimiento, en 1558, de grupos de protestantes clandestinos, en Valladolid y en Sevilla, se traduce primero en una represión inmediata que ha de alcanzar, incluso, al arzobispo primado de Toledo, Carranza, acusado de tendencias heréticas. Marcada por varios autos de fe, esa represión conforta al rey en su voluntad de bloquear el paso a las ideas perniciosas surgidas en Alemania y que siembran la discordia tanto en Francia como en los Países Bajos. En 1558 y 1559, dos prohibiciones sustituyen y completan los tres *Índices* que el inquisidor Valdés había publicado durante el reinado anterior. Asimismo, durante 1559, el nuevo rey ordena a los estudiantes españoles matriculados en universidades extranjeras el regreso inmediato a la Península. De este modo, España tiende a cerrarse sobre sí misma, aunque nunca se corten del todo los intercambios con las demás posesiones europeas de Felipe II. Entre ellas, Italia y Flandes representan más que nunca dos grandes focos de cultura. Con sus notables impresores, Amberes, en particular, se había convertido en uno de los principales centros de difusión del libro español. En esa ciudad es donde en 1568, por orden del rey, el humanista Arias Montano publica la edición de su Biblia políglota.

Sesenta años posterior a la de Cisneros, la empresa de Arias Montano no reviste la misma significación. Destinada a responder a la profanación de la catedral de Amberes hecha por los calvinistas, aparece en el momento en que se extiende a los Países Bajos la audiencia de la Reforma. Símbolo de una nueva cruzada de los espíritus, es el corolario de la cruzada de las armas lanzada al mismo tiempo contra los rebeldes hugonotes. La historia ha olvidado la obra pacificadora de la regente Margarita de Parma, cuyas felices iniciativas contribuyeron a pacificar las Provincias católicas del Sur; sólo recuerda la represión feroz llevada a cabo a partir de 1566 por el famoso duque de Alba, y marcada por la ejecución en Bruselas de los condes de Egmont y de Horn. A pesar de los éxitos obtenidos, la intervención española adquiere pronto unas proporciones no previstas por el duque. La guerra se prolonga y se extiende: cada uno de los bandos busca nuevos aliados. El absceso flamenco, cuyos desastrosos efectos deplorará un día Cervantes, va a supurar hasta finales de siglo en el flanco del gran Imperio.

La defensa de la ortodoxia religiosa se complementa además con la reivindicación de la limpieza de sangre. A la ratificación de los estatutos discriminatorios adoptados nueve años antes en Toledo sigue una extensión de las medidas represivas contra los conversos. Se comprende la inquietud que, a partir de ese momento, inspiran al monarca los moriscos, aparentemente cristianos, pero que seguían siendo musulmanes en su fuero interno. En una primera etapa, decide volver al redil a la importante comunidad andaluza, cuyo apego a sus tradiciones le preocupa en el más alto grado. En 1566, los moriscos del reino de Granada son invitados a abandonar su lengua, a renunciar a sus costumbres, a renegar de sus ritos y prácticas. Pero esta política de asimilación rápida, preconizada por el cardenal Espinosa, no da los resultados apetecidos. No sólo irrita a los moriscos, sino que la hostilidad de que se sienten rodeados les incita a endurecer su resistencia. Directamente afectados por la crisis de la seda, acusados por la opinión de complicidad con los piratas moros y turcos, expropiados sin indemnizaciones, deciden pasar a la acción directa. En la noche de Navidad de 1568, intentan apoderarse de Granada. Aunque la tentativa fracasa, la rebelión se expande como mancha de aceite. Durante tres años, una guerra

sin piedad asola la sierra de las Alpujarras. Para acabar con la revuelta es preciso que el hermano del rey, don Juan de Austria, tome la dirección de las operaciones, hasta la derrota de los sublevados y la dispersión de la comunidad andaluza, descrita en términos conmovedores por don Juan en carta a su hermano. Pero el problema morisco no dejará por ello de resurgir, treinta años más tarde, en toda la Península, con una amplitud recalcada por Cervantes con notable lucidez.

Antes, incluso, de que estalle la guerra de Granada, el rumor madrileño se hace eco de un drama que, en esta ocasión, golpea al rey en su vida personal. El 15 de enero de 1568, Felipe II manda hacer rogativas en todas las iglesias a fin de que Dios le asista en la decisión que va a tomar. El 18 de enero, en compañía de varios consejeros, penetra en el cuarto donde dormía el heredero del trono, el infante don Carlos. De golpe y porrazo le notifica su reclusión definitiva en aquella pieza convertida en adelante en su celda: decisión terrible, motivada por los excesos de un desequilibrado que había llegado a oponerse con violencia a su padre y de quien se sospechaba que conspiraba con los rebeldes flamencos contra él. Este castigo ejemplar y la muerte del infante, ocurrida seis meses más tarde, inflamarán la imaginación de los románticos: las simpatías de don Carlos por la causa protestante, sus amores incestuosos con su madrastra, Isabel de Valois, su envenenamiento por orden del padre, son algunas de las fabulaciones que recogerán más tarde Schiller y Verdi. Por lo que se refiere al rey, asume la prueba con la resignación de Abraham: lo muestra, entre otros testimonios, lo que escribe a la abuela de su hijo, doña Catalina de Portugal: «Yo he querido hacer en esta parte sacrificio a Dios de mi propia carne y sangre y preferir su servicio y el beneficio y bien universal a las otras consideraciones humanas».

Nos imaginamos a Cervantes enterándose del fin trágico del príncipe: sin duda, de la boca misma de su amigo Pedro Laínez, el poeta camarero al que se atribuye una relación manuscrita del arresto. Si desconocemos cuáles fueron entonces sus pensamientos, podemos presumir sus sentimientos en el momento de otra muerte, la de la reina, a los veintitrés años, en octubre de ese mismo 1568, tras haber dado a luz un niño también muerto. El dolor de

Felipe II afecta a toda la corte; pero la emoción de los madrileños no fue menos viva.

> Cuando dejaba la guerra
> libre nuestro hispano suelo,
> con un repentino vuelo
> la mejor flor de la tierra
> fue trasplantada en el cielo.

Estos versos que recuerdan el acontecimiento al modo fúnebre se deben a la pluma de Miguel. Están sacados de uno de los cuatro poemas incluidos en la relación oficial de las exequias, publicada en el otoño del año siguiente por el primer impresor establecido en la capital: cuatro poemas que el autor de esa *Relación*, Juan López de Hoyos, pidió para la circunstancia a su «amado discípulo».[12]

Humanista estimable, López de Hoyos debe a su ilustre alumno haber picado la curiosidad de los eruditos.[13] Lo debe también al erasmismo discreto de que están impregnados sus escritos, a su predilección por un cristianismo de estricta obediencia, pero que hace hincapié en la piedad interior en detrimento del respeto estricto de los ritos. Se ha dicho que esta inspiración se encuentra en la obra de Cervantes. En sus alusiones a la gracia divina, de sensibilidad muy paulina, en su crítica más o menos velada de las manifestaciones de un formalismo rutinario, en su rechazo de cualquier intolerancia, se han visto brillar los «últimos reflejos de Erasmo» —para decirlo con frase de Marcel Bataillon—[14] en una época en que los discípulos españoles del holandés habían perdido definitivamente la partida. Promovida por ilustres hispanistas, esta tesis inscribe en una perspectiva coherente todo cuanto en el autor del *Quijote* sugiere un desacuerdo con la ideología oficial. Tal vez ganaría si se matizase. La devoción interior, que a menudo se hace herencia del pensador de Rotterdam, es una de las constantes de la tradición franciscana, tradición que marcó a España, como atestigua Teresa de Ávila.[15] ¿Quién sabe si no sufrió esta influencia Cervantes, una de cuyas hermanas entrará en el Carmelo? ¿Qué parte otorgar, además, en sus reservas y reticencias, a lo que deriva del estricto dominio de las «ideas»

religiosas, respecto a todo lo que escapa a la acción del entendimiento? Por último, ¿cómo captar la intimidad espiritual de un hombre muerto hace casi cuatro siglos y que, poco preocupado por descubrirnos su yo secreto, se ha escondido siempre tras seres de ficción? Dar a estas preguntas una respuesta perentoria sería sumirnos irremediablemente en el error.

La carrera de López de Hoyos ofrece al historiador menos enigmas que la medida exacta de su irradiación intelectual. Vicario de la parroquia madrileña de San Andrés, el 12 de enero de 1568 fue nombrado por concurso rector del «Estudio de la Villa», que preparaba para el acceso a la universidad. Fundado un siglo antes bajo el amparo de los Reyes Católicos, este colegio municipal había conocido desde entonces diversa fortuna. A consecuencia de la llegada a Madrid de los jesuitas, las clases fueron suspendidas durante un tiempo y, luego, confiadas a un oscuro interino. Escogido por un tribunal de profesores de Alcalá, y preferido a sus competidores tanto por sus cualidades personales como por la protección del cardenal Espinosa, el personaje más influyente de la corte de Felipe II en aquellos años,[16] López de Hoyos inauguró su magisterio en febrero. ¿Cómo llegó a ser Miguel alumno suyo? La afectuosa mención de que es objeto en la citada *Relación* nada nos aclara ni sobre las circunstancias de su entrada en el «Estudio» ni sobre su estatuto exacto. ¿Había recibido en otra parte las lecciones del gramático? ¿Compartió el destino de condiscípulos más jóvenes, cuando a él se le había pasado la edad de frecuentar la escuela? Su formación anterior y sus veinte años cumplidos le valieron más bien, tal vez, ser el ayudante de su maestro. En cualquier caso, aun cuando siguiera de manera efectiva los cursos impartidos por él, su estancia va a durar menos de un año: en efecto, dejará Madrid antes, incluso, de que sus cuatro poemas salgan de las prensas. Pero, durante esos cuatro meses, el humanista bien pudo observar y apreciar al futuro escritor; a esa presciencia, más que a cualquier otro título, debe el haber pasado a la posteridad.

¿Qué decir de las composiciones inspiradas a Cervantes por la desaparición prematura de la reina? Ilustran, sin duda alguna, los metros y estrofas en boga en la época: un epitafio en forma de soneto, una copla castellana, cuatro redondillas y una elegía dirigida al cardenal Espinosa. Los

lectores de la época, sin duda, saborearon, igual que López de Hoyos, ese modelo de «bien elegante estylo» y esa guirnalda de «delicados conceptos». Pero son, ante todo, el banco de pruebas de un admirador de Garcilaso, el gran poeta español del Renacimiento, de un admirador novicio que se enfrenta con la prueba del público. Cuando Miguel regrese del cautiverio, uno de sus amigos, el poeta Gálvez de Montalvo, proclamará en un soneto que «cobra España las perdidas Musas». Así y todo, lo cierto es que el autor del *Quijote* sólo reanudará esa vocación al cabo de quince años de ausencia y de adversidades.

Una misteriosa partida

Octubre de 1568: Miguel de Cervantes dedica en Madrid su elegía a la muerte de la reina. Diciembre de 1569: tres meses después de haber sido publicada la *Relación* de las exequias, el discípulo de López de Hoyos se halla establecido en Roma. ¿Qué ha pasado mientras tanto? En cualquier caso, una partida inopinada cuya fecha ignoramos y cuyas razones nada nos permite adivinar.

Nada, salvo un documento descubierto en el siglo XIX en los Archivos de Simancas, y que los cervantistas han preferido dejar en la sombra largo tiempo. Se trata de una provisión real, del 15 de septiembre de 1569, «para que un alguaçil vaya a prender a miguel de Çervantes». A este alguacil, llamado Juan de Medina, se le daba esta orden por haber sido herido en duelo por el dicho Cervantes un tal Antonio de Sigura, «andante en esta corte». La víctima era un maestro de obras que pasaría más tarde a ser intendente de las construcciones reales, sin que pueda saberse si su desventura favoreció o no su promoción. En cuanto al culpable, huido a Sevilla, era condenado en rebeldía a que le cortaran públicamente la mano derecha y a ser desterrado por diez años del reino.[17]

No cuesta imaginar el malestar de los admiradores del escritor ante ese espadachín que escapa de la justicia; y, con el correr de los años, se han ido

esgrimiendo argumentos de peso para demostrar que debió de tratarse de otra persona. Además de que se conocen las partidas de bautismo de dos perfectos homónimos, ocurre, como pronto veremos, que, un año después, es un alguacil, el ya mencionado Alonso Getino de Guzmán, quien declara a su favor cuando desde Roma reclama se le envíe una información sobre su limpieza de sangre.[18] Una vez en Roma, Cervantes entra al servicio del cardenal Giulio Acquaviva d'Aragona. No hubiera podido conseguirlo como prófugo de la justicia. Tampoco hubiera sido recomendado, al término de sus campañas, por el duque de Sessa y don Juan de Austria, ni hubiera reanudado el servicio ante Felipe II al regreso de su cautiverio. No obstante, a partir de ese lacónico documento, la fantasía de los biógrafos ha tenido rienda suelta. Se ha fantaseado sobre los versos del *Viaje del Parnaso* que, con palabras encubiertas, evocan un cambio de rumbo consecutivo a una imprudencia de juventud, y se ha relacionado el incidente Sigura con episodios análogos, narrados en *El gallardo español* y en el *Persiles*: en particular el que nos muestra a un soldado apellidado Saavedra (patronímico familiar que Cervantes llevaría más tarde), también forzado a huir a Italia tras haber herido en duelo a un hombre. Para explicar la sorprendente severidad de la sentencia, se ha supuesto que el encuentro tuvo lugar en las inmediaciones del Palacio Real. Para reconstruir el itinerario seguido por el fugitivo se apela a las descripciones que esmaltan novelas y relatos, adjudicándoles, por tal motivo, valor autobiográfico. Según los defensores de esta tesis, el autor del *Quijote*, tras haber intentado embarcarse para Indias, abandonó Sevilla para dirigirse a Valencia, evitando en su camino las cercanías de Granada, dominadas por los moriscos rebeldes. Luego subió hasta Barcelona, llegando a Génova por mar antes de bajar hacia la Ciudad Eterna. Otros prefieren verle tomar la vía terrestre y llegar a Italia por el Languedoc y Provenza, a ejemplo de Periandro y Auristela, los protagonistas del *Persiles*.

Tal lujo de precisiones resulta más divertido que convincente. Es lícito pensar que otro Miguel de Cervantes —distinto del soldado que, en Lepanto, perdería el uso de la mano izquierda— sacó efectivamente la espada contra Sigura, con riesgo de verse cortar la mano derecha. Pero, a fin de cuentas, hay que dejar al pasado su parte de misterio.

2

Encuentro con la historia (1569-1580)

A la guerra me lleva / mi necesidad...

Don Quijote, II, 24

Al servicio de Su Majestad

Ya tenemos a Cervantes a orillas del Tíber, lejos de su patria y de los suyos, cuando toca a su fin el año de gracia de 1569. ¿Qué hace en la Roma de los césares y de los pontífices? Si hemos de creer a una confidencia insinuada quince años más tarde en la dedicatoria de *La Galatea*, se ha convertido en camarero de monseñor Acquaviva, un joven patricio italiano de veintitrés años que poco después recibirá la púrpura cardenalicia. Acquaviva había viajado a Madrid el año anterior a fin de dar al rey el pésame de Pío V por la muerte de don Carlos; se ha pensado que ahí y entonces conoció a nuestro héroe, probablemente por mediación de un familiar de Espinosa, y que en diciembre de 1568 se lo llevó en su séquito de regreso a Italia. A fin de cuentas, Miguel estaba ya en Roma en los últimos meses de 1569.[1] Entonces le exigieron referencias, y con ese motivo debió de presentar la información que conservamos.

Así pues, el 22 de diciembre de 1569, Rodrigo de Cervantes certifica ante el teniente del corregidor de Madrid, Duarte de Acuña, que su hijo no es bastardo y que entre sus ascendientes no cuentan ni moros, ni judíos, ni

conversos, ni reconciliados por el Santo Oficio. Ésa es la fórmula clásica que encontramos en cualquier prueba de limpieza de sangre: en la España de la época cumplía poco más o menos el papel de nuestra fe de vida. Tres testigos van a corroborar las afirmaciones del cirujano. Ya conocemos sus nombres. El primero es Alonso Getino de Guzmán, el antiguo cómico convertido en organizador de los festejos madrileños, y ahora oficial de justicia, puesto que desempeña en la corte el cargo de alguacil. En cuanto a los otros dos testigos, Pirro Bocchi y Francesco Musacchi, son los hombres de negocios italianos que ya hemos encontrado en el entorno del cirujano. No sorprende verlos figurar en este documento porque los Bocchi eran banqueros en Roma: su recomendación podía ser útil a un joven madrileño que llegaba a la Ciudad Eterna.

¿Se plegó Miguel a estas formalidades? En *El coloquio de los perros* presta a Cipión una frase bastante dura sobre los señores de la tierra: a diferencia del Señor del Cielo, nos dice, no reciben a un criado de buenas a primeras, sino que «le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura, y aun quieren saber los vestidos que tiene». Pero en la situación en que entonces se encontraba no podía poner muchas dificultades. Sin duda, se hizo cargo de sus funciones a la recepción del certificado, en febrero de 1570 poco más o menos. En mayo del mismo año, será uno de los primeros en felicitar a su amo por su elevación al cardenalato. Pero no parece haber permanecido mucho tiempo con él. ¿Se cansó entonces de su nuevo modo de vida? Lo que sospechamos de sus ocupaciones autoriza más esta suposición. En contra de lo que se cree, el camarero de una gran casa no era ni el secretario, ni menos todavía el confidente de su amo; era, ante todo, un criado: más exactamente, un ayuda de cámara, como lo sugiere la etimología y como especifican los manuales de la época. Empleado en tareas serviles, Cervantes bien pudo ser admitido ocasionalmente en la intimidad del cardenal: la dedicatoria que hemos evocado lo muestra asistiendo a las conversaciones de Acquaviva y su amigo Ascanio Colonna, a quien está dedicada *La Galatea*.[2] Mas, mediante esa promoción, su posición se hizo probablemente más ambigua y, por lo mismo, difícil de

vivir. Así se explica la brevedad de su alusión a un pasado del que pudo sentirse orgulloso. También así se aclaran las desengañadas palabras que inspiran a sus héroes las molestias de la vida ancilar: «Que yo no soy bueno para palacio —declara el Licenciado Vidriera—, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear». Y Don Quijote concluye su elogio de la libertad con un grito que habla por sí solo: «¡Venturoso aquel a quien el cielo dio un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo!».

Abandonando los artesonados romanos, Cervantes va a tomar otra decisión: abrazar la carrera de las armas. De creer las palabras del paje que encuentra Don Quijote, tal vez esperó que su estancia en casa de Acquaviva le permitiera ascender a otro estado, «que eso tiene el servir a los buenos: que del tinelo suelen salir a ser alférez o capitanes». Por desgracia, ignoramos todo de las circunstancias en que se decidió a despedirse de su protector. Los datos de que disponemos son, en efecto, contradictorios. En los registros de soldada de los ejércitos de Felipe II, su nombre no aparece antes de 1572. Por el contrario, las informaciones de limpieza de sangre establecidas, una durante el cautiverio de Argel, otra a su salida, sugieren un alistamiento del futuro escritor a partir de 1568. Ahora bien, cuanto sabemos sobre sus ocupaciones durante ese año excluye semejante hipótesis. Hemos de concluir que Cervantes y su padre quisieron redondear la duración de los servicios realizados, remontando a la época de López de Hoyos y de su *Relacion* para dar más peso a su petición. La práctica era corriente en la época. Como pronto veremos, Leonor de Cortinas llegará bastante más lejos por esa vía.

En estas condiciones, ¿hemos de retrasar en dos años el inicio efectivo de esos servicios? Mateo de Santisteban, uno de los testigos de otra información posterior, la de 1578, nos dice de Miguel que, en el momento de Lepanto, servía desde hacía un año bajo el mando de Diego de Urbina, un famoso capitán de Guadalajara mencionado en uno de los relatos intercalados del *Quijote*. Se alistaría, por tanto, en agosto o septiembre de 1570.[3] El problema es que, en esa fecha, la compañía de Urbina aún se

hallaba en Granada, comprometida en la guerra contra los moriscos, y que no llegará a Italia sino un año más tarde. Se ha supuesto, por tanto, que Cervantes se había unido antes a otra unidad en Nápoles (diezmada entonces por el hambre), a las órdenes de don Álvaro de Sande, argumentando que este último tal vez había conocido a Rodrigo treinta y cinco años antes, durante los años venturosos de Alcalá.[4] Objeción: don Álvaro (de quien nada prueba algún trato con nuestro héroe) mandaba uno de aquellos famosos tercios, creados en otro tiempo por Gonzalo de Córdoba, y que, hasta Rocroi, harán tan temible a la infantería española. Cuesta creer que los veteranos que la formaban acogiesen en sus filas a un barbilampiño que no había de manejar como ellos la noble pica, sino contentarse con el vulgar arcabuz.

Por lo demás, aún no ha llegado la hora de los preparativos militares exigidos, al año siguiente, por la creación de la Santa Liga. Tras el fracaso de los asedios de Orán y de Malta, en 1564-1565, los turcos suspendieron cualquier operación naval de envergadura. Al advenimiento de Selim II, sucesor de Solimán el Magnífico, cambian de objetivo y se vuelven hacia una presa más accesible, las posesiones venecianas del Mediterráneo oriental. En julio de 1570, desembarcan en Chipre, el más alejado de los puestos venecianos, el más difícil de defender. Pero esta invasión de un reducto de corsarios cristianos que dificulta las comunicaciones marítimas del Imperio otomano, no suscita al principio más que maniobras dilatorias de parte de la Serenísima. Presionada por el papa Pío V, inquieto por los avances del islam, a ser la punta de lanza de una confederación de Estados cristianos, Venecia prefiere entendérselas con un adversario que, al término de una paz de treinta y cuatro años, sigue siendo su principal aliado comercial. Inferior en recursos y, más todavía, en hombres, con la desventaja de la dispersión de sus puntos de apoyo del Adriático al Asia Menor, tributaria del trigo del mar Negro y de las especias de Oriente, trata, sobre todo, de restablecer con él relaciones de buena vecindad, a fin de preservar sus intereses esenciales.

Sin embargo, desde septiembre, la amplitud de los triunfos obtenidos por los turcos en Chipre hace dudar a los venecianos de la voluntad de paz del sultán. Entonces se precisa la idea de un pacto formal con España y la Santa Sede. Liberado de las preocupaciones de la guerra de Granada, tranquilizado por las victorias del duque de Alba en los Países Bajos, seguro del apoyo financiero de su clero, Felipe II aprueba inmediatamente el proyecto, libre, llegado el momento, de ampliar los objetivos de la alianza. Pero Venecia, directamente amenazada, trata de imponer sus condiciones. Las negociaciones se prolongan hasta un momento en que la estación está ya demasiado avanzada para organizar una respuesta eficaz. La expedición enviada deprisa para prestar socorro a la isla, mal preparada, mal dirigida, tiene que regresar tras una tentativa fallida de diversión sobre Rodas. Mientras el último bastión chipriota, Famagusta, resiste valerosamente los asaltos de los turcos, hay que esperar el regreso de la primavera para ver que por fin toma cuerpo la propuesta del pontífice. El 20 de mayo de 1571, Venecia, ante el fracaso de las conversaciones con el enemigo, da su acuerdo a la constitución de la Santa Liga. Firma con sus aliados un pacto ofensivo y defensivo de tres años y decide con ellos la construcción de una armada cuyo mando será confiado a don Juan de Austria. Pocos días más tarde, el cardenal Granvela es nombrado virrey de Nápoles, a fin de proporcionar al nuevo almirante todos los recursos de las posesiones españolas de Italia.

Concluyamos. Aunque Cervantes, según las palabras de uno de los testigos de la primera información, afirmó en Lepanto haber combatido anteriormente en diversas ocasiones, esa declaración de segunda mano, presentada en favor suyo, debe ser tomada con muchas precauciones. Difícil se nos hace situar en la coyuntura del verano de 1570 la vocación militar de un hombre que no parece haber participado en la lamentable campaña de Chipre. De la libérrima evocación que nos ofrece *El amante liberal* de la toma de Nicosia por los turcos, no se puede inferir que su autor se encontrara en el teatro de operaciones. En cambio, los sucesos de la primavera siguiente tuvieron un eco considerable en la Europa católica. En

Italia provocaron un verdadero entusiasmo popular y determinaron una leva en masa, a la que cada pueblo tenía que contribuir. En España fueron muchos los que partieron bajo los estandartes de don Juan de Austria. Entre ellos figuraban dos poetas, Pedro Laínez y López Maldonado, compañeros y amigos en Madrid del autor del *Quijote*. Otros escritores —Rey de Artieda, Cristóbal de Virués— tomaron el mismo camino: luego se volverán amigos suyos. Y algo más significativo todavía: su propio hermano Rodrigo desembarca en Italia en julio de 1571, con la compañía de Diego de Urbina. [5] Y es precisamente a las órdenes de Urbina como combatirán en Lepanto los dos hermanos. Hay posibilidades, por tanto, de imaginar a Miguel encontrándose con su hermano menor en julio, en Nápoles, e, influido por su ejemplo, vistiéndose como él el abigarrado traje que hacía calificar a los soldados españoles de «papagayos». Sorprende poco en una época en la que, como recuerda oportunamente el padre del Cautivo, el hidalgo no tenía otra elección que una de las tres carreras: «iglesia o mar o casa real». Es decir: recibir las órdenes eclesiásticas, ir a las Indias o ponerse al servicio del rey.

Antes de encontrarse con Rodrigo, Miguel pasó, con toda verosimilitud, más de dieciocho meses en Roma. Sólo después de Lepanto vivirá en Roma la prolongada estancia de que habla con fervor en el *Viaje del Parnaso*. Desde luego, nos gustaría saber qué se hizo de él cuando abandonó el palacio de Acquaviva. ¿Cuáles fueron entonces sus ocupaciones? ¿Qué protecciones encontró para satisfacer sus necesidades? Otras tantas preguntas sin respuesta. El testimonio indirecto de las ficciones cervantinas nos proporciona, a buen seguro, unas impresiones de Italia que examinaremos en su momento; pero nada o casi nada nos dice de la existencia cotidiana del excamarero. Los únicos puntos de referencia que tenemos son los sucesos ocurridos en el Mediterráneo en el momento en que, convertido en soldado de Felipe II, el autor del *Quijote* penetra en los bastidores de la gran Historia. Como el de sus compañeros de armas, a partir de entonces su destino se confunde con el de la Santa Liga.

Generalísimo de la Liga desde el 25 de mayo, don Juan de Austria deja España el 20 de julio. Tras hacer escala en Génova, llega a Nápoles el 8 de agosto de 1571. Seis días más tarde, la toma del mando da lugar a una imponente ceremonia. Perdido entre la multitud, Cervantes probablemente fue su testigo. El 23 de agosto, la escuadra española zarpa para Mesina, con Juan Andrea Doria y Álvaro de Bazán al frente. Ahí se une a los contingentes romanos y venecianos, puestos a las órdenes respectivas de Sebastiano Veniero y de Marco Antonio Colonna, el padre de Ascanio Colonna, a quien será dedicada *La Galatea*. Para los coaligados ha llegado la hora de pasar revista a sus fuerzas antes de partir al encuentro del Turco.

Una armada impresionante se encuentra reunida en el gran puerto siciliano: doscientas ocho galeras, cincuenta y siete fragatas, más de trescientos navíos en total. A bordo, más de ochenta mil hombres, marinos, galeotes, soldados, ayudantes; entre ellos, veintiséis mil combatientes. Pero es preciso que todos los barcos estén en perfectas condiciones. Mientras los españoles tienen buena apariencia, gracias a un rearme sin tregua iniciado diez años antes, los venecianos, malparados por sus recientes reveses, alinean galeras en bastante mal estado: unas, debido a los destrozos sufridos; otras, porque acaban de salir de los astilleros. Circunstancia agravante: sus soldados son mercenarios cuya calidad deja mucho que desear. Don Juan tendrá que mostrar todo su vigor para taponar las brechas y hacer de esa flota un todo homogéneo. Ordena a los españoles ir a reforzar los navíos venecianos y hacer que a bordo suban tropas aguerridas. Ironía del destino: uno de sus subordinados, don Pedro Portocarrero, se encuentra directamente vinculado a los asuntos de la familia Cervantes. Mientras se prepara para cumplir con su deber, sus dos hijos, Alonso y Pedro, que permanecen en Madrid, mantienen relaciones con dos de las hermanas de Miguel: Andrea, con la experiencia adquirida con Ovando y Locadelo; Magdalena, la menor, que, pese a sus diecisiete primaveras, ya

parece seguir sus huellas. Alonso, casado, va a otorgar ante notario dos donaciones sucesivas, en agosto y en septiembre; nos traen a la memoria las liberalidades concedidas dos años antes por Locadelo —salvo en dos detalles: éstas van a ser fuente de todo un embrollo financiero y, a diferencia del rico italiano, Alonso sabrá zafarse de sus compromisos en el momento oportuno.

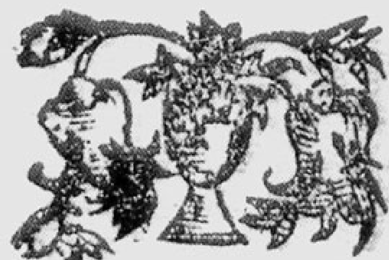
Diego de Urbina, embarcado con sus hombres en la galera *La Marquesa*, forma parte de los que van a prestar ayuda a los venecianos. Como sus congéneres, *La Marquesa* es un navío rápido, aguzado, hecho para el abordaje, de una longitud de más de cuarenta metros, pero cuya anchura no excede de los cinco. Cincuenta de estos buques cabrían fácilmente en la pista de vuelo de un portaaviones moderno. En ese estrecho bajel, rematado por dos castillos, a proa y a popa, dominado por sus dos mástiles y su gran vela, y donde entre treinta y cuarenta filas de remeros dispuestos en cada borda escatiman el espacio, se amontonan más de cuatrocientos individuos en condiciones deplorables de promiscuidad y de higiene: doscientos remeros, esclavos enemigos o galeotes en su mayoría; una treintena de marinos dedicados a la navegación y al mantenimiento; por último, unos doscientos soldados, entre los que se encuentra un arcabucero bisoño, futuro autor del *Quijote*. Sin la menor duda, el espectáculo ofrecido a este novicio sorprendió vivamente su imaginación. Durante toda su vida, como Don Quijote y Sancho ante el mar de Barcelona, se acordará de los remeros y del cómitre, «saltando en mitad de la crujía con el corbacho o rebenque» para «mosquear las espaldas de la chusma».

Cuando por fin todo esté preparado, la flota de la Santa Liga tiene que sufrir, en los primeros días de septiembre, el contratiempo de una tempestad que la inmoviliza en el puerto. El 16 de septiembre deja por fin Mesina. Decidido a ir al encuentro del enemigo, cuya escuadra ha pirateado durante todo el verano las bocas del Adriático y se esfuerza por tomar aliento fondeando en el Peloponeso, don Juan dirige sus fuerzas hacia las islas jónicas. El 26 de septiembre hace escala en Corfú —«la isla inexpugnable», como se la llamará en el *Viaje del Parnaso*— donde acaban de rechazar con

gran esfuerzo un asalto otomano. El 6 de octubre por la mañana, penetra en el golfo de Corinto y llega a la vista del canal de Lepanto. Cervantes, a bordo de su galera, acaba de llegar a las riberas míticas cantadas antaño por Homero. Al norte de las islas jónicas, ha contemplado la masa imponente de los montes Acroceraunianos; en el mar de Corfú, ha podido divisar Ítaca. No vayamos a imaginarlo, sin embargo, pensando en las aventuras de Ulises, en la pose romántica de un Byron. Temblando de fiebre, yace en un camastro infestado de piojos, en el entrepuente que sirve de enfermería: desde la escala de Corfú, el mareo y la malaria lo dominan.

VIAGE
DEL PARNASO,
COMPVESTO POR
Miguel de Ceruantes Saauedra.

Dirigido a don Rodrigo de Tapia, Cauallero del Habito de Santiago, hijo del señor Pedro de Tapia Oydor de Consejo Real, y Consultor del Santo Oficio de la Inquisicion Suprema.

Año  1614.

CON PRIVILEGIO

EN MADRID,

Por la viuda de Alonso Martin.

Portada de *Viaje del Parnaso*. Madrid, 1614. *(Foto Archivo Espasa Calpe)*

El estado mayor aliado acaba de tener conocimiento de la caída de Famagusta y de las matanzas perpetradas en esa ocasión por los turcos. Por su parte, los vigías de la escuadra han localizado a la flota enemiga: doscientas cincuenta galeras, con noventa mil hombres a bordo, pero con un poder de fuego inferior al del adversario, porque los turcos sólo cuentan con setecientos cincuenta cañones frente a las mil ochocientas piezas de artillería de los aliados. Mandada por Alí Bajá, está escondida a doce millas en pleno canal de Lepanto. Contra el parecer de Andrea Doria, partidario de una simple demostración de fuerza, don Juan decide ir a su encuentro. Al mismo tiempo, Alí Bajá resuelve salir de su guarida. El domingo 7, al alba, día de San Marcos, las dos flotas están frente a frente. Desplegadas en orden de combate, van a avanzar lentamente una hacia otra, con los estandartes al viento, en medio del espejeo de las armas y las corazas y el concierto discordante de los pífanos, los címbalos y los tambores. Durante una última inspección realizada a bordo de una fragata ligera, el generalísimo exhorta a sus hombres, prometiendo el perdón a los galeotes en caso de victoria; luego, de regreso a la galera almirante, recibe arrodillado, con todos los suyos, la bendición pontificia concedida por Pío V. A mediodía, un primer intercambio de disparos de cañón señala el principio de la batalla. Gracias a su conocimiento de los fondos marinos, el ala derecha otomana intenta desbordar a los venecianos por su izquierda y arrinconarlos hacia el interior del golfo. Sostenida por la potencia de fuego de sus galeazas, la resistencia heroica de los cristianos logra limitar los efectos de la maniobra. En el lado opuesto, en medio de las aguas, la escuadra de Doria hace frente a las fuerzas de Euldj Alí, el *beylerbey* de Argel, notable marino que lanza un audaz ataque y se apodera de la capitana de los caballeros de Malta. Su ofensiva es contrarrestada no sin daño; pero son las galeras venecianas las que, en el ala izquierda de la flota aliada, han sufrido el choque más rudo y devuelto los mejores golpes. Entre ellas está *La Marquesa*, en la que se encuentra Cervantes.

¿Qué ha sido de nuestro arcabucero, al que habíamos dejado en su lecho de dolor? A pesar de su fiebre, según el testimonio de sus compañeros, se

presentó en la cubierta antes de entablarse el combate; y, en respuesta a su capitán y a sus amigos que le aconsejaban ponerse a salvo, puesto que estaba enfermo y en malas condiciones para combatir, exclamó: «"que más quería morir peleando por Dios e por su Rei, que no meterse so cubierta, e que su salud". E así (...) peleó como baliente soldado, con los dichos turcos en la dicha batalla en el lugar del esquife, como su capitán lo mandó».[6]

Situado en la popa del navío, el esquife constituía, en caso de abordaje, un puesto de combate particularmente peligroso. El valor de Cervantes está fuera de toda duda. No quedó desmentido cuando, aprovechando la ventaja del viento, el cuerpo de batalla de la Santa Liga, en el centro, pasó a su vez al ataque. Libres de sus espolones de proa, cosa que permitía un tiro menos curvo y más eficaz, las galeras de don Juan se lanzan sobre el enemigo. A partir de ese momento es imposible cualquier táctica de conjunto. El combate ya no es más que un gigantesco cuerpo a cuerpo que, durante tres horas, va a enfrentar a sesenta mil soldados. «La batalla fue en este punto tan sanguinolenta y horrenda —escribe un testigo ocular—, que parescía que la mar y el fuego era todo uno.»[7] Marcada por una sucesión de enfrentamientos espectaculares —la galera de don Juan escapó por los pelos al asalto de los jenízaros—, se salda con una carnicería espantosa.

No sabemos si nuestro héroe participó en algún abordaje, al estilo del soldado que Don Quijote nos muestra en dos pies de espacio, presto a lanzarse desde la proa del navío asaltante, sin otra alternativa a los golpes del enemigo que una caída mortal en las olas rojas de sangre. A juzgar por las pérdidas que sufrió *La Marquesa* —cuarenta muertos, entre ellos el capitán mismo, y más de ciento veinte heridos—, más parece que aguantó el repetido asalto de los turcos. Es en esta ocasión cuando Cervantes recibe los tres disparos de arcabuz que van a ser, a sus ojos, su más hermoso título de gloria. Los dos primeros le alcanzaron el pecho, dejando el lado izquierdo llagado, pero sin afectar a la zona cardíaca; el tercero inutilizó su mano izquierda: herida que puede parecer fea, dirá más tarde con orgullo en el prólogo a las *Novelas ejemplares*, pero que «él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados

siglos, ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlo Quinto, de felice memoria». Y en el crepúsculo de su vida volverá a encarecerla, al contestar a Avellaneda en el prólogo a la Segunda parte del *Quijote*: «Que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella».

Así nació el manco de Lepanto, en el momento mismo en que el destino de las armas, gracias a la superioridad de la infantería española, empezaba a inclinarse en favor de los aliados. La muerte de Alí Bajá, herido de un arcabuzazo y decapitado por un cautivo de un hachazo, parece haber marcado el giro de la batalla. La defección, en pleno combate, de las galeras africanas de Euldj Alí, luego la revuelta de diez mil galeotes cristianos embarcados en los navíos turcos van a precipitar el desenlace. A las cuatro de la tarde, la derrota enemiga se ha consumado. Los vencedores empiezan a entregarse al saqueo; durará hasta la noche. El balance es terrible para la flota otomana: ciento diez navíos destruidos o hundidos, ciento treinta capturados, treinta mil hombres muertos o heridos, casi quince mil esclavos liberados. Los aliados, por su parte, no dejaron de pagar tributo a la victoria, puesto que doce mil de ellos desaparecieron, bien en el combate, bien a consecuencia de sus heridas. Por suerte para nosotros, Cervantes no fue uno de ellos.

El anuncio de la noticia va a provocar una explosión de júbilo en todo Occidente. Su resonancia será inmensa. Artistas y poetas van a celebrar «la batalla naval». Hemos perdido la comedia que inspiró a Cervantes a su regreso de Argel. Pero el breve relato de Ruy Pérez de Viedma, capturado por Euldj Alí en plena batalla, es una de las páginas más hermosas del *Quijote*: contrasta con las páginas de fría elocuencia que otras plumas dedicaron a Lepanto. En un plano diferente, el de la tradición oral, todo un florilegio de anécdotas atestigua el aura de leyenda que rápidamente rodeó el acontecimiento. Todavía hoy se recuerda el presentimiento milagroso de Pío V, interrumpiendo una entrevista para dar gracias al Dios de los

ejércitos en el instante mismo del choque de las dos flotas. Se cita a menudo la frase del Evangelio con que saludará a don Juan: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes*. También se evoca, por contraste, el rostro marmóreo de Felipe II al conocer la noticia durante el oficio de Todos los Santos, permaneciendo impasible hasta el *Te Deum* final. A ejemplo de Voltaire, que se burló de estos relatos, los historiadores del siglo pasado han hecho hincapié en las escasas consecuencias del «prodigioso asunto»: la inmediata subida de Veniero hacia Venecia, privando a don Juan de toda esperanza de perseguir a los turcos hasta los Dardanelos; la puesta en pie, al año siguiente, de una armada otomana comparable a la que había sido aniquilada; el fracaso de dos nuevas expediciones marítimas lanzadas por el hermanastro de Felipe II; la paz separada firmada por la Serenísima. ¿Habría parido la montaña un ratón? No es ésa, sin embargo, la opinión del Cautivo, para quien, en ese día glorioso de octubre de 1571, «que fue para la cristiandad tan dichoso», se alcanzó un objetivo esencial: «porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar», quedando así «el orgullo y soberbia otomana quebrantada».

Es exactamente la opinión de Fernand Braudel, cuyos trabajos han renovado los términos del problema.[8] Claro que la Santa Liga no sobrevivió al pontífice que la impuso, antes de morir seis meses más tarde, claro que el poder naval otomano no fue destruido. Pero es el mito de la invencibilidad turca, estima el historiador francés, lo que zozobró en cuerpo y alma en Lepanto. A partir de ese momento, las galeras españolas van a envalentonarse y a mostrarse por todas partes en el mar, en vez de confiar su salvación a los cañones de Corfú, de Malta y de Mesina. En el teatro de las operaciones marítimas, el expansionismo turco marca el paso; la iniciativa vuelve a la Europa cristiana. Sólo que varios estudios recientes, debidos a historiadores ingleses y basados en los archivos otomanos, tienden a matizar esta visión: según ellos, el repliegue turco, que se pretende secuela de Lepanto, no fue decidido por el sultán sino diez años más tarde. Es en ese momento cuando la Sublime Puerta se vuelve contra

Persia, mientras Felipe II, por su parte, orienta su mirada hacia el Atlántico: la anexión de Portugal y la expedición naval contra Inglaterra son los signos mayores de ese cambio de rumbo. Entonces, sí, la guerra de escuadras abandona el Mediterráneo, que, para decirlo con frase conocida de Braudel, «sale de la gran Historia».

Así y todo, cualquiera que sea la conclusión adoptada, un hecho sigue siendo cierto: en esa jornada gloriosa del 7 de octubre, y más todavía en las semanas de euforia que le siguieron, Occidente se entregó a su último sueño de cruzada. Y Cervantes compartió ese sueño: no tardará en despertar de él.

Las secuelas de una victoria

En la noche del 7 de octubre, el héroe que se ha revelado a bordo de *La Marquesa* no está en condiciones de sacar la lección del suceso. No es más que un herido agitado de nuevo por la fiebre, cuidado mal que bien por los cirujanos de la época. Asistido por su hermano, Cervantes ve a la flota victoriosa retomar el camino de Corfú. Tras el reparto del botín, las galeras venecianas tuercen hacia el norte, en dirección al Adriático; don Juan de Austria vuelve hacia sus bases con el grueso de sus fuerzas. El 31 de octubre, tras haber sufrido la primera tempestad del otoño, el generalísimo recibe en Mesina la acogida que podía esperar. Ese mismo día, Miguel entra en el hospital de la ciudad con sus compañeros de infortunio.

En esta triste morada que, fuera del nombre, no tiene nada en común con nuestros hospitales modernos, va a reponerse poco a poco de sus heridas. Su convalecencia dura varios meses, mientras que don Juan, siguiendo las instrucciones de su hermano, ha sentado sus cuarteles de invierno en Sicilia, a la espera del retorno de la primavera. Fácilmente imaginamos al autor del *Quijote* dejándose llevar al sueño, a la lectura, a la composición de versos. Pero no sabemos si se lo permitieron las condiciones sanitarias deplorables en que se encontraba, la promiscuidad que tuvo que soportar y el precario sosiego que pudieron concederle sus

sufrimientos. También se ha hablado de la aparición, a su cabecera, del generalísimo, acudiendo a manifestar su solicitud a los heridos de Lepanto. Pero lo único cierto es que recibió en tres ocasiones, entre enero y marzo de 1572, un socorro de veinte ducados, precio de los cuidados que le habían sido dispensados.

Cuando, el 24 de abril, Cervantes sale del hospital, aparentemente ya no sufre de los dos disparos de arcabuz que le alcanzaron en el pecho. Pero ha perdido el uso de la mano izquierda. No por ello deja de reincorporarse al servicio. Tal vez entonces es promovido a «soldado aventajado» —es decir, soldado de elite—, con un sueldo mensual de tres ducados; tal vez también se une hasta el final del invierno a la compañía de Diego de Urbina que, durante este período, se encuentra en Calabria. Pero no tarda en pasar a las órdenes de un nuevo capitán, don Manuel Ponce de León, que pertenece al tercio de don Lope de Figueroa. Este cambio de destino se inscribe en los preparativos de una nueva campaña; preparativos que, a decir verdad, vienen de lejos. La desaparición de Pío V, muerto el 1 de mayo, a los sesenta y ocho años, priva en efecto a la Santa Liga de su inspirador. Por más que el nuevo pontífice, Gregorio XIII, se declare dispuesto a proseguir la obra emprendida, los coaligados ya no tienen, en sus discrepancias, un árbitro digno de su predecesor. Y lo que es más, este contratiempo ve agravados sus efectos por las reticencias de Felipe II. Preocupado por el recrudecimiento de los disturbios en Flandes y la extensión de la piratería argelina, el Rey Prudente no quiere lanzar contra los turcos una ofensiva que dejaría a sus vasallos impunes. Con el apoyo de los italianos, el generalísimo se dedica a vencer todas las resistencias. El 7 de julio de 1572, la vanguardia aliada abandona Mesina con ciento cuarenta galeras a las órdenes de Marco Antonio Colonna. Cervantes figura entre los soldados embarcados en ella. El 2 de agosto, don Juan recibe por fin de su hermanastro, tranquilizado por las victorias del duque de Alba, la autorización de tomar de nuevo el mando. Pero cuando ocho días más tarde llega a Corfú con sesenta y cinco galeras, su lugarteniente ha partido hacia el sur sin esperarle. Inquieto por los estragos causados por el enemigo,

Marco Antonio ha ido a su encuentro. Avista a Euldj Alí al sudeste del Peloponeso; pero, confundido por su habilidad de maniobra, no consigue mantener el contacto y debe replegarse a sus bases.

El 1 de septiembre, las dos escuadras aliadas, al fin reunidas, ponen rumbo a Modón, al suroeste de la Península. Pero ya es demasiado tarde para ejecutar el plan concebido por don Juan: desembarcar en el golfo de Navarino, bloquear por tierra y por mar a los turcos que por allí se retiran y obligarlos a rendirse. Escuchemos de nuevo al Cautivo para comprender las razones de este fracaso:

> Halléme el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los leventes y genízaros que en ella venían tuvieron por cierto que les habían de embestir dentro del mesmo puerto, y tenían a punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos; tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que a los nuestros regía, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió a Modón, que es una isla que está junto a Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió.

Este testimonio que se supone hecho desde el campo adverso permite al autor del *Quijote* darnos su sentir sobre este lamentable asunto. En el memorial de 1590, en que recuerda su hoja de servicios, se limitará a indicar su presencia en Navarino, el año que siguió a Lepanto. Pero aquí, so capa de ficción, critica sin ambages la forma en que la expedición se concibió y dirigió, aunque, como para atenuar sus palabras, invocando en el momento oportuno los decretos del cielo.

El 7 de octubre, día del aniversario de Lepanto, las fuertes lluvias otoñales obligan a la flota cristiana a dejar esos inhóspitos parajes y a retirarse a Zante. Álvaro de Bazán salvará el honor, apoderándose con su galera *La Loba* de *La Presa*. Ruy Pérez de Viedma nos ha dejado un relato impresionante de la muerte de quien la mandaba:

> Era tan cruel el hijo de Barbarroja, y trataban tan mal a sus cautivos, que así como los que venían al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos a un

tiempo los remos, y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco, de popa a proa, le dieron bocados, que a poco más que pasó del árbol ya había pasado su ánima al infierno.

No cabe deducir de este relato que Cervantes participara en ese abordaje. Pero quien un día será el juez lúcido de una campaña fallida, fue durante esas semanas observador atento de las peripecias que la marcaron.

Mientras el 29 de octubre las galeras de Colonna abandonan el grueso de la flota para volver a Civitavecchia, don Juan regresa a Mesina. De ahí parte para Nápoles, donde va a asentar sus cuarteles de invierno, de acuerdo con las órdenes del rey de España. En Nápoles, el 11 de febrero, y luego el 6 de marzo de 1573, hace entregar a Cervantes, en dos órdenes de pago, la suma de treinta escudos. ¿Quiso recompensarle por su buena conducta en Navarino? Tendríamos que saber si participó en las operaciones de desembarco. Apenas cicatrizadas, sus heridas no le permitían sostener el arcabuz y encontrarse en primera línea como en Lepanto. La redacción de las dos órdenes nos hace pensar, más bien, en atrasos de soldadas, pagados con la demora con que solían hacerlo los servicios de intendencia de los ejércitos de Felipe II. En cuanto a la vida de guarnición que pudo llevar durante esos meses de calma, está envuelta en misterio para nosotros.

Con el retorno de la primavera, Miguel no tarda en salir de su quietud. En esta ocasión, los coaligados se han citado en Corfú a partir del 15 de abril, para emprender inmediatamente una campaña que se quiere decisiva. Pero pocas semanas antes de esa fecha, Venecia firma en secreto una paz separada con el sultán, al que cede Chipre. El 4 de abril, lo anuncia de modo oficial a sus indignados aliados. Como observa justamente el Cautivo, esta paz respondía a sus deseos más todavía que a los de su adversario. Calificado de traición por los historiadores españoles, ese cambio se debe a la vez a los costosos sacrificios consentidos por la Serenísima, al peso de sus intereses comerciales y, finalmente, al resultado incierto del conflicto en que se había metido por iniciativa de Pío V.

Y para decirlo todo: esa defección no podía sino satisfacer a Felipe II, poco amigo de ver todos los años sus galeras aventurándose más allá de

Corfú, lejos de sus bases italianas, con el único objetivo de defender el *limes* veneciano. Su preocupación primordial no es la escuadra turca, sino la piratería argelina que multiplica las incursiones en las costas de España y de Italia y llena los baños de África del Norte: los cautivos cristianos «llueven sobre Argel», nos dice un memorial de la época. Las operaciones episódicas realizadas contra los corsarios rara vez son eficaces; son, sobre todo, muy costosas, porque requieren una flota permanente cuyo mantenimiento supone más de cuatro millones de ducados anuales. El reclutamiento de los remeros, tanto más numerosos cuanto más rápidos se vuelven los navíos, se revela cada día más difícil: por consiguiente, sólo hay una salida: golpear al adversario en la cabeza, apoderándose de la guarida de donde parten las *razzias*. Pero ¿cuál es la cabeza? Para Álvaro de Bazán, como para Carlos V antes, como para Cervantes un poco más tarde, la respuesta es evidente: Argel. Por su parte, don Juan aboga por otro objetivo: Túnez. El rey suscribe finalmente esta última opinión. Para el monarca, se trata de una operación limitada que pretende restaurar a un vasallo fiel, Muley Hamida, destronado tres años antes por Euldj Alí: de este modo se protegerá el presidio de La Goleta, ocupado desde 1535; así también podrá asestarse con mayor facilidad, llegado el momento, el golpe decisivo contra Argel. Pero don Juan acaricia un sueño muy distinto: conseguir un reino en el flanco del Magreb, a dos pasos de Malta y de Sicilia, y ceñir por fin la corona a que aspira este bastardo al que su hermanastro niega obstinadamente el título de alteza. Un sueño que seguramente no entra en los proyectos del Rey Prudente.

Al cabo de tres meses de tergiversaciones, el generalísimo hace prevalecer su punto de vista. Se necesitan otros tres para reunir los ciento setenta navíos y los veinte mil soldados precisados para la operación. Las galeras españolas que salen de Mesina llegan por fin a la vista de las costas tunecinas tras dos escalas en Palermo y en Trapani. El 8 de octubre de 1573, al día siguiente del segundo aniversario de Lepanto, don Juan ordena el desembarco de sus fuerzas. El resto no es más que un paseo militar: la entrada en Túnez, abandonada por sus habitantes; el nombramiento de un

gobernador musulmán, Muley Mohammed, y, finalmente, la toma de Bizerta se cumplen en menos de una semana. El 24 de octubre, el hermanastro de Felipe II vuelve hacia Sicilia. Pero en lugar de desmantelar los fuertes, como le había ordenado el rey, hace reforzar sus defensas, confiando La Goleta a don Pedro Portocarrero, cuyos dos hijos siguen mezclándose en la vida de las hermanas de Cervantes.

Por una vez, Miguel va a escapar a la mala suerte. En vez de permanecer con la guarnición de la fortaleza, vuelve a embarcar con los soldados de don Lope de Figueroa. Tal vez pasa una parte del invierno en Cerdeña, donde ha sido adscrito el tercio en el que sirve. Pero es en Nápoles donde su nombre aparece dos veces en los registros del Tesoro. En febrero-marzo de 1574 recibe en dos pagos sesenta escudos por sus buenos y leales servicios. En mayo se dirige, sin duda, a Génova, con las escuadras de Nápoles y de Sicilia. Don Juan, que se esfuerza por obtener del papa el título de rey de Túnez, ha sido enviado por Felipe II a Lombardía, con el pretexto de contrarrestar las intrigas francesas en el norte de Italia. Durante este tiempo, los turcos preparan su revancha. El 11 de julio, una flota de doscientos cuarenta navíos, con cuarenta mil soldados a bordo, se presenta ante Túnez bajo el mando de Euldj Alí y de Sinán Bajá. Es la última operación de envergadura que la Sublime Puerta llevará a cabo en el Mediterráneo occidental. Inferiores en número, los defensores de los fuertes capitulan el 25 de agosto. El 13 de septiembre se rinde Túnez. Informado del peligro, don Juan ha reclamado en vano a Granvela ayudas que el rey, enfrentado a una grave crisis financiera, no está en condiciones de concederle. Tras salir de La Spezia apresuradamente, llega a Nápoles el 7 de agosto; pero, apenas se hacen a la mar, sus galeras tienen que soportar una tras otra dos tempestades y se encuentra bloqueado en Sicilia, en el puerto de Trapani. Ahí se entera del desastre. No le queda sino replegarse hacia Palermo, donde desembarca el 16 de octubre. Cervantes tomó parte en esa triste calaverada. Tal vez al regreso se enteró de que Acquaviva había entregado el alma a finales de julio, en Roma, con veintiséis años apenas.

En su memorial de 1590, Miguel nos ha dejado un recuerdo lacónico de los acontecimientos por él vividos. En sustancia declara que, después de Navarino, se encontró en Túnez y en La Goleta. En la novela intercalada del *Quijote*, el Cautivo, por el contrario, se muestra mucho más elocuente. No se limita en su relato a decirnos lo que pasó entre la expedición de octubre de 1573 y la catástrofe ocurrida en agosto del año siguiente. Dedica dos sonetos a la caída del presidio, deplorando de pasada las fuertes pérdidas sufridas en tal ocasión. Señala el destino trágico que conocieron los principales defensores del fuerte de La Goleta: en particular don Pedro Portocarrero —«poco soldado», al decir de don Juan—, hecho prisionero por los turcos, antes de morir en el viaje a Constantinopla. Finalmente saca la lección de esa operación tan mal llevada. Algunos, nos dice, han pretendido que se habría podido conservar la fortaleza, aunque no hubiera sido socorrida:

> Pero a muchos les pareció, y así me pareció a mí, que fue particular gracia y merced que el cielo hizo a España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia o esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Carlos Quinto, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentaran.

En resumen: Cervantes no quiere citar por su nombre a los culpables. Pero, a la hora del balance y con la altura de miras que se impone, aprueba el abandono de una plaza sin verdadero interés estratégico y la liquidación, por dolorosa que sea, de una conquista utópica e inútil. Así es como razonó Felipe II, al que aquí no se acusa. El verdadero responsable del desastre fue don Juan: si Miguel permaneció siempre fiel a su memoria, su admiración no era ciega y supo, llegado el caso, señalar sus errores.

Cervantes pasará todo el otoño en Sicilia. El 15 de noviembre de 1574 sigue todavía en Palermo, donde recibe un nuevo pago de soldada atrasada, veinticinco escudos. Detalle que tiene su valor: la orden de pago menciona por primera vez su calidad de «soldado aventajado» y está firmada por el duque de Sessa.[9] El señor de Cabra, el antiguo protector de Juan de

Cervantes y de su hijo Andrés, es, en efecto, desde la primavera de 1572, el adjunto del generalísimo. Lo secunda, pero también se dedica, cuando es preciso, a moderar sus ardores: sin duda, está encargado de vigilarlo con discreción. Al acercarse el invierno, y mientras Miguel, que sigue a las órdenes de Figueroa, abandona Palermo por Nápoles, donde se une a Rodrigo, don Juan vuelve a Madrid para dar cuenta al rey del asunto de Túnez. No regresa a Italia sino en junio del año siguiente, con el título de teniente general, pero sin la dignidad principesca con que soñaba. Ese verano, las galeras españolas no salen en campaña contra el Turco. Para Cervantes se acerca la hora en que va a despedirse de la vida de soldado y afrontar la más ruda prueba que le haya tocado vivir: la del cautiverio. Al menos, cuando deja Nápoles se lleva una visión riquísima de esta Italia cuya presencia impregna su obra.

Impresiones de Italia

Si Italia marcó a Cervantes con su impronta, se debió, ante todo, al tiempo que en ella pasó. No fue un caso aislado. En un siglo en que, salvo Venecia, Génova, Saboya y los Estados papales, Italia casi entera se encuentra en manos españolas, hidalgos y letrados, marinos y soldados, clérigos y estudiantes, aventureros y vagabundos acuden de Barcelona, de Valencia, de Cartagena, fascinados por una civilización brillante, atraídos por un arte de vivir desconocido en Castilla, seducidos por la existencia fácil ofrecida al ocupante. Pero donde nuestro héroe se distingue entre sus compatriotas es en la diversidad de sus experiencias italianas: diversidad que deriva de las vicisitudes que ha conocido desde su llegada a Roma y, más todavía, de los múltiples vaivenes que le han impuesto sus campañas militares y sucesivos acantonamientos. De esa estancia fragmentada, fraccionada, nada dice su hoja de servicios. Tenemos que apelar, por tanto, al testimonio indirecto de las obras de ficción. Entre ellas, el *Viaje del Parnaso* ha despertado desde siempre el interés de los biógrafos. Para ser imaginaria, esa aventura

burlesca que lleva al poeta desde su «posada» madrileña al santuario de Apolo, sorprende al lector por la impresión de vivido que de ella emana. Sin embargo, la evocación de los paisajes que suscita, de Génova a Mesina, no deja de ser alusiva. Testamento espiritual con sabor de autobiografía, el *Viaje del Parnaso* no es un diario de a bordo.

Más abundantes y más variadas, las observaciones que se pueden entresacar de *La Galatea*, de las *Novelas ejemplares* y del *Persiles* requieren ser analizadas con igual circunspección. Entre las peregrinaciones del soldado de Lepanto y la transposición que de ellas nos da un escritor envejecido, no hay solamente un salto que alcanza en ocasiones cuarenta años; está también el peso de las influencias y de las convenciones literarias, la parte de la fabulación novelesca, el punto de vista de los personajes y la alteración que implica. No es el testigo ocular de «cosas vistas», sino el fino lector de Boccaccio y de los *novellieri* el que sitúa en Florencia la acción de *El curioso impertinente*, el que localiza en Bolonia las aventuras de *La señora Cornelia*, el que hace de *El amante liberal* un natural de Trapani y quien envía al héroe de *La fuerza de la sangre* a Nápoles. En cuanto a las descripciones de ciudades italianas que son uno de los adornos de *El Licenciado Vidriera*, no expresan en estado bruto las preferencias del viajero curioso; son la mayoría de las veces trozos efectistas, conformes a los cánones retóricos de la época. Así, de Génova, cuya «admirable belleza» sorprende a Tomás Rodaja con sus casas que le parecen «engastadas» en aquellas peñas «como diamantes en oro». Así, de Florencia, que le encanta «así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles». Evocaciones hábilmente dispuestas, pero cuya carga simbólica se trasluce en todo momento y que, más que plantar una sucesión de decorados, proponen al lector una serie de emblemas.

No se puede, sin embargo, reducir a una colección de tópicos las pinceladas que componen esta Italia estilizada. Si surge tan a menudo como telón de fondo de las novelas cortas, es ante todo porque es el lugar de la aventura por excelencia: una aventura que Miguel vivió con intensidad

particular, antes de que sus personajes sintieran también la llamada. De ahí el estremecimiento de ciertas páginas que nos resultan tan cercanas. Incluso en *La Galatea*, tributaria de las convenciones pastoriles, experimentamos con Timbrio la admiración que le inspira la Riviera ligur, «llena de adornados jardines, blancas casas y relumbrantes chapiteles que, heridos de los rayos del sol, reverberan con tan encendidos rayos que apenas dejan mirarse». Pero donde mejor cala la voz del autor es en el seductor cuadro que traza, a intención del Licenciado Vidriera, el capitán que le pondera los encantos de la vida militar:

> Alabó la vida de la soldadesca; pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; dibujóle dulce y puntualmente el *aconcha, patrón*; *pasa acá, manigoldo*; *venga la macarela, li polastri, e li macarroni*. Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado y de la libertad en Italia...

Detrás de la facundia del capitán, sentimos aquí la nostalgia de un Cervantes que, en tanto que experimenta la «estrechez» y las «incomodidades» de las ventas y mesones de España, no deja de conservar en el oído las inflexiones de la lengua de Dante y, en el paladar, el sabor de los platos y el aroma de los vinos italianos:

> La suavidad del Treviano, el valor del Montefrascón, la fuerza del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candía y Soma, la grandeza del de las Cinco Viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Guarnacha, la rusticidad de la Chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del Romanesco.

Nostalgia de una civilización refinada, por tanto, pero también de una *dolce vita italiana* que ofrece, al extranjero capaz de apreciarlas, la gama infinita de sus seducciones.

Dos momentos claves dominaron esa estancia. En primer lugar, la llegada a Roma. El espectáculo majestuoso de la Ciudad Eterna inspirará a los peregrinos del *Persiles* uno de los más hermosos sonetos intercalados en la novela; pero también despierta en Tomás Rodaja, el Licenciado Vidriera, una admiración que sigue siendo lúcida de cabo a rabo:

> Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de aguas y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura; por sus puentes, que parece que se están mirando unas a otras, y por sus calles, que con sólo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez.

Nos hace pensar en la mirada que ya lanzaba Du Bellay sobre las antigüedades de Roma, una mirada que se tiñe de una discreta ironía cuando, de la ciudad de los césares, Rodaja se vuelve hacia la de los pontífices:

> Notó también la autoridad del Colegio de Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice, el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y notó y puso en su punto. Y habiendo andado la estación de las siete iglesias, y confesándose con un penitenciario, y besado el pie a Su Santidad, lleno de *agnusdeis* y cuentas determinó irse a Nápoles...

¿Es el discípulo de Erasmo, reacio a las prácticas de una devoción supersticiosa, el que lanza esta pulla por boca de Tomás? Tal vez sea, más simplemente, el excamarero de Acquaviva, que aún conserva en la memoria el recuerdo de las intrigas del Vaticano.

Pero, sin duda alguna, la suma de las experiencias vividas en Nápoles durante «más de un año» es lo que ha marcado con mayor profundidad a Miguel. De la capital de la Italia española, «a la orilla del mar», «de castillos y torres coronada», Rodaja dirá sin ambages que es «a su parecer, y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa, y aun de todo el mundo». Ese entusiasmo se explica si se piensa que, de todas las ciudades italianas, fue Nápoles la que reservó mejor acogida a Cervantes. En ella conoció la exaltación provocada por el nacimiento de la Santa Liga. También en ella saboreó, entre dos campañas, la paz de los meses invernales. Pudo incluso, según toda verosimilitud, romper la rutina de la vida de guarnición con entretenimientos distintos a la frecuentación de las tabernas y de las cortesanas. No se comprendería en otro caso el recuerdo

melancólico de esa estancia en el *Viaje del Parnaso*, y la viva decepción que sentirá, medio siglo más tarde, cuando el conde de Lemos, designado virrey de Nápoles, no lo lleve con él como le había dejado esperar.

¿Hay que ir más lejos y datar en esa época unos amores frustrados de los que habría conservado un amargo recuerdo? De unas palabras alusivas de Lauso, uno de los pastores de *La Galatea*, tras quien, según han dicho, se ocultaría el escritor, se ha deducido la traición de una misteriosa Silena, evocada por él en unas estancias dolorosas. Se ha llegado a suponer incluso que de esa relación nació un niño, el mismo que Miguel ve aparecer en sueños en Nápoles, en el *Viaje del Parnaso*, y al que reencuentra emocionado:

> Llegóse en esto a mí disimulado
> un mi amigo, llamado Promontorio,
> mancebo en días, pero gran soldado.
> Creció la admiración viendo notorio
> y palpable que en Nápoles estaba,
> espanto a los pasados accesorio.
> Mi amigo tiernamente me abrazaba,
> y, con tenerme entre sus brazos, dijo
> que del estar yo allí mucho dudaba;
> llamóme padre, y yo llaméle hijo;
> quedó con esto la verdad en punto...

Sin embargo, nos cuesta imaginar a nuestro poeta descubriendo, en el crepúsculo de su vida, la existencia de un bastardo cuyo extraño nombre —atestiguado, al parecer, en Nápoles— hace pensar más bien en un juego literario. En cuanto a los patéticos versos puestos en boca de Lauso, nos recuerdan, sobre todo, que, entre la anécdota personal y su traducción lírica, los poetas del Renacimiento solían interponer el filtro de la imitación inventora. Durante su estancia napolitana, tal vez Cervantes escapó a los amores venales que eran el lote común de sus compañeros. Pero el amante desengañado de Silena bien podría no ser más que el retrato de artista que ha intentado darnos de sí mismo a su vuelta del cautiverio.

En las fuentes de una cultura

La Italia que Cervantes propone a nuestra ensoñación es, pues, el fruto de una experiencia directa; y es también, gracias al poder de las palabras, un mundo imaginario donde evolucionan unos seres de ficción. Por tanto, en la confluencia de la Vida y de la Literatura refleja, ocasionalmente, las tensiones provocadas por la ocupación española que la Península conoció durante trescientos años. Esas tensiones siempre estuvieron vivas: incluso en vísperas de Lepanto, en Roma no se había desvanecido el recuerdo del saco de 1527, perpetrado por los mercenarios de Carlos V, a los que el papa Paulo IV consideraba una pandilla de judíos y marranos. Gálvez de Montalvo, el amigo de Miguel, se quejará un poco más tarde de la hostilidad de los romanos contra ellos: «parecen mozos de mulas, toda la vida cantándonos infamias». La misma hostilidad se transparenta en las relaciones que mantienen italianos y españoles en la Roma del *Persiles*.

Prontos a sacar las entrañas al país, comisarios castellanos y comerciantes catalanes eran tan odiados como los soldados de Su Majestad, acostumbrados a vivir a costa de los vecinos durante sus campañas. La buena acogida reservada a los españoles por una ciudad libre como Lucca era seguramente la excepción, como se deduce de una frase del *Persiles*: «y es la causa —declara—que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hacen estancia de más de un día, no dan lugar a mostrar su condición, tenida por arrogante». En esa época, el sentimiento antiespañol se expresa en el teatro por medio de la figura grotesca del capitán Matamoros. Se afirmará luego, con rara violencia, durante los motines que en varias ocasiones ensangrentaron Génova, Florencia y, sobre todo, Nápoles, hasta el final de la dominación de los Austrias.

Por contraste con estos depredadores sin escrúpulos, Cervantes supo enlazar con una noble tradición, la que encarnan los escritores y artistas que, desde el principio del Renacimiento, tomaron el camino de Italia para beber en las fuentes mismas del humanismo: un Juan del Encina, considerado el padre del teatro castellano; un Garcilaso de la Vega, el poeta

de las *Églogas*, cuyo intenso lirismo transfigura la herencia pastoril; un Torres Naharro, que pone en sus comedias toda la sal de las costumbres romanas. Miguel sigue fiel a su ejemplo, salvo en un detalle: en la Península, nunca siguió la vida de un profesional de la literatura. Debido a sus necesidades cotidianas, aprendió primero a manejar el toscano, que a veces cita de pasada en alguna frase, y cuyas sutilezas comenta en algún momento el ingenioso hidalgo; y como autodidacta descubrió las obras maestras de las letras italianas, con un ardor del que se hace eco en un capítulo del *Quijote*, propio de quien se complacía en leer «aunque sean los papeles rotos de las calles». ¿Cuándo pudo saciar esta sed de lectura? Al menos en dos ocasiones. Primero en Roma, durante los escasos ocios que pudieron dejarle sus funciones junto a Acquaviva. Luego en Nápoles, donde su amigo Laínez parece haberlo presentado en varios cenáculos.

En última instancia, ¿qué leyó? O más bien, ¿qué retuvo de sus lecturas? Lo mejor de una producción abundante y rica, cuya huella se transparenta a veces en sus propios escritos, pero que quiso superar más que imitar. Los poetas líricos y, en primer lugar, Petrarca, a quien leyó en el texto original, pero también a través de Garcilaso. Más todavía, los grandes poemas caballerescos y su mundo de aventuras: el *Orlando innamorato*, de Boiardo, el *Orlando furioso*, de Ariosto, con una clara percepción de su respectiva calidad y una marcada predilección por el segundo, cuya fantasía y humor encantaron al futuro creador de Don Quijote. También el *Decamerón* de Boccaccio, y su extraordinaria variedad de personajes y de situaciones: si el autor de las *Novelas ejemplares* no imitó al pie de la letra su estilo, recordó, sin embargo, la lección; sin sacrificar su propia originalidad, trasladará con tanto acierto la fórmula que merecerá ser llamado «nuestro Boccaccio español» por Tirso de Molina. Igualmente el género pastoril, consagrado desde la Antigüedad por Teócrito y Virgilio, aclimatado al siglo XVI por la *Arcadia* de Sannazaro, y que la *Aminta* del Tasso va a llevar a su perfección. Siguiendo sus huellas imaginará Cervantes, diez años más tarde, las bucólicas de *La Galatea* y no, como a

veces se ha afirmado, idealizando pastores sardos contemplados durante una hipotética estancia de algunos meses en su isla.

Podríamos alargar sin duda esta lista mediante la simple relación de reminiscencias cuyo rastro se observa en los textos cervantinos. Entre muchos otros nombres, destaca el de León Hebreo, cuyos *Diálogos de amor*, obra de éxito, desempeñó un apreciable papel en la génesis de *La Galatea*, como lo atestigua un número importante de préstamos directos. Recordemos también, sin pretender quemar las etapas, a los comentaristas de la *Poética* de Aristóteles: las reflexiones de un Castelvetro sobre la verosimilitud de la fábula y los fines de la poesía guiarán al autor del *Quijote* en la elaboración de su estética y en el afinamiento de su oficio de escritor. Pero lo esencial es la forma en que supo asimilar esa herencia: no como un erudito ansioso de almacenar el saber, sino con una conciencia aguda de lo que un día se llamará «el placer del texto». Como prueba tenemos lo que Don Quijote, en la imprenta de Barcelona, nos dice de las traducciones que aprecia, pero de las que confiesa preferir el original, declarando a quien quiera oírle: «Me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se veen con la lisura y tez de la haz».

Este fino sentir de un discreto lector concuerda perfectamente con el deseo que siempre tuvo Cervantes de evadirse del círculo estrecho de los libros. Ya hemos visto expresarse ese deseo desde su edad más temprana, en su pasión por el teatro, una pasión que, durante estos años de Italia, debió de encontrar materia en la que satisfacerse plenamente: con las tragedias cultas de un Dolce o de un Giraldi Cinthio, inspiradas en las de Séneca, y cuya fórmula recordará Miguel en el momento de escribir su *Numancia*; también con la *commedia dell'arte*, entonces en sus inicios, pero ya ordenada en torno a sus principales tipos, y cuyos *lazzi* fecundaron los entremeses cervantinos; por último, con las farsas rurales en dialecto, que sin duda aplaudió en los alrededores de Siena y cuya huella perdura en *La*

guarda cuidadosa.[10] Si su gusto por el espectáculo nació en la época de Lope de Rueda, es con toda seguridad el ejemplo italiano lo que favoreció el despertar de su vocación dramática, incitándole a tentar la suerte al regreso del cautiverio.

¿Sintió el mismo interés por los tesoros artísticos de las ciudades por las que pasó? Seducido, sin lugar a dudas, por su arquitectura, ¿contempló los lienzos que adornaban sus palacios? A veces nos lo muestran, bajo las bóvedas de la Sixtina, alzando los ojos hacia *La creación del mundo* y *El Juicio final*. Los peregrinos del *Persiles* no dejarán de ir a admirar, a su llegada a Roma, los cuadros «del devoto Rafael de Urbino y los del divino Micael Ángelo». Pero nos gustaría, sobre todo, saber si se limitó a acumular de esa forma las lecturas, las imágenes, los recuerdos, o si aprovechó sus ocios para ponerse a escribir. Por iniciativa de López de Hoyos, sus primeros pasos habían sido los de un poeta lírico. El prestigio de sus modelos preferidos —Petrarca, Bembo, Garcilaso, Herrera—, las justas de las academias napolitanas, los alientos de un Laínez o de un Figueroa, poetas ambos distinguidos, le incitaron a buen seguro a perseverar en esa vía. Buen número de los poemas intercalados en *La Galatea* —y sobre todo los que se refieren a Silena— debieron de ser escritos en los años de Italia. Pero nuestro desconocimiento de la cronología cervantina no nos permite identificarlos con seguridad. Además, sacrificar de este modo a las Musas no podía ser para Miguel sino un pasatiempo entre ocupaciones más serias: las que exigía el servicio de Su Majestad.

Ahora bien, en esos inicios de 1575, la primavera no se acompaña de los habituales preparativos militares. Don Juan vuelve en junio a España, sin instrucciones ni proyectos precisos. Forzado a la inactividad, condenado a la rutina, Cervantes siente renacer en él el espíritu de aventura. Una vez más el destino va a dar como respuesta a su expectativa más de lo que podía esperar.

El adiós a las armas

Si no sabemos cuándo se decidió a despedirse de Italia, tenemos, en cambio, alguna idea de los móviles que pudieron dictar su decisión. «Soldado aventajado», apenas puede tenerse por recompensado de su actuación en Lepanto, de las tres expediciones contra el Turco, de los cuatro años pasados en la milicia. ¿Qué puede esperar de sus jefes en el momento en que se difuminan las perspectivas de una nueva campaña? Además de padecer las lesiones residuales consecutivas a sus heridas, se siente cansado de la vida de ocupante en tierra extranjera, decepcionante para quien, fuera del estrecho recinto de las guarniciones, no encuentra más que indiferencia u hostilidad. Algo de esa decepción se deja traslucir en el cuadro desengañado que traza Tomás Rodaja de la vida itinerante del soldado, a medida que pasa revista a

> la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios, y, finalmente, la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía.

Estas reticencias serán también las de Berganza ante el espectáculo de esos soldadotes sin vergüenza, «los cuales hacían algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir a quien no lo merecía». Y la lección que de ello saca expresa un desencanto que nuestro héroe debió de compartir: «Pues aunque quiera y lo procure, [el buen príncipe] no puede remediar estos daños, porque todas o las más cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia».

Ya no es, pues, el momento en que Cervantes podía cantar como el paje del *Quijote*:

> A la guerra me lleva
> mi necesidad;
> si tuviera dineros,
> no fuera, en verdad.

A pesar de los escudos del duque de Sessa, está en apuros económicos; pero ya no puede ir a la guerra, al menos para combatir contra el Turco. A finales de junio de 1575, empieza a difundirse el rumor de la partida de don Juan para Flandes, en sustitución del duque de Alba, cuyo rigor no ha dado los resultados esperados. ¿Pensó Miguel en partir a sus órdenes? Más que a la llamada de las nieblas del norte, parece haber experimentado la de su tierra. Las nuevas que recibe de los suyos no son buenas. Desde hace dos años por lo menos, sus padres se enfrentan a problemas de dinero. Sin duda, Bocchi y Musacchi, los dos italianos, se buscaron otros socios en vez del excirujano. En cuanto a las liberalidades de Locadelo, en lo esencial se han disuelto en humo. Una vez más, el fantasma de la usura acosa la morada de los Cervantes, como lo sugiere un reconocimiento de deuda otorgado en 1570 por los dos esposos a un ropavejero madrileño. Por su parte, Andrea y Magdalena mantienen algún trato con Alonso y Pedro de Portocarrero, los hijos del desventurado gobernador de La Goleta; pero sus relaciones se han agriado. Alonso, que acaba de heredar la hacienda de su padre, multiplica las evasivas en vez de cumplir sus promesas. Una serie de actas notariales, la primera de las cuales data del 7 de mayo de 1575, da cuenta de una suma de mil ducados debida por los dos hermanos, de demoras de pago solicitadas o consentidas, de reclamaciones presentadas por las dos hermanas. No servirán de nada. Alonso, que enviuda en 1576, volverá a casarse al año siguiente con una joven de la mejor nobleza, sin haber respetado sus compromisos. Una última demanda presentada por Andrea en 1578 se verá también condenada al fracaso.

Miguel, seguro ahora de que la flota no partirá en campaña, decide regresar a España. Obtiene de don Juan y del duque de Sessa dos cartas de recomendación destinadas a apoyar su hoja de servicios. ¿Con qué objeto preciso? ¿Es para solicitar, a su regreso a Madrid, un cargo de capitán? Eso afirmará su amigo Castañeda, en su declaración de 1580, añadiendo que Cervantes esperaba verse confiar una de las compañías que estaban formándose para enviarlas a Italia. Pero, con su mano izquierda inútil, ¿podía honradamente seguir soñando, como en la época de Acquaviva, y

esperar una promoción raramente concedida a quien no tenía en su activo diez años de servicio? No hemos conservado las cartas de que era portador al salir de Nápoles. Pero adivinamos su contenido por lo que dice Sessa en el certificado que enviará tres años más tarde a Leonor de Cortinas. Más evasivo que Castañeda, el duque declara sólo que su protegido, inválido de la mano izquierda, solicitó del señor don Juan permiso para volver a España «a pedir se le hiziesse merced».[11] Por su parte, Leonor será más lacónica todavía: sus palabras sugieren un despido puro y simple de su hijo. Disminuido por sus heridas, ¿no aspiraría Miguel más bien a un empleo civil? ¿Un cargo de corregidor, por ejemplo, a semejanza de su abuelo el licenciado, o de su tío Andrés? Solicitará uno, quince años más tarde, en su demanda al Consejo de Indias.

Lo cierto es que, en los primeros días de septiembre, nuestro «soldado aventajado» embarca en Nápoles en la galera *El Sol*. Mandado por Gaspar Pedro de Villena, era uno de los cuatro navíos de la flotilla que, a las órdenes de don Sancho de Leiva, se disponían a hacerse a la mar rumbo a Barcelona: salida tardía, debido a que el destino de esos navíos había sido, durante todo el verano, objeto de un desacuerdo entre don Juan de Austria y el marqués de Mondéjar, virrey de Nápoles. Con Miguel suben a bordo, además de su hermano Rodrigo y algunos de sus amigos, varias personalidades notorias. Es una travesía incómoda la que nuestro héroe se dispone a vivir, digna de la que hará el Licenciado Vidriera en una de «aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas». Pero, sobre todo, será una travesía dramática. Al cabo de unos días, una tempestad dispersa las galeras. Tres de ellas llegaron finalmente a buen puerto; pero la última, *El Sol*, va a ser sorprendida por corsarios y sus pasajeros llevados cautivos a Argel.

Basándose en declaraciones divergentes, completadas por los relatos más o menos amplificados que nos ofrecen las ficciones cervantinas, se ha afirmado que la flotilla había soportado dos tempestades. La primera la habría llevado hacia Córcega, para luego ser dispersada, por la segunda, a la

altura de Toulon. Para otros, sólo existiría una tempestad, ocurrida en el golfo de León. Sólo la galera de Cervantes, separada del resto de los navíos, sería la desviada hacia Córcega. Pero, en ambas hipótesis, trató de reunirse con el resto de la flotilla bordeando las costas francesas. Entonces, el 26 de septiembre, habría sido abordada por los corsarios a la altura de Tres Marías —en otros términos, frente a Saintes-Maries-de-la-Mer.

Esta versión de los hechos es la más difundida; pero hoy ya no se admite: mezcla detalles puramente novelescos con datos dispares sacados de una lectura apresurada de los documentos. Uno de los mejores conocedores de la cuestión, Juan Bautista Avalle-Arce, ha realizado un riguroso análisis de las fuentes de que disponemos, mostrando que se habían confundido las distintas travesías hechas por *El Sol* durante esos años.[12] De su estudio destacan tres puntos esenciales. En primer lugar, Cervantes no dejó Nápoles el 20 de septiembre, como se ha creído durante dos siglos, sino el 6 o el 7 del mismo mes. Luego, fue el 18 de septiembre cuando la flotilla que había costeado, como era habitual a la llegada del otoño, las riberas de Italia y de Provenza, fue dispersada por la tempestad a la altura de Port-de-Bouc. Por último, la captura —ocurrida efectivamente el 26— no tuvo lugar en las cercanías de Saintes-Maries, sino más abajo, frente a las costas catalanas, no lejos de Cadaqués o de Palamós. La desesperación de los desventurados pasajeros fue mayor por tanto, dado que estaban casi al término de su viaje.

¿Quién perpetró el ataque? Un renegado albanés —como indica su nombre— llamado Arnaut Mamí, al frente de tres galeras. Su lugarteniente, otro renegado, griego de origen, se llamaba Dalí Mamí; pronto volveremos a oír hablar de él. Negándose a rendirse, los españoles oponen una resistencia de varias horas a sus enemigos; muchos de ellos, entre los que figura el capitán, perecen durante el combate. Por último, abrumados por el número, los supervivientes son trasladados, atados de pies y manos, a los navíos de los asaltantes. Apenas concluye esta operación cuando el resto de la flotilla cristiana aparece en el horizonte, obligando a los corsarios a huir

apresuradamente con sus cautivos. Tres días más tarde, las galeras de Arnaut Mamí llegan a la vista de Argel:

> Cuando llegué cautivo y vi esta tierra
> tan nombrada en el mundo, que en su seno
> tantos piratas cubre, acoge y cierra,
> no pude al llanto detener el freno..

Así habla Saavedra en *El trato de Argel*. El autor del *Quijote* conservará grabada en su memoria esa llegada. Pero no será, ni mucho menos, su único recuerdo de cautiverio.

Los baños de Argel

En este día de septiembre, un cautivo de veintiocho años desembarca con sus compañeros de cadena. A la desesperación de estar en manos de corsarios a los que antes había combatido, se mezcla la angustia ante el porvenir que lo espera, pero también el asombro ante un espectáculo insólito. Allí donde no pensaba encontrar más que un nido de piratas, descubre una ciudad de ciento cincuenta mil habitantes, más poblada que Palermo o Roma, y cuya animación no deja de recordarle la de Nápoles. Poco a poco, como observador perspicaz, descubre los signos múltiples de una prosperidad que se muestran unánimes en subrayar los testimonios de la época: un puerto en plena actividad, con su faro, su malecón y sus almacenes; un movimiento permanente entre los diferentes zocos, a través de callejas cuya red oculta una sabia ordenación de casas y de barrios; una multitud de mezquitas, de baños y de palacios cuyos patios secretos rumorean con el murmullo de las fuentes; al otro lado de las murallas que protegen la ciudad, una profusión de jardines dominando el mar o escalando las colinas suspendidas sobre ella. En resumen, todos los síntomas de un desarrollo que, medio siglo más tarde, llevará a la ciudad a su apogeo.

Argel debe lo esencial de ese desarrollo al corso, forma alternativa de la gran guerra, pero también industria antigua y generalizada cuyos orígenes se pierden en la noche de los tiempos. Los corsarios musulmanes, técnicos y tácticos consumados, lo han llevado a un punto de perfección que nunca alcanzará el vigoroso corso cristiano que se practica desde Liorna a Malta. Rápidas, manejables, perfectamente mantenidas, las galeras argelinas —una treintena en la época de Cervantes— son la punta de lanza de su economía. Saqueando cada año por centenares los navíos cristianos, llevándose a millares de cautivos desde las costas de España y de Italia, enriquecen la ciudad entera con el tráfico de esclavos y el comercio de las mercancías robadas. Cada regreso a puerto es ocasión de alborozo. Como dice un testigo ocular, «todo es comer y beber y triunfar». Fácilmente podemos imaginarnos a Miguel y a sus compañeros expuestos a ese júbilo desencadenado, mientras los llevan al mercado de esclavos: examinados por todas partes por eventuales compradores, los cautivos eran vendidos en subasta al mejor postor. Tal vez esta humillación le fue ahorrada a nuestro héroe, porque en el reparto va a caer en manos del segundo de Arnaut Mamí, Dalí Mamí, apodado *el Cojo*. Semejante privilegio se explica por las prestigiosas firmas de las cartas de recomendación halladas en su poder. Persuadido de que tiene en sus manos a un personaje importante, el corsario reclamará, como precio de su rescate, la considerable suma de quinientos escudos de oro.

Ésa es la primera información que nos ha llegado de la estancia de Cervantes en Argel. Una estancia de cinco años que conocemos en sus grandes líneas y peripecias notables: gracias a las declaraciones reunidas en las dos informaciones de 1578 y 1580; gracias también a las pruebas que conservamos de las gestiones emprendidas por la familia del escritor para obtener su rescate y el de su hermano; gracias por último al testimonio de la *Topographía e historia general de Argel*, publicada en 1612 a nombre de fray Diego de Haedo, pero cuya autoría no ha podido establecerse hasta ahora: [13] obra que abunda en indicaciones sobre la ciudad y, además, concede una mención muy particular a Cervantes entre los cristianos cuyo

valor encomia. Con todo, estos testimonios, directos o indirectos, deben manejarse con precaución: los de sus compañeros, porque fueron presentados a petición de Cervantes, para rechazar las palabras difamatorias dichas contra él por sus enemigos, especialmente en la *Información de Argel*, donde, como acaba de mostrar Pina Rosa Piras, el juego de preguntas y respuestas se configura de tal modo que tiende a forjar una imagen heroica y ejemplar del manco de Lepanto; el que debemos a la *Topographía*, por ser inseparable de la requisitoria lanzada por el autor contra la ciudad y sus piratas, a fin de sacar a la opinión española de su indiferencia y estimular la obra de redención de los cautivos.

Digamos más: estas fuentes poco nos dicen sobre lo que, para nosotros, constituye lo esencial: la forma en que Cervantes vivió desde dentro esta experiencia; las relaciones que mantuvo con musulmanes y cristianos; la mirada que lanzó sobre una civilización diferente de la suya. Sentimos, pues, la tentación de apelar, para completar estos datos, a las proyecciones literarias de su cautiverio: además de dos comedias de título evocador —*El trato de Argel* y *Los baños de Argel*—, el relato del Cautivo, intercalado en el *Quijote*, y cuyo interés ya hemos podido apreciar. Es que detrás de la parte de convención y fabulación que comportan, estas transposiciomes nos restituyen, además de los fragmentos de una aventura excepcional, los sentimientos personales de quien la conoció. Escuchemos al protagonista, el capitán Ruy Pérez de Viedma:

> [Yo estaba] encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman *del almacén*, que es como decir *cautivos del concejo*, que sirven a la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad; que, como son del común y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. También los cautivos del rey que son de rescate no salen al trabajo con la demás chusma, si no es cuando se tarda su rescate; que entonces, por hacerles que escriban por él con más ahínco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo.
>
> Yo, pues, era uno de los de rescate; que como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente

principal, señalados y tenidos por rescate. Y aunque la hambre y desnudez pudieran fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba a aquél; y esto, por tan poca ocasión, y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano.

No todos los cautivos solían padecer esas crueldades y esos suplicios. Como han determinado los historiadores del corso, los más expuestos eran los más humildes, convertidos en servidores en las casas, en mano de obra en el campo o en trabajadores en los astilleros y los arsenales. Entre todos ellos, los más dignos de compasión eran los más robustos: si durante el verano servían de remeros en las galeras, durante la temporada invernal eran empleados en tierra como descargadores o alquilados por jornadas. Más envidiable era el destino de los especialistas en navegación: armeros, fundidores, carpinteros de obra, ingenieros y calafates. Indispensables para el corso, eran muy apreciados en el mercado; a cambio, su dedicación les prohibía cualquier esperanza de rescate; también los impulsaban a renegar. Los muchachos y muchachas jóvenes tenían derecho, por supuesto, a toda clase de miramientos. Pero, destinados a ser instrumentos de placer, incitados por sus amos a abrazar el islam, inspiraban desprecio a sus compañeros de miseria. Como señala el Cautivo, distinto era el caso de las gentes de calidad o que se presumía que lo eran. Como cautivos de rescate, escapaban a todas esas coacciones; en contrapartida, se convertían en objeto de transacciones especuladoras, bien entre sus diferentes propietarios, bien entre éstos y los frailes redentores —trinitarios y mercedarios principalmente— venidos de España y de Italia para negociar su liberación.

Durante los primeros meses de su cautiverio, Miguel conoció, pues, cierta ociosidad. Confinado en el baño del crepúsculo al alba, debió argüir su invalidez para obtener que durante el día le fuera permitido ir y venir por la ciudad y rozarse en ella con todo un mundo cuyos usos y costumbres desconocía hasta entonces. De hecho, las aventuras novelescas que presta a sus personajes se desarrollan en un marco y un ambiente marcados por el sello de una observación aguda. No son sólo los ritos del corso y de la

esclavitud los que componen el telón de fondo de estas aventuras. Es también toda una organización política cuyos engranajes nos da con todo detalle: detrás del bajá, delegado del sultán, al que asisten los consejeros que forman el *Diwán*, nos permite vislumbrar al *Odjaq* (la milicia de los jenízaros) y la *Taifa* de los *raïs* (la corporación de corsarios), es decir, las dos organizaciones feudales que se disputan la realidad del poder en Argel.

Lo que ante todo nos descubre, aunque con leves pinceladas, sin caer nunca en la exposición didáctica o en el cuadro de costumbres, es el funcionamiento de una sociedad abierta, a la medida de esa «arca de Noé» en que se había convertido la ciudad: una sociedad diferenciada hasta el extremo, pero según criterios que parecen fundarse menos en el oficio o la riqueza que en la pertenencia religiosa o racial. En la cima de la pirámide, los turcos, que forman el marco administrativo y militar de Argel; con ellos los corsarios, originarios de toda la cuenca del Mediterráneo y representando a «todas las naciones cristianas». En la parte baja de la escala, la masa de cautivos, que Haedo estimaba en veinticinco mil almas a finales del siglo XVI, sin contar los esclavos negros. Entre la cima y el pie, toda una serie de colectividades, entre las que destaca, en medio de un mundo equívoco y abigarrado de artesanos moriscos, de tenderos renegados, de mercaderes cristianos y de jornaleros cabilas, una colonia judía singularizada con toda nitidez. Estas comunidades mantenían entre sí relaciones complejas de las que las ficciones cervantinas nos proponen, más allá de los inevitables tópicos, una visión sin maniqueísmo. Por cierto, entre individuos, a veces los antagonismos se exacerban. Al hilo de la acción o de la intriga, moros y cristianos se tratan mutuamente de perros y de canalla. El bufón de *Los baños de Argel*, el sacristán Tristán, no escatima insultos a los niños moros que de él se ríen, ni pullas contra un judío del que se burla atormentándole. Pero el entrecruzamiento sentimental entre amos y esclavos, los amores del Cautivo y Zoraida, hija del renegado Agi Morato, permiten vislumbrar, más allá de sus implicaciones literarias, lo que la España inquisitorial ignoraba: la convivencia de esas comunidades.

Cervantes se compadece de la suerte que conocen sus compañeros, víctimas de amos irascibles o juguetes de sus deseos libidinosos. No obstante, nos da del mundo musulmán una representación infinitamente más matizada que la deformación caricaturesca a la que nos acostumbran los escritos polémicos de sus contemporáneos. No hagamos de él un adepto del Corán. Sus testigos, unánimes, le han visto «vivir como buen cristiano, themeroso de la honra de dios, y confesarse y comulgarse en tiempos que los cristianos lo acostumbran, y si algunas vezes a thenido pláticas con moros o renegados, a defendido siempre la santa fee cathólica y a confortado y animado a muchos porque no se hiziessen moros y renegados».[14]

Sin duda alguna. Pero al contacto de moros y renegados, Miguel tiende a prescindir de prejuicios, a renunciar a las opiniones apresuradas. Fustiga en sus obras a los que, por debilidad y falta de valor, abandonan la fe de Cristo; y exalta, por contraste, el heroísmo de los mártires fieles a sus convicciones, como Miguel de Aranda, ese sacerdote valenciano que, posiblemente, fue lapidado y quemado ante sus ojos. Pero también sabe que son pocos los musulmanes que imponen el reniego a sus esclavos: para no verse obligados a liberar a cada nuevo converso, como la ley les ordena, prefieren meter «un cristiano en el cristianismo a palos», en interés propio. En cuanto a la curiosidad que Cervantes siente por el islam, no se trasluce sólo en la abundancia de términos y expresiones árabes que emplea; se refleja en sus alusiones a las salutaciones musulmanas, a las llamadas de los muecines a la plegaria, a los ritos de bodas del sultán marroquí Muley Maluco (Abd-el-Malek). Se afirma asimismo al reconocer la relativa tolerancia de los turcos respecto a sus cautivos. Como se dice en *Los baños de Argel*:

Y aun otra cosa, si adviertes,
que es de más admiración,
y es que estos perros sin fe
nos dejen, como se ve,
guardar nuestra religión.
Que digamos nuestra misa

> nos dejan, aunque en secreto.

Cervantes no dejará de recordar estas experiencias argelinas, el día en que la España de Felipe III decrete la expulsión masiva y definitiva de los moriscos.

Las tribulaciones del cautivo

Si nos seduce la imagen del islam que nos proponen las ficciones cervantinas, es ante todo porque, fruto de todo un proceso de elaboración artística, se ha decantado al hilo de los años. Pero, en lo más vivo de la acción —o de la inacción—, pocas ganas debió de tener nuestro héroe de pasear en torno suyo la mirada serena del observador imparcial. Pasada la desesperación inmediata nacida de su captura, no tuvo otra preocupación, como buen número de sus compañeros, que dejar cuanto antes Argel y sus amargas delicias. Sin duda avisó a sus familiares. Pero, visto el precio de su rescate, mal podía esperar verles reunir la suma necesaria. Los sentimientos que entonces experimentó debieron de ser idénticos en todo punto a los que presta al Cautivo del *Quijote*:

> Pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra no correspondía el suceso a la intención, luego, sin abandonarme, fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca.

Igual que su *alter ego*, Cervantes no va a pensar en otra cosa que en evadirse, a pesar de las dificultades y los riesgos de la empresa. En enero de 1576, en pleno invierno, pone en marcha su primera tentativa, en compañía de algunos de los que más tarde declararán en su favor. Aventurarse en pleno mar en aquel momento hubiera sido locura. Prefirió, pues, llegar al presidio más cercano, a cien leguas al oeste de Argel:

> buscó a un moro que a él y a otros cristianos los llevase a Orán, por tierra, y los sacó de Argel; y habiendo caminado algunas jornadas el moro los desamparó; por lo qual le fue necesario volverse para Argel al propio encerramiento que de antes estaba, y desde entonces fue muy más maltratado que de antes de palos y cadenas.[15]

Por riguroso que fuera, este trato no puede compararse con el destino reservado generalmente a los fugitivos cogidos: basta con leer en Haedo la descripción de los atroces castigos que solian padecer. Cervantes debió de librarse de ellos por el beneficio que su amo esperaba sacar del rescate de un protegido de don Juan de Austria. Dos de sus compañeros de evasión, Castañeda y Antón Marco, escaparon también al suplicio. Lograron incluso salir mejor librados, porque, en el mes de marzo, consiguen su rescate y parten para España. Por mediación suya probablemente, Miguel y Rodrigo van a prevenir a sus padres: en efecto, con la primavera, el cirujano emprende, al parecer, sus gestiones. Procede, primero, a la venta de bienes de su propiedad, sin que se sepa qué cantidad sacó de ellos. Algo más tarde, dirige al Consejo de Castilla, luego al Consejo Real, una petición de ayuda: en vano. El 9 de noviembre de 1576 presenta una nueva demanda, apoyada por una prueba de limpieza de sangre hoy perdida; pero la ayuda financiera que solicita le es negada de nuevo. Entonces es cuando Leonor se dirige al Consejo de la Cruzada. A instigación sin duda de su fiador, Getino de Guzmán, se hace pasar por viuda, y con éxito: el 16 de diciembre le conceden bajo condiciones un préstamo de sesenta ducados para el rescate de sus dos hijos.

Entretanto, tres religiosos mercedarios habían sido designados por su orden para realizar una redención de cautivos. Acabados sus preparativos, los tres monjes —fray Jorge de Olivar, fray Jorge de Ongay y fray Jerónimo Antich— parten hacia Argelia, donde desembarcan el 20 de abril de 1577, «con gran copia de dinero y otros medios de mercaderías».[16] ¿Recibieron una suma suficiente del cirujano y de su esposa? A buen seguro que no, porque, a su llegada, Dalí Mamí sube a quinientos ducados el rescate de Miguel. Éste toma entonces una decisión que le honra: a despecho de su derecho de primogenitura, convence a los redentores para que rescaten

primero a su hermano, estimado por su amo el bajá en trescientos ducados. Pero no ha renunciado a toda esperanza de volver a España: su decisión sigue siendo la misma y se propone aprovechar la liberación de Rodrigo para lograr sus propósitos.

Al apartarse así en beneficio de su hermano menor, Miguel acariciaba en secreto un proyecto muy preciso. Rodrigo estaba encargado de tomar lengua, en cuanto llegase a España, con uno de aquellos marinos audaces que, a bordo de una fragata, iban a buscar de noche a los cautivos cristianos en las costas argelinas, devolviéndolos, por su cuenta y riesgo, a Valencia o Mallorca. Empresa peligrosa, desde luego, pero corriente y coronada a menudo por el éxito. Aún tenían que procurarse las ayudas y los fondos necesarios. A este fin, Rodrigo debía asegurarse el apoyo de las autoridades locales, gracias a las cartas de recomendación que le habían enviado dos caballeros de Malta recientemente liberados, don Antonio de Toledo y don Francisco de Valencia. A principios del mes de mayo, Cervantes pone en marcha su plan. Aprovechando la ausencia de Dalí Mamí, lleva fuera de la ciudad a «catorce cristianos de los principales que entonces auía en Argel cativos»,[17] y los oculta en una gruta sita al fondo del jardín del alcaide Hasán, a tres millas al este de Argel. Gracias a la complicidad del jardinero, un esclavo navarro llamado Juan, los catorce cautivos van a pasar cinco meses de incógnito en su escondrijo, alimentados y confortados por Miguel, a la espera del navío salvador. Cinco meses interminables durante los que, cosa increíble, los turcos no parecen darse cuenta de su desaparición.

¿Por qué una espera tan larga? Simplemente, porque la clave de la operación, Rodrigo de Cervantes, ha tenido que esperar todo el verano antes de tomar el camino de regreso. En julio de 1577, una vez cumplido su mandato, Rabadán Bajá, su antiguo amo, deja Argel para dirigirse a Constantinopla. En su lugar, el *beylerbey* Euldj Alí nombra a otro de sus adictos, del que Ruy Pérez de Viedma nos ha dejado un evocador retrato. Era, nos dice, «un renegado veneciano que, siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fue uno de los más regalados garzones suyos, y él vino a ser el más cruel renegado que jamás se ha visto.

Llamábase Azán Agá, y llegó a ser muy rico, y a ser rey de Argel». Haedo, por su parte, nos informa sobre la fisonomía del dicho, al que describe «alto de cuerpo, flaco de carne, los ojos grandes, encendidos y encarnizados, la nariz larga y afilada, la boca delgada, no demasiadamente barbado, de pelo como castaño y color cetrino que declinaba para amarillo, señales todas de su mala condición».[18]

Desde el momento en que llega a Argel, Hasán pretende apoderarse de todos los cautivos ya rescatados y dobla el monto de su rescate. Francisco de Valencia y Antonio de Toledo figuran entre los pocos que se le escaparán por los pelos. Será preciso que fray Jorge de Olivar, uno de los tres redentores, se ofrezca él mismo como rehén al nuevo gobernador para que éste autorice, el 24 de agosto, la partida de un primer convoy de ciento seis cautivos. Rodrigo va entre ellos. Apenas llegado a España, pone manos a la obra. A las cuatro semanas, se arma en Mallorca una fragata; mandada por un excautivo llamado Viana, parte en busca de Miguel y de sus compañeros. Éstos la esperaban el 28 de septiembre, pero el día acordado la nave no acude a la cita. Al parecer, o bien los mallorquines consideraron demasiado arriesgado desembarcar, o bien fueron avistados y tuvieron que levar anclas, o bien fueron capturados. Lo cierto es que uno de aquellos a quienes los fugitivos habían participado el secreto, un renegado de Melilla apodado *el Dorador*, tuvo miedo y fue a contárselo todo a Hasán. Sorprendidos en la mañana del 30 por los turcos en su gruta, los desventurados no pudieron oponer la menor resistencia. Fue entonces cuando, según los principales testigos, Miguel dio prueba de un extraordinario valor. Para empezar, se declara el único culpable; de creerle, sus compañeros se limitaron a seguir sus consejos y sus instrucciones. Persiste en esa actitud durante su comparecencia ante el bajá, a pesar de los insultos y las amenazas de muerte. De este modo consigue librar de acusaciones no solamente a los que había arrastrado consigo, sino también a fray Jorge de Olivar, que había quedado como rehén, y al que sus carceleros acusaban de complicidad.

Pero ¿a qué precio? En este asunto sólo hubo una víctima, el desgraciado jardinero, colgado el 3 de octubre y que morirá en medio de

atroces sufrimientos. En cuanto a Cervantes, también logra escapar al castigo supremo: cargado de grillos y cadenas, es encarcelado durante cinco meses en el baño del rey. Semejante mansedumbre asombra de parte del renegado veneciano, a quien muchos testigos describen como un hombre cruel y al que las ficciones cervantinas nos muestran distribuyendo golpes, torturas y suplicios a los desventurados esclavos. Por cierto, sus víctimas eran por lo general pobres diablos, mientras que Miguel, por las razones ya vistas, era considerado un cautivo de excepción. Indudablemente, Hazán también quedó impresionado por su determinación y su sangre fría: eso es al menos lo que sugiere la *Topographía* y lo que da a entender el homenaje que el bajá, en *El trato de Argel*, rinde a la lealtad y valor indomable de los cautivos españoles.

Indomable, Cervantes lo fue con toda seguridad, porque cinco meses más tarde, en marzo de 1578, vuelve a las andadas:

> theniendole el dicho rrei en su baño al dicho miguel de serbantes cargado de hierros y con yntecion de castigarle, a cabo de cinco meses que abia que estaua allí procuró de buscar un moro que llevase cartas a orán al señor marqués don martín de cordoba, general dél, y a otro cavalleros y personas principales, sus conoscidos y amigos, para que le enviasen alguna espía o hespías o personas de fiar que con el dicho moro viniesen para llevare a él y a tres cavalleros prinvipales que con él estauan en el baño que heran del rrey.[19]

Una vez más, conoce el fracaso:

> Yendo el dicho moro, con las cartas para orán, fue tomado de otros moros en el camino a la entrada y cerca de orán, y sospechando de algun mal por las cartas que le hallaron, le prendieron y bolbieron para argel, delante de haçán-baxá, el qual, visto las dichas cartas y firmas y nombres del dicho miguel de serbantes, mandó al dicho al moro que luego sin rretencion ninguna lo empalasen biuo, el qual moro murió con mucha constancia, sin manifestar cosa alguna; y al dicho miguel de serbantes mandó le diesen dos mill palos.[20]

¿Dos mil palos? Eso supone la muerte sin remisión. Pero, añade uno de los testigos, «si no le dieron, fue porque obo buenos terceros».[21] Por tercera vez, Cervantes salvaba la cabeza. Evidentemente, nos gustaría saber más sobre estas intervenciones. Con sorprendente discreción, el capitán cautivo se limita a hacerse eco de nuestro asombro. Evocando las hazañas

de uno de sus compañeros, «un soldado español llamado tal de Saavedra», el cual hizo «cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar la libertad», se limita a observar: «[Azán Agá] jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez».

¿De qué apoyos pudo disponer Miguel? Se ha sugerido una gestión ante Hasán de Dalí Mamí, ahora Capitán del Mar y poco amigo de perder un esclavo de valor. También se ha pensado en alguna misteriosa morisca prendada de él, al estilo de la hija de Agi Morato, enamorada del Cautivo. A decir verdad, las condiciones reales de la vida en Argel eran poco propicias para semejantes idilios: el esclavo cristiano cogido *in fraganti* en compañía de una musulmana estaba condenado a una muerte segura, salvo que aceptase convertirse al islam. Según otra hipótesis, sugerida por Astrana Marín y retomada con nuevos argumentos por Natalio Ohanna, Cervantes pudo valerse de la protección de renegados con los cuales había establecido lazos de confianza y a los que volveremos a encontrar más adelante.[22] Tampoco cabe descartar una intervención relacionada con envites diplomáticos. Agi Morato —Hayyí Murad—, de quien las ficciones cervantinas nos han dejado una imagen tan novelesca como emotiva, resultaba ser, de hecho, un personaje importante en la capital magrebí. Este renegado nacido en Ragusa, en la costa dálmata, era famoso por su riqueza. También debía su prestigio a su calidad de *hadjí* (había peregrinado a La Meca), lo mismo que a su crédito ante el Gran Turco, de quien era uno de los enviados o *chaúces*. Su hija, convertida más tarde por Cervantes en personaje de ficción, se había casado en primeras nupcias con Abd-el-Malek, sultán de Marruecos, el cual, exiliado en Argel por una conspiración palaciega, había reconquistado su trono en 1576. Viuda dos años más tarde a la muerte de su esposo, fallecido en la batalla de Alcazarquivir, donde el rey Sebastián de Portugal pereció derrotado, volvería a casarse en 1580 con el mismo Hasán Bajá. En dos ocasiones, en marzo de 1573 y luego en agosto de 1577, Agi Morato hizo en secreto las primeras aperturas en

dirección a España: aperturas ambiguas, por cierto, pero que fueron el preludio de las negociaciones de Constantinopla cuyo resultado serán las grandes treguas hispano-turcas de 1579-1581. Los archivos españoles hablan de contactos discretos con Felipe II a través de diversos intermediarios: comerciantes valencianos; un monje redentor conocido de Cervantes, fray Rodrigo de Arce; el virrey de Valencia, implicado por Rodrigo en la tentativa de evasión de 1577; por último, don Martín de Córdoba, al que hemos visto vinculado al proyecto fallido de marzo de 1578. Estos documentos evocan incluso una propuesta de alianza con la perspectiva, para don Juan de Austria, del gobierno de los Estados venecianos. Propuesta un tanto más quimérica, ya que el vencedor de Lepanto, enviado a los Países Bajos por su hermanastro, murió prematuramente en Namur, víctima del tifus, el 1 de octubre de 1578:

Non rescatar, non fugir,
Don Juan no venir,
acá morir.

Tal es el estribillo con el cual los niños moros de *Los baños de Argel* se burlan de los cautivos, en esa *lingua franca*, trufada de español y de italiano, que servía de esperanto entre musulmanes y cristianos: «lengua —nos dice el Cautivo— que en toda la Berbería, y aun en Costantinopla, se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas con la cual todos nos entendemos». Sí, a buen seguro había una parte de farol en las ofertas de Agi Morato. No obstante, Cervantes, con sus altas relaciones reales o supuestas, bien pudo ser introducido en la intimidad del *chaúz* como informador oficioso, consiguiendo luego, en dos ocasiones el perdón de Hasán. Cabe observar, al respecto, que varios testimonios corroboran lo que Ruy Pérez de Viedma nos dijo de la mansedumbre del bajá con el «tal de Saavedra», al señalar rasgos que tienden a matizar el retrato negativo que nos ofrecen otras plumas. Es así como el mercader y espía Francisco Gasparo Corso lo llama «muy grande amigo y de Andrea mi hermano»,

añadiendo que «es un hombre muy leído y sabe muy bien escribir y contar en nuestra lengua».[23]

Mientras tanto, el cirujano y su esposa habían reanudado sus gestiones. En marzo de 1578, en el momento mismo en que su hijo sufría su tercer fracaso, Rodrigo *senior*, resucitado para la circunstancia, presenta una nueva demanda de ayuda ante el Consejo de Castilla, acompañada de la información cuyo tenor ya hemos aprovechado. No parece haber tenido el menor efecto. En cuanto a las hermanas de Miguel, no sabemos a ciencia cierta si compartieron los esfuerzos de sus padres. Doce años más tarde, en su demanda al Consejo de Indias, el excautivo dirá que sacrificaron su dote para el rescate de sus hermanos. Esta frase, forjada por las necesidades de la causa, debe aceptarse con prudencia. Por lo que hace a Magdalena, parece haber mantenido nuevos tratos con poco éxito. Un tal Fernando de Lodeña, al que volveremos a encontrar, luego un hidalgo vasco llamado Juan Pérez de Alcega, le hicieron, entre 1578 y 1580, promesas no cumplidas. En ese mismo período, Andrea se dedica a trabajos de costura, en compañía de su hija Constanza, de la que se ha convertido en tutora. Parece haber llevado sus asuntos con más discreción que su hermana menor, con más tino también, como lo atestigua el tren de vida que lleva; en particular, su alquiler, cinco veces superior al que pagaban sus padres. Fue probablemente ella quien, por mediación de los frailes mercedarios, entregó al mercader valenciano Hernando de Torres, en junio de 1578, la parte más importante de los cien ducados que representan la contribución de las dos hermanas a la empresa común. Pero Torres, que debía dirigirse entonces a Argel para negociar el rescate de un lote de cautivos, no cumplió su misión.

Es la madre del cautivo la que, una vez más, despliega mayor actividad. A fin de recoger los fondos necesarios, asume una participación en una operación comercial: en julio de 1578, pide permiso al Consejo de Guerra para exportar a Argel ocho mil ducados de mercancías procedentes del reino de Valencia. En apoyo de su demanda, presenta un atestado del duque de Sessa. En noviembre, recibe del rey una licencia correspondiente a un valor mucho menor —sólo dos mil ducados— «para el rescate del dicho Miguel

de Cervantes». De hecho parece que no encontró el fiador que necesitaba en semejante circunstancia.[24] Después de todo, Leonor aún no había devuelto, en esta fecha, el adelanto de sesenta ducados que el Consejo de la Cruzada le había concedido el año anterior. El Consejo le reclama esa suma desde el vencimiento del plazo fijado. En marzo de 1579 sigue sin pagar la deuda y se ve amenazada con el embargo de sus bienes, así como su fiador, Getino de Guzmán. Tendrá que realizar los mayores esfuerzos para obtener una prórroga.

No sabemos si Miguel estuvo al tanto de estas dificultades. De todas formas, no le quedaba otra salida inmediata que vivir en Argel un cuarto invierno. Con la vuelta de la primavera, van a renacer otras esperanzas; también le están reservadas otras tribulaciones. Tal vez las más duras.

El precio de la libertad

«Del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes —nos dice la *Topographía*— pudiera hacerse una particular historia.»[25] Por desgracia, entre marzo de 1578 y septiembre de 1579, transcurren dieciocho meses durante los que no sabemos casi nada de él. El único indicio que conservamos es una petición dirigida a Hasán en octubre de 1578, para obtener la liberación de fray Jorge de Olivar, que seguía como rehén. Al pie de este documento figura, entre otras firmas, la de nuestro héroe. Debemos concluir de ello que, aunque gozaba de un incontestable prestigio entre los cautivos, su crédito ante las autoridades había permanecido intacto y puede ser que el bajá suavizara pronto el régimen carcelario que le había impuesto.

¿Es preciso ir más lejos y ver en Cervantes un alma de acero que nunca conoció el desconcierto ni la duda? Sus hagiógrafos han difundido de buen grado esa fábula interpretando de modo abusivo el testimonio de sus compañeros. No es disminuir sus méritos imaginarlo a veces en la cresta de la ola, presa de sentimientos contradictorios que dan tanto más valor a sus

actos de valentía. Sin duda, compartió a menudo la emoción de esos cristianos que saca a escena en *Los baños de Argel* y que, desde lo alto de las murallas de la ciudad, contemplan el horizonte marino cantando su nostalgia de la patria perdida:

¡Cuán cara eres de haber, oh dulce España!

También aquellos de quienes era informador secreto le invitaron, tal vez, a convertirse al islam, con la perspectiva de una brillante carrera: así ocurría a menudo en casos semejantes. El número de renegados que aparecen en su obra, los papeles que les presta, la imagen matizada que de ellos da, muestran que no fue movido sólo por una mera curiosidad, sino que sintió profundamente el drama de estos millares de hijos perdidos, divididos entre dos civilizaciones. Releyendo la larga escena de *El trato de Argel* en que el soldado Saavedra persuade a uno de sus compañeros de que no debe renegar, se suscribe de buen grado la fina observación de un crítico que ve en la discusión que los enfrenta la proyección de un auténtico debate interno. Vueltos a situar en este contexto, su trato con moros y renegados y su vibrante defensa de la fe católica se aclaran con nueva luz y nos devuelven un Cervantes más cercano, más humano y, para decirlo todo, más verdadero.

La dha ciudad de baça y su partido —
— Pliego —
para q los contadores de relaciones
dieson razon de si miguel de zer
bantes abia dado qta de los ccc v ỹ D
q cobro por fincas del dho partido
del año de de c ỹ ambiertud de la co
mision q se le dio en c ỹ de a
del dho año pa cobrar el
reyno de granada y q son
L v ỹ D ce fe nnde
fincas de alcabalas —

Cª Mor 2ª ep. 253-1

alos manuales
4ª

a miguel de zerbantes se dio comon de su mag
en ... de ag.to de ... para q cobrase
las fincas de ciertos partidos del Reyno q en
trellos ... que auia de finca en las alca
valas y tercias de la ciudad de baza al bueltas por
del dho año de ... y en la qta que del dho año
se esta dando en esta contaduria por parte de
gaspar osorio de tejeda receptor de las dhas rentos
se presta vna carta de pago del dho miguel de zer
bantes por la qual parece le entrego veinte y dia
de mill noue... y quatro mrs y para poder se aclara
con la qta es necesario que los contadores
de relaciones den razon si el dho zerbantes a
dado qta de la dha comon y si en ella se hizo cargo
de los dhos mrs y tiene satisfecho y pago el cargo
della solo que ... en v ...

Por los libros de Relaçiones de su mag parece
que el dho miguel de cerbantes tuuo comision
para cobrar ... de ciertos p...

Pliego para que los contadores de relaciones diesen razón de si Cervantes había dado cuenta de los veintisiete mil maravedís que cobró del receptor de rentas de Baza. Valladolid, 19 de enero de 1603. Archivo General de Simancas

¿Cómo consiguió resistir, no ceder ni a la tentación ni a la desesperanza? Gracias, sin duda, a lo largo de todos esos meses, a la amistad, a la poesía y a la oración. Uno de los testigos que van a declarar en su favor al ser liberado habla de sus relaciones con la flor y nata de sus compañeros: sacerdotes, magistrados, religiosos, caballeros, oficiales y demás servidores de Su Majestad. Otro, el doctor Sosa, en quien, como hemos dicho, algunos ven hoy el verdadero autor de la *Topographía*, confirma ampliamente esta declaración, por haber oído decir que Miguel «se ocupaba muchas vezes en componer versos en alabanza de nuestro señor y de su bendita madre y del santísimo sacramento y otras cosas santas y devotas, algunas de las quales comunicó particularmente conmigo y me las enbio que las viese».[26] Estas palabras han dado pábulo a muchas suposiciones: según ellas, el autor del *Quijote* puso ya en el telar *El trato de Argel*, que acaba con la invocación de un coro de cautivos a la Virgen. Empezó a escribir *La Galatea* o, al menos, algunos de los poemas intercalados en la trama del relato. Estas posibilidades no pueden excluirse del todo. En cuanto a la famosa *Epístola a Mateo Vázquez*, dirigida al secretario de Felipe II, se trata de un ardiente alegato en favor de una expedición de castigo contra Argel. Descubierto en el siglo XIX, este texto fue considerado durante mucho tiempo un apócrifo hecho de retazos, entre los cuales figura un fragmento del parlamento que Saavedra dirige, en *El trato de Argel*, al rey de España, conjurándole a apoderarse de la ciudad. Recientemente, a raíz del hallazgo de un manuscrito conservado en los fondos de la biblioteca madrileña de Zabálburu, José Luis Gonzalo Sánchez-Molero ha deducido del examen de este documento que se remonta sin la menor duda a finales del siglo XVI, aunque, de momento, no estamos en condiciones de determinar a ciencia cierta quién fue el autor. [27]

Mientras tanto, lo cierto es que Cervantes, en el mismo tono de sus ensayos anteriores, siguió cultivando la musa lírica. Lo atestiguan los pocos vestigios que conservamos de su producción argelina: los dos sonetos que dedicó a su compañero de cautiverio, el italiano Bartolomeo Ruffino di

Chiambery, compuestos en 1576, así como las octavas que, tres años más tarde, ofrece al humanista siciliano Antonio Veneziano, capturado por los turcos en la primavera de 1579. Con toda seguridad, el trato con estas personas le produjo un alivio que necesitaba mucho. Cuando entrega a Veneziano su poema, acompañado de una epístola dedicatoria fechada el 6 de noviembre de 1579, Miguel acaba de vivir nuevas semanas de adversidades. Las esperanzas que por un instante ha acariciado, nos dice en esa carta, le han impedido dar un último repaso a esos versos: esperanzas falaces, cuya desaparición le condena a esperar días mejores. Pongámoslo en claro: ha intentado por cuarta vez fugarse y se encuentra ante un nuevo fracaso. El plan bosquejado por él durante el mes de septiembre era una variante del que había concebido dos años antes, con el concurso de su hermano. En esta ocasión se trataba de armar en Argel mismo una fragata de doce bancos y ganar España con sesenta pasajeros, «la flor de la cristiandad».[28] En la empresa participaban dos personajes clave: el proveedor de fondos, un negociante valenciano llamado Onofre Exarque, de quien sabemos que había comprometido mil trescientos doblones en la adquisición del navío; y el comprador propiamente dicho, un andaluz granadino llamado el licenciado Girón y que, vuelto renegado bajo el nombre de Abderramán, pretendía volver al seno de la Iglesia. Todo estaba listo cuando, a principios de octubre, un segundo renegado, florentino de origen, llamado Caybán, fue a contarle todo a Hasán. Sus declaraciones fueron confirmadas al punto por el auténtico autor de la maquinación, el doctor Juan Blanco de Paz. Este dominico que se había enemistado con todos, nacido en Extremadura de padres judeomoriscos, parece haber obrado por pura envidia, o por despecho de no haber sido aceptado entre los que se fugaban; como precio de su delación recibió un escudo de oro y una jarra de manteca.

Aterrorizado, Onofre ofrece entonces a Cervantes rescatarlo con sus propios dineros y enviarlo a España en el primer barco que salga. Pero Miguel, con el valor que ya conocemos, se niega a aceptar semejante propuesta. A fin de salvar a un inocente injustamente acusado por el bajá,

decide asumir la plena responsabilidad del caso. Abandonando la casa amiga en que se escondía, comparece ante Hasán, con las manos atadas y la soga al cuello. También esta vez el bajá le perdona la vida, pero tras haberle amenazado con ahorcarlo. Encarcelado en el propio palacio del rey, nuestro héroe permanece allí cinco meses. Precisión interesante: cuando Dalí Mamí regrese a Argel, Hasán le comprará su esclavo al precio fijado por el corsario: quinientos escudos de oro.

El relato que nos ha llegado de esta tentativa es, como de costumbre, de un perfecto laconismo. De creer a uno de los testigos, Cervantes debió su salvación al renegado murciano Morat Raïs, apodado Maltrapillo, que era a la sazón uno de los principales corsarios de Argel.[29] Tal vez se puede suponer, asimismo, una intervención de Agi Morato, a punto de convertirse en suegro del rey. Si hemos de creer en otra explicación, Hasán, cuyas costumbres conocemos, cedió a la seducción que Miguel ejercía sobre todos los que a él se acercaban. De ahí su magnanimidad; de ahí también el haberlo comprado para sí, antes de duplicar, seis meses más tarde, el precio de su rescate. ¿Hasta dónde llegó su mansedumbre? Ocurre que el autor del *Quijote*, al término de su cautiverio, fue objeto de acusaciones cuyo tenor ignoramos, pero a las que se vio obligado a responder mediante una información de moralidad. De modo paralelo, llama nuestra atención la importancia que reviste la homosexualidad en las comedias inspiradas por esa experiencia. El heroico Francisquito de *Los baños de Argel*, ejecutado por haber rechazado los intentos del cadí, es, por decirlo así, la imagen invertida del niño Juanico que, en *El trato de Argel*, cede a los deseos de su amo a cambio de golosinas y hermosas ropas. Por último, se observa en las ficciones cervantinas la recurrencia del nombre Andrés, el mismo que llevaba Hasán antes de renegar (siendo también, cabe recordarlo, el del tío y de la hermana mayor del escritor). Éstos serían otros tantos indicios, en opinión de algunos, de una preocupación inconfesada y reprimida hasta el punto de revestir las marcas de la repulsión más viva. Volveremos a hablar del tema.

En el mismo momento en que se desarrollaban en Argel estos sucesos, Leonor de Cortinas echaba sus últimos restos en la batalla entablada por ella hacía cuatro años. En marzo de 1579 había obtenido del Consejo de la Cruzada una nueva prórroga para la devolución de los sesenta ducados prestados tres años antes. El 31 de julio del mismo año, viuda de nuevo para la circunstancia, entrega a fray Juan Gil, procurador general de la Orden de la Trinidad, una suma de trescientos ducados para el rescate de su hijo Miguel, «que es de edad de treynta e tres años, manco de la mano izquierda, barbi rubio».[30] Aquello era cuanto ella y los suyos habían logrado reunir al término de sus esfuerzos. A esa cantidad los trinitarios van a añadir cuarenta y cinco ducados, tomados del monto de los subsidios obtenidos con vistas a la misión, que preparaban para la primavera siguiente.

El 29 de mayo de 1580, fray Juan Gil llega en efecto a Argel en compañía de fray Antón de la Bella, uno de sus correligionarios. Descubre una ciudad que se repone a duras penas de un invierno terrible, diezmada por una hambruna que ha matado a más de cinco mil personas; cansada de un bajá que multiplica los actos arbitrarios; inquieta por las concentraciones de tropas españolas señaladas en Badajoz y en Cádiz y que hacen temer —erróneamente— el envío de una armada contra la ciudad. Sin más tardar, los dos religiosos inician las primeras conversaciones con Hasán. Pero las discusiones se estancan porque los principales corsarios se hallan en el mar. En agosto, los dos redentores consiguen rescatar un centenar de cautivos; pero entre ellos no figura Cervantes. Hasán, cuyo mandato toca a su fin, ofrece entonces a fray Juan Gil sus mejores esclavos; fija el rescate en quinientos ducados por cabeza, a excepción de un tal Jerónimo de Palafox, estimado por él en mil ducados. En la incapacidad de pagar semejante suma, el trinitario decide rescatar a Miguel por el precio indicado: los doscientos ochenta escudos de que todavía dispone se completan con doscientos veinte escudos tomados del fondo general. El 19 de septiembre de 1580, mientras el bajá se prepara para hacerse a la vela, con sus esclavos ya encadenados a los bancos de su galera, fray Juan Gil entrega, en escudos de oro español, el monto del rescate.[31] Cervantes es libre al fin. A punto

estuvo de partir con su amo para Constantinopla: tal vez no hubiera vuelto jamás.

Se imagina cuál fue su júbilo. «Tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida», dirá Ruy Pérez de Viedma. No obstante, antes de dejar Argel, quiere saldar sus cuentas. Debe, en efecto, hacer frente a una campaña de difamación dirigida contra él por Blanco de Paz. No conocemos el contenido de las palabras difundidas sobre él por este «hombre murmurador, maldiziente, soberbio y de malas ynclinaciones».[32] ¿De qué se le acusó? De amistades con Maltrapillo, de complacencias con Hasán o de compromisos con Agi Morato? Los testimonios de que disponemos sólo hablan de «cosas viciosas y feas».[33] La amenaza era grave, porque Blanco de Paz se decía nada menos que comisario de la Inquisición. Así se explica por qué, siendo ya huésped de otro redimido, su amigo Diego de Benavides, Miguel quiso cortar en seco los rumores malévolos; a partir del 10 de octubre, hace que se proceda a la investigación a la que debemos las informaciones más claras relativas a su cautiverio. En presencia de fray Juan Gil y de Pedro de Rivera, notario apostólico en Argel, doce testigos, entre los que figuran Benavides y el doctor Sosa, confirman las afirmaciones emitidas en el interrogatorio sobre el «cautiverio, vida y costumbres» del requirente, demostrando, en esta ocasión, la inanidad de las palabras del aquel sacerdote indigno que era, en realidad, el sedicente comisario. Catorce días más tarde, el 24 de octubre, nuestro cautivo embarca con otros cinco redimidos en un navío que pertenece a maese Antón Francés. El 27 está a la vista de las costas españolas; su cautiverio ha durado cinco años y un mes.

El desenlace que tuvo ese cautiverio se parece al que nos ofrece *El trato de Argel*. El coro de cautivos que concluye esta comedia nos informa de la llegada inminente de fray Juan Gil, dirigiendo a la Virgen una ferviente acción de gracias. En cambio, la aventura del cautivo, igual que la de Don Lope, su homólogo de *Los baños de Argel*, ilustra una distancia mayor con respecto a las tribulaciones que padeció el manco de Lepanto: en efecto, los dos se evaden por mar, gracias a un renegado más leal que *el Dorador* o

Caybán. Pero la última palabra será la que oigan los estudiantes vagabundos del *Persiles*: dos falsos cautivos que engañan a los campesinos de un pueblo castellano con el pretendido relato de sus desgracias en las galeras turcas. Desenmascarados por el alcalde, en otros tiempos esclavo en Argel, reciben de él los detalles que les permitirán engañar en el futuro. Esta ironía final nos muestra hasta qué punto Cervantes, en el crepúsculo de su vida, ha despertado de sus sueños de antaño. Pero no renegará nunca de la lección que sacó de su experiencia argelina. No sólo le abrió horizontes nuevos; a prueba de la adversidad, le ayudó a revelarse a los demás tanto como a sí mismo. Por ese motivo fue el crisol en que siguió forjando su propio destino.

3

Amores inciertos (1580-1587)

Horas hay de recreación,
donde el afligido espíritu descanse, (...)

Prólogo, *Novelas ejemplares*

Las desilusiones del regreso

> Otro día vieron delante de sí la deseada y amada patria; renovóse la alegría en sus corazones, alborotándose sus espíritus con el nuevo contento, que es uno de los mayores que en esta vida se puede tener, llegar después de luengo cautiverio salvo y sano a la patria.

Éstos son los sentimientos que, en *El amante liberal*, presta Cervantes a Ricardo y a sus compañeros en el momento en que, huyendo de Chipre y de los turcos, avistan por fin Sicilia. Éstos fueron también los que él mismo debió de experimentar, el 27 de octubre de 1580, al ver surgir en el horizonte la costa de Levante, al norte de Alicante. Desembarcados en Denia, Miguel y sus compañeros hacen su entrada en Valencia tres días más tarde. Allí reciben la acogida tradicionalmente reservada a los cautivos liberados. En el convento de los Trinitarios les dispensan cuidados y consuelo. Luego, el día de Todos los Santos, se dirigen en procesión general a la catedral, para una acción de gracias cuyo ceremonial nos restituye *La española inglesa*.

Comienza entonces una espera de más de un mes, como se deduce de una declaración hecha en Madrid el 9 de diciembre por dos amigos suyos: posiblemente porque éstos quisieron testimoniar en favor suyo para ayudarle a conseguir un subsidio del Consejo de Castilla y permitirle devolver los préstamos concedidos a sus familiares para su rescate; a eso apuntaban al menos las gestiones emprendidas ocho días antes por su padre. Sea como fuere, Cervantes aprovechó este plazo para saborear los encantos de Valencia, ciudad de la que en el *Persiles* nos ha dejado un entusiasta elogio por «la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, (...), la hermosura de las mujeres y su estremada y graciosa lengua». Se piensa que mantuvo contactos con los poetas valencianos, a los que rendirá homenaje en *La Galatea*, y que durante su breve estancia pasó por la tienda de Timoneda, el editor de las comedias de Lope de Rueda: en *Los baños de Argel* se alude a la lozana vejez del librero escritor, que morirá tres años más tarde a avanzada edad.

A mediados de diciembre llega por fin a Madrid, tras doce años de ausencia, para abrazar a los suyos. Encuentro sin duda emocionado, pero ensombrecido por los sinsabores acumulados mientras tanto. La melancolía del excirujano, amurallado en su sordera, cargado de años y de deudas, sin ocupación confesada; las preocupaciones de Leonor, cansada de batirse contra un destino adverso inventando mentiras; las amarguras de las hermanas, por último, debían de mantener un ambiente poco grato en la morada familiar. Rodrigo, vuelto tres años antes del cautiverio, había elegido proseguir la carrera de las armas, partiendo para Flandes al servicio del duque de Alba, antes del regreso de su hermano mayor. Andrea vivía posiblemente a expensas de un protector cuyo nombre ignoramos. En cuanto a Magdalena, que seguía en relaciones con Juan Pérez de Alcega, el escribano de la reina Ana de Austria, ahora se hace llamar doña Magdalena Pimentel de Sotomayor, tratando de este modo de conseguir una respetabilidad de fachada. Desde la época de Carlos V se había difundido por España la manía del *don*, y no dejará de compartirla, en su debido momento, el Caballero de la Triste Figura.

Nada más llegar, Miguel dirige al Consejo de Castilla la demanda que no había podido presentar cinco años antes, acompañada en esta ocasión de dos nuevos testimonios. No hemos conservado la respuesta del Consejo, pero debió de ser negativa. En una época en que España estaba presente en todos los campos de batalla, los excombatientes en busca de recompensas pululaban por las calles de la Villa y Corte, al estilo del soldado andrajoso que sale a las tablas en el entremés de *La guarda cuidadosa*. Para colmo de desgracias, nuestro arcabucero no podía ya prevalerse de los apoyos que tanto habían impresionado a sus carceleros: un año antes, tres meses después que don Juan, el duque de Sessa había entregado su alma. ¿A quién dirigirse ahora? Dos nombres destacaban sobre los demás: Antonio de Toledo, cuya intervención durante su segundo intento de fuga recordamos y que había pasado a ser caballerizo mayor de la corte, y Mateo Vázquez, que, a la sombra de Felipe II, era ahora uno de sus más estrechos colaboradores. Las relaciones entre los dos hombres debieron de establecerse por mediación de Ovando, el antiguo amante de Andrea de Cervantes, convertido en camarero de Espinosa en la época en que Vázquez era secretario del cardenal.

A la muerte de Espinosa, en 1573, Mateo Vázquez había pasado al servicio de Felipe II. A partir de ese momento va a mezclarse directamente en las luchas de facciones y de influencia que se libran en el entorno del rey y que no acabarán sino diez años más tarde. Al grupo de partidarios de un estrecho entendimiento entre España y la Santa Sede, representado sobre todo por don Juan de Austria, Marco Antonio Colonna, Antonio Pérez y Gaspar de Quiroga, se opone la facción de los defensores intransigentes de los intereses españoles, de la Inquisición y de los estatutos de limpieza de sangre: al frente de ésta se encuentran Mateo Vázquez, Antonio de Eraso, Jerónimo Manrique y Bustos de Villegas. Entre los primeros, Antonio Pérez, secretario del rey y amante de la princesa de Éboli, no tarda en adoptar una línea de conducta dictada por sus propios intereses. En enero de 1578 había tramado el asesinato de Juan Escobedo, secretario del vencedor de Lepanto, con el asentimiento tácito tal vez del monarca, a quien irritaban

las maquinaciones personales de su hermanastro y que veía en Escobedo su incitador. Adversario declarado de Antonio Pérez, cuyas costumbres disolutas reprobaba, Vázquez será uno de los que al año siguiente denunciarán públicamente sus maniobras, contribuyendo así a su desgracia.

Sea quien haya sido su intercesor, al término de un invierno de vanas gestiones, Cervantes decide dirigirse a la corte para defender en ella su causa. Pero resulta que Felipe II y su séquito no están ya en Castilla. En efecto, el rey ha dejado El Escorial en el mes de marzo, para ir a ceñirse la corona de Portugal. Recoge los frutos de la hábil política que lleva desde que su sobrino Sebastián, exaltado y veleidoso, se lanzó, para su desgracia, a la conquista de Marruecos. Determinado a promover una cruzada contra los infieles, Sebastián se negó a escuchar a quienes intentaban disuadirle de ese loco proyecto. Nada más desembarcar en Tánger, pereció, junto con la elite de su nobleza, el 4 de agosto de 1578, en las arenas de Alcazarquivir. Su sucesor, el cardenal don Henrique, tío suyo, muere a su vez en enero de 1580, designando heredero a Felipe II, cuya hermana Juana resultaba ser la madre de Sebastián. Los derechos del Rey Prudente no podían negarse, y él supo hacerlos valer; pero su advenimiento significaba la dominación directa de un poderoso vecino que ya ejercía sobre Portugal una tutela económica y financiera. A esta candidatura, gustosamente aceptada por el Consejo de Regencia, van a unirse por necesidad el alto clero, la nobleza y la burguesía mercantil. En cambio, el pueblo y el bajo clero prefieren un bastardo de la Corona, don Antonio, prior de Crato, que se hace proclamar rey en Santarém. Felipe II decide entonces intervenir con las armas. Reúne a tal efecto, en Badajoz y en Cádiz, las fuerzas cuya concentración había inquietado tanto a Hasán Bajá. Al término de una campaña de cuatro meses dirigida por el duque de Alba, don Antonio se ve obligado a embarcarse para Calais. La causa de su rival triunfa en toda la extensión del reino, así como en las vastas posesiones de ultramar. Sólo las Azores resistirán unos pocos meses.

Felipe II había convocado las Cortes portuguesas en Thomar para prestar juramento ante ellas: ahí es, sin duda, donde Cervantes fue a su

encuentro, pero sin conseguir el premio deseado. Había muerto entretanto Antonio de Toledo y Mateo Vázquez estaba acaparado por otras preocupaciones. En cuanto al rey, a quien los solicitantes importunaban de modo continuo, había jurado respetar las leyes y costumbres portugueses, lo que le obligaba a dar preferencia a sus nuevos súbditos. A Miguel sólo se le confía una breve misión, cumplida en Orán en mayo-junio de 1581. La menciona en su hoja de servicios y está confirmada por una orden de pago a su nombre, fechada el 21 de mayo, concediéndole un adelanto de cincuenta ducados. No se sabe exactamente lo que se le pidió: o bien asegurarse la adhesión de los presidios portugueses de África del Norte; o bien informarse de los movimientos de la flota turca, de la que temían entonces un desembarco en el Mediterráneo occidental. En su memorial de 1590, el excombatiente de Lepanto sólo habla de contactos con el alcalde de Mostaganem, sin precisarnos el tenor de sus conversaciones. Lo cierto es que su viaje debió de ser para él un momento de intensa emoción, al penetrar en Orán, adonde había intentado en dos ocasiones llegar durante su cautiverio, y al presentarse al gobernador de la plaza, don Martín de Córdoba, en otro tiempo cautivo como él de los moros. El eco de esa estancia se percibe en las indicaciones escénicas de *El gallardo español*, cuya acción tiene por telón de fondo la heroica defensa de la ciudad contra los turcos, en la primavera de 1563.

Tras haber partido de Cádiz el 23 de mayo, Cervantes regresa por Cartagena. Probablemente desembarca el 26 de junio, recibiendo allí los cincuenta ducados restantes que se le habían prometido. Rápidamente se dirige a Lisboa, donde el rey había establecido por algún tiempo su residencia, a fin de dar cuenta de su misión. Encuentra una ciudad en fiestas, cuya incomparable panorama evocará en el *Persiles*, con el estuario del Tajo cubierta «de selvas movibles de árboles que los de las naves forman». Allí va a permanecer hasta el invierno, según parece. Tal vez allí compuso su canción a Larsileo, que incluirá en el libro IV de *La Galatea*, puesto que Larsileo era el seudónimo literario de Mateo Vázquez, de quien la novela recuerda «que en los negocios de la Corte tiene larga y ejercitada

experiencia». ¿Encontró también en Lisboa nuestro héroe el amor? Ningún indicio permite dar cuerpo a esa hipótesis, salvo el homenaje convencional que dedica, también en el *Persiles*, a las mujeres de Lisboa, cuya «hermosura (...) admira y enamora». En cuanto a su pretendida presencia en la expedición dirigida contra las Azores por Álvaro de Bazán, ha sido inferida de una frase ambigua del memorial de 1590, en la que su hoja de servicios se halla mezclada con la de su hermano. Rodrigo, en cambio, sí participó en esta campaña que se saldó con la derrota del prior de Crato y de la escuadra francesa que había acudido en su ayuda. Cuando se produce el regreso triunfal de la flota a Lisboa, en septiembre de 1583, hacía ya casi dos años que Miguel había partido para Castilla.

¿Se detuvo en Salamanca al regreso, con objeto de proseguir unos estudios interrumpidos hacía trece años? Eso se ha afirmado argumentando la presencia a orillas del Tormes de Diego de Carriazo y Juan de Avendaño, protagonistas de *La ilustre fregona*. Y en efecto, esos dos jóvenes llevan los nombres de dos estudiantes cuyo rastro conservan precisamente los registros de la Universidad en los años 1581 y 1584. Por agradable que sea la coincidencia, no basta para volver admisible tal suposición. Los admiradores del escritor aceptan hoy que, al contrario de un Góngora, de un Quevedo, o de un Calderón, no siguió ninguna carrera. Como hemos visto, Miguel tenía la pasión de la lectura; pero, sobre todo, vivió en contacto con la realidad y, por la complejidad de los problemas que plantea, su obra entera vale tanto como los más doctos tratados.

El 17 de febrero de 1582, Cervantes se encuentra de nuevo en Madrid. Desde esa ciudad dirige a uno de los animadores del partido castellano, el «Ilustre Señor Antonio de Eraso, miembro del Consejo de Indias, en Lisboa», una carta encontrada hace más de medio siglo en los Archivos de Simancas. Es uno de los pocos documentos que, además de ser de su mano, se refieren a sus quehaceres de escritor.

> Ilustre señor: El Secretario valmaseda ha mostrado conmigo lo que yo, de la que Vm me hauía de hazer esperaua; pero ni mi solicitud ni mi diligencia pueden contrastar a mi poca dicha: la que he tenido en mi negocio es que el oficio que pedía no se provee por Su Magestad; y ansí es

> forzoso que aguarde a la caravela de auiso, por ver si tray alguno de alguna vacante: que todas las que aca avía están ya proveydas, según me ha dicho el señor valmaseda, que con muchas veras sé que a deseado saber algo que yo pudiese pedir. Deste buen deseo suplico a vm dé el agradecimiento, en las suyas, que merece, sólo porque entienda que no soy yo desagradecido.[1]

El apoyo recibido de Eraso no le permitió ser enviado a Indias; pero tampoco consiguió Miguel, a pesar de las promesas de Valmaseda, obtener la sinecura madrileña que hubiera aceptado a falta de otra cosa. Como Tomás Rodaja, podía decir que los palacios no eran su mundo. Este doble rechazo va a alejarle de las antecámaras del poder. Así y todo, si es que, tal vez se esperaba esta negativa, no por ello le sorprendió en plena inacción. Al final de su carta, en efecto, algo nos dice de la labor que, mientras tanto, está mereciendo todo su interés: «En este ínterin me entretengo en criar a *Galatea*, que es el libro que dije a Vm. estaba conponiendo. En estando algo crecida, yra a besar a Vm. las manos y a recibir la correción y enmienda que yo no le abré sabido dar».[2] Así pues, a su *Galatea* Cervantes dedica sus esfuerzos, durante esos meses marcados por viajes, demandas e intrigas. Detrás de la máscara del solicitante aparece de nuevo el rostro del poeta.

Retorno a las musas

Cuando a finales de 1581 se reintegra al domicilio familiar, abandonado ocho o nueve meses antes, Miguel se topa al mismo tiempo con las contrariedades que le incitaron a marcharse. Su hermano Rodrigo, que sigue en Portugal, continúa sirviendo allí al rey; al término de la campaña de las Azores, en septiembre de 1583, sus estados de servicios le valen ser ascendido a «soldado aventajado» y muy pronto elevado al grado de alférez. Es, pues, al mayor a quien incumbe ayudar al cirujano y a su esposa, que siguen debatiéndose con problemas de dinero. Por su parte, Andrea se mantiene apartada; pero se merecerá el agradecimiento de su hermano, cuando en septiembre de 1585 liquide los últimos restos de la donación de Locadelo. Por último, Magdalena, que anda ya por los

veinticinco años, mantiene una relación cada vez más agria con Juan Pérez de Alcega. En un momento en que el exescribano de la reina Ana, muerta en octubre de 1580, aspira al cargo de mayordomo de la casa de las Infantas, la hermana de Miguel le recuerda sus compromisos mediante un recurso presentado ante el vicario general de Madrid. El 12 de agosto de 1581, Pérez de Alcega se obliga ante notario a dar a la demandante, a título de compensación, trescientos ducados pagaderos en tres plazos, a un año de vencimiento. No dice la historia si cumplió su palabra; pero la joven terminará por retirarse del mundo: doña Magdalena Pimentel de Sotomayor se volverá un día Magdalena de Jesús.

Nos gustaría saber cómo acudió Miguel en socorro de los suyos, cómo los ayudó a liquidar las deudas contraídas para pagar su rescate. López de Hoyos, por su parte, seguía al frente del «Estudio de la Villa». Seguramente volvió a encontrar, emocionado, a su antiguo alumno, quien pudo, tal vez, tener entre las manos un manual de devoción que acababa de salir de las prensas, acompañado de la aprobación del viejo humanista. Pero, después de tantos años, convertirse en su ayudante, haciendo de pedante de colegio, no podía corresponder a sus aspiraciones. Además, López de Hoyos iba a desaparecer a principios del verano de 1583, sin que podamos establecer la incidencia de esa muerte en la vida de su alumno.

Lo probable es que, en las entrevistas del regente del «Estudio» con su «amado discípulo», no se tratara sólo de Lepanto, de Túnez o de Argel. Hojeando la *Relación* de las exequias de Isabel de Valois, aparecida después de su partida para Roma, viendo, a doce años de distancia, sus primeros poemas impresos, Cervantes fue llevado de forma natural a hablar a López de Hoyos de sus lecturas italianas, de sus proyectos y, cómo no, de su *Galatea*. Por supuesto, no lo tomó por único confidente. Reanudando la amistad con sus antiguos colegas de letras, va a ampliar poco a poco el círculo de sus relaciones literarias. Entre sus mayores, Pedro Laínez, «antiguo y verdadero amigo», es aquel del que se siente más cercano; vuelto como él de Italia, es ahora censor oficial. Pero nuestro poeta no admira menos a Francisco de Figueroa, al que a veces visita en su retiro de

Alcalá. Igual de cordiales son las relaciones con sus contemporáneos; particularmente estrechas con Gálvez de Montalvo, Pedro de Padilla, Juan Rufo, Luis de Vargas Manrique, Gabriel López Maldonado, Lucas Gracián Dantisco. Todos son líricos que rinden tributo al gusto de la época, aunque siguen la estela de sus ilustres antecesores: Garcilaso, Herrera, fray Luis de León. Cultivando sin exclusión alguna tanto las formas castellanas —redondillas, quintillas, romances— como las estrofas importadas de Italia —sonetos, elegías y canciones—, se empeñan en componer versos, en un tiempo en que, al decir de Cervantes, «la poesía anda tan desfavorecida». Así se esfuerzan por perpetuar los motivos puestos en boga por el Renacimiento: la desesperación del amante rechazado, el dolor de la ausencia, el sosiego nacido del espectáculo de una naturaleza armoniosa y risueña.

A partir de 1583, los libros que publican van adornados muchas veces con un soneto liminar de Cervantes. En 1585, tres de ellos le ofrecen a cambio el homenaje de sus versos, incluidos en las piezas de circunstancia que figuran al frente de la edición de *La Galatea*. Miguel no quedará deudor: el «Canto de Calíope», cuyas ciento ocho octavas inserta en el libro VI de su novela, es una guirnalda de alabanzas dedicadas por él a sus escritores preferidos. Pero no debemos equivocarnos sobre estos elogios recíprocos: en ese crepúsculo del Renacimiento, igual que ahora en los albores de nuestro siglo, se sabía practicar, en el interés bien entendido de todos, una confraternidad de buena ley. La verdadera cuestión es otra: saber si tenemos únicamente en ellos un testimonio sobre las costumbres literarias de la época, o si, más bien, Cervantes se vio reconocido por sus pares. El lector de hoy está mal situado para decidir. Lo que conservamos de la producción cervantina contemporánea del regreso a Madrid —es decir, esencialmente los poemas intercalados en *La Galatea*— manifiesta a buen seguro unos dones estimables, pero su autor no pasa de ser un fiel discípulo de Petrarca y de Garcilaso. Él mismo parece haber tenido viva conciencia de sus límites:

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo...

confesará en el *Viaje del Parnaso*, en una estrofa no desprovista de humor. En 1587, en cambio, con motivo del proceso de Lope de Vega por libelos contra Elena Osorio, la voz pública le consagrará como uno de los dos o tres mejores autores de romances de que puede preciarse la Villa y Corte. Pero la mayoría de sus composiciones parecen haber circulado en forma de copias manuscritas hoy perdidas, caso de no incluirse de forma anónima, en «flores» cuyos colaboradores somos incapaces de identificar.

Mientras tanto, Miguel se incorpora al mundillo literario de la Villa y Corte. La calurosa acogida que recibe le impulsa a llevar a término la redacción de *La Galatea*. Un ejemplo muy cercano viene además a alentarle: la publicación, en 1582, de *El pastor de Fílida*, de Luis Gálvez de Montalvo, fábula que transfigura, en el seno de un marco bucólico, la desventurada pasión del poeta por una de las damas del séquito de Isabel de Valois, doña Magdalena Girón. A ejemplo suyo, sin duda, intentó Cervantes a su vez el juego de los seudónimos y los disfraces literarios, juego al que se refiere de modo alusivo en el prólogo de su novela. De creer en una tabla de concordancias encontrada hace ya años entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, él mismo se habría introducido en la ficción bajo la máscara de Lauso, a la vez que sacaba a escena, bajo los nombres respectivos de Damón, Tirsi y Siralvo, a Pedro Laínez, Francisco de Figueroa y Gálvez de Montalvo. La presencia entre estos pastores de Larsileo y de Australiano, máscaras presuntas de Mateo Vázquez y de don Juan de Austria, podría orientarnos hacia un verdadero desciframiento de lo que sería una novela con claves: algún estudioso se ha preguntado, en efecto, si detrás de estos pastores —castellanos y portugueses—no se ocultarán adversarios y defensores de una colaboración más estrecha con la Santa Sede, sabiendo que esta última facción contaba entre sus filas con los partidarios de la princesa de Éboli, oriundos de Portugal.[3] No obstante, sin desestimar el interés de semejante hipótesis, el entusiasmo que

Cervantes sintió por la literatura bucólica participa de un movimiento más amplio y profundo; refleja la boga que conoció el género pastoril durante el Renacimiento y en toda Europa. Hoy día esa boga sorprende a los herederos que somos nosotros, sin confesárnoslo siempre, de un siglo XIX que ha inventado la fotografía y erigido como ideal estético la «tajada de vida» y el cuadro de costumbres. Pero más allá de las convenciones que a menudo la vuelven insulsa —eterna primavera, libre de cualquier forma de coacción material, quejas del amante, indiferencia de la amada—, el género pastoril, más allá de su deuda con la Antigüedad grecolatina, expresa algunas de las aspiraciones comunes a todas las épocas: el sueño de la Edad de Oro, el retorno a la naturaleza, la búsqueda de una imposible armonía de almas y cuerpos, insensible a la fuga del tiempo, preservada de los achaques de la vejez y del azote de la muerte.

Desde 1530, la España de Carlos V había recreado a orillas del Tajo el ambiente idílico de la *Arcadia* de Sannazaro: en la música de los versos de Garcilaso, el *locus amoenus* de las *Églogas* se diseña, en efecto, como el marco de un lirismo elegíaco que inscribe la pena amorosa en el seno de una naturaleza idealizada. La generación de Felipe II va a recordar la lección; pero a partir de ahora la armonía natural contrasta con el desacuerdo entre los corazones, al ritmo lento de una prosa entremezclada de versos, tejida con las melancolías y las lágrimas de pastores recluidos en un mundo de inocencia y que no tienen más dios que Eros. Esta modulación particular de lo pastoril, inaugurada por Montemayor hacia mediados del siglo, ha de conocer un éxito fulgurante: entre 1559 y 1600, de su novela *La Diana* aparecen veintiséis ediciones, sin contar las continuaciones, las imitaciones y las transposiciones. Los motivos de semejante éxito son fáciles de comprender: cansado de las grandes empresas de la época imperial, enfrentado a la crisis de crecimiento de una sociedad en mutación, testigo de una edad simbolizada por el triunfo del dinero y el abandono de los valores patriarcales, el público aristocrático y cortesano reclamaba una literatura de evasión de un tipo nuevo. Con sus ingenuidades y sus incoherencias, los libros de caballerías, tan apreciados por los

contemporáneos del emperador, no podían responder ya a sus preocupaciones y a sus gustos. En cambio, las tribulaciones de los pastores les iban abriendo los horizontes de la introspección amorosa, con el aliciente de una llamada discreta a la complicidad del lector. Llamada especialmente grata, debido a que el género pastoril expresa una visión coherente del perfecto amor como principio universal de acción, dentro de una concepción nutrida de las ideas neoplatónicas difundidas por Baltasar Castiglione y León Hebreo y cuyas raíces, innegablemente profanas, le valieron incurrir en las iras de moralistas puntillosos. No obstante, a pesar de las advertencias de los censores, los jóvenes y las mujeres otorgan sus preferencias a *La Diana*, con una constancia que no quedará desmentida. En cuanto a la fabulación bucólica, acordaba tan bien con el amor perfecto, que será admitida sin reticencia alguna: «Porque puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar —dirá fray Luis de León—; pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad».[4]

Ése es el bestseller que Cervantes va a tomar por modelo. Lo leyó, sin duda, en la adolescencia, cuando se iniciaba en la poesía; pero, en esa época, aún no pensaba en penetrar sus secretos. Para hacerlo, le fue preciso ampliar, con el correr de los años, el campo de sus lecturas, meditar a su vez a Petrarca, Sannazaro y León Hebreo, intentar también él la introspección amorosa, al hilo de unas experiencias que no fueron exclusivameente librescas. Así pues, vuelve ahora a leer con nuevos ojos *La Diana*, cuya boga no había disminuido desde sus años de mocedad. La novela pastoril, con sus poemas intercalados, era el marco idóneo para acoger las composiciones que aspiraba a dar a la imprenta. Al mismo tiempo, siguiendo las huellas de Montemayor y, más cerca todavía, de su amigo Montalvo, Miguel pretendía menos sacrificar a una moda que explorar las posibilidades que ofrecía el relato en prosa a un fino conocedor de los recursos del castellano. Iniciada durante su primera estancia en la corte, tras el reencuentro con los suyos, retomada en Lisboa una vez concluida la misión en Orán, y proseguida en Madrid a lo largo de 1582, la redacción de *La Galatea* ha de llevarle hasta el verano del año siguiente.

Lo más probable es que Cervantes debió de someter sus borradores a personas cuya opinión le importaba: Antonio de Eraso, el destinatario de la carta de febrero; Laínez y Figueroa, «dignos de eterna y de incesable loa»; Gracián Dantisco, censor oficial, pero también lector avisado de la producción literaria de la época. Por editor toma al librero Blas de Robles, alcalaíno también. El 14 de junio de 1584, le cede los derechos de su manuscrito, «un libro de prosa y verso en que se contienen *Los seis libros de Galatea*, que él ha compuesto en nuestra lengua castellana».[5] De hecho, el contrato hubo de ser negociado algún tiempo antes. Pagadera en dos plazos, la suma concedida por Robles —ciento veinte ducados—era muy aceptable; además, un poeta novato como entonces era Cervantes no podía ser demasiado exigente.

En cuanto al mecenas cuyo apoyo le resultaba indispensable, será, como ya sabemos, el amigo del cardenal Acquaviva, el hijo de Marco Antonio Colonna. Obispo titular de Santa Sofía, Ascanio Colonna residía entonces en Alcalá; algunos años más tarde, será virrey de Aragón, antes de recibir la púrpura. El excamarero de Acquaviva lo había conocido en Roma; tal vez volvió a relacionarse con él por mediación de Montalvo, cuyos inicios había favorecido Colonna. Gracias a ese patronazgo, *La Galatea*, acompañada en febrero de la aprobación de Gracián Dantisco y del privilegio real firmado por Eraso, se imprime en Alcalá durante el verano de 1584. En otoño, Miguel dedica su libro a Ascanio, cuyo padre acaba de morir. En marzo de 1585, un volumen de trescientos setenta y cinco folios en octavo se pone a la venta en Madrid, en la tienda de Robles. Se titula *Primera Parte de La Galatea, dividida en seys libros*. Según confesión propia de quien lo firma, «no he publicado antes de ahora este libro, ni tampoco quise tenerle para mí solo más tiempo guardado». Ha llegado la hora de someterle al juicio del lector.

Una rapsodia pastoril

En el Madrid de Felipe II, el que abre este libro de un autor desconocido se encuentra acto seguido ante un marco, una pasión y un lenguaje que, sin la menor duda, le resultan familiares:

> Mientras que al triste lamentable acento
> del mal acorde son del canto mío,
> en eco amargo de cansado aliento
> responde el monte, el prado, el llano, el río...

El desventurado Sireno, a quien Montemayor nos mostraba a los pies de las montañas de León llorando sus amores difuntos con la incomparable Diana, se ha transmutado en el infortunado Elicio que, a orillas del Tajo, deplora a todos los vientos la frialdad de Galatea. Este homenaje deliberado de Cervantes a su antecesor no se inscribe en los límites de una simple entrada en materia. Se amplía al hilo del relato, a través de todo cuanto revela un respeto aparentemente escrupuloso de las convenciones del género: la verde floresta, amenizada por el murmullo de un arroyuelo, donde los pastores viven al abrigo del frío y del hambre; los diversos instrumentos con que se acompañan para modular sus quejas; las salutaciones corteses intercambiadas por dos rivales que, sin embargo, suspiran en vano por la misma pastora, en un canto amebeo de corte virgiliano; la devoción que demuestran a su dama, con un ardor refrenado por la misma perfección de la belleza que irradia; los castos deseos que los animan y sólo pueden compararse a la reserva y decencia que afectan en toda circunstancia a Galatea y sus compañeras; por último, el apasionado interés que dedican a sus propios sentimientos, como si la única aventura digna de ser vivida fuera la que los lleva a lo más profundo de su alma.

Al igual que la selección de los temas, la estructura misma de la novela corrobora la boga del modelo creado por el autor de *La Diana*. Las conductas de fracaso de las decenas de pastores que pueblan la pastoral cervantina corren pareja con los sentimientos contrarios —deseo, aversión o simple indiferencia— que experimentan respecto a sus congéneres. De este modo se constituye ante el lector una sucesión de microcosmos

sentimentales, ligados por todo un juego de equilibrios y de contrastes, al hilo de una narración cuyo lento avance queda detenido periódicamente por amplios paréntesis. Estas disertaciones, inspiradas en León Hebreo, y que Cervantes se aplica a justificar en su prólogo, están a cargo, en sus puntos esenciales, de Tirsi y Damón: dos sabios que, por haberse librado de las cadenas del amor, desempeñan un papel simbólico en la economía general de la obra. La introducción, en varias ocasiones, de nuevas interpolaciones, lo mismo que la alternancia del verso y de la prosa son otros indicios de la deuda contraída por Cervantes: una deuda inevitable, desde el momento en que toda novela pastoril emplea, en el seno de un universo penetrado de cultura, un sistema de reminiscencias cuya huella se transparenta en las palabras de los diferentes personajes.

Hagamos sin embargo el inventario con mirada más atenta. Bien es cierto que el melancólico y delicado Elicio está en plena conformidad con sus modelos cuando, a modo de preámbulo, confía su pena a bosques y a roquedos. Mas la aparición del otro pretendiente de Galatea, Erastro, introduce una nota inesperada en lo que no era más que un concierto de armoniosas quejas:

> Venía Erastro acompañado de sus mastines, fieles guardadores de las simples ovejuelas, que debajo de su amparo están seguras de los carniceros dientes de los hambrientos lobos, holgándose con ellos, y por sus nombres los llamaba, dando a cada uno el título que su condición y ánimo merecían: a quién llamaba *León*, a quién *Gavilán*, a quién *Robusto*, a quién *Manchado*; *y* ellos, como si de entendimiento fueran dotados, con el mover las cabezas, viniéndose para él, daban a entender el gusto que de su gusto sentían.

Poco falta para que esos mastines también muevan la cola; por no contravenir al decoro, el narrador se ha contenido. Pero el rústico Erastro, presto a conjurar la «mala rabia o cruda roña» que amenazan a sus «retozadores chivatos y ternezuelos corderillos», parece dispuesto a aventurarse fuera del marco bucólico: todavía tímidamente, anuncia a los campesinos de *El coloquio de los perros* y del *Quijote*.

A través del encuentro fugaz de los dos pastores, vemos esbozarse la confrontación de las dos verdades distinguidas por Aristóteles: la de la

poesía y la de la historia. Una confrontación que, en otra escala y con otra amplitud, desarrollará el permanente diálogo del ingenioso hidalgo y de su escudero. He ahí un sonido nuevo en la sinfonía de caramillos y violas que proponía hasta entonces el género pastoril. Pero otras modulaciones concurren para caracterizar la manera cervantina. Así la constancia que pone Galatea en rechazar a sus numerosos adoradores: no es ése el comportamiento estereotipado de la bella indiferente; es, más bien, la expresión coherente del deseo de libertad de una heroína autónoma, que se niega de modo obstinado a no ser más que un objeto amoroso. A este precio, el universo de *La Galatea* tiende a liberarse de las convenciones heredadas. Pero no se cierra por ello sobre sí mismo. Desde las primeras páginas, unas novelas al estilo italiano van a insertarse en la trama del relato, a consecuencia de las apariciones de nuevos personajes. Lisardo y Crisalvo, Timbrio y Silerio, Darinto y Rosaura introducen la violencia y la muerte en el corazón de la verde floresta. Tal vez estén trasponiendo a ese paisaje las sangrientas luchas a que se entregaron los miembros de las facciones que se enfrentaban en torno a Felipe II. Pero, más allá de esa referencia inmediata, dan nuevo sesgo a las aventuras, obligando a los pastores a dejar a un lado sus penas para pasar a la acción y abriendo la Arcadia cervantina hacia otros horizontes: no sólo la corte y sus intrigas, sino también la ciudad y sus sortilegios, así como el mar, con los peligros que hacen correr los piratas. Esta contaminación no amplía únicamente el campo de la ficción pastoril; inaugura la trayectoria que llevará a Cervantes hasta las orquestaciones sutiles y audaces de las *Novelas ejemplares* y del *Persiles*.

A la vez, ese universo regido por su lógica propia desconoce todo lo que podría contrariar la progresión natural del relato y alterar las motivaciones que la justifican. Ya no hay ninguna de esas ninfas o de esos sátiros que surgen a veces en *La Diana* y que reaparecerán más tarde en la *Arcadia* de Lope de Vega. Tampoco hay ninguna situación desenredada por alguna intervención de lo sobrenatural, como esa agua del olvido que la maga Felicia hace beber a los héroes de Montemayor para sacarlos del callejón

sin salida en que se encuentran y librar de apuros al narrador. Durante el escrutinio de los libros de Don Quijote, el cura dirá lo que debe pensarse de este artificio:

> Y, pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros.

GALATEA

DIVIDIDA EN SEYS LIBROS.

Compueſta por Miguel de Ceruantes.

Dirigida al Illuſtriſſimo Señor Aſcanio Colona Abad de Sancta Sofia.



EN PARIS,

Por Gilles Robinot, en la calle de la Draperia a la enſeña del plato de eſtaño, y en la pequeña galeria del Palacio.

M D C XI.

Con priuilegio de ſu Mageſtad Chriſtianiſſima.

407. Cervantes. — Galatea, París, 1611. — *Portada.*

Portada de *Galatea.* París, 1611. *(Foto Archivo Espasa Calpe)*

El que presta al cura estas palabras ronda los sesenta años, y la distancia que dan la edad y la experiencia aclaran el juicio que se merecen *La Galatea* y su autor: «Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención; propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete...». Ese tono decepcionado, esas reticencias semiveladas se deben por un lado al inacabamiento de la novela: tal como nos ha llegado, la historia se interrumpe en el momento en que Galatea se ve forzada a partir para Portugal, sin que adivinemos cuál será la continuación de sus aventuras. Pero las palabras del cura adquieren una mayor resonancia a la luz del discurso de Berganza, cuando éste, en *El coloquio de los perros*, evoca con ironía aquellos libros que, según descubrió, hacían las delicias de la dama de su amo: «trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zampoñas, rabeles y chirumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios». Si Berganza se burla de las ficciones pastoriles es porque tiene en la memoria la imagen completamente distinta que le han dejado los pastores del rebaño cuya guarda estuvo a su cargo; éstos, al contrario de Elicio, cantaban «no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncas, que, solas o juntas, parecía, no que cantaban, sino que gritaban, o gruñían». La estilización a contrapelo que aquí se nos propone es tan arbitraria como la idealización propia de la pastoral clásica, puesto que sus héroes se pasan «lo más del día (...) espulgándose o remendando sus abarcas». Pero si Berganza se complace en aguzar así las aristas, es para denunciar mejor las convenciones bucólicas:

> Por donde vine a entender lo que pienso que deben de creer todos: que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna; que a serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida, y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas, sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora, acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.

No, el género pastoril no es verdad como es verdad la historia, que cuenta las cosas «como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna». Pero ¿será que nos propone, al menos, al estilo del canónigo del *Quijote*, una verdad distinta, la verdad sutil de las «fábulas mentirosas» que, casando «con el entendimiento de los que las leyeren», «facilitan los imposibles»? Al volver la mirada sobre su *Galatea*, con sus personajes abstractos, sus abundantes digresiones y sus interminables parlamentos, Miguel, a treinta años de distancia, no parece pensarlo. En cambio, en el momento en que salió de las prensas, el libro recibió una acogida más bien favorable. Celebrada por Lope de Vega, se vuelve a publicar cinco años más tarde. Reeditado de nuevo en París en 1611, tras el éxito del *Quijote*, será muy apreciado en la corte francesa, donde, según se dice, damas y caballeros la conocían «casi de memoria». Entre sus adictos figura entonces Honoré d'Urfé, cuya *Astrea* muestra con claridad que, en la época de Richelieu y de Corneille, esas «cosas soñadas» siguieron sirviendo de entretenimiento a los ociosos. No obstante, a pesar de estos elogios, Cervantes no se decidirá a dar a luz su Segunda Parte, a pesar de prometerla en cuatro ocasiones e incluso en su lecho de muerte. Sus Arcadias predilectas serán finalmente las que aparecen en el *Quijote* y que, diseminadas al hilo de los episodios, se nutren, por así decir, de su propio cuestionamiento. En primer lugar, la que inventa para distraerse el estudiante Grisóstomo: hijo de un rico aldeano, ha ido a estudiar en Salamanca y, al regresar a la aldea, se le ocurre disfrazarse de pastor. Para imitar a los enamorados transidos, se encapricha de Marcela, que sólo ama su libertad; cogido en la trampa de una pasión sin salida, termina por suicidarse. Luego la que recrean, para su placer, con un refinado sentido teatral, algunos apasionados de Sannazaro y de Garcilaso: pasatiempo de cortesanos que saben que no se trata sino de un puro artificio. Finalmente aquella en la que sueña Don Quijote al término de sus andanzas, para olvidar una derrota vergonzosa que le prohíbe seguir corriendo mundo: una Arcadia de la palabra cuyo deseo comunica a Sancho, hasta que, en la vuelta de una frase, se pone de manifiesto el muro de incomprensión que

los separa. Ésa es la pastoral que, todavía hoy, nos sigue seduciendo y fascinando. Para configurarla, Cervantes se atrevió primero a competir con Montemayor; pero su *Galatea* quedó luego relegada a la penumbra de una arqueología de su creación.

La llamada del teatro

Frustrado en su intento de lograr un empleo en la corte, ¿buscó Miguel en la paz bucólica una consuelo dulciamargo a sus ambiciones contrariadas? Oponer así el sueño a la realidad es una tentación a la que no se debe ceder. Cervantes no remodeló la realidad al capricho de sus quimeras, pastoriles o caballerescas; en una época en que aún no había nacido el escritor profesional, trató de obtener la sinecura que podía permitirle seguir escribiendo: un Laínez, un Figueroa, un Gálvez de Montalvo estaban allí para servirle de ejemplos. Al no conseguir el puesto que ambicionaba, el autor de *La Galatea* se vio, pues, obligado a intentar lo imposible: vivir de su pluma, aunque fuera de modo mediocre. Pero, sea cual fuere la audiencia hallada por su primera novela, los ducados recibidos de Robles no podían, por sí solos, permitirle apostar. ¿Cómo ampliar su público? Entregándose a satisfacer una pasión que él mismo había sentido desde su más tierna edad, y que ahora se apoderaba de España: la pasión por el teatro.

El Madrid que había dejado quince años antes acababa de dotarse de un local destinado a las representaciones, aunque se mantenían los espectáculos ocasionales montados en otro tiempo por Lope de Rueda. Como queda dicho, Cervantes nos dejó un año antes de su muerte, en el prólogo a las *Ocho comedias*, una evocación suya más enternecida que burlona; merece que la citemos:

> En el tiempo de este célebre español, todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamecí dorado y en cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados, poco más o menos. Las comedias eran unos coloquios como églogas, entre dos o tres pastores y alguna pastora; aderezábanlas y dilatábanlas

> con dos o tres entremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo y ya de vizcaíno (...). No había en aquel tiempo tramoyas, ni desafíos de moros y cristianos, a pie ni a caballo; no había figura que saliese o pareciese salir del centro de la tierra por lo hueco del teatro, al cual componían cuatro bancos en cuadro y cuatro o seis tablas encima (...); ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles o con almas. El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte a otra, que hacían lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos, cantando sin guitarra algún romance antiguo...

Este recuerdo no pretende sin duda la exactitud rigurosa de una reconstrucción erudita; pero se siente apuntar en él la nostalgia del repertorio que representaban sobre tablados móviles, levantados en un patio de posada o, a veces incluso, al aire libre: comedias en prosa, inspiradas en Plauto, en Terencio o en el Renacimiento italiano, que sacan a las tablas amantes audaces, ancianos suspicaces y criados inventivos, como más tarde hará Molière en *Les Fourberies de Scapin*; fábulas pastoriles, más cercanas de las églogas de Navidad que de Virgilio o de Teócrito, y que durante mucho tiempo bastaron a satisfacer las preferencias de la burguesía sevillana o valenciana; entremeses cómicos, inspirados en el folclore, que glosan los mismos temas en clave burlesca.

Estas obras escritas en una lengua pintoresca, viva y espontánea, siempre apropiada al personaje, respondían en gran medida al talento de los cómicos. Pero su boga no podía perpetuarse indefinidamente mediante la reiteración de las mismas situaciones, los mismos esquemas y los mismos procedimientos. Cuando Cervantes vuelve a España comprueba que ya no responden a la expectativa del público: éste ha cambiado. A medida que Madrid suplantaba a Sevilla y Valencia, una nobleza burocrática y cortesana ha tomado el relevo de la burguesía mercantil, imponiendo sus valores y sus gustos. Al mismo tiempo, las condiciones de la representación se han transformado. Las compañías ambulantes de actores siguen llevando, al hilo de sus giras, una existencia dura y aventurera, corriendo «hechos perpetuos gitanos, de lugar en lugar y de mesón en venta». Pero ahora son más numerosas; adquieren consistencia, alcanzando hasta quince cómicos, entre los que hay niños y mujeres. También se van afinando al contacto de los italianos que recorren la Península. Por último, se han convertido en un

eslabón esencial del sistema imaginado por las cofradías de beneficencia que, gracias al producto de las representaciones que encargan, contribuyen en cada ciudad al mantenimiento de hospicios y hospitales. Esta verdadera industria del espectáculo da un impulso decisivo a los autos religiosos que, en la línea de las moralidades medievales, se aplican a completar, de una forma gráfica, la enseñanza doctrinal reactivada por la Contrarreforma. Paralelamente, contribuye a favorecer el desarrollo del teatro profano, suscitando la construcción de los primeros «corrales»; dicho en otros términos, unos escenarios permanentes que se disponen en patios interiores de casas, adaptados a las necesidades del espectáculo dramático.

Entre 1578 y 1582, Madrid ve surgir así, con la ayuda de los cómicos italianos, el Corral de la Cruz y el Corral del Príncipe. En esos mismos años, Sevilla, Valencia, Granada, Toledo, Valladolid y Zaragoza inauguran o reforman sus propias salas. En todas partes encontramos el mismo patio, comprendido entre dos cuerpos de edificio, enmarcado por gradas laterales rematadas por ventanas enrejadas y con un fondo sobre el que se halla suspendida una tribuna llamada *cazuela*. Mientras los privilegiados ocupan los lados, la cazuela acoge a las mujeres de modesta condición, en tanto que el patio queda reservado para el pueblo turbulento de los *mosqueteros*. En cuanto a la escena, se trata de un «tablado» de escasas dimensiones —siete metros por cuatro, poco más o menos— situado a dos metros del suelo, que se apoya a una fachada escénica de siete metros de altura, llamada «teatro». Dominado por una galería que comporta generalmente dos corredores, comunica con una especie de sótano mediante un escotillón. Dos practicables —puertas o ventanas— sirven para las entradas y salidas de los personajes, en tanto que un hueco central permite el acceso al vestuario situado detrás del tablado; ocultado por una cortina de fondo que puede correrse, este hueco se destina a las «apariencias», es decir, la aparición repentina y efectista de un actor disimulado tras ella. Tablado, galería, escotillón y vestuario corresponden, pues, a los cuatro planos complementarios de un espacio convencional, concebido para plasmar una pluralidad de lugares simultáneos. No hay telón de boca; los muebles y

elementos de guardarropía —árboles y montes inclusive, a veces numerosos, otras veces escasos— son más bien simbólicos. No se va a «ver» una comedia, sino a «oírla», y se llaman «oyentes» aquéllos que presencian el espectáculo, aun cuando el significado del verbo «oír» resulte más amplio que en el castellano actual. Las didascalias o acotaciones y el diálogo de los personajes proporcionan generalmente las indicaciones necesarias para sugerir el momento y el lugar de la acción, complementadas por la «traza» que prepara el director de escena o «tracista» y concretadas a veces por la indumentaria del actor, al salir el personaje vestido «de camino» o «de noche».

Tal es el espacio en que va a elaborarse una escenografía cuyos progresos retrata a su manera Cervantes y cuyos efectos encontramos en las acotaciones de sus propias piezas: redobles de tambor, fragores del trueno, salidas al escenario de caballos, «apariciones» repentinas preparadas gracias a la cortina del vestuario, llegada imprevista de un enviado de los cielos propulsado mediante una tramoya. Su poder de evocación descansa ante todo en el texto y, en menor medida, en la palabra y el gesto de los actores encargados de encarnarlo: así, el escenario será unas veces cámara, otras calle, otras campo; así también, la galería se volverá balcón, montaña o muralla. Práctica austera, pero a la que se acomodan los espectadores, y que seguirá siendo en gran medida la de Lope de Vega y de su generación durante casi medio siglo. Hay que esperar la época de Felipe IV para ver cómo Calderón y sus colaboradores aclimatan a la corte un teatro de máquinas importado de Italia, cuyas fastuosas representaciones estarán reservadas al rey y a la aristocracia. Pero, en el momento en que Cervantes se vuelve hacia los corrales, las convenciones en que se asienta el espectáculo excluyen tanto los efectismos como la ilusión de lo real.

Lo que de hecho se esboza, en esos años en que el teatro español aún busca su camino, es el deseo de romper con el empirismo de los herederos de Rueda, simples epígonos que se limitan a aplicar las recetas de su maestro para divertir a precio barato a un público ávido de novedades. Sin haberse puesto de acuerdo, un Argensola en Zaragoza, un Rey de Artieda y

un Virués en Valencia, un Juan de la Cueva en Sevilla expresan simultáneamente esa voluntad de ruptura. Los anima una misma ambición: elevarse por encima de las contingencias de un arte de puro consumo, dar a la escena la dignidad que le falta. A este fin, ¿dónde van a buscar sus modelos? Con toda evidencia, fuera de los caminos explorados hasta entonces. No se valen de *La Celestina*, visión tragicómica de un mundo dividido que hoy nos parece la obra que sentó los fundamentos del teatro moderno; concebida para ser leída en voz alta, con sus veintiún actos, su *tempo lento*, sus largos parlamentos, no se inscribe, al menos en la época, en el plano de una representación. Se apartan otro tanto de los primitivos castellanos —Juan del Encina, Gil Vicente, cuyos autos y églogas, compuestos a principios del siglo, llevan la huella de los temas litúrgicos y de la tradición bíblica—. Ignoran, por último, la producción, tan original, de un Torres Naharro, cuyas comedias profanas revelan un sentido muy vivo del movimiento dramático y del juego teatral, pero que pasó la mayor parte de su vida fuera de España, en el medio cosmopolita de la Curia de Roma.

El precedente al que se remiten es el de Séneca, que leen a menudo a través de Dolce y de Giraldi Cinthio, sus discípulos italianos del Quinientos, y que tiene entonces valor de ejemplo en toda Europa. Siguiendo a su modo sus huellas, se esfuerzan por sentar el coturno trágico, apelan a las alegorías, a los héroes de la Antigüedad, a las figuras legendarias de la Reconquista, adoptan el verso noble, usan y abusan del énfasis retórico. Esta predilección por el «español Séneca» ilustra las tendencias de un repertorio que se aparta de los preceptos de Aristóteles y donde complejas intrigas acumulan las peripecias mezclando a la vez tiempos y lugares. En ese sentido, este teatro expresa todavía torpemente unas intuiciones recogidas y aprovechadas más tarde por Lope de Vega, el creador de la *comedia nueva*. Pero su debilidad mayor es haber sido pensado por eruditos para eruditos: por eso fracasa, falto de un público preparado, falto de condiciones materiales adecuadas, falto también de un escritor de genio, capaz de crear personajes, de animar una acción, de

inventar un lenguaje, sin complacerse en el horror y la violencia, amontonando los cadáveres y haciendo correr ríos de sangre.

Cervantes siguió con simpatía los esfuerzos de estos artífices de una renovación abortada. Leyó las tragedias de Argensola, cuyo elogio hará más tarde por boca del cura del *Quijote*. Conoció sin duda las de Cueva, que su autor había hecho representar en Sevilla y que publicará en 1583. Hubo de tener contactos, finalmente, con Virués a su paso por Valencia: en el «Canto de Calíope», celebra a este estimable poeta que, como él, había combatido en Lepanto y de quien alaba el valor, el talento y la musa. Pero no por eso olvidó a los profesionales del espectáculo, los únicos que podían abrirle las puertas de los corrales. Dos intermediarios debieron de ayudarle. El primero es Alonso Getino de Guzmán, que, como ya sabemos, había apadrinado sus inicios literarios, además de intervenir varias veces, años después, en favor de sus padres. Convertido en alguacil, el exbailarín de la compañía de Rueda, encargado en otros tiempos de los festejos de la capital, parece haber participado activamente en las gestiones que permitieron la apertura del Corral de la Cruz. El otro es Tomás Gutiérrez, vinculado a la familia de Miguel hacía años, comediante también, e íntimo amigo suyo; más tarde volveremos a encontrarlo en Sevilla.

Importaba ser introducido de este modo por hombres del oficio, en una época que ignoraba la propiedad literaria y en la que el poeta, para los cómicos, no era más que el colaborador de una producción efímera, el proveedor de un género eminentemente perecedero. El director de compañía —o, como entonces se decía, sintomáticamente, el *autor de comedias*— podía manipular o transformar a su guisa el texto cuyo manuscrito había adquirido. Era inútil protestar: «tome mi consejo, dirá Sancho a su amo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida». Afortunado el escritor que, por precio de su labor, recibía una suma correcta: por ejemplo, los cuarenta ducados que un tal Gaspar de Porres concederá a Miguel en 1585 por dos piezas —*El trato de Constantinopla* y *La Confusa*—, de las que sólo conservamos el título.[6] Aunque no fue nunca un autor venal, nuestro escritor no podía ser

insensible a esos argumentos; pero, mientras que *La Galatea* había sido el fruto de una larga paciencia, las comedias que destinaba a los escenarios madrileños requerían menos esfuerzo que habilidad, a condición de saber agradar a los espectadores.

Así se urdió el encuentro de Cervantes y del teatro. ¿Ocurrió desde su regreso del cautiverio? Hay motivos para dudarlo. En primer lugar, sabemos que el autor de *La Galatea* tenía entonces otras preocupaciones: deseoso de lograr un buen fin para sus pretensiones, no tardaría en acudir a la corte, entonces en Portugal. Además, a consecuencia de la muerte de la reina Ana, en el otoño de 1580, se había decretado, en señal de luto, el cierre de los teatros madrileños; no volverán a abrirse hasta diciembre del año siguiente. En cambio, en el momento en que, a su regreso a Lisboa, Miguel daba el último repaso a su novela pastoril, las circunstancias eran propicias para que tentara suerte con los cómicos. No olvidará esa experiencia.

Dos piezas perdidas y halladas

> Y esto es verdad que no se me puede contradecir, y aquí entra el salir yo de los límites de mi llaneza: que se vieron en los teatros de Madrid representar *El trato de Argel*, que yo compuse; *La destrucción de Numancia* y *La batalla naval*, donde me atreví a reducir las comedias a tres jornadas, de cinco que tenían; mostré, o, por mejor decir, fui el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales a teatro, con general y gustoso aplauso de los oyentes; compuse en este tiempo hasta veinte comedias o treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritas ni barahúndas.

El tono está dado. En el citado prólogo a las *Ocho comedias*, Cervantes, a la hora del balance, no hace caso de las motivaciones más o menos nobles que le incitaron a dar el paso. No quiere recordar más que su contribución, apreciable, si no decisiva, a los progresos de la escena española. A veces se han rebatido sus afirmaciones arguyendo que antes que él otros habían escrito comedias en tres jornadas e introducido alegorías en ellas. La objeción cae por su propio peso, si se observa que aquí sólo se trata de una

práctica madrileña, en una época en que Madrid, Sevilla y Valencia eran otros tantos microcosmos culturales independientes. A fin de cuentas, las «figuras morales» de *El trato de Argel* ilustran perfectamente lo dicho por nuestro poeta. No son, como las alegorías tradicionales, obstáculos personificados que materialicen las fuerzas antagónicas con que se supone que el individuo se enfrenta; intervienen en la acción para exteriorizar el debate interior de un personaje presente en escena, pero sin dialogar nunca con él ni intentar sustituirlo: técnica original cuya paternidad merecía ser reivindicada por el primero que la experimentó.

Cervantes no es de los que se adornan con plumas ajenas. Lo que, por el contrario, sorprende, en ese recuerdo de una experiencia que lo marcó vivamente, es el contraste entre el vigor con que detalla las innovaciones que ha hecho admitir, y la forma ambigua, evasiva, con que evoca la acogida de los corrales. Al parecer, *La Confusa* fue la única en ser aplaudida sin reserva, puesto que, en el *Viaje del Parnaso*, nos informa de que fue juzgada «admirable»: razón de más para deplorar su pérdida. Evidentemente es un testimonio lúcido, si no riguroso, que nos da sobre la acogida que encontró entre el público de la capital, en un momento en que los corrales acababan de iniciar su carrera, mientras la escena española, como queda dicho, aún no tenía realmente existencia nacional.

A la vista de este testimonio, no es fácil medir la importancia histórica del teatro cervantino, cuya aparición precedió en unos quince años, más o menos, al nacimiento de la *comedia nueva*. La dificultad, en efecto, estriba a la vez en el naufragio parcial de la producción de esa época de transición, y en la desaparición casi completa de las veinte o treinta comedias a las que ahí se alude. La cifra no tiene en sí nada de excesivo, respecto a los centenares de piezas que compuso Lope de Vega en el transcurso, cierto, de una larga y fecunda carrera. Pero Cervantes era todo lo contrario de un improvisador nato, y la prolijidad de su joven rival suscitará de su parte las reservas más expresas. De hecho, sólo conservamos, gracias a la *Adjunta* del *Viaje del Parnaso*, el título de diez de estas problemáticas comedias. *El trato de Argel*, *Numancia*, *La batalla naval* (mencionadas asimismo en el

texto que hemos citado), *La gran turquesca*, *La Jerusalem*, *La Amaranta o La del mayo*, *El bosque amoroso*, *La única*, *La bizarra Arsinda* y *La Confusa*. De *La batalla naval* —inspirada seguramente por Lepanto— no queda rastro. En cuanto a *La Jerusalem*, tal vez se encuentre en los fondos de la Biblioteca de Palacio. Pero, en opinión del descubridor, el malogrado Stefano Arata, y aunque existan argumentos de peso, no se puede, de momento, establecer de modo irrebatible la paternidad cervantina de la obra anónima que allí se conserva, titulada *La conquista de Jerusalén por Godofre de Bullón*. Tan sólo nos han llegado, entonces, *El trato de Argel* y *El cerco de Numancia*, a través de copias manuscritas encontradas en el siglo XVIII en el polvo de las bibliotecas.

Se ha denigrado mucho *El trato de Argel*. Los cuadros episódicos que enlaza, impregnados de los recuerdos del cautivo, se suceden aparentemente sin orden y desconciertan al principio al lector. La fábula en torno a la que se articulan esos cuadros —los amores contrariados de Silvia y Aurelio, dos esclavos cristianos expuestos a las deseos de sus respectivos amos— inserta, en el marco del cautiverio, una situación puramente convencional, tomada de la novela griega y de las novelas italianas. Las peripecias novelescas derivadas de esa separación concuerdan, pues, bastante mal con los episodios veristas —ventas, reniegos y rescates, tormentos y suplicios— que componen un telón de fondo en la que el interés documental prima a menudo sobre el valor artístico. Por último, los casi cuarenta papeles con que cuenta, tradicionalmente considerados como mal adaptados a las posibilidades que ofrecía una compañía de actores, califican a la obra como el esbozo de un principiante. Así y todo, se sabe desde hace poco que fue representada entre 1582 y 1584 por la compañía de Juan de Limos.[7]

Sin embargo, la indulgencia es de recibo para un texto defectuoso, mutilado por los cortes hechos por un adaptador sin escrúpulos. A pesar de sus innegables defectos de construcción, *El trato de Argel* merece más que una mención despectiva. Por más que la tensión entre vida y literatura, que la informa hasta el desenlace, se salde mediante sorprendentes rupturas de tono, no deja de representar algo muy nuevo en el teatro de la época.

Cervantes fue el único de su generación que se atrevió a proyectar sobre un escenario, situándolo en un presente inmediato, una experiencia autobiográfica insustituible: las ilusiones nacidas de las noticias procedentes de España, el anuncio del desembarco de los redentores, la intervención de un cautivo apellidado Saavedra, verdadero *alter ego* del autor, la aparición final de Hasán Bajá, a la manera de un *deus ex machina*, son otros tantos indicios de esa proyección. De modo paralelo, la transposición así operada no nos entrega ni un documento en bruto ni un episodio de la vida real: como prueba tenemos la selección de los datos en función de las necesidades de la acción; su inscripción en una cronología puramente ficticia; su contaminación mediante todo un juego de reminiscencias que asocian tanto a Virgilio, Lucano y Séneca como a Heliodoro, Boccaccio y el *Romancero*; por último, su presentación, que combina la alusión, el relato y la puesta en escena, para responder a una exigencia esencial de eficacia.

La palabra puede parecer algo fuerte, tratándose de una obra a la que se le ha negado la coherencia. No obstante, la teatralidad de *El trato de Argel* es indiscutible. Ahora bien, hay que descubrir las correspondencias, temáticas y simbólicas, que, al hilo de las tribulaciones de los héroes, unen las secuencias aparentemente discontinuas que se suceden ante nuestros ojos. Al drama de Aurelio responde el desconcierto de sus compañeros, divididos entre el dolor que les inspira el martirio de uno de los suyos y el sueño de una llegada providencial de los navíos de Felipe II. A la angustia de Silvia, separada por los piratas de los suyos, responde el desgarramiento de una familia dispersada al azar de las subastas. Entre los diversos destinos que se ofrecen al espectador, refractados como a través de un prisma, se anuda así el diálogo de lo uno y de lo múltiple, de lo singular y de lo colectivo. Subrayado por las variaciones del vocabulario y de la escritura, tanto como por la alternancia de metros y estrofas, este diálogo no es compatible con los imperativos del escenario a la italiana, referencia incongrua que explica ciertas críticas formuladas de forma desconsiderada. Concebido para el espacio plural del corral, tal vez hoy, gracias a los

recursos actuales de la escenografía, podría encontrar una ejecución adecuada.

Sin encerrar la pieza en un sentido caduco, semejante transcripción —y ahí está precisamente el escollo— debería ser capaz de colocar la acción en su coyuntura, haciendo perceptible el devenir histórico en que se encaja el tiempo suspendido de un cautiverio sin salida inmediata: un devenir remodelado por los sueños y los deseos de los cautivos cuando creen ver en los preparativos de la campaña de Portugal los signos precursores de una expedición española contra Argel. Expedición utópica y, como tal, descartada por el rey, como pronto comprendió Cervantes, nada más llegar a su patria. Enfrentado a nuevos objetivos por la unificación de la Península, por el recrudecimiento de las tensiones con Inglaterra, por las dificultades internas francesas, nacidas de las guerras de Religión, la España de Felipe II se vuelve ahora hacia el Occidente oceánico. Renunciando a cualquier objetivo africano, se encierra, por lo que respecta a los moros, en una defensa estricta del litoral levantino y andaluz. Pues bien: *El trato de Argel* no se limita a recordar a la opinión española la importancia del ministerio de las órdenes redentoras; en el momento mismo en que el Mediterráneo sale de la gran historia, la llamada de Saavedra a Felipe II, a quien conjura a ir a liberar Argel, exalta la inminencia falaz de una operación naval fuera de temporada. De ahí la diferencia que se instaura entre la imagen que esbozan los cautivos en su impaciencia, la de un Argel acorralado, presto a caer como un fruto maduro, y la ciudad próspera que, mediante sucesivas pinceladas, se convierte en marco de la ficción: una ciudad sometida a un orden político y militar riguroso, enriquecida por la audacia de los corsarios y el desarrollo del tráfico que controlan, lugar predilecto de los permanentes intercambios que se tejen entre la cristiandad y el islam. No faltan los símbolos de ese comercio insólito: así, las relaciones complejas que, al hilo de la intriga, se anudan entre amos y servidores; así, las actitudes ambiguas que adoptan, escapando a las convenciones de un universo maniqueo que opondría a buenos y malos. El mensaje de *El trato de Argel* resulta, pues, más sutil de lo que

parece a primera vista. A los hombres de teatro corresponde decirnos si puede ser montado hoy en día. Por su parte, el biógrafo no puede sino descubrir en ella la primera fractura significativa entre las ilusiones del héroe de Lepanto y de Argel y los desengaños del cautivo vuelto a su suelo natal.

Igual de ambigua, aunque por otras razones, nos parece hoy *La Numancia*, única tragedia española que ha pasado a la posteridad. Es conocido el tema: el suicidio colectivo de una ciudad celtíbera, cercada por las legiones de Escipión, que elige sacrificarse antes que consentir, bajo el efecto del hambre, en una rendición infamante. Este acontecimiento histórico, ocurrido en el año 131 a. de C., había sido consignado y exaltado por los cronistas de la España imperial. Cervantes no se limitó a recogerlo, sino que supo enriquecer el esquema tomado de sus informadores —esencialmente el cronista Ambrosio de Morales— con episodios inéditos sacados de la leyenda o de sus autores predilectos. Virgilio y Séneca por lo que se refiere a la Antigüedad, Ercilla y el *Romancero* por lo que hace a la tradición peninsular, le proporcionaron los elementos de una amplia recreación que ensalza los momentos claves de la acción: la aparición inicial de Escipión arengando a sus tropas, la invocación a los Infiernos de los asediados en busca de presagios, la agonía de los defensores, la muerte espectacular del último superviviente. Al mismo tiempo, como en *El trato de Argel*, cada destino particular refracta, en cierto modo, el destino de una ciudad que se identifica con la voluntad unánime de sus habitantes. Conforme la ciudad se va encaminando hacia su fin ineluctable, guerreros, mujeres y niños, cada cual en su escala, son confrontados al cerco, al hambre y a la muerte; así componen los bajorrelieves, grandiosos o patéticos, de aquel gran fresco de horror. Finalmente, en sucesivos momentos, el diálogo de España y del río Duero, la respuesta de los dioses infernales por la voz de un mensajero de ultratumba, la intervención de la Guerra y del Hambre, el discurso final de la Fama introducen un contrapunto alegórico que, al modo del coro antiguo, realza y precisa poco a poco el sentido y el alcance del acontecimiento.

Puesta así en perspectiva, la acción se abre a horizontes cuyo equivalente buscaríamos en vano en Argensola, Virués o Cueva. Los esfuerzos de los defensores para conjurar un destino contrario concuerdan con las exigencias de un *tragicismo* depurado que se materializa cuando Numancia, desbaratando los designios de los romanos, elige la vía del sacrificio y decide asumir libremente su destino. Simultáneamente, el discurso de las alegorías inserta este acto inaudito en una temporalidad ampliada, antes de perennizarlo al modo del mito. Frente a Escipión, héroe providencial que simboliza la ciencia guerrera y no quiere otro guía que la gloria, la ciudad celtíbera sólo parece encarnar, en un primer momento, un desafío escandaloso y obstinado a la omnipotencia de Roma. Pero, a la luz de las profecías del Duero y de la Fama, su resistencia y su suicidio se convierten en el primer jalón de una trayectoria en la que se encadenan uno tras otro la ocupación de España por las legiones romanas, la caída del Imperio de los césares bajo los golpes de los godos, el saco de la Roma de los papas perpetrado por las tropas del condestable de Borbón, y, finalmente, la hegemonía temporal y espiritual de la España de Felipe II, en el momento de la reunión de Portugal a la Corona. Visto desde esta óptica, el sacrificio de Numancia no sólo frustra la victoria de Escipión, sino que además preludia la apoteosis que conocerá un día la monarquía de los Austrias, heredera a la vez de Numancia y de Roma: un apogeo cuyo significado somos invitados a meditar.

Al decir del autor, *La Numancia* recibió una acogida más bien favorable de los corrales. Pero también debemos observar que, en aquel entonces, eran las armas españolas las que imponían su ley de hierro a quienes rechazaban la hegemonía ibérica: los moriscos de las Alpujarras, los defensores flamencos de Haarlem, Leyden o Amberes vieron tanto en don Juan de Austria como en el duque de Alba al nuevo Escipión que pretendía someterlos. De ese presente doloroso Cervantes fue testigo atento: dentro del marco que compone, la profecía de la Fama da un sonido extraño, casi discordante. No podemos afirmar que esa disonancia fue deliberada. Pero lo seguro es que, en nuestros días, esa exaltación de la España imperial

pertenece al pasado. En cambio, el sacrificio colectivo de la ciudad conserva un alcance universal: referido o no a nuestra propia situación histórica, nos afecta directamente.

Impresionados por el aliento épico de *La Numancia*, los románticos alemanes fueron los primeros en redescubrir la obra: Goethe y Schopenhauer, en particular, no vacilaron en compararla a *Los Persas* y a *Los Siete contra Tebas*. Un siglo más tarde, en plena guerra civil española, Rafael Alberti en Madrid y Jean-Louis Barrault en París, sin ponerse de acuerdo, le dieron nueva vida sobre las tablas. En su puesta en escena, Barrault se dedicó a resaltar la fuerza subversiva de esta apología de resistencia al opresor. Rafael Alberti irá más lejos: su adaptación «actualizada» de la tragedia, representada en pleno asedio de Madrid, identificará de forma explícita a los sitiadores romanos con las tropas franquistas y sus aliados italianos. Hoy seguimos fascinados por el gesto de estos seres que prefieren la muerte a la servidumbre y se revelan a sí mismos en el ejercicio de su libertad. Si su sueño de independencia y de justicia sigue siendo el nuestro, es porque su elección, en vez de referirse a ejemplos pasados, se constituye como su propio modelo y lo propone a los siglos futuros, como una semilla presta a renacer en el curso de las edades. En este sentido, la lección de muerte que nos da *La Numancia* es una lección de vida; significa la revancha, siempre posible, del débil sobre el fuerte.

Ana Franca

A principios de 1582, la carta a Eraso dejaba entrever un Miguel desengañado y amargo, sin ilusiones respecto al éxito de las vanas gestiones de sus protectores. Al menos conservaba, enganchada al alma, su pasión de escribir. Dos años más tarde ha renunciado a partir para Indias y ya no habla de la improbable sinecura que por un momento aquéllas le han hecho esperar. Siente ahora satisfacciones distintas a las que le procuraba hasta

entonces su dedicación a su obra: representado en los escenarios madrileños, se prepara para ver salir de las prensas *La Galatea*. En el mundo en que ha decidido imponerse, Cervantes va haciéndose un nombre.

¿En qué medida se resintió su vida personal de ese cambio? Indudablemente sus padres hubieran preferido que el soldado de Lepanto recibiese, al igual que su hermano Rodrigo, el premio de sus servicios. Un cargo oficial en Madrid o en Alcalá, además de poner a su hijo al abrigo de la necesidad, les hubiera aportado, no sólo una ayuda financiera, sino protección y apoyo en sus peleas con deudores y acreedores. Obviamente, Miguel no podía contentarse únicamente con el arriesgado producto de contratos siempre aleatorios, en un siglo que no concebía que se pudiera ejercer la profesión de escritor. Incluso en la cumbre de su gloria y a pesar del favor de los editores y del público, un Lope de Vega no conseguirá nunca vivir sólo de su pluma: secretario de un mecenas aficionado al galanteo, deberá consentir en servirle de alcahuete. En sus momentos venturosos, Miguel dio seguramente a los suyos algún subsidio, pero ignoramos su monto y destino. Lo que se puede asegurar es que ni los escudos recibidos de los comediantes que montaron *La Numancia*, ni los ducados entregados por Blas de Robles le permitieron devolver a los trinitarios la suma que fray Juan Gil había adelantado para su rescate. Para hacerlo será menester que su madre logre cobrar por fin el beneficio de los dos mil ducados de mercancías que en otro tiempo había sido autorizada a enviar a Argel. En noviembre de 1584, conseguirá por fin pagar su deuda.

Otra pregunta nos viene a la mente. ¿Cuál es su existencia diaria, desde el momento en que abandona el silencio de su escritorio para alternar entre literatos y gentes de teatro? ¿Qué imagen ofrece a quienes se le acercan? ¿Será uno de esos poetastros que se perfilan en las *Novelas ejemplares*? Podemos pensar, por ejemplo, en el mancebo «al parecer estudiante» que describe Berganza, presa de las ansias de la creación:

> Ocupábase en escribir en un cartapacio, y de cuando en cuando se daba palmadas en la frente y se mordía las uñas, estando mirando al cielo; y otras veces se ponía tan imaginativo, que no movía ni pie ni mano, ni aun las pestañas; tal era su embelesamiento. Una vez me llegué junto a

> él sin que me echase de ver; oíle murmurar entre dientes, y al cabo de un buen espacio dio una gran voz, diciendo: «¡Vive el Señor que es la mejor octava que he hecho en todos los días de mi vida!». Y escribiendo aprisa en su cartapacio, daba muestras de gran contento.

Evocación demasiado efectista para ser el espejo deformante en el que se contemplaría el autor del *Quijote*. Puede decirse otro tanto del plumífero que nos muestra el Licenciado Vidriera, siempre presto a espetar su último soneto a quien quiera oírle: «Y en esto tuerce los labios, pone en arco las cejas y se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice, con tono melifluo y alfeñicado». ¿Ejercicios de estilo? Sin ninguna duda. Pero la inspiración de que aquí hace gala Cervantes está a tono con las costumbres de la república de las letras. Compartió sus ocupaciones y rindió culto a sus ritos, pero tuvo clara conciencia del ridículo provocado por rivalidades encarnizadas y mezquinas ambiciones, llegando a mantenerse a distancia en el momento oportuno.

Poco inclinado a alimentar la crónica de las academias madrileñas, como un Lope de Vega sabrá hacer tan bien pocos años más tarde, el autor de *La Galatea* no fue menos reservado en el capítulo de sus amores. No dedicó sus versos a alguna musa inaccesible, como Garcilaso, Herrera o Gálvez de Montalvo: es a Don Quijote a quien confiará un día el cuidado de adorar sin esperanzas a Dulcinea. Tampoco le conocemos ninguna de esas aventuras tumultuosas que contribuyeron no poco a la fama de Lope. Sólo algunas alusiones tan discretas como tardías, sacadas de la prosa austera de documentos notariales, nos dejan vislumbrar la relación que parece haber tenido hacia sus treinta y cinco años, y de la que, según dicen, nació una hija natural, Isabel. Su hermana Magdalena recogerá a la muchacha quince años más tarde, después de la muerte de su madre; y el propio Miguel le dará su apellido cuando regrese definitivamente a Madrid.

A menos que otorguemos fe a las fábulas del *Viaje del Parnaso*, haciendo de Promontorio un ser de carne y hueso, Miguel no parece haber tenido más hijos que esa que un día se convertirá en Isabel de Saavedra y de la que volveremos a hablar. Pero ¿quién fue su madre? Una tal Ana de

Villafranca, también llamada Ana Franca de Rojas, cuyo entorno familiar conocemos ahora mejor, gracias a los documentos localizados por Emilio Maganto Pagón en el Archivo General de Indias y publicados luego por él con un nutrido comentario.[8] Hija de Juan de Villafranca, comerciante en lanas, había nacido veinte años antes en Madrid. Muy joven todavía, entra al servicio de una tía cuyo marido, el alguacil Marín Mújica, estará mezclado seis años más tarde en la evasión de Antonio Pérez, el exsecretario del rey. A la muerte de su tía, en 1579, recibe en herencia una suma de cien ducados destinada a permitirle establecerse. ¿Ya le habían buscado un partido? Lo cierto es que, de grado o por fuerza, se casa a los dieciséis años, el 11 de agosto de 1580, con un comerciante asturiano casi iletrado llamado Alonso Rodríguez. Gracias a misteriosos protectores, la pareja no tarda en tener casa propia, puesto que el marido va a abrir, en la calle de Tudescos, una taberna donde suelen acudir «autores» y comediantes. Ahí es, sin duda, donde el autor de *La Numancia* conoció a la joven, ya madre de una niña, Ana. Dado que su propia hija nació a mediados de noviembre, su relación debió de comenzar no más tarde de principios de 1584, durante sus conversaciones con Blas de Robles: en la declaración que Isabel hará en Valladolid en junio de 1605 con ocasión del caso Ezpeleta, confesará tener veinte años.

Ésa es, al menos, la versión comúnmente admitida. Miguel Herrero García, por su parte, quiso ver en esta misteriosa paternidad una argucia imaginada por Miguel. La verdadera madre de Isabel sería su hermana Magdalena, y su padre un tal Juan de Urbina, del que hablaremos cuando llegue el momento. Ana Franca no habría sido más que una cómplice de la que Magdalena se valió para ocultar su desliz. Tras la muerte de la tabernera, Miguel vendría a sustituir a su hermana, reconociendo por hija suya a la que, en realidad, no era sino su sobrina. Por lo que se refiere a Magdalena, habría pagado su deuda al tomar a la joven a su servicio sin confesar su calidad de madre.[9] Esta hipótesis, emitida hace más de medio siglo, concuerda con cuanto sabemos de la vida amorosa de las Cervantes, y marca con el mismo sello de bastardía el nacimiento de Constanza y el de

Isabel. Pero no hay ningún documento que aporte la prueba explícita que la confirme. Nada demuestra, en particular, que Magdalena de Cervantes fuera amante de Juan de Urbina, quien, como veremos, no aparece hasta 1606 en la vida del autor del *Quijote*. Podemos entonces, sin temor a vernos desmentidos, atenernos a la letra de las escrituras notariales. La curiosidad de los biógrafos está hecha a la medida de la discreción de Cervantes sobre esa aventura, probable contratipo de las intrigas amorosas de sus pastores. Sobre las relaciones de Miguel con las mujeres, no tenemos más que el testimonio de los archivos: un medio familiar marcado por una serie de fracasos sentimentales y compromisos galantes, y que Martina de Mendoza, Constanza de Ovando e Isabel de Saavedra envuelven en un aroma obsesivo de ilegitimidad; una sola relación confesada, casi ancilar, que no parece haber durado sino algunos meses; por último, un matrimonio del que pronto veremos que también tiene su parte de enigma.

Queda lo esencial, es decir, las figuras literarias del Eros cervantino, con toda una gama de situaciones que van de las intrigas venales de *El casamiento engañoso* a la absoluta devoción que siente Don Quijote por la dama de sus pensamientos. Cierto que ahí dominan los extremos, como si, entre la desvergüenza de Maritornes y la irreprochable honestidad de Constanza, la ilustre fregona, no hubiera sitio para comportamientos más serenos. Desde luego, lo novelesco casa mejor con todo lo que se sale de lo ordinario que con las pacíficas delicias de la armonía conyugal. *La fuerza de la sangre*, por citar sólo un ejemplo, ilustra de maravilla ese adagio, iniciándose con la desgracia de la protagonista, que es arrebatada delante de los ojos de los suyos, y a la que su raptor echa a la calle tras haberla violado. No importa: tanto, si no más, que el ardor amoroso de los seductores y de las pecadoras, componente obligado de las fábulas del Siglo de Oro, son las actitudes desviadas, por no decir perversas, las que retienen la mayoría de las veces la atención de Cervantes. Ya *La Galatea*, al evocar, de forma un tanto abstracta, la omnipotencia del amor carnal, pretendía ponernos en guardia contra los mil desórdenes a que se abandonan quienes ceden al imperio del deseo: «este deseo (...) que incita al hermano a

procurar de la amada hermana los abominables abrazos, la madrastra del alnado y, lo que es peor, el mismo padre de la propia hija».

Nuestro Boccaccio español era demasiado artista para complacerse en la pintura de semejantes excesos. Pero, sobre el telón de fondo de estos «abominables abrazos», otras inclinaciones adquieren todo su relieve, y, sobre ellas, las ficciones cervantinas lanzan una extraña luz: el desatino de Anselmo, el curioso impertinente, que, consciente del desastre que va a provocar, empuja a su amigo Lotario a probar la fidelidad de su propia mujer, Camila, hasta el momento en que ésta termina por ceder; la locura del viejo Carrizales, el celoso extremeño, quien, queriendo preservar de toda tentación a la cándida Leonora, su joven esposa, la encierra en una cárcel dorada donde juega a las muñecas con sus criadas, mientras saborea los frutos algo pasados de esa unión aberrante, «los cuales a Leonora, (...), ni eran gustosos ni desabridos»; la pertinacia del Caballero de la Triste Figura, adorador enloquecido de un ídolo que reúne «todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas». En esta predilección por lo insólito, ¿Miguel no proyectaría sus propias inhibiciones? ¿No obedece, llegado el caso, a alguna pulsión oscura, como cuando condena al peor de los castigos a la Rosamunda del *Persiles*, esa «rosa inmunda» que quiso ser la gran sacerdotisa del sexo y muere consumida por no poder saciar sus instintos? Los fantasmas de un escritor son nuestros propios enigmas.

Los encantos del matrimonio

Septiembre de 1584: Ana Franca se dispone a dar a luz una niña, cuyo verdadero padre sólo ella y Miguel conocen. No sabemos cómo acogió éste la noticia. Probablemente, sin la desenvoltura que, en la España del Siglo de Oro, los seductores solían afectar ante el nacimiento de un bastardo; aunque sólo fuera porque se trataba de una relación que no podía regularizar, del

mismo modo que tampoco quería oficializarla bajo las especies de un triángulo amoroso.

Ésos deben ser sus sentimientos cuando, hacia mediados de mes, deja de nuevo Madrid, tomando la carroza de mulas que, todas las semanas, une la corte con Toledo. En esta ocasión no parte para ningún destino lejano. Tras una breve etapa, a medio camino, en Illescas, centro mercantil donde, quince años más tarde, El Greco pintará los dos admirables retratos que todavía hoy adornan los altares del convento de la Caridad, tuerce hacia el este. Tras recorrer una legua, llega a Esquivias. Conocemos la causa de ese viaje. Para Cervantes se trataba de realizar el proyecto que su amigo Pedro Laínez, muerto seis meses antes, no había tenido tiempo de rematar: publicar sus obras, ahora póstumas, que su viuda, Juana Gaitán, conservaba en estado de manuscritos. Curioso personaje esta mujer, de ascendencia morisca, con la que Laínez se había casado en su crepúsculo, a pesar de su diferencia de edad, y que mantendrá estrechas relaciones con nuestro héroe hasta su muerte. Oriunda de Esquivias, se retiró a su pueblo natal a la muerte de su marido; pero no había elegido la soledad. El hijo de un negociante de Burgos, Diego de Hondaro, de apenas veintidós años, había llegado para aportarle el consuelo de su presencia. El 12 de junio, Juana Gaitán volvió a casarse con el mozalbete. Hemos conservado el contrato de matrimonio. Si en él apenas se hace mención a los escudos del marido, se describen con todo detalle los bienes del poeta, cuyo empleo será dejado a la discreción de su viuda. También se trata de su *Cancionero*, estimado en ciento veinte mil maravedís, así como otro volumen, de verso y de prosa, titulado —¡oh ironía del destino!— *Engaños y desengaños de amor*.

Cervantes, que acababa de concluir sus tratos con Blas de Robles, era la persona idónea para ayudar a la ardiente Juana con sus consejos. Así es como, al acercarse la vendimia, entra en Esquivias, de la que más tarde, en el prólogo del *Persiles*, celebrará «sus ilustrísimos vinos» y «sus ilustres linajes». Sita en los confines de La Mancha, en medio de las colinas que bordean la llanura de La Sagra, Esquivias se vanagloriaba, en efecto, de sus viñedos. Por lo que se refiere a sus linajes, de las ciento setenta y cinco

familias censadas en esa época, treinta y siete, es decir, más de la quinta parte, se decían hidalgas y adornaban el pórtico de sus casas con sus armas.

A buen seguro, Miguel examinó cuidadosamente los papeles de un amigo apreciado. El 22 de septiembre, Juana Gaitán encargará al abogado Ortiga Roza una misión en forma legal, pidiéndole, ante notario, que buscase un editor. Los pocos efectos de esta decisión, refrendada por Cervantes, se deben sin duda a las reticencias de los libreros, poco interesados en publicar un *Cancionero* póstumo, en una época en que «en general» la poesía andaba «tan desfavorecida». Pero ésa es otra historia que, por el momento, no era de actualidad.

¿Cómo las nobles familias de Esquivias acogieron al matrimonio Hondaro? Probablemente, sin excesiva cordialidad, en vista del perfume de escándalo que flotaba en torno a un matrimonio demasiado fresco, así como de los orígenes de esta recién casada. Podemos imaginarnos perfectamente el aire afectado de las matronas del lugar por el retrato que Teresa Panza, la mujer de Sancho, hace de las impertinentes con que se cruza en su propia aldea, «que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van a la iglesia con tanta fantasía como si fuesen las mesmas reinas, que no parece sino que tienen a deshonra el mirar a una labradora». Dicho esto, incluso casada de nuevo en las condiciones que ya sabemos, Juana Gaitán seguía siendo la viuda de un camarero del infante don Carlos, y no habrá dejado de deslumbrar a sus vecinas con sus relaciones.

Entre aquellas mujeres cuya amistad parece haber cultivado, pronto va a emerger Catalina de Palacios, que vivía en una casa cercana a la suya, y que también acababa de perder a su marido. Esta triste coincidencia pudo favorecer su intimidad, aunque Catalina no tuviese los modales y el temperamento de la bella morisca. Unas preocupaciones muy distintas de las que agitaban a Juana bastaban ampliamente para requerirla: la gestión de un patrimonio formado esencialmente de viñas y olivos y completado por dos o tres casas, en Toledo y en los alrededores; la liquidación, delicada cuando menos, de la herencia de su cónyuge, Hernando de Salazar Vozmediano, que al desaparecer dejó una profusión de deudas; el futuro de

sus dos hijos menores, Francisco y Fernando, criados bajo la tutela de su hermano, Juan de Palacios, párroco de Esquivias, y que, en el momento oportuno, también recibirán las órdenes; por último, la educación de su única hija, Catalina de Salazar, que, nacida en noviembre de 1565, aún no había cumplido sus veinte primaveras.

Con sus vestidos de luto, esta joven va a llamar la atención de Miguel y a convertirse en seguida en su legítima esposa. Determinado a corresponder a las expectativas de Juana Gaitán, cumpliendo su cometido, no quería dejarse distraer de su tarea. Pero más tarde, en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, confesará que «no siempre se asiste a los negocios, por calificados que sean. Horas hay de recreación, donde el afligido espíritu descanse». El encuentro de Catalina fue, por tanto, uno de esos descansos y nuestro poeta no dudó mucho tiempo en dar el paso, haciendo su petición de matrimonio. Dos meses después de su llegada a Esquivias, el 12 de diciembre de 1584, en la iglesia de Santa María de la Asunción, Juan de Palacios recibió ante tres testigos el consentimiento de los recién casados.

Nos sentimos algo decepcionados por el laconismo del documento conservado en los archivos parroquiales de Esquivias.[10] Nos gustaría que nos dijese algo más sobre la ceremonia y, en particular, sobre la joven esposa. A decir verdad, ignoramos todo sobre sus encantos, que, ojalá, debieron de contribuir a la rápida decisión de Miguel. Las únicas indicaciones que nos han llegado se refieren, en lo esencial, a sus ascendientes y a su edad: nos revelan también que sabía leer y escribir, y nos permiten pensar que tenía en sus venas algunas gotas de sangre judía.

Necesitaríamos más datos para aclarar los móviles que impulsaron a este hombre maduro a unir de forma tan rápida su destino al de una mujer tan joven: a los treinta y siete años cumplidos, la doblaba casi en edad. Ya no se pretende ver en Catalina —por razones de cronología— el modelo de tal o cual de las pastoras de *La Galatea*, ya que el libro estaba a punto de imprimirse y aparecerá tres meses después del «sí» sacramental. En cuanto a suponer que Cervantes quiso hacer un matrimonio de interés, esta hipótesis no concuerda con la amplitud de las deudas dejadas por su difunto

suegro. Entre ambos extremos, Miguel se nos aparece, más bien, como un hombre desengañado de las ilusiones de su juventud, que aspiraba además a mantenerse a distancia de la bohemia literaria: por eso se hallaba más dispuesto todavía a abrazar el estado matrimonial. El azar de las circunstancias hizo que creyese encontrar en Esquivias el puerto con que soñaba sin confesárselo. Desde luego no faltaban razones para anclarlo en esta convicción: el alejamiento de Madrid y de Ana Franca, la acogida de Juana Gaitán, el recuerdo del amigo desaparecido, la amable vecindad de los Salazar, la dulzura de los días dorados de septiembre, el encanto bucólico de la fuente de los Ombidales y de sus encinares que dominan Esquivias, la vida apacible, en época de vendimia, de un pueblo castellano. Esperemos también, en la resolución de un artista sensible a la belleza y al encanto de una adolescente todavía tímida, pero capaz ya de suspenderle los sentidos. En cuanto a Catalina, no sabemos qué fue lo que la sedujo: la gloria del soldado de Lepanto, las tribulaciones del cautivo de Argel, la fama del poeta madrileño... O simplemente, tal vez, la frente lisa, los ojos vivos y la barba aún rubia de aquel hombre de quien sus compañeros decían que «es querido, amado y estimado de todos, (...) por ser de su cosecha amigable, noble y llano con todo el mundo».[11] Hay una cosa segura al menos: en el frescor de una mañana de diciembre, le dijo «sí» en la suerte y en la desgracia.

Vivir en Esquivias

El viajero que consienta hacer un alto en Esquivias todavía puede ver la casa que fue en otros tiempos la de los Salazar: una amplia y austera morada, muy cercana a la iglesia, con su amplio pórtico, sus ventanas adornadas con barrotes, su patio de columnas rematado por un balcón de madera, su bodega y su despensa donde cada año se almacenaba el aceite y el vino.

Ahí es donde, a principios de 1585, va a establecerse Cervantes para disfrutar de su hogar, para gestionar también los bienes de su esposa. ¿Con la bendición de su nueva familia? Se duda, aduciendo un matrimonio celebrado en medio de la mayor discreción, si no apresuradamente, alegando también los dieciocho meses que han de transcurrir hasta que Miguel vea entregarle por fin la prometida dote. Pero estos argumentos son menos probatorios de lo que se pretende. En el momento en que se casó, Catalina aún llevaba luto por su padre y, por tanto, no podía darse a su boda todo el brillo deseado. Por su parte, Miguel tenía unos padres ancianos; por vivo que fuera su deseo de ir a Esquivias, no estaban en condiciones de soportar las fatigas del viaje. En cuanto a la demora que le impuso su familia política, se debe a que él mismo tardó en entregar los cien ducados que debía aportar.

Pero lo cierto es que debió de ser fuerte el contraste con la animación de la Villa y Corte. Múltiples rumores dominan en ese momento Madrid. Las relaciones entre España e Inglaterra son cada vez más tensas, debido al apoyo que Isabel presta a los rebeldes holandeses, sus hermanos en herejía. En las costas andaluzas, las incursiones del corsario Francis Drake difunden el terror y contribuyen a envenenar las relaciones entre ambos países. Más orientado cada vez hacia el Atlántico, Felipe II desea acabar con un adversario cuyas iniciativas contrarrestan su propia política. Comienza a hablarse con insistencia de un proyecto que tres años antes le había presentado don Álvaro de Bazán, el vencedor de las Azores, y que vuelve a ponerse sobre la mesa: una expedición naval de gran envergadura, llevada hasta el corazón de las islas Británicas, que forzará a la Reina Virgen a someterse.

Otro rumor corre por las calles de la capital: el del próximo traslado de la corte a El Escorial, por fin acabado tras veintitrés años de trabajos. Los madrileños temen pagar los gastos de esa marcha; pero aquellos que «dan el tono» no pretenden retener al rey adoptando sus irreprochables costumbres y su porte austero. Los moralistas denuncian a porfía el triunfo insolente del dinero fácil y del lujo desmedido. En diciembre de 1585, una serie de

decretos prohíbe, todo junto, las blasfemias, el alboroto nocturno, los duelos a muerte, los juegos de cartas, la especulación sobre los suministros y los inventos de las prostitutas para promover el comercio de sus encantos. Estas medidas drásticas, completadas y ampliadas menos de un año después, no parecen haber tenido los efectos esperados.

Frente a este bullicio, la quietud de Esquivias, más sensible aún por el rigor del invierno castellano, debió de proporcionar a Miguel la impresión de haber cambiado de planeta. La compañía de su joven esposa, las veladas al amor de la lumbre con la tribu de los Salazar, la amistosa vecindad de Juana Gaitán no podían bastarle a entretener los tiempos muertos que le dejaban el cuidado de sus olivos y viñedos y los asuntos de un suegro al que no había conocido. Por supuesto, también estaban las conversaciones con los hidalgos del lugar, muchos de los cuales habían servido en los ejércitos del emperador y de su hijo. A buen seguro acogieron con simpatía al soldado de Lepanto. Pero cuando uno se llama Cervantes, cuando no se tiene la facundia requerida, y cuando se prefiere confiar lo mejor de uno mismo a la pluma, se termina por cansarse de evocar, incluso junto a un jarro de ilustre vino, la merecida fama del señor don Juan, las heridas recibidas a bordo de *La Marquesa*, el abandono de La Goleta o los sufrimientos de Argel. Entonces no queda otra cosa que imitar a Teresa Panza y comentar los menudos acontecimientos del día: el matrimonio de la hija de la Berrueca con un pintor de mala pinta que ha dejado el pincel por la azada y que ahora va a los campos «como gentilhombre»; los sinsabores del hijo de Pedro Lobo, que quería hacerse cura y recibió la tonsura, pero a quien la hija de Mingo Silvato, encinta, dice ella, de sus obras, acaba de demandar; el paso de una compañía de soldados que, de camino, han raptado a tres muchachas; la inquietud que crece cada semana, porque «hogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo». Cierto, Esquivias era algo más encopetado que la aldea manchega de la que un día saldrán Don Quijote y Sancho y cuyo nombre no querrá recordar Cervantes. Pero, salvo matices de escasa importancia, la vida no era allí tan diferente: de ella nuestro novelista se acordó sin duda, al hacer

más tarde, por medio de Teresa, la crónica de un rincón perdido de la España profunda.

Además, no hemos de olvidar algo esencial: el nuevo huésped de Esquivias no ha roto con la Villa y Corte. En febrero de 1585, menos de dos meses después de su matrimonio, se ve celebrado, en el *Jardín espiritual* de su amigo Padilla, como uno de los poetas castellanos más famosos. El 5 de marzo firma con el *autor* Gaspar de Porres el contrato del que hemos hablado. Algunos días más tarde, de las prensas de Alcalá sale *La Galatea*. Se impone una conclusión: por razones profesionales, Miguel recorre a menudo las doce leguas que separan Esquivias de Madrid. También por motivos de índole familiar. Sin duda, a primeros de año hubo de llevar a Catalina a la corte para presentarla a su familia. Probablemente vuelve a ella al final de la primavera, a consecuencia de la muerte de su padre, ocurrida el 13 de junio, con más de setenta y cinco años. A pesar de su invalidez y sus sinsabores, el excirujano había conseguido llegar a una edad respetable. Tenemos su testamento, dictado el 8 de junio en su lecho de muerte, por el que instituye como ejecutores a su mujer y a la madre de su nuera. Esta señal de confianza es tanto más conmovedora cuanto que el infortunado Rodrigo no tenía casi nada que legar. Al menos podrá proclamar, con la frente muy alta, que había saldado todas sus deudas;[12] sabiendo como sabemos la fuerza con que pesaron sobre él durante toda su vida, podemos medir el valor de esta declaración.

Conservamos rastros de una nueva estancia de Miguel en Madrid el 1 de agosto, durante la cual firma como testigo un reconocimiento de deuda. La acreedora era Inés Osorio, esposa de Jerónimo Velázquez, un famoso comediante cuya hija, Elena, era entonces la amante de Lope de Vega. Por eso se ha llegado a la conclusión de que entre los dos hombres hubo intimidad. Más vale hablar de relaciones cordiales. El autor de *La Galatea* había hecho figurar, entre los poetas mencionados en el «Canto de Calíope», al joven prodigio que acababa de cumplir entonces los veinte años: ahí dedicaba un homenaje casi paterno a sus prometedores inicios. Dos años más tarde, Lope romperá con Elena al término de un intercambio

de libelos difamatorios que le valdrán un sonado proceso y le obligarán a exiliarse a Valencia. Pero, en ese momento, Cervantes habrá reanudado con su vida itinerante; sus caminos no volverán a cruzarse de nuevo hasta diez años más tarde.

Sin renunciar a sus escapadas madrileñas, Miguel va multiplicando sus viajes. Lo encontramos a menudo en Toledo, donde, como sabemos, los Salazar tenían intereses y a la que más tarde convertirá en marco de varias de sus novelas. En *La fuerza de la sangre*, en particular, dedica algunas frases muy sentidas a los placeres que se pueden gustar a orillas del Tajo, y se complace en alabar el amable natural de los toledanos. También lo descubrimos, al menos en dos ocasiones, más al sur, a orillas del Guadalquivir. El 2 de diciembre de 1585 queda señalado su paso en Sevilla, donde se aloja, al parecer, en casa de su amigo Tomás Gutiérrez, el antiguo cómico que, tras haberse despedido del mundo del teatro, lleva una posada en la calle de Bayona, junto a la catedral. Allí se dedica a misteriosas transacciones, por cuenta, al parecer, de Diego de Hondaro, el esposo de Juana Gaitán. Conservamos, firmada de su mano, una obligación por la que se compromete a devolver en un plazo de seis meses la suma de doscientos mil maravedís prestados por un tal Gómez de Carrión «a mi ruego e ynterceçión e por me fazer plazer e buena obra».[13] Otros dos documentos, uno de ellos una letra de cambio, lo muestran manejando cantidades importantes. ¿Se trataba, tal vez, como sugiere un poder otorgado a Hondaro por su esposa, de reunir el dinero necesario para imprimir el famoso *Cancionero*?, a no ser, como supone Astrana Marín, que otorgara alguna donación a Ana Franca de Rojas, como precio de su ruptura. No se sabe. En Navidad, ha vuelto a Esquivias, donde asiste a la boda de un sobrino político, Gonzalo de Guzmán Salazar, con la sobrina del párroco de Santo Tomé de Toledo: el mismo que, un año antes, había encargado al Greco *El entierro del Conde de Orgaz*, y que aparece en el centro del cuadro bajo los rasgos del celebrante. Astrana Marín, cuya imaginación era viva en ocasiones, se pregunta si Cervantes no posó para el pintor: éste habría dado su rostro a uno de los caballeros que vemos asistir

al entierro.[14] Si fuera cierto, deberíamos al Greco el único retrato auténtico del autor del *Quijote*.

En junio de 1586 volvemos a encontrar a nuestro héroe en Sevilla, en asuntos con los mismos socios. Sea cual fuere el resultado de esas transacciones, no parece haber prolongado su estancia en Andalucía, porque el 9 de agosto está presente en Esquivias para recibir formalmente la dote de Catalina; por su parte entrega los cien ducados prometidos. El inventario hecho en esa ocasión nos revela un patrimonio decente, surtido de un no menos decente ajuar: el total se estima en algo más de cuatrocientos ducados. Ahí se mencionan tierras, un huerto, olivares, viñedos, gallinas, un gallo. «Con poco me contento, aunque deseo mucho», dirá Miguel en el *Viaje del Parnaso*. En última instancia, Catalina de Palacios cumplió sus compromisos. Hizo más: ese mismo día otorga a su yerno plenos poderes para administrar los bienes de su familia. En este gesto se ha visto un testimonio de confianza. También podemos preguntarnos si, al actuar así, la viuda de Hernando de Salazar no pretendió retener en Esquivias a un Cervantes que cada vez se ausentaba más del hogar. Si fue ése su propósito, su tentativa va a terminar en fracaso; ahora veremos en qué circunstancias.

El espejismo sevillano

La decisión que llevó a Miguel a despedirse de su esposa, tras menos de tres años de vida en común, sigue estando para nosotros impregnada de misterio. Desde luego, durante esos veintiocho meses no faltan signos de sus repetidas infidelidades hacia los ilustres linajes y los ilustres vinos. Pero su adiós a Esquivias es también un adiós a Madrid: significa una nueva vida.

Primera constatación: Cervantes se ha cansado de su Arcadia. No ha querido hacerse pastor, como el estudiante Grisóstomo, protagonista de uno de los cuentos del *Quijote*. Cierto que su pastora, menos cruel que Marcela, no era, como ella, «rica», aunque del mismo modo estuviese «en poder de

un tío suyo sacerdote y beneficiado en nuestro lugar». Su familia tenía casa propia; pero el grueso de su herencia, dejando a un lado las escasas fanegas cuyo usufructo tenía su madre, no era otra cosa que una masa de deudas cuyo fin no veía nuestro escritor. Aunque Hernando de Salazar no había cometido deliberadamente, a diferencia de su padre Gonzalo, diversos errores de escritura, había dado muestras de una inconsecuencia notoria en la administración de sus bienes. En el crepúsculo de su vida, sus dificultades se volvieron tales que ya no estaba en condiciones de pagar el sueldo a sus criados. Es imaginable que a su yerno, enfrentado a cien acreedores, no se le haya ocurrido otra salida que meter bajo llave los libros de cuentas con que le habían regalado.

En cuanto a los incidentes de la vida local, no podían bastar a distraer su mal humor. Hablar de cosas sin importancia, comentar los precios del vino y del aceite, era algo cuyos encantos ya había agotado. A buen seguro tenía los placeres de la mesa; pero eran placeres a la medida de la proverbial frugalidad castellana. Al margen de las grandes ocasiones —la boda de Gonzalo de Salazar, al regresar Miguel de Sevilla, o, pocos meses más tarde, el bautizo de un hijo de Simón Hernández, negociante en vinos que vivía muy cerca—, lo habitual consistía en aquello a lo que se acomodará Don Quijote: «Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos». Una vez levantada la mesa, como en toda España, se ponían a espulgar y despiojar los ilustrísimos linajes. Eran muchos los hidalgos que tenían conversos entre sus ascendientes, empezando por los Salazar. Éstos debían esa tara a su parentesco con los Quijada, uno de cuyos antepasados despertó a buen seguro la curiosidad de Miguel. Era un monje, muerto hacía más de medio siglo, que pasaba por gran lector de libros de caballería. Todavía hoy puede verse su casa, vecina de la de Catalina. Se llamaba Alonso Quijada: ya oiremos hablar de ese nombre.

Pequeñas contrariedades, se dirá, para quien estaba ahora seguro de tener mesa y techo, atendido por una esposa diligente. Pero ¿estaba ahí la

verdadera felicidad? Entendámonos: Catalina fue sin duda una esposa abnegada; lo demostrará por otro lado cuando su marido reanude la vida en común. Pero, pasada la luna de miel, Cervantes tal vez volvió a encontrarse con sus inquietudes y sus demonios: una adolescente de La Sagra de Toledo, incluso hidalga y sabiendo leer y escribir, no podía rivalizar con ellos. ¿Se enteró además ella de los ilícitos amores de Ana Franca y del fruto que era su resultado? Puede pensarse que lo habría admitido, conociendo a su alrededor casos comparables. Su abuelo paterno, ese Gonzalo de Salazar cuya falta de delicadeza hemos mencionado, había tenido un hijo natural; y su tío Luis de Salazar había seguido sus huellas poco después. Pero puede ser también que no descubriera sino más tarde los orígenes de Isabel de Saavedra, cuando ésta vaya con sus tías a compartir la existencia del matrimonio a Valladolid.

Prisionera de un medio familiar que debía de pesar a su vagabundo marido, frustrada en su deseo de maternidad, debió de sentirse muy pronto extraña a las aspiraciones del hombre que compartía tan poco su vida. «Como una mujer no sea necia, tonta o boba —dirá Rodolfo en *La fuerza de la sangre*—, bástale.» Sea; pero ¿es Cervantes quien así habla por boca del seductor de Leocadia? Apostaríamos que sus ideas eran distintas, pero, por su lado, Catalina hubo de medir todo lo que a su esposo le faltaba para mantener su rango en el pequeño mundo de Esquivias. Han querido ver su *alter ego* en la desabrida Guiomar de *El juez de los divorcios*, que arroja a la cara del soldado famélico que es su marido sus desilusiones y sus rencores:

> Quiero decir, que pensé que me casaba con un hombre moliente y corriente, y a pocos días hallé que me había casado con un leño (...) porque él no sabe cuál es su mano derecha, ni busca medios ni trazas para granjear un real con que ayude a sustentar su casa y familia (...); y en toda la noche no sosiega, dando vueltas. Pregúntole qué tiene. Respóndeme que está haciendo un soneto en la memoria para un amigo que se le ha pedido; y da en ser poeta, como si fuese oficio con quien no estuviese vinculada la necesidad del mundo...

Este retrato nada ameno se resiente tanto de las obligaciones del tema como de las convenciones del entremés. Hay, sin embargo, un no sé qué que

nos turba en la decepción de esa mujer irreprochable que se atrinchera tras su virtud para exhalar sus quejas. Desde luego, *El juez de los divorcios* es una obra tardía, posterior al regreso definitivo del poeta a Madrid. Pero es lícito pensar que éste no esperó a pasar la cincuentena para descubrir las primeras grietas en el frágil edificio de su felicidad. Escuchemos a Don Quijote:

> Que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado, y el del matrimonio está muy a peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse; pues ¿por qué no hará lo mesmo el que ha de caminar toda la vida, hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que una vez comprada se vuelve, o se trueca o cambia; porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: es un lazo que si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle.

Hermosas y fuertes palabras, que honran a quien las profiere. Pero ¿cómo conciliar estos nobles principios con las mediocres realidades de la vida cotidiana? El compromiso imaginado por Miguel —repartir su tiempo entre Madrid y Esquivias— no podía seguir indefinidamente. Privado del trato con poetas, libreros y comediantes, corría el riesgo de verse suplantado por rivales mejor introducidos, atentos a hacer acto de presencia allí donde era preciso y cuando era necesario. Un Lope de Vega ya lo había comprendido a las mil maravillas.

Y, además, para decirlo todo, Miguel parece haber atravesado una crisis. Su producción comprobada durante esos años se resume, en su totalidad, en tres sonetos de circunstancias publicados en 1587 y escritos sin duda poco antes. Uno de ellos está dedicado a Alonso de Barros, uno de los allegados del todopoderoso Mateo Vázquez, lo cual nos permite pensar que su autor logró obtener algún favor del partido «castellanista», sin por ello incorporarse a él. En efecto, ese partido estaba disolviéndose, tanto por la muerte de varios de sus miembros como a raíz de la reorganización que entonces se operaba en la administración española. Por otra parte, el hecho

de que Cervantes no haya terminado nunca su *Galatea* atestigua una insatisfacción, un corte de inspiración incluso, cuyos orígenes tal vez se remonten a esta época. En cuanto a los corrales de la capital, podemos preguntarnos si le confirmaron la acogida que permitía augurar el éxito de *La Confusa*. No sabemos si cumplió del todo su contrato con Porres, puesto que nada nos dice de lo que ocurrió con *El trato de Constantinopla*. A lo mejor, el tipo de comedia imaginado por él ya no caía en gracia, en tanto que se estaba acercando el advenimiento de un rival más joven, más favorecido también por el público. Sea como fuere, va a exiliarse durante veinte años de esa república de las letras de la que había pensado convertirse en una de las figuras punteras. «Tuve otras cosas en que ocuparme; dejé la pluma y las comedias.» Mediante esos términos alusivos, Cervantes, con su habitual discreción, referirá en el crepúsculo de su vida, una decisión que no debió de llenar su corazón de alegría.

Quedaba la ocasión, por no decir el pretexto idóneo para justificar, tanto a sus ojos como a los de los suyos, lo que hemos de calificar como su deserción. Sus transacciones sevillanas, su reencuentro con Tomás Gutiérrez, a la sombra de la Giralda, le habían apartado de las molestias de Esquivias, haciéndole vislumbrar ocupaciones más acordes con su deseo de independencia, tanto más vivo cuanto que tenía la sensación de vivir a expensas de su esposa. Tal vez por Gutiérrez se enteró de que acababa de decidirse la expedición naval contra Inglaterra que Álvaro de Bazán había reclamado tres años antes. Aprovechando la indignación provocada por la ejecución de María Estuardo, ocurrida el 18 de febrero de 1587, Felipe II decide poner en marcha el proyecto. A principios de abril, el consejero Antonio de Guevara es nombrado comisario general. Encargado de los preparativos de la operación y, en particular, del suministro de trigo y aceite, da a su adjunto, Diego de Valdivia, la orden de montar su cuartel general en Sevilla. Para llevar a buen término su misión y proceder a las indispensables requisas en toda Andalucía, Valdivia necesitaba todo un ejército de subordinados. Uno de los que van a postular un empleo de comisario será precisamente Cervantes.

Miguel obtiene efectivamente esa comisión en septiembre y en Sevilla. Pero hace ya cinco meses, desde principios de mayo, que se encuentra a orillas del Guadalquivir. Tenemos algunas luces sobre las circunstancias de su partida. El 25 de abril, Toledo celebra con esplendor el traslado desde Flandes de las reliquias de santa Leocadia, patrona de la ciudad. El rey en persona honra las ceremonias con su presencia. Dos o tres días antes, el cortejo hace etapa en Esquivias. Todo induce a creer que Cervantes participó, con varios amigos, en los festejos cuyo eco se percibe en el *Persiles*. El 28 de abril firma en Toledo, ante el notario Ambrosio Mexía, una escritura que otorga plenos poderes a Catalina, dándole no sólo todo lo que posee, sino todo lo que gane o reciba en adelante. Según opina Daniel Eisenberg, este documento sugiere que su partida no obedeció a una mera necesidad económica, sino que, al separarse física y geográficamente de su mujer, ausentándose de ella por años enteros, decidió entrar en otra etapa de su vida.[15] Es de notar, además, que, en vez de volver a pasar por Esquivias para entregársela personalmente a su esposa, se la hizo llegar por medio del testigo, su sobrino Gaspar de Guzmán. Al día siguiente, la bahía de Cádiz será el teatro de una espectacular incursión de Francis Drake, «el pirata mayor del occidente», como lo llama la primera canción dedicada por Cervantes «A la Armada que fue sobre Inglaterra». El mismo día, Miguel anda ya por los caminos de La Mancha. Por Ciudad Real, Argamasilla, Almodóvar y Alcudia recorre, a razón de ocho o nueve leguas diarias, las llanuras que inmortalizará más tarde Don Quijote. Diez días después vuelve a hospedarse en casa de Tomás Gutiérrez. No es, desde luego, un adiós definitivo a Catalina, a los ilustres vinos y a los ilustrísimos linajes; pero de cualquier modo se parece mucho a una fuga. En última instancia, es una nueva etapa que comienza en su vida, bajo el signo de unas andanzas que han de durar casi quince años.

4

El laberinto andaluz (1587-1601)

Pero para la carga de un poeta,
siempre ligera, cualquier bestia puede
llevarla, pues carece de maleta.

Viaje del Parnaso, I

Primeras comisiones

Al desembarcar en Sevilla en los primeros días de junio, Cervantes, además de recuperar, tal vez, lejanos recuerdos de adolescencia, se encontraba sobre todo en una ciudad que se le había vuelto cada vez más familiar, desde sus recientes comisiones por cuenta de Juana Gaitán. Sin mucho tardar, hubo de dirigirse al barrio dominado por la catedral. Era allí donde su amigo Tomás Gutiérrez poseía, en la calle de Bayona, una posada muy estimada por nobles viajeros. Gutiérrez se jactaba de tener entre sus clientes «príncipes, marqueses y condes y caballeros», que huían de la incomodidad de los mesones ordinarios. Al menos debió de albergarlo a su llegada para darle tiempo a conseguir alojamiento. Asimismo le presentó, probablemente, a Diego de Valdivia, el ayudante del consejero Guevara, siendo para él el fiador que Miguel necesitaba para conseguir el empleo que solicitaba.

El 18 de septiembre de 1587, al cabo de tres meses de ociosidad forzada, el nuevo comisario de abastecimientos de las galeras del rey deja

las orillas del Guadalquivir. Emprende la primera de una serie de viajes que, durante cinco años, van a requerir todas sus fuerzas y a ocupar la mayor parte de su tiempo. Se dirige primero a Écija, ciudad pintoresca y próspera, conocida por su pasado romano y sus vestigios moros, pero que, sobre todo, se enorgullecía de las iglesias góticas y de los palacios platerescos edificados por las nobles familias del lugar. Situada a unas veinte leguas de Sevilla, en el corazón de unas tierras paniegas que llegan hasta Córdoba, era una etapa obligada para un abastecedor llamado a embargar, a cambio de una promesa de indemnización, el trigo destinado a la flota. En teoría, el comisario tenía plenos poderes para proceder a las requisas indispensables. En la práctica, su margen de maniobra quedaba limitado por el viático que se le concedía: doce reales diarios. Suma desde luego modesta, pero un novicio como él en el oficio apenas si podía pedir más, cuando a un proveedor experimentado se le asignaba el triple. En última instancia, ese dinero sólo servía para cubrir los gastos ordinarios, dado que su salario propiamente dicho sólo debía entregársele tras el cumplimiento de su misión, en forma de atrasos. En cuanto al trigo requisado, no les era pagado a los campesinos sino una vez almacenado, y la mayor parte de las veces tras meses de espera. Todo esto era más de lo que se necesitaba para embrollar las cuentas, y Cervantes, con la mejor voluntad del mundo, terminará por perderse en ese embrollo.

A su llegada a Écija, el autor de *La Galatea* tuvo al menos el placer de ser acogido por el corregidor del lugar, Mosquera de Figueroa, un distinguido poeta por quien sentía la más viva estima y cuyo talento había celebrado en el «Canto de Calíope». Mosquera debió de facilitarle el primer contacto con el alcalde y los concejales. Pero, por desgracia, se hallaba al final de su mandato y no tardó en marcharse. Desde principios de octubre, Miguel va a encontrarse a solas con unos notables mal predispuestos hacia él: víctimas de una mala cosecha por la cual se había agravado la crisis de subsistencias que entonces sufría Andalucía, se mostraron particularmente reticentes, puesto que aún no les habían pagado una requisa anterior. Al término de una semana de discusiones, los campesinos deciden dirigirse

directamente a Valdivia, saltándose a su subordinado. Como Valdivia se negó a tomar en consideración su petición de prórroga, a Cervantes no le quedaba otra salida que ejecutar sus órdenes y coger el trigo allí donde se encontraba: en las trojes de los ricos terratenientes, entre los que figuraban algunos nobles canónigos prebendados. La operación era arriesgada, y la respuesta no se hizo esperar: la excomunión del comisario por el vicario general de Sevilla.

Este incidente impresionó mucho a todos los que, en el siglo XIX, vieron en el autor del *Quijote* a un precursor del libre pensamiento confortado por sus desventuras andaluzas en su combate contra el oscurantismo. Hay que situar las cosas en sus justas proporciones: en la España de aquel entonces, las excomuniones eran muy frecuentes porque era la única arma de que la Iglesia disponía en los conflictos que, periódicamente, la oponían al poder civil. Carlos V y Felipe II, no lo olvidemos, conocerán ese mismo destino, y en dos ocasiones. Los sinsabores de nuestro escritor no por eso dejan de expresar toda su sal en una reflexión a medias socarrona del Caballero de la Triste Figura, cuando se da cuenta de que ha roto la pierna del desventurado clérigo al que de noche había tomado por una aparición sobrenatural. Cuando Sancho le comunica «que queda descomulgado, por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada», Don Quijote declara a su servidor: «Mas yo sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más, que yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino a fantasmas y a vestiglos del otro mundo». La buena fe de Don Quijote es innegable, pero no lo es menos la malicia de su creador, aun cuando apunte, más que contra una institución, contra las costumbres y prácticas de algunos de sus miembros. No debe asombrarnos, pues, la ponderación anticlerical del famoso diálogo entre amo y criado cuando, entrando en El Toboso adormecido en busca de Dulcinea, chocan inopinadamente con una alta torre: «—Con la iglesia hemos dado, Sancho. —Ya lo veo —respondió Sancho—. Y plega a Dios que no demos con nuestra sepultura». Diálogo demasiado cargado de sobrentendidos para ser inocente.

Esa excomunión era suficiente motivo para que Valdivia, consciente de las dificultades que encontraba su enviado, se dirigiese en persona al lugar a principios de noviembre: mediante una transacción con las autoridades locales, logrará que le entreguen una parte del trigo que había previsto requisar. En su compañía, Cervantes se traslada entonces a La Rambla, villa de la campiña de Córdoba, donde la acogida dispensada será más bien fría. En efecto, ocho años antes La Rambla había sido saqueada por suministradores indelicados, y la indemnización prometida aún no había sido pagada. Tanto vale decir que las requisas anunciadas fueron muy mal recibidas y que, en ausencia de su superior, que inmediatamente había partido para una nueva misión, Miguel se verá obligado a recurrir a la fuerza: arresto de los recalcitrantes, penas de cárcel confirmadas y agravadas a su regreso por Valdivia; en resumen, el arsenal habitual de las medidas represivas sin las que las órdenes dadas habrían sido letra muerta.

Diciembre ve a Cervantes recorrer la provincia, verdadero granero de Andalucía, a fin de proceder a nuevas requisas: en Castro del Río, donde hace encarcelar a un sacristán reacio, recibiendo una segunda excomunión, pronunciada esta vez por el vicario general de Córdoba; en Espejo, dominado por el castillo mudéjar de los duques de Osuna; en Cabra, finalmente, feudo de los duques de Sessa, cuyo corregidor había sido durante mucho tiempo Andrés de Cervantes, hermano mayor del cirujano. Allí encuentra a su primo Rodrigo, de veintitrés años en ese momento, que le ayudará durante algún tiempo en sus comisiones. Al acercarse la Navidad, vuelve a Sevilla deshaciendo el camino que había seguido a la ida. Allí le espera una decepción: Madrid aún no le ha enviado los fondos prometidos, y no puede, por tanto, cobrar los mil trescientos maravedís que se le deben por sus buenos y leales servicios. A título de consolación, recibe las felicitaciones de Valdivia y pone a mal tiempo buena cara con las últimas noticias de la Villa y Corte.

Doña Leonor, a pesar de su viudez, parece, al fin, amparada frente a la necesidad. Ana Franca, viuda también desde octubre, lleva sola la taberna de la calle de Francos y consagra sus ratos libres a educar a sus dos hijas.

Indiferente al destino de estas dos humildes mujeres, el rumor público se hace eco con mejor gana de las calaveradas de Lope de Vega. El amante de Elena Osorio ha roto con ella y deja divulgar libelos satíricos contra la joven y su familia. El padre de Elena, el comediante Jerónimo Velázquez, así como su nuevo protector, el rico financiero Perrenot de Granvela, son los blancos principales. Esos pasquines infamantes eran la comidilla de la actualidad; por un momento se sospechó que Cervantes los había escrito. Detenido el 29 de diciembre de 1587, y convicto de ser su autor, Lope, al término de un sonado proceso, es desterrado por ocho años de la capital. A voz en cuello proclama que va a embarcarse en uno de los navíos de la Armada Invencible y para ello se dirige a Lisboa. ¿Tomó parte de modo efectivo en la expedición? Aún se discute. Lo único cierto es que en Valencia pasará de hecho sus años de exilio, abriendo en esa ciudad nuevas perspectivas al teatro aurisecular.

¿Qué ocurre, mientras tanto con la Invencible, con la máquina de guerra que debe romper la soberbia británica y que Miguel, en los últimos rincones de Andalucía, contribuye a poner en pie? Entre los designios del rey y su realización efectiva, hay un trecho, a decir verdad, considerable. Reunidos en Lisboa, los navíos que componen la inmensa flota están lejos de hallarse en condiciones de hacerse a la mar. El armamento, los aprovisionamientos, la leva de las tropas y de las tripulaciones pesan mucho sobre la economía española: el presupuesto de la empresa asciende a más de siete millones de ducados. Prevista para el 18 de enero, la salida debe posponerse al 15 de febrero: la improvisación reina por doquier. Cervantes mismo puede comprobarlo desde su humilde escalón. Una vez llegado a Sevilla, el comisario general, Antonio de Guevara, le dirige un testimonio de satisfacción por la forma en que se ha dedicado a su tarea; pero no le une el menor maravedí. A cambio, el 22 de febrero, le gratifica con una nueva comisión, en el momento mismo en que Felipe II, para poner término al desorden, confía la coordinación de los preparativos al conde de Fuentes. Pero no había contado con el amor propio del instigador del proyecto. Herido por la decisión real, Álvaro de Bazán, designado por el rey para

mandar la expedición, muere de apoplejía el 9 de febrero. Con él desaparece el último de los almirantes de Lepanto, ese «rayo de la guerra» al que Cervantes dedicaría un soneto *post mortem*. Para sustituirlo, el monarca nombra a uno de sus propios parientes, el riquísimo duque de Medinasidonia, apodado el «duque de los atunes» por los beneficios que cada año saca de las almadrabas andaluzas. Buen administrador, Medinasidonia carecía de experiencia marina. Arguyendo su incompetencia, trata de declinar el honor que le ha tocado en suerte. De nada sirve: Felipe II ha puesto sus miras en él. La odisea de la Invencible no ha hecho sino comenzar; lo mismo que la de Miguel.

Nuevos sinsabores

Cervantes ha reanudado sus peregrinaciones. De enero a mayo de 1588, alterna entre Écija y sus alrededores, en el corazón de esa campiña recorrida por él en todas las direcciones. En los bastidores de la gran historia, al hilo de una existencia aparentemente mezquina, acumula una suma de observaciones y experiencias que más tarde se fundirán en las *Novelas ejemplares* y en el *Quijote*. En esta ocasión procede a requisas de aceite a campesinos cuyos comportamientos capta cada vez mejor y de quienes consigue, llegado el momento, penetrar sus segundas intenciones. De su contacto saca un conocimiento concreto de un mundo en donde van a transcurrir las aventuras del caballero. Nos encontramos muy lejos de los pastores de *La Galatea*, de su exquisita cortesía y de sus sentimientos refinados. A semejanza del ingenioso hidalgo, nuestro comisario comprueba a expensas suyas «que no hay villano que guarde palabra que tiene, si él vee que no le está bien guardalla». Descubre tensiones y conflictos tanto más ásperos cuanto que en Andalucía, más que en otras partes, la aristocracia rural ejerce sobre sus vasallos un poder casi feudal; por ello le importa tratar con tino sus intereses. En estas condiciones se comprende su cuidado en no cometer torpezas, con riesgo de transigir con sus interlocutores y

reducir a la mitad sus exigencias. Los ricos campesinos de Écija sabrán, por lo demás, agradecérselo, pues, llegado el momento, le encargarán recaudar los impuestos que les reclamaba el Tesoro: una prueba de confianza, pero que lo iba a situar la más ambigua de las posiciones.

De regreso a Sevilla a principios de primavera, Cervantes se entera de la muerte de su suegra, ocurrida el 1 de mayo. Pronto se entera de que Catalina de Palacios ha tomado todas las disposiciones para reservar a sus propios descendientes el beneficio exclusivo de su herencia —ochenta mil maravedís—, al tiempo que ahorraba a su yerno la liquidación de sus doscientos mil maravedís de deudas y el cuidado de administrar su sucesión. A buen seguro, Miguel debió de acoger la noticia sin excesivo desaliento. Otras preocupaciones más inmediatas lo embargan. De los diez meses de salario que tenía derecho a reclamar, en esa fecha sólo uno se le había pagado. En cuanto a los campesinos cuyas trojes había requisado, estaba lejos de poder entregarles las indemnizaciones prometidas, y sus deudas se elevaban a ciento veinte mil maravedís. No tenía más que una salida: volver al camino, cosa que hace el 12 de junio, provisto por Guevara de una tercera comisión. En esa fecha, la Invencible ha salido por fin de Lisboa. Retrasada al 20 de marzo, luego al 20 de mayo, la partida no ha podido tener lugar hasta el 10 de junio. La componen ciento treinta navíos, con treinta mil hombres, soldados y marinos: es una flota imponente que boga hacia el norte, inferior, sin embargo, a las previsiones oficiales y, por tanto, insuficientemente equipada para merecer su sobrenombre y garantizar el éxito. Con las velas desplegadas, va, sin saberlo, al encuentro de un destino adverso; pero, salvadas todas las proporciones, el destino que espera a Cervantes no parece más envidiable.


DULCINEA.
AMADIS
ROLANDO.
SANCHO
Pança.
Don QUIXOTE de
la MANCHA.
EN BRUSELAS,
En casa de Juan Mommarte. 1662

Portada de la primera edición del *Quijote* que se publicó con láminas, en la imprenta de Juan Mommarte. Bruselas, 1662. *(Foto Archivo Espasa Calpe)*

A comienzos de verano, nuestro proveedor ha asentado de nuevo sus reales en Écija. En esta ocasión no sólo tiene que almacenar el trigo requisado; también ha de molerlo y convertirlo en galleta. Inútil decir que choca con la mala voluntad de sus proveedores, a los que no puede prometer más que buenas palabras. Sólo a finales de julio llegan por fin de Madrid los primeros subsidios, en el momento mismo en que se entera de la suspensión, por el arzobispo de Sevilla, de la excomunión que le afecta. Pobre consuelo frente a los obstáculos que halla. Cuanto más se afana por convencer a los campesinos, más se multiplican los incidentes en el corazón de esa «sartén de España» que es Andalucía en lo más álgido del verano. Para colmo de desgracias, el trigo requisado el año anterior no ha sido conservado como convenía: presa de los gorgojos, se ha echado a perder y es impropio para el consumo. El golpe es duro para el comisario. Flanqueado ahora por un ayudante, Miguel de Santa María, constata además que este último tiene derecho a un sueldo igual al suyo. Su amargura es tanto más viva cuanto que le obligan a pagar de su propio dinero su manutención ordinaria. Conservamos la relación de los gastos que realizó durante ese período. Ese inventario minucioso atestigua la honradez de un hombre que permaneció ajeno a la falta de delicadeza en que solían incurrir muchos comisarios: «Nunca —dirá con orgullo en el *Viaje del Parnaso*— pongo los pies por do camina / la mentira, la fraude y el engaño». Pero también deja entrever su incapacidad radical para hacer malabarismos con los números: el examen de sus cuentas revela, en efecto, un error de suma que cometió en propio detrimento. Poco más tarde tendremos confirmación de esa ineptitud en sus complicaciones con el Tesoro público.

Es en Écija donde Cervantes va a encontrar la resistencia más viva, dado que los ricos campesinos, hidalgos en su mayoría, eran, como es lógico, los más obstinados en hacer valer sus derechos. Elegido por ellos para defender sus intereses, el regidor Luis Portocarrero se dedica a multiplicar los procedimientos dilatorios. Miguel, a quien repugna el empleo de la fuerza, apela al arbitraje de Guevara que, en parte, da

satisfacción a los demandantes. Envalentonado por ese primer éxito, Portocarrero trata de sacar mayores ventajas: aprovechándose de una ausencia del comisario, que a finales del mes de agosto ha ido a Marchena, le acusa de malversaciones. Avisado por Guevara de que se ha lanzado contra él una orden real, Cervantes, de vuelta en Écija, pasa inmediatamente al contraataque. Sus adversarios mantienen sus acusaciones. Después de regresar a Sevilla, en enero de 1589, tendrá que emprender una refutación en regla de las alegaciones emitidas. Un regidor ha llegado para preguntar por la cantidad de trigo y cebada que había hecho salir de la ciudad:

> porque la dicha averiguación se va haciendo en menoscabo del crédito de mi persona y de la fidelidad con que he usado y uso mi oficio, y por ahorrar al dicho regidor del trabajo, hago presentación de la lista que va con ésta, donde se verá la cantidad que he sacado, la cual no llega en trigo y cebada a mil fanegas; e para que se vea e averigüe si esto es verdad, pido e suplico a la ciudad mande que públicamente se pregone en la plaza e puertas públicas desta ciudad que todos vengan a dar noticia del trigo y cebada que he sacado a los dichos vecinos.[1]

Al término de largos meses de ásperas discusiones, los demandantes acaban renunciando al proceso intentado, no sin reconocer que Cervantes obró «del mejor modo y con diligencia».[2]

En el momento mismo en que se envenenaba esta mala querella, por Madrid y Sevilla empiezan a circular diversos rumores sobre la Invencible. Malparada por una dura tempestad sufrida al salir de Lisboa, la flota había tenido que hacer escala en La Coruña, antes de proseguir viaje hacia el norte en julio. Pocas semanas más tarde, España entera vibra al rumor de las primeras noticias: se dice que Medinasidonia se ha unido a Alejandro Farnesio, gobernador de los Países Bajos, que Drake ha sido muerto, que la flota británica ha sido dispersada y que las fuerzas de Felipe II han puesto el pie sobre las costas inglesas. Pero, a medida que la espera se prolonga, nada viene a confirmar estos brillantes éxitos; a la alegría sucede la inquietud; se empieza a hablar de reveses. La oda que, entre dos comisiones, compone entonces Miguel se hace eco de los sobresaltos de la opinión pública. Con todo el énfasis requerido, el poeta urge a la Fama que le confirme el triunfo tan esperado:

Bate, fama veloz, las prestas alas,
rompe del norte las cerradas nieblas,
aligera los pies, llega y destruye
el confuso rumor de nuevas malas
y con tu luz desparce las tinieblas
del crédito español que de ti huye.

La mediocre calidad de estos versos, cuya autenticidad, por otra parte, se ha puesto en duda, bastaría para probar que Cervantes había abandonado completamente la pluma para dedicarse a «otras ocupaciones». Pero esa llamada angustiada no deja de reflejar la desazón que se había apoderado del reino.

En otoño se conoce por fin la verdad. Llegado en los últimos días de julio a la vista de Inglaterra, Medinasidonia no había logrado entrar en batalla con la escuadra enemiga. Mejor táctico, su adversario se había ocultado tras algunas escaramuzas, forzando a los españoles a ganar el paso de Calais. Expuesta a los ataques de los brulotes ingleses, bloqueada por los navíos holandeses que le impiden reunirse con Farnesio, la Armada Invencible no puede permanecer indefinidamente en la costa flamenca, falta de puertos con agua profunda. En la imposibilidad de desandar el camino, Medinasidonia decide entonces volver a España por la ruta norte, contorneando las islas Británicas por Escocia. Sorprendida por los primeros asaltos de la temporada invernal, diezmada por el frío, el hambre y las epidemias, hostigada por el enemigo en sus retaguardias, la impresionante flota que Felipe II había puesto en pie a principios del verano va a perder, en sucesivas oleadas, la mitad de sus efectivos. Al término de ese inacabable periplo, unos sesenta navíos, todo lo más, consiguen llegar en orden disperso a Santander y La Coruña.[3]

Mientras todo el país llevaba luto, Cervantes dedicará una segunda oda a ese revés que fue sentido como un verdadero desastre: tal era la amplitud de las fuerzas en liza, tal también el resultado en que se había confiado. En esta ocasión interpela a su patria y se esfuerza por reconfortarla:

> No te parezca acaso desventura
> ¡oh España, madre nuestra!
> ver que tus hijos vuelven a tu seno,
> dejando el mar de sus desgracias lleno,
> pues no los vuelve la contraria diestra,
> vuélvelos la borrasca incontrolable...

Por su parte, el rey, indignado, tuvo que comprobar que Dios había permitido la derrota de las armas españolas. Los historiadores de principios del siglo pasado acusaron más bien a la impericia del almirante. Hoy se sabe que Medinasidonia no fue el incapaz que se ha dicho. Tal como estaba concebida, la empresa podía tener éxito, pero era preciso que todo se desarrollase según el plan previsto. Desde el momento en que se multiplicaron obstáculos y contratiempos, el fracaso se centuplicó por la importancia misma de los medios puestos en acción. Con toda seguridad, la capacidad ofensiva de España no estaba destruida, y Felipe II responderá a la llamada de quienes, como Miguel, lo invitaban a aceptar el desafío del destino; al año siguiente, volverá a hablarse de un desembarco en Inglaterra y se afanarán por reunir las fuerzas necesarias. Pero, a imagen de su flota, la monarquía ibérica había dejado de ser tenida por invencible. Circunstancia agravante: a la prueba moral se añadía el pasivo financiero de la operación. Aunque el oro —o, mejor, la plata— seguía afluyendo a Sevilla, lanzar una nueva armada suponía un esfuerzo gigantesco que la nación no estaba en condiciones de hacer. Pospuesta constantemente, la expedición proyectada terminará disolviéndose en humo. El momento ordenaba ponerse a la defensiva; diez años más tarde exigiría la paz.

Con todo, a breve plazo, la determinación del rey imponía un renovado ardor a los proveedores. Confirmado en su cargo, Cervantes reanuda sus comisiones, en medio de un invierno desapacible que hace subir los precios. En cuanto a sus superiores, les ha llegado la hora de presentar sus cuentas. Convocado a Madrid en enero, Guevara es invitado a explicar su gestión. Comienza una larga investigación, que hace más ardua la complejidad de los procedimientos de reembolso y las lagunas de los documentos

contables; una investigación en la que van a verse implicados todos los agentes del consejero. Un poco más tarde le llegará el turno a Miguel.

Por ahora, se atiene a las instrucciones que le han dado. De enero a abril de 1589, pasa la mayor parte de su tiempo entre Écija y Sevilla; sus peleas con Portocarrero no son, sin duda, sino un mal recuerdo. En junio reaparece en la ciudad andaluza en calidad de residente, si hemos de creer a los documentos en que se menciona su nombre. El 26 de junio, con Tomás Gutiérrez y Miguel de Santa María, se dedica a operaciones financieras que han hecho suponer una inopinada ganancia a las cartas. De hecho, la lectura de los grandes textos cervantinos revela, si no su pasión por el juego, al menos el interés que siente por su vocabulario y su gusto por las metáforas de él derivadas. El día en que ofrezca al lector sus *Novelas ejemplares*, las comparará «a una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar a entretenerse, sin daño de barras». Y en el momento de decir su edad, será al juego al que pida prestada la imagen que le permitirá confesarla sólo a medias: «que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano». En cuanto a saber si solía acudir a los garitos, dejemos al gobernador de Barataria la última palabra al respecto. A su escribano, que le da cuenta de que más valdría cerrar los garitos de baja estofa que las casas de juego abiertas por gentes de calidad, Sancho responde con una frase que nos dice mucho sobre sus pensamientos íntimos: «Agora, escribano, yo sé que hay mucho que decir en eso».

¿Preludiaban estas transacciones sevillanas una partida imprevista? Lo cierto es que perdemos por completo su rastro durante siete meses. No reaparece hasta el 12 de febrero de 1590, en Carmona, donde residía entonces don Felipe de África, un sobrino del sultán de Marruecos que había abjurado del islam. Durante este prolongado eclipse, el autor del *Quijote* debió de reconciliarse con los suyos, primero en Esquivias y luego en Madrid. Pero no sabemos si su esposa le perdonó su repentina partida, si se tranquilizó sobre la suerte de su madre, si encontró a sus hermanas inclinadas sobre sus labores de costura, a la sombra de algún protector y, finalmente, si volvió a ver a Ana Franca y a su hija Isabel. Todo es misterio.

La era de las sospechas

Lo cierto es que Miguel está cansado de correr los caminos a lomos de alguna vieja mula, «de color parda y tartamudo paso»,

grande en los huesos, y en la fuerza exigua.

Ya no puede afrontar los inviernos llenos de barro y los estíos caniculares, chocar con las negativas de los campesinos, las calumnias de los hidalgos y la hostilidad de los clérigos. Comisionado por Miguel de Oviedo, el nuevo sustituto de Guevara, para recoger las cuatro mil arrobas de aceite que deben proporcionarle Carmona y su región, se agota en gestiones, en negociaciones, en compromisos. En mayo tiene un consuelo al recibir una parte de lo que se le debe, en el momento en que concluye su comisión. Pero esa vida ajetreada le resulta molesta, aunque, por orgullo, se niegue, salvo en una ocasión, a exponer sus quejas. ¿Qué hacer entonces para no volver a casa con la cabeza gacha, y vivir a costa de una esposa o una hermana?

Cervantes decide echar el resto. El 21 de mayo de 1590 hace presentar en Madrid un memorial dirigido al presidente del Consejo de Indias. Transmitido probablemente por Magdalena, va acompañado de una detallada hoja de servicios, incluyendo parte de los de su hermano menor:

> Señor:—Miguel de çerbantes sahauedra dice que ha seruido a V. M. muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrescido de veinte y dos años a esta parte, particularmente en la Batalla Naual, donde le dieron muchas heridas, de las quales perdio vna mano de vn arcabuçaco—y el año siguiente fue a Nauarino y despues a la de Tunez y a la goleta; y viniendo ha esta corte con cartas del señor Don Joan y del Duque de Çeça para que V. M. le hiçiese merced, fue cautiuo en la galera del Sol él y vn hermano suyo, que tambien ha seruido a V. M. en las mismas jornadas, y fueron lleuados a argel, Donde gastaron el patrimonio que tenian en Rescatarse y toda la hazienta de sus padres y los dotes de dos hermanas donçellas que tenia, las quales quedaron Pobres por Rescatar a sus hermanos; y despues de liuertados, fueron a seruir a V. M. en el Reyno de Portugal, y a las terçeras con el marques de S.ta cruz, y agora al presente estan siruiendo y siruen a V. M. el vno dellos en flandes de alferes, y el miguel de çerbantes fue el que

traxo las cartas y auisos del Alcayde de Mostagan y fue a oran por orden De V. M.; y despues ha [a]sistido siruiendo en seuilla en negoçios de la Armada, por orden de Antonio de guebara, como consta por las informaçiones que tiene; y en todo este tiempo no se le ha hecho merced ninguna. Pide y supplica humildemente quanto puede a V. M. sea seruido de haçerle merçed de vn officio en las yndias, de los tres o quatro que al presente estan vaccos, que es el vno la contaduria del nuebo Reyno de granada, o la gouernaçion de la probinçia de Soconusco en guatimala, o contador de las galeras de cartagena, o corregidor de la ciudad de la Paz; que con qualquiera de estos officios que V. M. le haga merced, la Resçiuira, porque es hombre auil y suffiçiente y benemerito para que V. M. le haga merced, porque su deseo es a continuar siempre en el seruiçio de V. M. y acauar su vida como lo han hecho sus antepassados, que en ello Resçiuira muy gran bien y merced.[4]

Observemos de pasada que Miguel añade ahora a su patronímico el de Saavedra. Según algunos biógrafos, este segundo apellido, de procedencia gallega y que no fue llevado por ninguno de sus antepasados directos, lo tomó, sin duda, de Gonzalo de Cervantes Saavedra, uno de sus parientes lejanos. Coincidencia curiosa: el citado Gonzalo fue obligado a huir de Córdoba, en 1568, tras un asunto de sangre; se embarcó en las galeras de don Juan y tal vez también combatió en Lepanto. Figura entre los poetas mencionados en el «Canto de Calíope»: el autor de *La Galatea* le conoció, por tanto, personalmente. Ahora bien, una investigación de Luce López Baralt ha permitido recientemente documentar la forma «Shaibedraa» («brazo defectuoso»), propia del argelino dialectal, que hubo de evocar al manco de Lepanto, durante su cautiverio en Argel, un insulto burlón a su manquedad. El cruce entre el nombre gallego Saavedra y el Shaibedraa argelino ilustraría, pues, la síntesis de un conflicto emocional en su reivindicación de una identidad ambigua.[5] De todas formas, fue seducido por ese apellido llevado además, en el *Romancero*, por un cautivo heroico convertido en un personaje mítico. Se lo había dado ya al esclavo de *El trato de Argel*, del que hace su portavoz, y que disuade a uno de sus compañeros de convertirse al islam; y se lo pondrá asimismo al brillante defensor de Orán que anima la acción de *El gallardo español*. Finalmente, así se llama su propio *alter ego* en uno de los relatos intercalados en el *Quijote*: el cautivo ejemplar cuya resistencia, inquebrantable frente a las amenazas de Hasán Bajá, suscita la admiración de Ruy Pérez de Viedma, el capitán cautivo. Esta elección de un segundo apellido con que el escritor

sustituyó el de su madre, Leonor de Cortinas, y que su hija natural, Isabel, llevará de modo exclusivo durante varios años, no ha dejado de intrigar. Hasta se ha llegado a interpretarlo como indicio de un comportamiento masoquista. Al no poder deshacerse del patronímico paterno, Miguel lo doblaría en el plano social y simbólico. La hipótesis, seductora, se apoya en inducciones, incluso en intuiciones, más que en pruebas formales. En cuanto al fenómeno así diagnosticado, nos interesa menos desde un punto de vista clínico que por relación a sus efectos «secundarios»: Cervantes Saavedra, quince años más tarde, conocerá como autor del *Quijote* primero el éxito y luego la gloria: singular sublimación de todas las conductas de fracaso mantenidas hasta entonces por el individuo que así se impuso a la posteridad.

Volvamos al año de gracia de 1590. Por última vez, Cervantes intenta que le concedan la regalía con que soñaba al retorno del cautiverio y que le habían mostrado como señuelo en la época de *La Galatea*. De haberla obtenido, no sabemos si se hubiera marchado sin ánimo de volver, acompañado o no de Catalina. Aun cuando no se perdiera para las letras, nos cuesta imaginar a Don Quijote y a Sancho viniendo al mundo bajo el cielo de Guatemala. Cuando menos, su perfil hubiera sido distinto y su fama se habría resentido a buen seguro por ello.

¿Creyó realmente el humilde súbdito del Rey Prudente en el éxito de su gestión? Además de las negativas que ya había soportado, su invalidez, su edad, sus orígenes algo sospechosos, su celo al servicio de un consejero cuya actuación se desmenuzaba mientras tanto, no eran títulos para ser invocados si quería hacer llegar a buen término sus pretensiones. Muchas veces, contemplando sobre el Guadalquivir los navíos prestos a zarpar, debió de preguntarse qué destino le esperaba en aquellas Indias a las que enviará a su héroe Carrizales. En *El celoso extremeño* se nos dice que son «refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores a quien llaman *ciertos* los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos». Condenado a

vegetar en alguna oscura provincia, lejos de México o de Lima, las dos capitales intelectuales del Nuevo Mundo, corría el riesgo de desaparecer en el anonimato, lo mismo que desaparecerá Mateo Alemán, el autor del *Guzmán de Alfarache*. Por suerte o por desgracia para él, le fue ahorrado ese destino. El 6 de junio el doctor Núñez Morquecho, relator del Consejo, insertó al margen de la demanda esta lapidaria anotación: «busque por acá en que se le haga merced».[6] ¿Se le hizo merced prorrogando su comisión? Al parecer, otro destino era el que esperaba Cervantes.

A falta de un cargo al otro lado del mar, se esfuerza por conseguir que le devuelvan las sumas comprometidas por él desde hace dos años. El Tesoro rezonga: los proveedores no eran todos, ni mucho menos, personas honradas, y se las arreglaban para sisar lo que podían. Remando en el mismo barco, Cervantes recibe una propuesta de cincuenta y cinco mil maravedís: la mitad de lo que esperaba recibir. Sus protestas resultan inútiles; o mejor dicho, animan a Madrid a convocar a nuestro comisario, a fin de que se explique sobre sus requisas: convocatoria inquietante en el momento mismo en que Guevara, cuya gestión parece cada vez más sospechosa, acaba de ser relevado de sus funciones. En un primer momento, su destinatario se esconde. Alega que está «muy sin dinero» y, de hecho, recientemente ha tenido que tomar un préstamo de diez ducados para reparar la situación de su guardarropa. Al no permitirle sus medios hacer el viaje, pide en diciembre a Juan Serón, el secretario de Guevara, que comparezca en su nombre. Tras lo cual vuelve a la carga y reclama de nuevo la liquidación de sus atrasos. El 12 de marzo de 1591 logra por fin salirse con la suya: Juan de Tamayo, tesorero-pagador delegado, le entrega ciento diez mil maravedís, es decir, la casi totalidad de lo que se le debía. Concesión enorme, en el mismo momento en que los rayos de la justicia se abaten sobre la camarilla cuyas actuaciones encubría, tal vez sin él saberlo, Guevara: acusado de fraude, su ayudante Benito de Meno es detenido. Un nuevo comisario general, Pedro de Isunza, llega a Sevilla para acabar con esas prácticas deplorables. Miguel no podía sino celebrar la llegada de un administrador íntegro; pero necesitará más para salir del apuro.

Prorrogado en su comisión por Isunza —a diez reales diarios en lugar de doce—, Cervantes, seguro de su buena fe, pudo creer, en efecto, que había terminado con las molestias de los burócratas madrileños. No tardará en desengañarse. En mayo de 1591, parte para Jaén, al norte de Granada, a fin de requisar trigo y aceite. Pasa allí todo el verano, ampliando su radio de acción hasta Baeza y Úbeda, donde, ese mismo año, va a morir san Juan de la Cruz. A principios del otoño, está en Estepa, en busca de trigo y cebada. En diciembre, se detiene en Montilla, cuya celebridad se debía a un par de brujas, madre e hija, apodadas *las Camachas*: las dos habían andado en otro tiempo en dimes y diretes con la Inquisición, porque, entre otros talentos, pasaban por convertir a un hombre en caballo sin esfuerzo, restauraban virginidades desportilladas y en pleno diciembre tenían rosas frescas en su jardín. Reaparecerán en *El coloquio de los perros*, evocadas por su competidora la Cañizares durante la noche memorable que Berganza pasará en Montilla en su compañía.

Pocos días más tarde, con ocasión de una requisa abusiva, el ayudante de Miguel, Nicolás Benito, entra en conflicto con Salvador Toro, mayordomo de las trojes reales de la villa de Teba, junto a Málaga. Protestando contra la arbitrariedad cometida por Benito respecto a él, Toro apela directamente a Isunza y reclama, en compensación, una indemnización de seiscientos mil maravedís. Bien a pesar suyo, Cervantes es considerado responsable de la pifia cometida por su ayudante. La rápida intervención de Isunza, que en una carta de enero de 1592, dirigida al rey, se hace garante de la honradez de su proveedor, le vale al parecer el beneficio de un sobreseimiento.

Al volver la primavera, prosigue su viaje, esta vez entre Andújar y Jaén. En esta ocasión asiste a la romería de Nuestra Señora de la Cabeza, cuyas solemnidades describe en el *Persiles*. Vuelto a Sevilla, se encuentra de nuevo sin dinero; enfermo además, tiene que pedir a su amigo Gutiérrez que le proporcione alojamiento. A principios de verano, Salvador de Toro, que entretanto ha viajado a Madrid, intenta una acción legal contra Isunza, con el fin de hacerse pagar de los bienes de su adversario. Cervantes,

directamente implicado en el asunto, pasa el resto del año preparando su defensa. Colmo de desgracias: en ese momento el Consejo de Guerra le conmina a liquidar en el plazo más breve los veintisiete mil maravedís que debe al Tesoro. Son los notables de Écija quienes, requeridos como fiadores, le sacan momentáneamente de este mal paso, en el preciso instante en que, ironía del destino, él mismo hace de garante en una transacción concertada por el mercader valenciano Juan Fortuny.

En los primeros días de septiembre, nuestro comisario inaugura un nuevo recorrido. El 19 está en Castro del Río. Es ahí donde le llega una orden de arresto por venta ilegal de trigo, emitida por el corregidor de Écija, Francisco Moscoso. Éste, en verdad, no tenía autoridad para proceder de ese modo. Pero la coyuntura no podía ser más favorable: Guevara, suspendido en abril, se hallaba en arresto provisional; morirá en Madrid el 27 de diciembre, antes de que la comisión del sumario emita sus conclusiones. Peor todavía: Benito de Meno, su ayudante, estaba sufriendo juicio. Será colgado en diciembre con cuatro de sus cómplices, en El Puerto de Santa María. Aunque Cervantes no estuviera al tanto de las malversaciones de estos individuos, su situación no dejaba de ser difícil. Encarcelado inmediatamente en Castro del Río, necesita una nueva intervención de Isunza para ser liberado. Nada más salir de nuevo hacia Écija, donde volvemos a encontrarlo en octubre recogiendo aceite, se ve imputar por la Audiencia de Sevilla un nuevo descubierto en sus cuentas. En esta ocasión se trata de ciento veintiocho mil maravedís, el valor de un año de salario, correspondiente sin duda al trigo que, según la acusación de Moscoso, había vendido sin autorización. No por ello deja de tomar el camino de Madrid para reunirse allí con Isunza, convocado a la Villa y Corte para explicarse sobre el incidente de Teba. En una declaración admirable, afirma asumir la total responsabilidad de las irregularidades cometidas por Nicolás Benito en perjuicio de las trojes reales, lavando así a su superior de las acusaciones de fraude dirigidas contra él por Toro. Profundamente afectado por esta calumnia, Isunza morirá seis meses más tarde; sin embargo, aunque desestimada la demanda, su adversario tratará

durante diez años de conseguir una revancha póstuma, con obstinación digna de mejor causa.

Igual que el descubierto imputado por la Audiencia de Sevilla, los sucesos de Teba, Écija y Castro del Río no podían dejar de atraer sobre Cervantes la atención de las altas esferas. No obstante, el Consejo de Guerra, al que había apelado, le da la razón contra Moscoso. De regreso a Andalucía a mediados de diciembre, permanece algún tiempo inactivo. Sin embargo, en marzo de 1593, en un momento en que se le creía ocioso en Sevilla, unos documentos recién descubiertos por el archivero José Cabello, revelan que se encontraba en La Puebla de Cazalla como comisario de abastos de la Hacienda real, efectuando una requisa de trigo y cebada para el proveedor de la Flota de Indias, Cristóbal de Barros. Otras requisas se hicieron en Osuna, Morón de la Frontera y Villamartín (Cádiz). En el Archivo de Indias, se conserva un libramiento del dicho Barros, de noviembre de 1593, en el que ordenaba el pago de un salario de 19.200 maravedís por 48 días de servicio efectuados por el comisario entre el 21 de febrero y el 28 de abril, en varios municipios de la provincia. Resulta además que, por esas fechas, Miguel facultó a un tal Magdalena Enríquez para cobrar sus honorarios, según consta en un poder notarial conservado en el mismo Archivo. En julio de 1593, recibe una nueva comisión de Miguel de Oviedo, encargado de liquidar la sucesión de Isunza.

Mientras tanto, y durante todo el verano, se desvive en las cercanías de Sevilla, a fin de remediar la crisis de subsistencias provocada en la ciudad por un invierno riguroso. En otoño, el 19 de octubre, doña Leonor desaparece de pronto, a la edad de 73 años, cuando veía alejarse el espectro de la miseria. Los documentos referentes a sus exequias y a su herencia permiten vislumbrar, en efecto, una relativa holgura, cuyo origen nos gustaría conocer. Bien podría ser secuela de la unión de Andrea con un misterioso florentino apellidado Santi Ambrosio, negociante, sin duda, como buen número de compatriotas suyos establecidos en Madrid, y que morirá antes de 1605, sin que sepamos en qué fecha se había casado. Según toda verosimilitud, Miguel debió de sentir duramente la muerte de una

madre que lo había intentado todo para sacarle de los baños argelinos. Tal vez piense en ella al esbozar, en *La fuerza de la sangre*, el retrato de doña Estefanía, esa otra madre, en la que «como mujer noble (...) la compasión y misericordia suele ser tan natural como la crueldad en el hombre».

La desaparición de doña Leonor, precedida poco antes por la del tío Andrés, el corregidor de Cabra, coincide con un cambio en las peregrinaciones andaluzas de Cervantes. Éste vuelve a Sevilla; pero su vida de proveedor toca a su fin. ¿Cuáles van a ser sus ocupaciones durante ese nuevo invierno? Lo ignoramos. Sólo se sabe que en abril de 1594, Miguel de Oviedo pone fin, en cumplimiento de las instrucciones reales, a la vasta operación iniciada por Guevara y proseguida por Isunza: las comisiones han acabado y con ellas el sistema complejo, con tanta frecuencia criticado, que había envenenado la existencia de Miguel. En junio, éste ve por fin aprobadas sus cuentas: no ha conseguido ahorrar un solo maravedí; pero ya se ve libre de las sumas que le reclamaban. De nuevo en Madrid, donde esta vez se le une Catalina, podría creer que acaba de decir adiós al oficio de publicano. En realidad, pronto va a volver a Andalucía para afrontar allí nuevas pruebas, captando durante su estancia todos los contrastes de la moderna Babilonia.

A orillas del Guadalquivir

Durante sus comisiones, Sevilla fue para Cervantes el solo y único puerto de amarre; un puerto donde, entre dos viajes, intentó recuperar fuerzas, hacer valer sus derechos y preparar su defensa contra quienes ponían en duda su honradez. La suma de sus días en la capital andaluza cubre la mitad de esos seis años de vaivenes y ajetreos. Lo que sabemos de la máquina administrativa imaginada por el rey, de sus múltiples tensiones y de su funcionamiento, hace que tuvo que volver de forma periódica al lugar del que partían todas las decisiones: al centro de la tela que, de acuerdo con las instrucciones del monarca, Guevara había tejido en todo el sur de España

para abarcarla mejor en sus redes. Pero los deberes de su cargo, así como las crecientes reclamaciones de la burocracia castellana no eran los únicos que lo mantenían cada vez durante largos meses. Esa ciudad lo fascinó lo bastante para disuadirle de regresar a Esquivias, llevando allí una vida más a tono con sus aspiraciones.

«Quien no ha visto Sevilla, no ha visto maravilla», reza un conocido refrán. Nunca ha sido tan verdad como en el momento en que España, a pesar del desastre de la Invencible, estaba aún en la cima de su poderío. El tráfico con las Indias, que, desde el principio del reinado, sorprendía a los viajeros extranjeros, había conocido desde entonces un desarrollo extraordinario. Barcos comerciantes y galeras desembarcaban carretas llenas de la plata de las minas del Potosí y derramaban en el arenal del río los artículos y productos que el Nuevo Mundo intercambiaba con la vieja Europa. Lope de Vega evoca en *El Arenal de Sevilla* el bosque de mástiles que cubre el Guadalquivir y sus riberas, esbozando un cuadro pintoresco de la animación que allí reina:

> Toda España, Italia y Francia
> vive por este Arenal:
> porque es plaza general
> de todo trato y ganancia.

Este «mercado universal del mundo» empezaba a preocupar a los observadores perspicaces: detrás del fabuloso enriquecimiento de la Corona, descubrían, revelada por ese aflujo de mercancías venidas de todas partes, la creciente dependencia de España respecto a una producción extranjera con la que no podía competir. Pero, a ojos de los que llegaban, esta feria permanente era el signo mismo de la prosperidad de una ciudad que había duplicado su población en menos de medio siglo, y alcanzaba entonces los ciento cincuenta mil habitantes.

A favor de esta prodigiosa ascensión, la fisonomía de Sevilla se había modificado en profundidad. Cierto que los vestigios de la ocupación musulmana seguían marcando el paisaje urbano con su impronta, desde la

Giralda, minarete en otro tiempo de la antigua mezquita, convertida en campanario de la catedral, hasta la Torre del Oro, cuya masa almenada se descubría a orillas del río. Pero no eran sólo las iglesias góticas las que iban a romper la blancura uniforme de las casas con patio. Suntuosos palacios platerescos proclamaban el fasto de una poderosa aristocracia feudal, mientras imponentes monumentos, estilo Renacimiento, reflejaban la función esencial de la ciudad, único emporio del comercio con las Indias Occidentales: la Aduana y la Moneda, edificadas en tiempos de Carlos V, iban a verse superadas pronto por la magnífica Lonja, construida a demanda del clero para expulsar a los mercaderes del templo o, al menos, alejarlos de las cercanías inmediatas de la catedral, su lugar de elección.

No faltan testimonios sobre la admiración provocada por las tiendas de plata de la Alcaicería y los artículos de lujo de que rebosaba la calle de Francos. Pero los más prestos a extasiarse eran, sin duda alguna, los visitantes de paso. Ante estas riquezas que corrían a oleadas, los sevillanos de raíz o de adopción aparentaban más bien desapego. Desapego calculado en los negociantes y armadores —con frecuencia genoveses, portugueses o flamencos— que, según Cipión, «trátanse modestamente», pero cuya ambición y riqueza «revienta por sus hijos, y así los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algún príncipe». Desapego insolente en todos los especuladores que, de forma más o menos lícita, se aprovechaban de las secuelas del «comercio a la gruesa», capaz tanto de suscitar repentinas fortunas como de provocar súbitas quiebras. «Pues corría la plata en el trato de la gente —dirá Mateo Alemán— como el cobre por otras partes, y con poca estimación la dispensaban francamente.» De ahí el esplendor de las casas, el lujo de las ropas, la magnificencia de las fiestas religiosas y de los regocijos profanos; de ahí también los numerosos esclavos, blancos y negros, cuyo espectáculo sorprendía a los viajeros, hasta hacer decir a uno de ellos que los habitantes de Sevilla se parecen a las piezas de un juego de ajedrez.

Llegado el momento, Cervantes debió de contemplar desde lejos el boato de la aristocracia sevillana. Tampoco dejó de observar las costumbres

de estos mercaderes descritos con humor por Cipión: bien por mediación de Guevara y de Isunza, a quienes su nacimiento y sus funciones abrían muchas puertas; bien con la ayuda de Tomás Gutiérrez, que disponía, en la calle de Bayona, de un puesto de observación de primer orden. ¿Fue admitido en la intimidad de estos próceres? Sus orígenes y su condición lo hacen más que dudoso. Al menos nunca buscó, como tantos plumíferos, ligar su destino al de ellos y, so capa de mecenazgo, convertirse en su adulón. La mirada aguda que lanza sobre ellos sigue siendo una mirada fugaz. En cambio, es desde dentro como nos descubre el abigarrado mundo que puebla los lugares públicos: júzguese por el admirable retrato que, en *El celoso extremeño*, hace del portero negro al que Carrizales encomienda la guarda de su morada y que, apasionado por la guitarra, se deja embaucar por el ribaldo que se ha jurado entrar en la casa.

Marginal por muchos motivos a ojos de la buena sociedad, ¿aprovechó nuestro comisario sus momentos de ocio para entablar relaciones con otros escritores? Aunque nunca existió, en el verdadero sentido del término, una «escuela sevillana», la Atenas española, en el decenio que siguió a Lepanto, no dejó de ser la morada de una pléyade de humanistas y poetas que contribuyeron ampliamente a su fama. La desgracia para Miguel es que, a su llegada a Andalucía, el cenáculo del conde de Gelves, que, a impulsos del «divino» Herrera, daba el tono al resto de la ciudad, había cerrado sus puertas hacía ocho años. Juan de Mal Lara había muerto; Herrera, tan admirado por Cervantes, acababa sus días apartado del mundo; Juan de la Cueva había partido como muchos otros para Madrid; Mosquera de Figueroa, a quien hemos visto en Écija desempeñando su cargo, estaba ausente a menudo, obligado por su empleo de corregidor. Tal vez fue éste quien, durante uno de sus altos, presentó al autor de *La Galatea* al estimable Baltasar de Alcázar, el Marcial sevillano. Tal vez fue Alcázar quien lo introdujo en las dos o tres academias locales donde más tarde leerá algunos versos; tal vez el mismo lo guió hasta las librerías de Díaz y de Clemente Hidalgo, antes de relacionarle con el famoso escultor Martínez Montañés. Sometido a los albures de una vida itinerante, Cervantes no debió de

convivir con el mundo de las letras; en su galería de sevillanos ilustres, Francisco Pacheco, aunque celebrado en el «Canto de Calíope», no le concede la menor atención.

En cuanto a sus obras —las que pueden fecharse de esos años— se limitan en total a un puñado de poemas. En primer lugar, las dos odas a la Armada Invencible, contemporáneas de la expedición, pero descubiertas y publicadas a finales del siglo XIX: su énfasis recuerda a veces la manera de Herrera; pero vibran también con el aliento patriótico que soplaba en *La Numancia*. Además, publicada de forma anónima en 1593, *La morada de los celos*: un romance alegórico que dará su título a una de las comedias entregadas más tarde al impresor por Miguel y cuyo tema, esbozado antaño en *La Galatea*, reaparecerá nuevamente orquestado en *El celoso extremeño*. Limitado balance, comparado con el fruto de los siete años pasados en Madrid y Esquivias. Pero las circunstancias habían cambiado bastante. Además, Cervantes, entre dos comisiones, bien pudo poner en el telar algunos de los textos que publicará en los diez últimos años de su vida. Así, el relato del Cautivo, impregnado de los recuerdos de Argel, pasa por haber sido escrito hacia 1590, antes de ser rehecho para incluirse como novela intercalada en la Primera Parte del *Quijote*. También se han datado a veces en esa época las dos novelas ejemplares —*Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño*— de las que nos ha llegado una primera versión inédita, anterior al texto definitivo, publicado tres años antes de la muerte del autor.

Los eruditos de principios del siglo pasado hicieron del supuesto «realismo» de su ídolo el criterio de su madurez, sin tener en cuenta el carácter tardío de las fantasías del *Persiles* y el constante apego testimoniado por Miguel al género pastoril. Consideraron que no pudo componer sus obras maestras sino reproduciéndolas del natural: de ahí su empeño en datar en los años sevillanos las fábulas cuya acción se desarrolla a orillas del Guadalquivir. Hoy desconfiamos de esa vinculación mecánica entre experiencia viva y creación literaria: de ser así tendríamos que repartir en diez años la redacción de *El coloquio de los perros*, que nos traslada a Sevilla, a Montilla y a Valladolid. Más vale atenernos a las pocas

certidumbres de que disponemos sobre la materia: nuestro comisario, abrumado por los apremios de su triste oficio, sintió sobre todo la nostalgia de la época en que podía consagrarse a las letras a placer.

A buen seguro llevaba la pasión de escribir demasiado agarrada al cuerpo para resignarse a abandonar la pluma por siempre, aunque fuera a cambio de un hipotético empleo en las Indias. Dentro del fárrago de cuentas y actas notariales, algunos indicios significativos atestiguan un gusto por las letras que, según hemos visto, un día le hará decir que es «aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles». En julio de 1590, aprovechando una tregua entre dos comisiones, asiste a la subasta de las colecciones de un bibliófilo recién fallecido. Por la suma de cuarenta y ocho reales adquiere «quatro libritos dorados, de letra francesa», así como una *Vida de Santo Domingo*, ricamente encuadernada.[7] ¿De qué trataban esas cuatro obras que lograron llamar así su atención? ¿Serían las *Historias trágicas* de Bandello, adaptadas por Belleforest y Boaistuau y ampliamente difundidas en esa época en España? Apostamos a que no se fijó simplemente en su valor mercantil. En cuanto a su devoción por el fundador de la Inquisición, tal vez esté ligada a la génesis de *El rufián dichoso*, una comedia de santos algo posterior a esas fechas y cuyo héroe, un sevillano de la peor especie, se arrepiente un buen día, terminando su vida en México como provincial de los Hermanos Predicadores.

En efecto, Cervantes no ha roto del todo los puentes con el teatro. Dos años más tarde, el 5 de septiembre de 1592, cuando abandona su hogar del barrio de la Magdalena para volver al hostal de su amigo Gutiérrez, firma un curioso contrato: a cambio de trescientos ducados, se compromete a componer, «en los tiempos que pudiere», seis comedias destinadas a Rodrigo Osorio, uno de los actores más famosos de su generación y, además, director de compañía.[8] ¿Cumplió su promesa? Todo parece indicar que no. Se ha afirmado incluso que ese contrato no era sino papel mojado, un reto lanzado sin convicción por un poeta que tuvo éxito en otros tiempos y quiere convencerse de que todavía tiene una pluma. Lo cierto es que Miguel no se refiere en ninguna parte a ese proyecto. A decir verdad,

nos cuesta trabajo pensar cómo hubiera podido ponerlo en práctica en lo más álgido de los incidentes ocurridos en Écija y en Teba. A lo mejor, se limitó a esbozar el boceto de una o dos de las ocho comedias «nunca representadas», que publicaría en vísperas de su muerte.

Hay una cosa segura: aunque en algún momento trata con tal o cual cómico famoso, el autor de *La Numancia* vive ahora lejos de las tablas. Al contrario de Lope y sus epígonos, no está integrado en el sistema de producción que hemos descrito más arriba y que, desde entonces, se había convertido en una industria del espectáculo. En esta ocasión, quien le puso en contacto con Osorio hubo de ser también el inevitable Gutiérrez. No obstante, el hospedero de la calle de Bayona también se había distanciado de su gremio. En una época en que teólogos y moralistas, inquietos por el éxito de las representaciones profanas, trataban de conseguir el cierre de los corrales, aspiraba a una respetabilidad poco compatible con su pasado de histrión. En 1593 le vemos, en efecto, solicitar su ingreso en la Cofradía del Santísimo Sacramento, congregación devota que acogía a la crema de la sociedad sevillana y estaba entonces en primera fila de las procesiones de Semana Santa. Su petición va a chocar al principio con una negativa: comediante y posadero —dos taras notorias—, el postulante era sospechoso, además, de tener sangre judía. No lo conseguirá sino al término de quince meses de gestiones obstinadas, marcadas sobre todo por la excomunión de los cofrades recalcitrantes. Estas peripecias no tendrían ningún interés para nosotros si, entre los testimonios presentados por Gutiérrez, no figurase en buen lugar el de Cervantes. Este último, en su declaración, no se limita a tomar la defensa de los cómicos y a hacer el elogio de un amigo de diez años; además de decirse «persona estudiosa que a compuesto autos y comedias muchas vezes», se declara natural de Córdoba e hijo y nieto de familiares del Santo Oficio: mentira que no apunta sino a lograr el triunfo de las pretensiones del candidato, pero que no por ello deja de añadir un documento contradictorio al expediente de los orígenes del escritor.[9]

¿Pensó Miguel que sacaría alguna ventaja de sus presuntos vínculos con la Inquisición? Sea como fuere, quien, durante sus comisiones había tenido sus dimes y diretes con la Iglesia, va a tomarse una manera de desquite; en la primavera de 1595, participa en la justa poética organizada por los dominicos de Zaragoza para festejar la canonización de san Jacinto, el apóstol de Polonia. Estas justas eran moneda corriente en la España de la época, y los mayores poetas no desdeñaban participar en ellas. No fue ése el caso de Zaragoza, a cuya convocatoria respondieron sólo escritores mediocres. El autor del *Quijote* obtiene fácilmente la palma con una glosa de cuatro versos de aleluyas propuestos a la inspiración de los competidores. A guisa de recompensa consigue tres cucharas de plata, que más tarde se encontrarán en la herencia de su hija. Pero el afortunado triunfador no fue a Aragón a recibirlas en sus propias manos, porque en ese mismo momento, a primeros de mayo, se encontraba en Toledo para asistir a la ordenación de uno de sus cuñados. Ocho días más tarde la mala fortuna se abate de nuevo sobre él: contra todo pronóstico, se ve implicado en la bancarrota del financiero en cuya casa había depositado su dinero. Este enojoso incidente no sólo añade un eslabón a la cadena de sus sinsabores, sino que también preludia la prueba mayor que le queda por conocer: la de la cárcel.

Una enojosa bancarrota

Para comprender mejor cómo ha llegado Cervantes a este punto, tenemos que remontarnos a dos años atrás, a la época en que concluyó sus requisas de proveedor. En agosto de 1594, cuando vegeta en Madrid desde hace tres meses en busca de un nuevo empleo, recibe una inesperada oferta de Agustín de Cetina, el extesorero de Isunza y de Oviedo, convertido desde entonces en oidor de justicia. Se trata de dirigirse a Granada y provincia para recaudar dos millones y medio de maravedís de atrasos de tasas. Nuestro escritor acepta sin vacilar esta misión, acompañada de una

indemnización diaria de quinientos maravedís que el interesado tomará de las sumas recibidas. Pero en primer lugar tiene que presentar un fiador. El que propone a Cetina, Francisco Suárez Gasco, es un aventurero sospechoso de haber querido hacer asesinar a su mujer y cuya desarreglada conducta inspira las reticencias más vivas. No sin esfuerzo, Miguel consigue que lo acepten; pero para completar los cuatro mil ducados garantizados por Gasco, se ve obligado a comprometer sus bienes y los de Catalina.

En los primeros días de diciembre vuelve a tomar el camino de Andalucía, dejando atrás la Villa y Corte. Nos lo imaginamos a veces al estilo de aquella figura retratada con cierta socarronería por el soldado de *El juez de los divorcios*; uno de esos

> hombrecitos aguditos y bulliciosos, con una vara en las manos, y sobre una mula de alquiler, pequeña, seca y maliciosa, sin mozo de mulas que le acompañe, porque las tales mulas nunca se alquilan sino a faltas y cuando están de nones; sus alforjas a las ancas, en la una un cuello y una camisa, y en la otra su medio queso, y su pan y su bota; sin añadir a los vestidos que trae de rúa, para hacellos de camino, sino unas polainas y una sola espuela; y, con una comisión y aun comezón en el seno, sale por esa Puente Toledana raspahilando, a pesar de las malas mañas de la harona, y, a cabo de pocos días, envía a su casa algún pernil de tocino, y algunas varas de lienzo crudo; en fin, de aquellas cosas que valen baratas en los lugares del distrito de su comisión, y con esto sustenta su casa como el pecador mejor puede.

Esta evocación deja traslucir un sentido agudo de la observación; pero es ante todo y sobre todo un trozo efectista que implica una gran parte de fabulación: la misión confiada a Cervantes por Cetina era de una importancia muy distinta a la que cumple aquí su triste *alter ego*. En cuanto a Catalina, no debió de celebrar esta nueva partida a ejemplo de la doña Guiomar del entremés: por más consuelo que sacase del jamón salado y de la tela cruda, poco apreciaría que el comisario hiciese ahora de agente del fisco.

A Miguel no le importan estas contrariedades. Por Toledo, Jaén y Úbeda alcanza el reino de Granada y pronto llega a Guadix. Su comisión, cuya duración prevista era de dos meses escasos, va a retenerle hasta el invierno: una expedición por montes y valles cuya huella perdura en su obra, si bien

de forma indirecta. El autor del *Quijote* no es un viajero romántico, atento a consignar las cosas vistas. Nada aflora de la emoción que pudo sentir ante la Alhambra o el Generalife; nada o casi nada se trasluce de sus impresiones de viaje, al contacto de un paisaje marcado por ocho siglos de ocupación musulmana y donde permanecía vivo el recuerdo de la revuelta de las Alpujarras. En cambio, en tal o cual página vemos surgir unas siluetas que revelan su interés por una civilización tan diferente y sin embargo tan cercana a la de la España oficial: el jardinero morisco de los alrededores de Granada, que recoge y alberga a Berganza durante más de un mes; la maga Zenotia, oriunda de Alhama, a la que el *Persiles* nos muestra ejerciendo sus maleficios contra aquellos a los que persigue con su odio; los bohemios y gitanos que vagan en bandadas por los caminos de Andalucía, a despecho de las autoridades y de una opinión irritada por su obstinado rechazo a toda forma de asimilación.

Berganza se hará portavoz de esa hostilidad. Denunciando «sus muchas malicias, sus embaimientos y embustes», pone al descubierto los ardides que inventan estos perpetuos itinerantes para disfrazar sus fechorías:

> Ocúpanse, por dar color a su ociosidad, en labrar cosas de hierro, haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y así, los verás siempre traer a vender por las calles tenazas, barrenas, martillos, y ellas trébedes y badiles. Todas ellas son parteras, y en esto llevan ventaja a las nuestras, porque sin cosa ni ad[h]erentes sacan sus partos a luz, y lavan las criaturas con agua fría en naciendo (...). Cuando piden limosna, más la sacan con invenciones y chocarrerías que con devociones; y a título que no hay quien se fíe de ellas, no sirven, y dan en ser holgazanas; y pocas o ninguna he visto, si mal no me acuerdo, ninguna gitana a pie de altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las iglesias...

Proferido por un perro, por muy sabio que sea, esta última precisión no deja de tener gracia. Contribuye a matizar una diatriba teñida de ironía, tras la que se siente apuntar los sentimientos ambiguos del autor. Poco a poco descubrimos cuánto le fascina esa «mala gente», ese pueblo nómada hábil para jugar con las prohibiciones y que, llegado el caso, sabe acoger a los marginados de toda especie, desde criminales que han quebrantado el destierro hasta hijos pródigos de la buena sociedad. En este contexto hay que situar la sorprendente aventura de Preciosa, la protagonista de *La*

Gitanilla: siendo, aunque sin saberlo, una falsa bohemia, enamora a un mancebo de buena familia; deslumbrado por los encantos y virtudes de su amada, éste se ve arrastrado por el poderoso atractivo de la vida natural y la irresistible llamada de la libertad.

Cervantes no parece haber encontrado mayores dificultades en sus primeras etapas: ni en Guadix, ni siquiera en Baza, donde hubo de oír nombrar a uno de los exprebendados de la catedral, Juan Blanco de Paz, su enemigo de Argel, que, excomulgado y perseguido por la justicia, acababa de ser destituido de su cargo. Es en Motril donde va a chocar con una complicación imprevista: el dinero que allí debía percibir ya había sido entregado al Tesoro, como parecían probarlo los recibos presentados por sus interlocutores. Cuando le someten el caso, el rey descubre al punto una maniobra fraudulenta y conmina a Miguel a hacerse liquidar las sumas debidas. Mientras tanto, nuestro comisario ha partido para Ronda y Vélez-Málaga, donde, por dos veces, debe consentir una transacción, por falta de documentos contables correctamente establecidos. Vuelto a Sevilla al término de cuatro meses de ausencia, deposita en casa del negociante Simón Freire el saldo del dinero cobrado —ciento treinta y seis mil maravedís—, aumentado con sus propios dineros. Luego vuelve a Madrid para rendir cuenta de su misión. En mayo está en Toledo, sin noticias de Freire, a quien ha escrito en dos ocasiones. Es entonces cuando se entera de la bancarrota de su corresponsal, que ha desaparecido llevándose sesenta mil ducados. Se precipita a Sevilla, para intentar recuperar el dinero depositado. Por desgracia, los acreedores de Freire han embargado sus bienes. Al término de varios meses de demandas y angustias, obtiene el embargo de las sumas destinadas al Tesoro; en cambio, tiene que renunciar a su sueldo, engullido en la quiebra de un hombre en quien imprudentemente había depositado su confianza. El canónigo del *Quijote*, al evocar a su amigo Cervantes, podrá decir con todo derecho que «es más versado en desdichas que en versos».

Como las desgracias nunca vienen solas, este asunto llega en el momento en que, tanto en Madrid como en Esquivias, la familia de Miguel

ve ensombrecerse el horizonte. Constanza de Ovando no ha desmentido la tradición. A ejemplo de su madre y de su tía, se ha comprometido con Pedro de Lanuza, el propio hermano de Juan de Lanuza, Justicia de Aragón. Este último había sido condenado a muerte y degollado, cuatro años antes, en Zaragoza, por haber prestado ayuda a Antonio Pérez, el exsecretario de Felipe II, durante su huida a Francia. Con Madrid como residencia asignada, el joven Pedro de Lanuza conoció a Constanza, cinco años más joven, en circunstancias que ignoramos. Durante cuatro años su relación sigue su curso, hasta el día en que el galán, reconocido inocente de cualquier complicidad con su hermano, se ve restablecido en sus derechos. Es entonces cuando se separa de Constanza, mediante una indemnización de mil cuatrocientos ducados, pagaderos durante siete años en doce plazos. Esta compensación otorgada el 5 de junio de 1595, mediante acta notarial, ¿fue pagada de forma efectiva? Nada permite afirmarlo. A cuarenta años de distancia, Andrea de Cervantes veía a su hija seguir su ejemplo.

Un mes antes, Juan de Palacios había entregado el alma en Esquivias, después de haber legado sus bienes a sus sobrinos. Como podía esperarse, Catalina no recibió más que la porción congrua de la herencia: dos viñas, algunos olivos, dos colgaduras francesas, un juego de ropas de cama y un pequeño tonel. A lo mejor, pagaba de esta forma la ausencia de su marido, en un momento en que se hallaba entregada a la buena voluntad de sus dos hermanos. Miguel parece haber aprovechado sus gestiones madrileñas para reunirse con ella durante una breve estancia. Tenemos atestiguada su presencia el 18 de mayo en Toledo, durante la ordenación de su cuñado Francisco de Salazar Palacios. Pero no sabemos si le proporcionó su apoyo. Sus trabacuentas con deudores y acreedores harían temer más bien lo contrario. Después de sus contratiempos con Freire, nos resulta fácil imaginarlo partiendo sin demora hacia Sevilla, donde, como era costumbre, lo esperaba su amigo Gutiérrez. Eso sugiere al menos lo poco que sabemos de sus ocupaciones, durante los veinte meses que transcurren entre el caso y sus nuevos sinsabores con los agentes del Tesoro. Ignoramos prácticamente todo de sus actividades durante estos veinte meses, a cuyo término la

trampa se va a cerrar sobre el infortunado comisario, que nunca tuvo clara conciencia del desastre que se preparaba.

Una vez comprobado su contencioso con Freire, Cervantes, a decir verdad, tenía que haber ido una última vez a Madrid para presentar el balance detallado de su comisión. ¿Por qué descuidó hacerlo? Pensaba, a lo mejor, haber cumplido con todas las formalidades requeridas, llegando a la conclusión de que sus cuentas hablarían por sí mismas. En cualquier caso, sus superiores no lo entendieron así y van a reclamarle los ochenta mil maravedís que había condonado a los agentes de Vélez-Málaga: aparentemente, el Tesoro no conservaba huellas del informe del comisario. Lo cierto es que su fiador madrileño, Suárez Gasco, es informado de que Miguel debe comparecer sin tardanza ante sus mandantes. Temiendo verse implicado en caso de defección de su cliente, Suárez Gasco solicita una orden que haga su comparecencia ejecutiva en un plazo de veinte días. El 6 de septiembre de 1597, el juez Gaspar de Vallejo, uno de los magistrados de la Audiencia de Sevilla, recibe el encargo de notificar esta orden a Cervantes: sus fiadores debían comprometerse a liquidar sus deudas, cualquiera que fuese su monto; en caso contrario, sería conducido a sus costas a Madrid y puesto entre cerrojos hasta nuevo aviso. Por torpeza o por malicia, Vallejo comete entonces un abuso de poder. En lugar de imputar a Cervantes el saldo efectivo que le reclamaba el Tesoro —ochenta mil maravedís— le reclama los dos millones y medio de maravedís cuya recolecta le había sido confiada por Cetina, y cuya parte esencial el comisario ya había entregado al Estado. Por supuesto, nadie podía garantizar una suma como ésa, ni aunque contase con los recursos de que disponía Suárez Gasco. Al juez no le quedaba otra salida que detener a Miguel. Pero, sin hacer caso a las instrucciones recibidas, Vallejo, en lugar de mandarlo a Madrid, decide hacerlo encarcelar allí mismo. Tal vez habría obrado de forma distinta si el acusado hubiera comprado su complacencia: dicho de otra forma y para hablar como el posadero de *La ilustre fregona*, empleando los dineros necesarios para «untar a todos los ministros de la justicia; porque si no están untados, gruñen más que carretas de bueyes».

Por no haber caído en la cuenta, va a descubrir la cárcel de Sevilla, veinte años después de los baños de Argel. Quedan por determinar el sentido y alcance de esta experiencia decisiva.

Las prisiones de Sevilla

Al franquear el umbral de la cárcel real, Cervantes penetraba en uno de los lugares privilegiados de la capital andaluza, uno de sus monumentos más notables, si hemos de creer a un cronista de la época:

> Véese (...) a la boca de la calle de la Sierpe, por la parte de la plaza de San Francisco, junto a ella, la Cárcel Real de Sevilla, que campea más que otra casa y se deja bien conocer aun de los más extranjeros, así por el concurso de gente innumerable que sin cesar entra y sale por su principal puerta a todas las horas del día y que la noche da lugar, como también por los letreros que tiene en su gran portada, con las armas reales y de Sevilla.[10]

Tal afluencia atestigua lo que era esa prisión a finales del siglo XVI: un verdadero monstruo, donde residían de forma permanente casi dos mil detenidos, es decir, una capacidad de acogida superior a la que ofrecía el conjunto de los demás establecimientos de la Península, Madrid incluido.

No debe sorprender esa importancia. Sevilla, con mucho la ciudad más poblada de España, era en esa época también el lugar de cita de aventureros de toda laya, atraídos, como Guzmán de Alfarache, por esa «tierra de Jauja, donde todo abunda y las calles están cubiertas de plata». Procedentes de los cuatro puntos cardinales del país, estafadores y petardistas se abatían sobre una urbe administrada por turbios magistrados y en la que los acaparadores, al amparo de las autoridades locales, especulaban con el precio de las mercancías. Como dirá Guzmán, «tanto se lleva a vender como se compra, porque hay mercantes para todo»; lo cual bastaba para hacer temblar a los pusilánimes, pero también para permitir soñar a los audaces, ávidos de coger su parte de este fabuloso festín, aunque sólo fuera para recoger las

migajas y desaparecer a la primera alerta, «las faltriqueras descosidas con el peso de los escudos y reales».

A buen seguro que Cervantes no era de esta calaña. Lo que sabemos de sus andanzas andaluzas, de sus cuentas y sus contrariedades con sus acreedores bastaría para lavarlo de toda sospecha. Pero las vicisitudes de su existencia menesterosa le proporcionaron muchas ocasiones de rozarse con ese medio adulterado. Su amistad con Tomás Gutiérrez, sus relaciones con Suárez Gasco, sus misteriosas transacciones financieras revelan el atractivo que sobre él ejerció todo un mundo de marginados. Mas ¿cómo resistir a las seducciones ambiguas de una ciudad cuyo insidioso hechizo ablandaba las almas mejor templadas? Ya había confesado Santa Teresa, en el *Libro de las Fundaciones*: «No sé si la misma clima de la tierra, que he oído siempre decir los demonios tienen más mano allí para tentar, que se la debe de dar Dios, y en esto me apretaron a mí, que nunca me vi más pusilánime y cobarde en mi vida que allí me hallé: yo cierto a mi mesma no me conocía».

Lo cierto es que, como tantos otros, experimentó la fascinación de la Babilonia andaluza, «amparo de pobres y refugio de desechados». «Patria común, dehesa franca, ñudo ciego, campo abierto, globo sin fin, madre de huérfanos y capa de pecadores», como la llama Mateo Alemán, Sevilla no era sólo el lugar de encuentro de todos los pícaros de altos y bajos vuelos. Era también un foco de atracción para cuantos alejaban de un trabajo honrado el estancamiento de las manufacturas pañeras, la decadencia de la artesanía, la mediocridad de la vida campesina, el desprecio que toda España, nobles y plebeyos juntos, sentía por las artes mecánicas y las actividades productivas. Era, sobre todo, la capital por excelencia de la delincuencia y del crimen, donde todos los representantes de la fauna picaresca se encontraban en el seno de una verdadera sociedad paralela, con su jerarquía, sus reglas y su jerga: mendigos lisiados o ciegos, reagrupados en cofradías debidamente reconocidas, vagabundos que hacían de mozos de cuerda o pinches para mejor disimular sus hurtos y raterías; fulleros hábiles en desplumar a los clientes demasiado confiados de las casas de juego; cortabolsas y capeadores, maestros consumados en el arte de robar capas y

mantos; rufianes que sacaban sus rentas de una floreciente prostitución; bravucones y matones profesionales prestos a alquilar sus servicios a quien quería librarse discretamente de un rival o un importuno.

Debemos al autor de las *Novelas ejemplares* un cuadro variadísimo del hampa sevillana con sus tipos, costumbres y hazañas. Sólo que procede de una técnica de evocación que, jugando hábilmente con el contraste entre el ser y el parecer, transfigura lo real en vez de copiarlo. El mundo picaresco que nos ofrece Cervantes es todo lo contrario de un mundo encerrado en sus códigos y sus ritos; el que describen en ese mismo momento los libros de pordiosería que florecen en toda Europa. Es, por el contrario, un mundo abierto donde circula el aire: ahí se respira constantemente un sorprendente aroma de libertad.

Ahora bien, esa picaresca regenerada no sería creíble si no brotara de una experiencia vivida que impregna hasta el marco en el que campean rufianes y bravucones: fuera del recinto de la villa, la Huerta del Alamillo; a orillas del río, el Compás del Arenal; al pie de las murallas, los siniestros mataderos; en los alrededores de la catedral, el patio de los Olmos y el de los Naranjos, cuyo acceso estaba prohibido a la justicia ordinaria. A la luz de esta experiencia, nadie mejor que Berganza sabe señalar los compromisos de los magistrados de la Audiencia y la complicidad de pordioseros y corchetes, aunque el desenlace que da al episodio que nos refiere —la derrota de un sargento con poca honradez tirado de un caballo robado— evidencia cuánto lo separa de un trivial informe de policía. En cuanto a la Academia del truhán Monipodio, cuyos usos y costumbres descubren Rinconete y Cortadillo durante su estancia en Sevilla, no es, desde luego, un vulgar sindicato del crimen, sino más bien, nimbado por una luz radiante, el teatro insólito de una confraternidad de la mejor ley. Por cierto, los estatutos que la rigen se parecen extrañamente a los que se había otorgado, en la misma época, la cofradía de malhechores de que nos habla Luis Zapata y que, según nos dice, tenía su «prior y cónsules, con una depositaria para las mercancías robadas y un arca con tres llaves en la cual se guardaba lo hurtado». La extraordinaria escena que contemplamos por

los ojos de Rincón y de Cortado se apoya, por tanto, en un conocimiento muy concreto de la delincuencia andaluza; pero, con excepcional acierto de escritura, arrebata de entrada la adhesión del lector, elevando al pícaro a la categoría del mito.

Un conocimiento incompleto, sin embargo, de no haber tenido Miguel el privilegio de completarlo durante su encarcelamiento. Sobre esta detención, cuya duración exacta desconocemos, pero que se prolongó durante varios meses, el autor del *Quijote* no prodiga confidencias: el *Entremés de la cárcel de Sevilla*, que en otro tiempo se le atribuyó, pertenece de modo irrefutable a otra pluma. Pero tenemos alguna idea de lo que pudo ser su estancia gracias a la detallada relación que debemos a uno de sus contemporáneos, el procurador Cristóbal de Chaves. Familiar de esos lugares debido a su cargo, Chaves nos abre una tras otra las tres puertas de la prisión: la puerta de oro, la puerta de cobre y la puerta de plata, así bautizadas porque todo el que quería franquearlas libre de cadenas debía entregar oro, cobre y plata. Recorriendo tras él las salas y las galerías, llegamos hasta el corazón del universo carcelario; «una verdadera representación del infierno en la tierra», si hemos de creer a un testigo ocular, debido a la hediondez, la confusión y el tumulto que día y noche reinaban en su recinto. Guiados por el procurador, descubrimos ahí las costumbres instauradas por el hampa y que tienen fuerza de ley: la iniciación a la que los antiguos sometían a los recién detenidos, con objeto de probar su valor; las ventajas otorgadas a los privilegiados que, mediante dinero, podían recibir ricas ropas, comidas selectas y visitas galantes; las riñas a menudo mortales que enfrentaban a los jefes de bandas; las aclamaciones que saludaban al valiente capaz de sufrir tortura sin denunciar a sus cómplices; las letanías de duelo y el cortejo fúnebre de los prisioneros al acompañar a los condenados a muerte hasta el lugar del suplicio.

En el seno de este mundo abigarrado, sometido a la corrupción, al vicio y a la violencia, los encarcelados por deudas formaban un medio aparte. Pero si su destino era menos riguroso, su existencia cotidiana no era, por eso, de las más envidiables, cuando su indigencia les impedía conciliarse la

benevolencia de los jueces y el favor de los carceleros. No sabemos si Cervantes se vio condenado a la promiscuidad de los dormitorios comunes y a la magra pitanza de quienes no tenían con qué mejorar la comida de la cárcel. No obstante, encerrado por la gracia de un juez inicuo, debió de revivir, si bien en grado menor, la amargura experimentada en las mazmorras de Hasán Bajá. Mas, sean los que fueren los cargos que contra él pesaban, los envites no eran, desde luego, los mismos. En esta ocasión no se trataba de conseguir su redención mediante un rescate, sino de actuar de forma que se le hiciera justicia. ¿Encontró los apoyos necesarios para este fin? Podemos presumir que Agustín Cetina se dedicó, desde Madrid, a intervenir en las altas esferas en defensa de su causa. No hubo de contar, en cambio, con el apoyo de Tomás Gutiérrez. Cansado tal vez de ir en ayuda de un desdichado, el hospedero desaparece de su vida sin dejar huella: sólo sabemos que morirá en 1604. «Entre los ricos y los pobres no puede haber amistad duradera, por la desigualdad que hay entre la riqueza y la pobreza», confiará melancólicamente uno de los héroes del *Persiles*.

Frente a la adversidad, el excomisario, fiel a sí mismo, no se entregó a la desesperación. Nada más ser encarcelado, escribe a Felipe II para denunciar el procedimiento arbitrario de que es víctima. Hemos perdido el texto de su demanda, pero conservamos la respuesta del rey, fechada el 1 de diciembre, por la que se conmina a Vallejo a soltar al prisionero a fin de que se presente en Madrid en un plazo de treinta días. En caso de incomparecencia ante el Tesoro, precisaba el monarca, Cervantes no por ello dejaría de estar en libertad, a poco que sus fiadores pagasen su deuda efectiva, porque ningún motivo justificaba que estuviera detenido por más tiempo. Era reconocer tácitamente la inocencia de nuestro comisario; pero entre su encarcelamiento y la provisión real, habían transcurrido dos largos meses. Aparentemente, Vallejo no tenía más que obedecer. ¿En qué momento se decidió a ello? En la primavera de 1598, afirma Astrana Marín, alegando un documento hoy perdido, según el cual en el mes de marzo Cervantes habría recibido en la cárcel una nueva intimación del Tesoro: esta vez se le exigía explicarse sobre sus comisiones de 1591-1592 y, más

particularmente, sobre el incidente de Nicolás Benito. Podemos concluir, como ha hecho Astrana, que a nuestro héroe el juez le impuso una fianza tan alta —la provisión real le autorizaba a ello—que, al no poder pagarla, permaneció en prisión hasta abril; según los testimonios de que disponemos, hasta esa fecha no reaparecerá por las calles de Sevilla. Pese a todo, cabe preguntarse si estos débiles indicios bastan para probar que, durante tres meses, Vallejo pudo multiplicar las maniobras dilatorias. También se puede admitir, en efecto, que obedeció inmediatamente y que Miguel fue liberado en enero, sin informar de ello posteriormente. En cualquier caso, hay una cosa cierta: nunca irá a Madrid a dar las explicaciones que se esperaban de él. En cuanto a los agentes del Tesoro, acabarán por resignarse, tras haber esbozado, sin demasiada convicción, dos nuevos intentos: durante varios años, volverá a tocarse el tema de las cuentas fantásticas de Vélez-Málaga.

La nostalgia de las letras

Aquella obstinación de ciertos biógrafos en prolongar la detención de Cervantes nace de una frase del prólogo del *Quijote* que ha hecho correr mucha tinta, provocando un debate aún no cerrado. Al ofrecer a su lector el fruto de sus vigilias, Miguel confía desde el principio su sueño: que su libro «fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse». Sueño imposible, añade al punto:

> Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?

Protesta de indignidad acorde con las convenciones del género, nos dicen los cervantistas ponderados, rasgo de un humor que nos disuade de tomar al pie de la letra esas palabras. Los cervantistas exaltados no quieren

tener en cuenta esa advertencia: sólo tienen ojos para la cárcel incómoda, ruidosa y siniestra, donde, según confesión misma del autor, «se engendró» la obra inmortal: cárcel real y verdadera, precisan, y no metáfora de una reclusión espiritual o moral.

De acuerdo. Pero ¿dónde situar esa triste temporada? Los románticos fueron los primeros en localizarla en Argamasilla de Alba, pretendiendo, sin más pruebas, que esa villa era la verdadera patria del ilustre caballero. Hartzenbusch, que más tarde será director de la Biblioteca Nacional, llegó a transportar a ella todo un material de imprenta, a fin de componer allí, sobre la paja del calabozo, la edición del *Quijote* a la que unió su nombre. Más circunspectos, algunos eruditos de principios del siglo pasado prefirieron Castro del Río, donde, en 1592, nuestro comisario estuvo momentáneamente detenido por el desmán de uno de sus acólitos. La hipótesis es ingeniosa: si se piensa que todos los libros que forman la biblioteca de su héroe son anteriores a esta fecha, puede sentirse la tentación de concluir que comenzó a escribir entonces los primeros capítulos de su novela. Sin embargo, cabe recordar que su detención fue demasiado breve para permitírselo, y, sobre todo, que sus incesantes peleas con campesinos y canónigos apenas le dejaron tiempo para ello. A la inversa, el ambiente de la cárcel de Sevilla, tal como la describe Chaves, parece ser el que sugiere aquí el novelista. Forzado a la inacción en el momento mismo en que se sentía dominado por el deseo de escribir, bien pudo Miguel ver surgir en él la idea primera del libro que, ocho años más tarde, le valdrá un éxito tardío.

Decimos la idea primera. Entendemos con esa expresión el proyecto loco de un hidalgo manchego de cerebro perturbado por las aventuras de Amadís y que, creyendo resucitar la caballería errante, se va a correr mundo y a librar batalla contra molinos de viento. Un proyecto cargado de sentido que Cervantes debió de meditar durante horas y días. Pero quienes, por necesidades de la causa, retrasan varios meses su liberación, también le hacen tomar la pluma y diseñar al ingenioso hidalgo. Pues bien: nada autoriza a pretender, como se ha hecho a veces, que bosquejó del natural la

silueta de un compañero de infortunio, «seco de carnes, enjuto de rostro». Nada permite afirmar que, para refrescar sus recuerdos, se hizo traer por su sobrino las novelas cuya parodia nos ofrece. Nada prueba tampoco que, durante su detención, puso sobre el papel una simple novela corta que más tarde tomaría las dimensiones que conocemos. Este primer esbozo nos deja, en efecto, escépticos y, más todavía, las tentativas que se han hecho para concretar su exacta fisonomía. ¿Corresponde a los cinco capítulos de la primera salida de Don Quijote, antes de que ligue su destino al de Sancho? ¿Hay que extenderla más bien hasta el escrutinio de su biblioteca, o hasta su combate con el escudero vizcaíno? Suponiendo incluso que, en una primera etapa, Cervantes se limitara a esbozar una historia breve, la refundición realizada ha sido tan hábil que resulta imposible encontrar su plan en la amplia narración que nos ha llegado. Desde los primeros capítulos vemos surgir los temas mayores en torno a los cuales se ordena el conjunto de la novela: la locura del héroe, los preparativos de su salida, su armamento en la venta, su regreso a la aldea en busca de un escudero, su partida en su compañía hacia nuevas aventuras son, evidentemente, los primeros jalones de una epopeya de amplias proporciones. ¿Don Quijote «engendrado» detrás de los barrotes? ¿Por qué no? ¿Don Quijote «dado a luz» en una cárcel de Sevilla? Es una conjetura cuyo riesgo no podemos correr.

Una vez en libertad, Miguel debió de ponerse sin más tardanza a la tarea: esto en cambio nos parece plausible. Lo mismo que su inacción prolongada —ya no volvemos a conocerle una ocupación confesada—, su repugnancia por ir a Madrid era idónea para retenerle a la sombra de la Giralda o, al menos, confinarle en su alojamiento del barrio de San Isidoro. Poco sabemos de sus actividades, durante los dos últimos años de un siglo que fue glorioso, En septiembre de 1598 debe comprar a crédito once varas de paño negro. Dos meses más tarde está envuelto en un oscuro asunto de venta de bizcocho. Tal vez este paso difícil concluya a principios del año siguiente, cuando le paguen una deuda de ochenta ducados.

Vuelta a los negocios, si se quiere; vuelta también a las letras, sin que podamos seguir con certeza los avances de su labor como escritor. Los

críticos sagaces que han analizado la composición del *Quijote* han descubierto acá y allá arrepentimientos de pluma; han localizado incluso incoherencias menudas; así es como, durante la penitencia que realiza el héroe en Sierra Morena, el asno de Sancho está unas veces en escena, otras se dice que ha sido robado. ¿Efecto de una revisión apresurada? Sin duda alguna. ¿Indicio de una redacción emprendida en Sevilla, luego suspendida durante varios meses, para volver a iniciarse bajo otros cielos? Eso es lo que en cualquier caso sugiere la construcción de la novela: en lugar de un relato lineal, salido de un patrón establecido, un universo en expansión, modelado poco a poco por la polifonía de diferentes narradores y que, al hilo de las andanzas de amo y criado, se enriquece con episodios adventicios. Según lo más verosímil, al menos una de esas historias intercaladas —*El capitán cautivo*— es, como hemos visto, contemporánea de las primeras comisiones efectuadas por Miguel por cuenta de Guevara. Otra novela —*El curioso impertinente*— fue escrita tal vez algunos años más tarde. Incluso si su incorporación a la novela no ha sido decidida sino después, no por ello dejan de constituir la parte mantenida mucho tiempo en secreto de una creación que no se mostrará hasta después de 1605.

En este crepúsculo del siglo XVI, la parte que emerge del iceberg cervantino se resume finalmente en dos breves poemas, que no fueron editados sino mucho después de la muerte del escritor, pero cuyo éxito inmediato aseguró la difusión oral y manuscrita. Se ha puesto en duda la autenticidad del primero: un soneto de actualidad que, leído ante una reunión de ingenios, debió de agradar al auditorio. Bajo el mando conjunto de Thomas Howard, conde de Effingham, y del conde de Essex, el favorito de la reina Isabel, la flota británica se había apoderado en julio de 1596 de Cádiz, saqueándola impunemente durante tres semanas. Encargado de defender Andalucía, Medinasidonia, el héroe de la Invencible, formó a toda prisa unas compañías de soldados que fueron a pavonearse bajo las murallas de Sevilla, pero que con mucha prudencia se abstuvieron de acercarse al enemigo:

Vimos en julio otra semana santa
atestada de ciertas cofradías
que los soldados llaman compañías,
de quien el vulgo, y no el inglés, se espanta;

hubo de plumas muchedumbre tanta
que en menos de catorce o quince días
volaron sus pigmeos y Golías,
y cayó su edificio por la planta.

Bramó el Becerro y púsolos en sarta;
tronó la tierra, escurecióse el cielo,
amenazando una total rüina;

y, al cabo, en Cádiz, con mesura harta,
ido ya el conde, sin ningún recelo,
triunfando entró el gran duque de Medina.

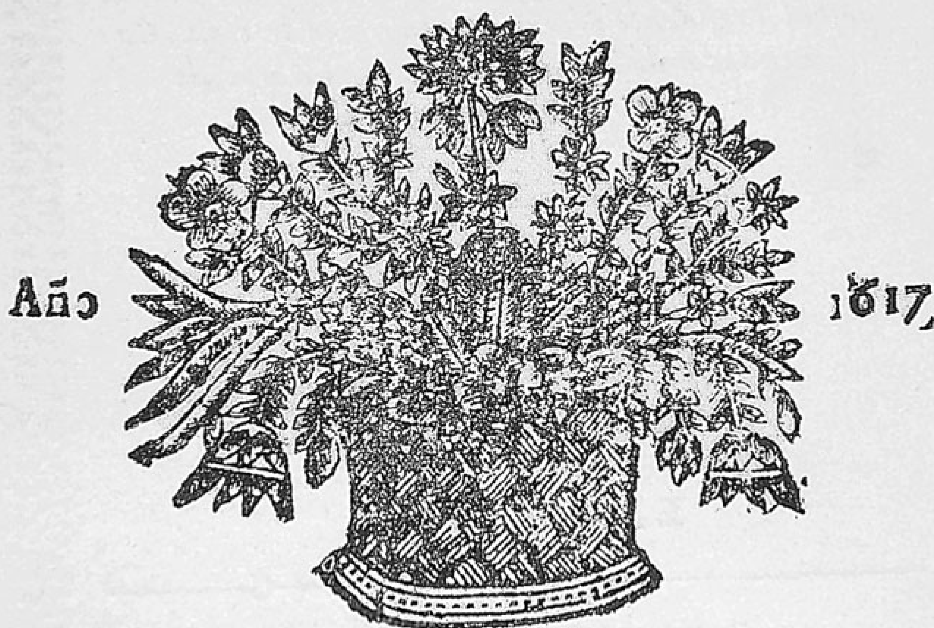
Cervantes parece haber perdido sus ilusiones en la escuela de la adversidad; pero también ha encontrado un tono nuevo, un registro que pronto hará suyo.

El otro poema es también un soneto que Miguel considerará, en el *Viaje del Parnaso*, como «honra principal» de sus escritos». En él, dos bravucones nos toman por testigos de su asombro:

TRABAIOS DE PERSILES, Y SIGISMVNDA.

HISTORIA SEPTENTRIONAL.

POR MIGVEL DE CERVANTES Saavedra.

Año  1617

Con Priuilegio: *En Madrid*. Por Iuan de la Cuesta.

A costa de Iuan de Villaroel, mercader de Libros, en la Plateria.

417. Cervantes.—Persiles y Sigismunda. Madrid, 1617.—*Portada.*

Portada de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda.* Madrid, 1617. Biblioteca Nacional. *(Foto Archivo Espasa Calpe)*

«¡Voto a Dios, que me espanta esta grandeza
y que diera un doblón por describilla!
porque ¿a quién no suspende y maravilla
esta máquina insigne, esta braveza?
¡Por Jesucristo vivo! Cada pieza
vale más de un millón, y que es mancilla
que esto no dure un siglo, ¡oh, gran Sevilla!,
Roma triunfante en ánimo y riqueza.

Apostaré que la ánima del muerto,
por gozar este sitio, hoy ha dejado
el cielo, de que goza eternamente.»

Esto oyó un valentón y dijo: «Es cierto
lo que dice voacé, seor soldado,
y quien dijere lo contrario, miente».

Y luego, encontinente,
caló el chapeo, requirió la espada,
miró al soslayo, fuese, y no hubo nada.

Arrastrado por el brío de la escritura, el lector desprevenido pronto se interroga. ¿Cuál es esa maravilla y quién es ese muerto? ¿Y qué quiere decir esa caída que da a entender que la montaña ha parido un ratón? Disipemos sin más tardanza el misterio: se trata de un catafalco, levantado el 24 de noviembre de 1598 en Sevilla para honrar a un difunto ilustre; y fue el rey en persona al que se dirigió así un homenaje fúnebre, al término de una querella de vana precedencia entre la Audiencia territorial y la Inquisición. Dos meses antes, el 13 de septiembre, Felipe II había entregado su alma a Dios.

El ocaso de un reinado

La muerte del Rey Prudente no sorprendió verdaderamente a una opinión que veía multiplicarse los signos de su próximo fin. Desde hacía al menos tres años, las afecciones crónicas que sufría el monarca se habían agravado:

disentería, gota y paludismo le clavaban en su sillón de inválido, que no dejaba salvo para ir a su lecho de dolor. Con setenta años cumplidos, no era más que un viejo desdentado, sacudido por la fiebre, cuyas facultades físicas y mentales habían menguado considerablemente y que durante horas permanecía sumido en un torpor malsano. No obstante, aunque veía a la corte prepararse para el fatal desenlace, no estaba dispuesto en modo alguno a seguir el ejemplo de su padre y a renunciar en vida al ejercicio del poder. Lo único que hizo, a consecuencia de la enfermedad, fue modificar su sistema de gobierno. Mateo Vázquez, muerto en 1591, no estaba allí para ayudarle con sus consejos. Una especie de gabinete, la Junta, había heredado las atribuciones del secretario, mientras que las audiencias estaban a cargo del sobrino del rey, el archiduque Alberto, además de su sucesor en el título, el futuro Felipe III. No por ello el soberano dejaba de firmar todos los documentos que le sometían, ni de seguir de cerca los asuntos de Estado. Su interés se extendía hasta cuestiones menores, como el destino del millar de judíos que aún seguían en Lombardía, o la reconstrucción del centro de Toledo, destruido por un incendio. Pero aunque, como antaño, se quería el paladín de la ortodoxia, su primera preocupación era poner fin a los diferentes conflictos que enfrentaban la Península a sus vecinos: en este capítulo al menos se hacía eco de las quejas de las Cortes, conformándose con los deseos de sus súbditos.

Cuarenta años de empresas guerreras habían agotado a España. Si el Imperio otomano había dejado de ser una amenaza, los Países Bajos, Inglaterra y Francia eran otros tantos adversarios obstinados sobre los que se podía obtener una victoria, pero a los que no se podía derrotar. El fracaso de la Invencible había acabado con los proyectos de invasión de las islas Británicas. La esperanza de aplastar a los protestantes holandeses era una quimera. En cuanto a Francia, destrozada mucho tiempo por las guerras de Religión, había puesto término a sus disensiones. Con la conversión de Enrique IV al catolicismo, Felipe II ya no tenía que apoyar la Liga contra los hugonotes: el bearnés era un vecino temible, a quien uno no podía permitirse tratar con desprecio. Mantener la guerra en todos los frentes

suponía, pues, ver desaparecer en un pozo sin fondo los doce millones de ducados que exigía cada año la prosecución de las operaciones: un esfuerzo que en ese fin de siglo ya no podían sostener las finanzas del reino. Si las Indias alimentan en su cuarta parte los recursos de la Corona, lo esencial proviene de los impuestos —en particular los famosos *millones*—, cuyo peso se ha doblado en veinte años y que Castilla, principal contribuyente, ya no está en condiciones de soportar. Con dificultades debidas a un suelo ingrato en muchas partes y a una sucesión de inviernos rigurosos, la agricultura, durante mucho tiempo la riqueza mayor de esta tierra, sufre una inadaptación creciente a la coyuntura. La concentración de las tierras en manos de una aristocracia indiferente a su valoración, los exorbitantes privilegios otorgados a la Mesta, la acumulación de contribuciones y tasas que golpean al campesinado, han adelantado el éxodo rural y acelerado la recesión del campo para desesperación de los arbitristas, precursores de los modernos economistas, que soñaban con una elite dinámica de ricos labradores.

A falta de una *gentry* capaz de hacerse cargo de la economía, la monarquía de Felipe II hubiera necesitado una burguesía digna de ese nombre. La historia decidió de otro modo. Por no haber realizado su readaptación, la industria pañera castellana, conglomerado de talleres familiares, no logra resistir a la competencia extranjera. Y se esfuerza menos todavía en ello dado que los lingotes que se descargan en Sevilla hacen creer que la verdadera riqueza es la que traen los galeones: no es necesario fabricar o producir lo que se puede comprar fuera a buen precio. Este funesto cálculo pone a merced de sus vecinos a una nación que acaba de crear el mercado mundial. «España que tiene las Indias —dicen los más lúcidos—, es las Indias de los extranjeros.» Sólo salvan su dinero esos negociantes y banqueros cuyo tren de vida evocaba Berganza y que, por su posición en el circuito del oro, renuncian por el tráfico del dinero al verdadero comercio de mercancías. Pero la educación que dan a sus hijos, su obstinación en hacerles medrar, ponen en evidencia su preocupación por escapar cuanto antes a su condición. En una España en que el judío,

convertido o no, simboliza el espíritu de lucro, y que marca con la sospecha a toda actividad ligada a la finanza o al negocio, ¿cómo no iba a ser llevada la burguesía a traicionar su vocación? A ejemplo de una nobleza que, también tributaria de esa mentalidad esterilizante, arrambla con cargos y prebendas, se aparta de las artes mecánicas por ocupaciones más tranquilas: coloca sus rentas en la tierra o lanza sus redes hacia las canonjías o los cargos de letrados. En el diálogo de las Armas y las Letras, al que Don Quijote prestará toda su grandeza, son las Letras las que vencen, denunciando el anacronismo del ingenioso hidalgo.

Esta actitud de las elites ilustra un marasmo confirmado por mil síntomas: el ir y venir de los vagabundos por toda la extensión de la Península, la plétora de pordioseros y mendigos en las calles de Madrid y de Sevilla proclaman el triunfo de una ociosidad —«ocio» frente a «negocio»— que condenan a porfía todos los moralistas y que la novela picaresca interpretará pronto a su manera. Pero hay otros indicios del mal profundo que sufre entonces España: las hambrunas crónicas que mantiene un ciclo de cosechas desastrosas; el alza de los precios, estimulada por la especulación sevillana, que alcanza su cifra récord; el déficit permanente del presupuesto y los préstamos usurarios contraídos con los banqueros genoveses; el desequilibrio creciente de la balanza comercial, a medida que el tráfico de Indias sufre los asaltos de los corsarios enemigos y los efectos del contrabando; el ahogo de una demografía antaño ascendente y cuya tasa va a declinar desde ahora, duramente herida por la terrible sangría —medio millón de muertos— de la gran peste de 1599-1601.

Ahora bien: concluir de todo esto que el Imperio español entra entonces en decadencia es asumir con cuarenta años de adelanto un declive que, de hecho, no se volverá irremediable sino después de Rocroi. En 1598, aún no hay nada jugado. Con sus posesiones de Europa y de América, la monarquía ibérica sigue siendo la primera potencia mundial, y, aunque sus adversarios se opongan a su hegemonía, no están aún en condiciones de disputársela. Por eso, Felipe II y la opinión española aspiran con perfecto derecho a una paz digna, y con esa idea firma el Rey Prudente, el 2 de mayo de 1598, con

Enrique IV el tratado de Vervins. En apariencia, se vuelve al *statu quo ante*, tal como había sido definido en Cateau-Cambrésis. De hecho, España no tarda en descubrir que Francia es un vecino con el que tiene que contar de nuevo. Para un futuro inmediato, sin embargo, este acuerdo da esperanzas a los partidarios de una solución negociada en Flandes. El 6 de mayo del mismo año, Felipe II renuncia al gobierno de los Estados flamencos en beneficio de su hija preferida, Isabel, a la que da por esposo a su sobrino, el archiduque Alberto. Esta autonomía de hecho concedida a los Países Bajos católicos permite augurar una tregua con los rebeldes protestantes. Queda Inglaterra, todavía hostil a la paz; pero la muerte de Isabel, tres años más tarde, facilitará la apertura de conversaciones.

Mientras tanto, el rey había partido para un mundo mejor después de haber pedido a Dios el perdón de sus faltas, hecho sus últimas recomendaciones a su hijo y ordenado el ceremonial de sus exequias. Pese a lo que dijeron sus detractores —los instigadores de la «leyenda negra»—, con su desaparición acabó un gran reinado, el de un monarca que, por primera vez, gobernó a escala planetaria; pero ese reinado finalizaba con una crisis, crisis de potencia y crisis de identidad, de la que quedaba por sacar la lección. Su gravedad no escapó al autor del *Quijote*. La muerte del Rey Prudente no le dictó sólo el soneto que hemos citado más arriba; le inspiró, de igual modo, un curioso elogio fúnebre, cuya solemnidad puede prestarse a equívocos. Según las convenciones del género, el poeta se inclina ante el ilustre difunto:

> ¿Por dónde comenzaré
> a exagerar tus blasones,
> después que te llamaré
> padre de las religiones
> y defensor de la fe?

Pero esta aparente deferencia se tiñe pronto de ironía:

> Sin duda habré de llamarte
> nuevo y pacífico Marte,
> pues en sosiego venciste

lo más de cuanto quisiste,
y es mucha la menor parte.

Alusión velada, según Américo Castro, a sus reveses militares, a la que haría eco, pocos versos más adelante, el recuerdo del desastre financiero:

Quedar las arcas vacías
donde se encerraba el oro
que dicen que recogías,
nos muestra que tu tesoro
en el cielo lo escondías.[11]

Cervantes así se despide de un monarca que suscitó admiración y odio, pero del que no se puede decir que no estuvo a la altura de su misión. El drama de Felipe II nació más bien de un divorcio entre los principios sobre los que fundaba su acción y los resultados a que llegó en última instancia. En una coyuntura eminentemente inestable y que prohibía cualquier estrategia a largo plazo, una política ambiciosa e intransigente como la suya estaba condenada al fracaso. ¿Le reprochó Miguel esa intransigencia? ¿No le echó en cara más bien, en recuerdo de Lepanto, haber abandonado el Mediterráneo por el Atlántico y los mares del Norte? Nadie lo sabe. Pero no dejó de juzgarle por sus actos, y lo hizo sin miramientos.

El adiós a Andalucía

El 10 de febrero de 1599, Cervantes firma en Sevilla un recibo por el que reconoce haber prestado ochenta ducados a un homónimo, un tal Juan de Cervantes que bien podría ser un pariente lejano. Tras lo cual ya no volvemos a oír hablar de él más que de forma esporádica. Se piensa que, al acercarse el verano, huye de la peste que se había abatido sobre la ciudad, y que en octubre asistió en Madrid a la solemne entrada del nuevo rey, Felipe III. Volvemos a encontrarlo, entre marzo y mayo de 1600, a orillas del Guadalquivir, citado a comparecer ante la justicia como testigo de Agustín

de Cetina. En esta ocasión se dice feligrés de San Nicolás, dando a entender así que continúa residiendo en Sevilla, aunque va y viene a veces entre Andalucía y Castilla.

¿Estrechó lazos con los suyos? Parece, cuando menos, que mantuvo un buen entendimiento con sus hermanas, a juzgar por un suceso ocurrido dos años antes y cuyas secuelas resonarán en su vida posterior. El 12 de mayo de 1598, Ana Franca de Rojas se reunió con su esposo en la tumba, cuatro meses antes de que desapareciese Felipe II. No se sabe si esta muerte cogió a sus allegados desprevenidos. En cualquier caso, Ana dejó sus dos hijas encomendadas a la guarda de un procurador madrileño que, al año siguiente, el 9 de agosto de 1599, fue nombrado tutor de ambas huérfanas. Dos días más tarde, el 11 de agosto, Isabel, la menor, entra al servicio de Magdalena de Cervantes. En los términos del contrato, ésta se comprometía a asegurarle durante dos años alimentos y techo, a enseñarle a coser y a llevar la casa, dándole, como precio de su trabajo, la suma de veinte ducados. Dato revelador: aunque el acta notarial indica que la joven es hija del difunto Alonso Rodríguez, no deja de llamarla Isabel de Saavedra, mientras que el licenciado Juan de Cervantes, a quien ya conocemos, es mencionado en el mismo documento en su calidad de abuelo. De este modo indirecto, Miguel reconocía así una paternidad que, probablemente, había dejado de ser mantenida en secreto. Así pues, la niña se va a vivir a casa de Magdalena como sobrina, anudando a la vez relaciones permanentes con Constanza, la hija de doña Andrea.

En ese mismo momento España, presa de la duda, encuentra un intérprete señalado en la persona de Mateo Alemán. Hijo de cirujano como su contemporáneo Miguel, funcionario como él del Tesoro, antes de ser también encarcelado por deudas, este sevillano de pura cepa, converso confesado, publica en Madrid, en marzo de 1599, la *Primera parte de Guzmán de Alfarache*. La obra tiene un éxito inmediato —veintitrés ediciones en seis años—, éxito que confirmará en 1604 la acogida dispensada a la Segunda Parte.

¿Quién es Guzmán? Si no el *alter ego* del autor, al menos su portavoz: el hijo de un banquero que ha quebrado y cuyos pasos vamos siguiendo desde su mocedad. De su Sevilla natal se dirige primero a Madrid, luego a Génova y Roma, antes de desandar el camino, en sucesivas etapas, hasta las orillas del Guadalquivir; allí se hace prender por fin y se encuentra convertido en forzado de galeras. En resumen, un aventurero que se presenta como el pícaro por excelencia. ¿Cómo ha podido este marginado, al que su creador pone bajo la invocación de *Lazarillo de Tormes*, el ilustre precursor, imponerse de entrada como la imagen misma del hombre moderno? ¿Cómo han llegado los lectores del *Guzmán* a reconocerse en él? Por haber caído en la trampa del relato en primera persona. Lo que en efecto nos propone el pícaro no es sólo la historia de una decadencia vivida bajo el signo del dinero mal adquirido y mal empleado; es, al modo de una autobiografía realzada por meditaciones morales, un destino que también puede ser el nuestro, a poco que las circunstancias se presten a ello y que cedamos a la tentación.

Libro testimonio, se ha dicho de esta novela ejemplar que por primera vez esboza un cuadro a gran escala de la vida «real». Cierto, el pícaro es nuestro vecino, nuestro hermano; nos cruzamos con él en cada esquina, cosa que no podía concebirse ni de los pastores de *La Diana* ni de los caballeros de *Amadís*. Pero hay que tener cuidado con el discurso del pícaro, con su aparato retórico que somete a la coacción de los tópicos y de las normas una realidad falaz, convertida en el universo de la engañifa. Más que el espejo de una época, Mateo Alemán nos ofrece el análisis espectral de una sociedad, con sus valores proclamados y sus pretextos falsos que pone al descubierto; un análisis que el desdoblamiento de los dos Guzmán —el aventurero sin escrúpulos y el narrador arrepentido— inscribe en el corazón de la dialéctica de la culpa y de la redención.

Hoy en día nos preguntamos por los propósitos del autor. A través del destino del «burgués fracasado» que es Guzmán, ¿quiso Alemán pronunciar la requisitoria más violenta que produjo la Europa clásica contra el dinero, la banca y el negocio? ¿No pretendió, so capa de una fábula alegórica,

denunciar la mentalidad dominante, verdadera responsable del desvío del pícaro y de su fracaso? Tras el debate sin sorpresa del pecado y de la gracia, veríamos así apuntar una parábola al uso de los tiempos modernos, la de un nuevo orden mercantil eximido de la ociosidad rentista. En otros términos, la conversión final del héroe, liberado de galeras, representaría, a su modo, la conversión de las elites castellanas a las virtudes de la inversión y del ahorro. Tanto vale decir la amplitud de los horizontes que nos abre este libro en que el juego del ser y del parecer es el trasfondo sobre el que se destacan los sucesivos avatares del héroe y las peripecias que originan. Pero sea la que fuere la interpretación que le dé el lector, hay una evidencia que se impone al hilo de su lectura: el peso abrumador del deshonor que carga sobre el pícaro hasta que, in extremis, es iluminado por la gracia. Por más que Guzmán arrepentido reivindique sin cesar el ejercicio de un libre albedrío cuya posibilidad termina por demostrar, esa libertad no se vuelve efectiva sino al término de un recorrido que, de forma inexorable, lleva a Guzmán, pecador, de robo en estafa, y le hace tocar los fondos de la abyección.

Ahora bien, es esta mecánica implacable lo que precisamente va a denunciar Cervantes, por razones complejas que ponen al mismo tiempo en juego los fines de la literatura y la imagen que ésta nos da de la «humana condición». A la luz de la *Poética* de Aristóteles, descubierta por el Renacimiento italiano y de la que, tres años antes, el doctor López Pinciano había publicado en España un rico comentario, el autor del *Quijote* ha meditado sobre la validez de la fórmula picaresca, y su meditación le ha llevado a rechazar lo arbitrario que esta fórmula implicaba a sus ojos. No sin malicia, va a tomar por intérprete a Ginés de Pasamonte, uno de los forzados que el ingenioso hidalgo encuentra en su camino y al que, para su propia desgracia, ayuda a liberarse de sus cadenas. Como el galeote Guzmán, el galeote Ginés declara a quien quiere oírle haber escrito el relato de su vida:

—¿Tan bueno es? —dijo don Quijote.

—Es tan bueno —respondió Ginés—, que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que le sé decir a voacé es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no pueden haber mentiras que se le igualen.

—¿Y cómo se intitula el libro? —preguntó don Quijote.

—*La vida de Ginés de Pasamonte* —respondió él mismo.

—¿Y está acabado? —preguntó don Quijote.

—¿Y cómo puede estar acabado —respondió él—, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras.

—Luego ¿otra vez habéis estado en ellas? —dijo don Quijote.

—Para servir a Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años (...) y no me pesa mucho de ir a ellas, porque allí tendrá lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir.

Poco importa, en este caso, que Ginés de Pasamonte tome prestado su patronímico a Jerónimo de Pasamonte, un aventurero al que sin duda conoció personalmente Cervantes y que también nos dejó un relato pasablemente novelado de su vida. Lo que aquí cuenta es el mensaje que nos entrega. Protestando ante otro de su propia existencia, y proclamándose a la vez autor y protagonista de una narración que «trata verdades», Ginés denuncia a su modo el doble artificio sobre el que se apoya el *Guzmán*. La pretendida autobiografía compuesta por Mateo Alemán postula que el autor no es ni el pordiosero abyecto ni su doble arrepentido; no remite, por tanto, ni a lo verdadero ni tampoco a lo verosímil. En cuanto a la mirada retrospectiva que se supone que el pícaro dirige sobre sí mismo, en última instancia es una mirada falaz por ser provisional: sólo la muerte puede dar su sentido a una vida cumplida. A la estructura cerrada del *Guzmán*, Cervantes preferirá, pues, oponer la estructura abierta de sus novelas, donde los mendigos asumen como un juego la aventura picaresca, sin que nosotros sepamos si podrán o no evadirse de ella. Algunos, como Rinconete y Cortadillo, se inician en las costumbres de la delincuencia sevillana antes de desaparecer un buen día de nuestra vista. Otros, como Carriazo y Avendaño, los dos amigos de *La ilustre fregona*, recuperan, llegado el momento, su condición de caballeros, pero después de haberse vuelto tan expertos en el oficio de bribones que, según se nos dice, habrían podido «leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache». Libertad señera la que así afirman, en relación con su creador, unos personajes que inventan ante nuestros ojos su

ser y su vida: una libertad que expresará en el más alto grado el acto de voluntad por el que Alonso Quijano se convertirá pronto en Don Quijote.

Esta reconstrucción lúcida de una picaresca liberada de cualquier espíritu de sistema no ha nacido de un prejuicio, sino de una profunda meditación sobre las «fábulas mentirosas» y el estatuto de la ficción en prosa. Pronto ha de continuar Miguel bajo otros cielos esta reflexión que inició durante su encarcelamiento y que incorpora poco a poco a la sustancia de su gran libro. ¿Cuándo se despide realmente de Sevilla? En el verano de 1600, estiman algunos, en el momento en que «la enfermedad que baja de Castilla», como dice Guzmán, la terrible peste negra que, un año antes, había diezmado España, conoce en Andalucía un renuevo de vigor. Otros piensan que prolongó algunos meses su estancia a orillas del Guadalquivir, antes de subir hacia Toledo y Esquivias. En cualquier caso, esa partida señala un nuevo giro en la vida del cincuentón en que se ha convertido Cervantes. Terminan así diez años de andanzas y de adversidades que, a primera vista, tan sólo le valieron sinsabores y decepciones. Pero, de hecho, son diez años de experiencias irreemplazables, durante las cuales ha ido forjando las armas que van a permitirle inmortalizar su nombre.

5

El ingenioso hidalgo (1601-1606)

En un lugar de la Mancha,
de cuyo nombre no quiero acordarme...

Don Quijote, I, 1

Nuevo reinado, nueva era

Hace poco más de un año que ha muerto Felipe II, cuando acaba el siglo glorioso que vio a España imponer su supremacía al mundo: apenas quince meses, pero bastaron para saber a qué atenerse por lo que afecta a su sucesor. Comparado con los que le han precedido en el trono, Felipe III tiene un papel bastante pálido. Si heredó de su padre una devoción que le valdrá el sobrenombre de Felipe el Piadoso, se distingue de él por la repugnancia que le inspira el ejercicio del poder. Durante cerca de medio siglo, el Rey Prudente se había consagrado sin descanso a los asuntos del Estado: preocupado por examinar todos los documentos sometidos a su aprobación, solía pasar de ocho a nueve horas diarias sobre su mesa de trabajo, sin contar el tiempo exigido por sus audiencias o concedido a sus ministros. Desde su advenimiento, el nuevo monarca prueba a quien quiere oírle que esos hábitos se han acabado. Para este hombre muy joven que acaba de cumplir sus veinte años, reinar quiere decir ante todo mostrarse, evadirse, por tanto, del sombrío monasterio en que el difunto rey se había

recluido de forma voluntaria para tejer mejor su tela. Apenas hubo acabado el duelo oficial, en abril de 1599 las bodas de Felipe III y de Margarita de Austria dan ocasión a fastuosos festejos, organizados en el reino entero en honor de Sus Majestades.

Al casarse con su prima, Felipe III no hacía sino cumplir las últimas voluntades de su padre. Su hermana Isabel Clara Eugenia, a quien, como se recordará, le había sido entregado el gobierno de los Países Bajos, iba a unir el mismo día su destino al del archiduque Alberto. Mas, signo de los tiempos, no es ni en El Escorial ni en Madrid donde se celebra este doble matrimonio, sino en Valencia, lugar más risueño al volver la primavera que la meseta castellana, batida por los vientos de la sierra. Lope de Vega nos ha dejado una detallada descripción de las ceremonias, a las que asistió como secretario del marqués de Sarriá, el mismo que, como conde de Lemos, será un día protector de Cervantes. Si evoca con cierta complacencia las diversiones imaginadas por él en honor de los nuevos esposos, pasa en cambio en silencio lo que otros testimonios nos refieren: su participación en el cortejo del Carnaval, bajo las trazas de un caballero bufonesco a lomos de una mula de la que colgaban corderos, perdices y pollos. Nada nos dice tampoco de una obra que a veces le han atribuido y que, al parecer, fue representada ante los reyes. Titulada *Los cautivos de Argel*, se inspira ampliamente en *El trato de Argel*, la primera comedia escrita por Miguel a su regreso del cautiverio. Esta refundición debió de hacerse sin saberlo Cervantes. El día en que éste se entere, sentirá cierta amargura. No se sabe si concluyó que el público estaba presto a concederle de nuevo sus sufragios, a poco que consintiese en seguir los gustos del día. Pero ¿estaba dispuesto a cambiar su manera? A juzgar por las palabras que dicen el cura y el canónigo, en la Primera Parte del *Quijote*, puede presumirse que tenía bastante mala opinión de las comedias «al uso». Volveremos pronto sobre ese debate.

Además de la suavidad de su clima, Valencia poseía otras bazas. Era el término obligado del recorrido de Margarita y de Alberto, llegados de Italia por mar siguiendo el camino más corto. Era también la ciudad más cercana

a Denia, donde Cervantes, a su regreso de Argel, había tocado tierra en otro tiempo, y donde pronto los esposos iban a ser recibidos con fasto por su anfitrión. Al preparar unas fiestas más esplendorosas aún que las ceremonias valencianas, Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, no sólo pretendía manifestar públicamente la gratitud de un hombre al que el joven rey había tomado por mentor, colmándole con sus liberalidades; quería proclamar ante todos sus prerrogativas de privado, promovido por la voluntad del monarca a las más altas responsabilidades. Con su sagacidad habitual, Felipe II había captado el ascendiente ejercido sobre un príncipe sin relieve y apático por este prócer de ilustre linaje cuya inconmensurable vanidad ocultaban mal unos modales afables: «¡Ay, don Cristóbal, que me temo que le han de gobernar!», exclamó un día en que Cristóbal de Moura, su fiel consejero, comentaba ante él las tareas que esperaban al heredero de la Corona. De hecho, apenas el Rey Prudente entregó su alma, el marqués se dedica a probar quién es el verdadero amo. Aleja de la corte a Moura y a Vázquez de Arce, colaboradores del difunto monarca. Coloca a su cuñado Miranda en la presidencia del Consejo de Castilla. Pocos meses más tarde, hace nombrar arzobispo de Toledo a su tío, el cardenal Sandoval y Rojas, que, digámoslo en su descargo, será más tarde para Cervantes un distinguido mecenas. Felipe III da rienda suelta a su ministro: ahora duque de Lerma, éste va a presidir durante diecinueve años los destinos de España, inaugurando al mismo tiempo la era de los validos.

A primera vista, el sistema encarnado por Lerma señalaba un retorno a la práctica que conoció Castilla a finales de la Edad Media, hasta el advenimiento de los Reyes Católicos. Éstos, en cambio, iniciaron una forma de gobierno personal confirmada luego por los dos primeros Austrias. Pero la máquina administrativa imaginada por Carlos V y perfeccionada por su sucesor había alcanzado tal grado de complejidad, que incluso un monarca convencido de sus deberes, como lo era Felipe II, ya no podía pretender dominarla. Sin la energía ni las capacidades de su padre, el nuevo soberano estaba condenado, por tanto, a ponerse en manos de otros. Por desgracia para el país, Lerma no estaba a la altura de su misión. De temperamento

indolente, sujeto a frecuentes accesos de melancolía, a veces se desinteresaba durante varios días de los asuntos públicos, para entretenerse en cacerías y fiestas. Puede ponerse en su favor un ensayo de reforma del aparato burocrático: unos grupos restringidos, análogos a las Juntas que ayudaban a Felipe II al final de su reinado, van a descargar a los Consejos reales, enredados en una gestión rutinaria, del examen de numerosas cuestiones; permitirán también al duque y a sus colaboradores oponerse a la ofensiva de la alta aristocracia, ávida por recuperar en el seno del Estado la influencia que había perdido. Pero, para actuar de forma eficaz, Lerma necesitaba rodearse de un equipo competente, y sus principales consejeros, Pedro Franqueza y Rodrigo Calderón, eran especuladores culpables de malversaciones. El primero, encargado de las finanzas, será desenmascarado en 1607; arrestado y sometido a tortura, deberá restituir las sumas que había desviado en beneficio propio. El segundo logrará mantenerse en el poder durante más de veinte años; pero, víctima de la desgracia de su protector, se verá arrastrado en su caída y, al advenimiento de Felipe IV, acabará en el cadalso.

El duque no se limitó a tapar las artimañas de sus subordinados. Aprovechando el favor del rey, en menos de tres años va a amontonar una fortuna colosal: nombrado por Felipe III comendador de Castilla, gratificado con numerosos feudos y pingües prebendas, autorizado a quedarse cada año con una parte apreciable del oro de la flota, dispone en 1602 de doscientos mil ducados de rentas anuales. Este espectacular enriquecimiento de un hombre con recursos económicos hasta entonces modestos, se juzga con buenos motivos escandaloso en el momento en que España está en pleno marasmo económico. La situación exige medidas rápidas, pero Lerma y sus consejeros no son capaces de definir una política fiscal coherente. Pretenden disminuir el peso de los impuestos que gravan a Castilla, pero pronto chocan con la oposición de los demás reinos: éstos se niegan a admitir un nuevo reparto de las cargas, ya que las sumas otorgadas en un primer momento por Cataluña y Valencia fueron derrochadas en asignaciones concedidas a privilegiados. Privada de una parte de sus

recursos por el agotamiento de los filones argentíferos de las Indias, la Corona se ve reducida a multiplicar los arbitrios: venta sistemática de cargos y oficios, demanda de subsidios a los judíos portugueses, decretos que autorizan la acuñación de moneda de cobre; en resumen, todo el arsenal de artificios a que recurre un gobierno acorralado en la bancarrota.

En este clima de improvisación va a tomarse una decisión que señala de modo simbólico la ruptura con el régimen anterior: el traslado de la corte a Valladolid. El 1 de enero de 1601, los primeros convoyes dejan Madrid por las riberas del Pisuerga, confirmando así los rumores que corrían sobre la próxima partida del monarca. Razón oficialmente dada: a la salud delicada de Felipe III, afectada por los rigores del invierno madrileño, le iría mejor el aire de Valladolid, donde, se añadía, la vida era menos cara. De hecho, Lerma intentaba, sobre todo, sustraer al rey a la influencia de su abuela, la emperatriz María de Austria, la cual, retirada desde hacía más de veinte años en el Carmelo reformado de Madrid, manifestaba una cordial enemistad hacia el privado. Atento también a sus intereses, el duque no dejó de sacar de la operación un beneficio nada despreciable: los cuarenta mil ducados que le entregaron, como precio de su mediación, las autoridades de la nueva capital. Menos afortunados, todos los que vivían a la sombra de Palacio, bien en los empleos de la corte y de la Chancillería, bien en las actividades mercantiles, van a exiliarse a una ciudad donde encontrar un alojamiento, vista la afluencia de los recién venidos, resultaba casi imposible. Andrea y Magdalena se ven inevitablemente arrastradas en este éxodo, que, al hilo de las semanas, vacía Madrid de su sustancia y la afecta en sus obras vivas. Por su parte, Miguel tardará algún tiempo en reunirse con ellas; pero el momento en que va a decidirse coincidirá con una nueva etapa en su carrera de escritor.

Volver a Castilla

Entre el verano de 1600, en que, al parecer, Cervantes se despide de Sevilla, y el verano de 1604, en que su presencia está debidamente atestiguada en Valladolid, transcurren cuatro años durante los que ignoramos casi todo de él. Sólo algunos raros indicios permiten adivinar una vida siempre itinerante, aunque entrecortada por estancias cada vez más frecuentes en Esquivias y sus alrededores.

En esos inicios del siglo XVII, España, cansada de combatir en todos los frentes, aspira a una paz que, a semejanza del tratado firmado por Felipe II con el rey de Francia, ponga término a las guerras que lleva desde hace tantos años con Inglaterra y los Países Bajos. En ese momento un triste evento viene a enlutar la existencia de Miguel y a recordarle que, de momento, tal deseo no es más que un voto piadoso: el 2 de julio de 1600, Rodrigo de Cervantes muere en la batalla de las Dunas, ganada por Mauricio de Nassau sobre las tropas del archiduque Alberto. Así concluyó una vida que había llevado al menor de los hijos del cirujano a Lepanto, a Italia, a las Azores y a Flandes. El que así caía bajo el fuego enemigo no había logrado, en diez años de campañas, superar el grado de alférez. No sabemos por qué Rodrigo no ascendió más en la jerarquía militar, ni por qué sus herederos tardarán más de medio siglo en recobrar —sólo en parte— sus atrasos de soldada. Pero estos detalles mezquinos son los que corresponden a una época decepcionada de las ilusiones de antaño.

¿Dónde recibió Cervantes la noticia? Tal vez en Toledo, donde, el 19 de agosto del mismo año, su cuñado Fernando de Salazar Palacios tomó el hábito franciscano bajo el nombre de fray Juan de Salazar, a la edad de diecinueve años. El joven legaba sus bienes a su hermana y a su hermano mayor, Francisco, mientras que Miguel era designado albacea. Puede inferirse, pues, que asistió a la ceremonia.

Hay que esperar al 27 de enero de 1602 para verlo reaparecer en Esquivias, durante el bautismo de la hija de un matrimonio amigo de los Salazar. Oficia en él de padrino, teniendo por comadre a Juana Gaitán, la amiga que lo había acogido en otro tiempo. Doce días antes, el 15 de enero, su esposa había vendido, por la suma de diez mil doscientos maravedís, un

pedazo de tierra a su vecino y pariente Gabriel Quijada de Salazar; una venta cuyas razones precisas ignoramos, pero que ella efectuó por poderes, en ausencia de su marido. Nos gustaría saber qué fue de él durante los doce meses que separan la toma de hábitos de Fernando del bautismo en Esquivias. Tal vez estuvo presente en la reunión familiar que tuvo lugar en Toledo, en diciembre de 1601, para una nueva ordenación: la de Francisco de Palacios, el mayor de sus cuñados. Parece como si, durante este tiempo, estuviera a malas con sus acreedores. El 14 de septiembre de 1601, los contadores del Tesoro habían vuelto a la carga, reclamándole en vano los ochenta mil maravedís de Vélez-Málaga, de que le consideraban deudor desde hacía siete años. El 24 de enero de 1603, presentan un nuevo requerimiento. Esta vez, el documento hace referencia a las instrucciones dadas en otra época al señor Bernabé de Pedroso para que Cervantes fuera sacado de la cárcel de Sevilla. ¿Hay que concluir, como se ha hecho a veces, en un segundo encarcelamiento del excomisario? Al no estar datados los hechos referidos, se trata con más verosimilitud del episodio carcelario de 1597, tras el cual el Tesoro multiplicó las gestiones con la esperanza de obtener aclaraciones de su antiguo agente.

Por lo demás, cuesta trabajo ver al albacea de fray Juan de Salazar de nuevo tras los barrotes, y esto en el momento mismo en que dedica la mayor parte de su tiempo al *Quijote*. La carta del ingenioso hidalgo a su sobrina, inserta en el capítulo 25 de la Primera Parte, se dice escrita un 20 de agosto. Esta fecha, si Cervantes siguió siendo fiel a sus hábitos de escritura, no puede ser más que el día en que el novelista la escribió. Pero ¿de qué año? Evidentemente, 1602: los capítulos 28 a 30 que, en forma de historia intercalada, narran los desafortunados amores de Luscinda, comportan, en efecto, reminiscencias indiscutibles de un libro de caballerías tardío, *Policisne de Boecia*, publicado en Valladolid en el otoño del mismo año. Estos dos indicios concordantes del trabajo del escritor abogan por una vida más tranquila, dividida entre Madrid, Toledo y Esquivias, y no parecen sugerir nuevas andanzas andaluzas, acompañadas de una segunda encarcelación. Astrana Marín, viendo las relaciones que Cervantes había

establecido en Sevilla con don Fernando de Toledo, señor de Higares, se pregunta si, a su regreso de Toledo, no entró al servicio de este joven aristócrata para poner orden en sus cuentas y ayudarle a administrar sus rentas.[1] Además de que no hay nada que permita apuntalar semejante hipótesis, queda por saber si el excomisario deseaba sumirse otra vez en haberes y deberes. Gracias a la herencia de su cuñado, podía dejar de correr los caminos por algún tiempo, dedicándose a su obra maestra. Así y todo, reaparecerá don Fernando en su vida con motivo del asunto Ezpeleta.

¿Cuándo decidieron sus hermanas abandonar Madrid? El 8 de febrero de 1603, Andrea está todavía en la Villa y Corte; en esa fecha, reconoce haber recibido la suma de setecientos ochenta y ocho reales. Firmada por la mano de Miguel, la factura unida al acta prueba que el escritor está en ese momento a su lado.[2] La partida de Andrea se produjo probablemente al volver la primavera: sus labores de costura gozaban del favor de su clientela, y no podía permitirse el lujo de perderla; tenía, por tanto, que pisarle los talones para mantenerse. En compañía de Magdalena, Constanza e Isabel, va, como tantos otros madrileños, a engrosar las filas de los que, dos años antes, habían seguido al rey y a la corte. Cervantes parece haber preferido prolongar su estancia en Esquivias para dar el último repaso a su manuscrito; de un testimonio que debemos a su sobrina Constanza, se deduce, en efecto, que no se reunió con sus hermanas hasta principios de verano de 1604. En esa fecha acaba de encontrar un editor en la persona de Francisco de Robles, el propio hijo y sucesor de Blas de Robles, que, en otro tiempo, había publicado *La Galatea*. Al tiempo que conservaba su tienda madrileña de la Puerta de Guadalajara, este importante librero se había establecido en la nueva capital hacía tres años. No sabemos en qué circunstancias se encontraron los dos hombres, pero lo cierto es que, habiendo emprendido en julio la tarea de conseguir el privilegio real necesario para la publicación de su libro, al mes siguiente, Miguel estaba en condiciones de entregar su manuscrito al impresor. Parece que es hacia esa fecha cuando decide trasladarse a Valladolid. Pocas semanas más tarde, una vez liquidada la sucesión materna en provecho de sus hermanos y de sus

acreedores, Catalina se despide, a su vez, de Esquivias. Por la gracia del Caballero de la Triste Figura, los dos esposos, tanto tiempo separados, iban a reanudar en el ocaso de su existencia la vida en común. No terminará ya hasta la muerte del escritor.

En Valladolid

Al trasladar fuera de Madrid el gobierno del reino, Lerma obedeció, como hemos visto, a motivos que no eran del todo confesables. Dicho esto, Valladolid no carecía de títulos que presentar en su favor: unas comarcas fértiles, bonificadas por la repoblación forestal del siglo anterior; una situación estratégica en el seno de una estrecha red de comunicaciones; una población densa, que superaba los sesenta mil habitantes antes incluso de que la corte fijara en ella su residencia y donde, al contrario de tantas otras ciudades castellanas, el elemento activo era preponderante. Sede de la Chancillería desde la época de los Reyes Católicos, capital intermitente durante el reinado de Carlos V, podía pretender los más altos destinos. Asolada en 1561 por un incendio que destruyó sus casas de madera, había sido reconstruida según las reglas de un urbanismo moderno; al tiempo que permitía una circulación más cómoda, esa reconstrucción había renovado la fisonomía de la ciudad: la Plaza Mayor, con sus quinientos pórticos y sus dos mil ventanas, no tenía igual en toda la Península; la calle de los plateros —la famosa Platería—, bordeada de ricas tiendas y que cuatro carrozas podían recorrer de frente, era el símbolo mismo de su prosperidad; palacios e iglesias aventajaban en número y en lujo a los de Madrid; los umbrosos paseos que bordeaban el Pisuerga valían sobradamente tanto como el Prado y el Retiro, a los que la falta de aguas corrientes exponía a los rigores de los estíos tórridos.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QVIXOTE DE LA MANCHA.

Compueſto por Miguel de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO AL DVQVE DE BEIAR, Marques de Gibraleon, Conde de Barcelona, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burgillos.

Año,  1605.

Con priuilegio de Caſtilla, Aragon, y Portugal.

EN MADRID, Por Iuan de la Cueſta.

Vendeſe en caſa de Franciſco de Robles, librero del Rey nſo ſeñor.

Portada de *Don Quijote de la Mancha,* Madrid, 1605. *(Foto Archivo Espasa Calpe)*

Con la llegada del rey y la instalación de los órganos de gobierno, la llegada de cortesanos, de funcionarios, de sus familias y de sus servidores hace que la ciudad pronto estalle fuera de su recinto. Para ahorrar a Valladolid la plaga madrileña de las «casas a malicia», Lerma había ordenado que todas las casas nuevas tuvieran tres pisos, con fachadas encaladas de azul y oro. Los cronistas de la época no escatiman elogios sobre el efecto producido. Lo que omiten añadir es que la demanda superaba de tal modo a la oferta, que sólo los privilegiados tenían alguna esperanza de alojarse decentemente. Quienes, por falta de relaciones o de dinero contante y sonante, veían prohibido su acceso a los buenos barrios, tenían que irse a los suburbios, donde promotores sin escrúpulos multiplicaban las construcciones improvisadas.

En uno de esos edificios en los que siguen trabajando los albañiles, Cervantes se establece con los suyos: una casa de dos pisos que su dueño, Juan de las Navas, alquila por apartamentos a los recién llegados. Sita cerca del Rastro de los Carneros —el matadero municipal—, estaba a veinte pasos de las orillas del Esgueva, pegada al hospital de la Resurrección, donde se inicia y concluye la acción de *El coloquio de los perros*. No era el lugar un cuchitril, como se ha dicho, pero el hospital y el matadero cercanos, la taberna de la planta baja que frecuentaban los matarifes, las porquerías que ensuciaban los accesos del puente de madera que permitía franquear el río sugieren una residencia bastante mediocre. Además, ese edificio construido a toda prisa va a albergar, en torno a los Cervantes, a toda una colonia de parientes y amigos llegados de Madrid, Toledo y Esquivias para husmear el aire de la joven capital y aprovechar su nuevo desarrollo. En el primer piso, encima de la taberna, se instalan Miguel, Catalina, Andrea, Constanza, Magdalena e Isabel; una criada, María de Ceballos, se reunirá con ellos pocos meses más tarde. En el mismo descansillo, una prima, Luisa de Montoya, viuda del ilustre cronista Luis de Garibay, se hospeda en compañía de su hija y de sus dos hijos. En el piso superior, frente al apartamento ocupado por una amiga, Mariana Ramírez, con su madre y sus dos nietas, vive Juana Gaitán: también ella ha

abandonado Esquivias, llevando consigo a su marido, su hermana y una sobrina. Por último, una tal Isabel de Ayala, vieja comadre al acecho de chismes, ocupará una habitación abuhardillada en la parte superior de la casa. En total, veinte personas para trece cuartos, muchos de ellos exiguos: un ejemplo, entre otros, de las molestias que imponía la vida en Valladolid.

¿Cómo soportó Cervantes esa promiscuidad? Con una resignación algo burlona, que se trasluce en una de las sentencias del Licenciado Vidriera. Comparando las dos capitales, la antigua y la nueva, Tomás Rodaja iguala el fiel de la balanza, pero, precisa acto seguido, no han recibido los mismos dones en el reparto: Madrid tiene «cielo y suelo»; Valladolid, «los entresuelos». La historia no dice si el escritor pensaba entonces en las nobles moradas de la Plaza Mayor o, más prosaicamente, en el modesto edificio del Rastro de los Carneros. Si se conformó con su hogar, fue porque, semana a semana, se acercaba el día en que el *Quijote* saldría a la luz. No sabemos cuáles fueron sus ocupaciones cotidianas durante los seis meses que exigió la impresión de su manuscrito. Estuvo en relación, sin duda, con hombres de negocios italianos y españoles que pronto veremos aparecer, cuando se produzca la muerte de Gaspar de Ezpeleta. En cambio, no parece haber reanudado sus relaciones con los contadores del Tesoro, más atentos probablemente a la estafa de treinta mil ducados que acababa de cometer uno de los secretarios del Consejo de Hacienda. ¿Frecuentó las antecámaras de Palacio? Con cincuenta y siete años cumplidos, no era hombre capaz de hacer de solicitante: tras la denegación recibida antaño del Consejo de Indias, tras los sinsabores que le valieron sus comisiones andaluzas, el servicio real no debía de tener el menor atractivo para él. El peso de la edad, los primeros achaques del mal que se lo llevará once años más tarde, la relativa holgura que tal vez le aseguraban, además de la herencia de Salazar, unos negocios aludidos, como veremos, por su hermana Andrea eran otras tantas incitaciones para llevar una vida más sedentaria y también más propicia para su trabajo de escritor.

Probablemente se puso en contacto con varios de los que habían hecho de la ciudad la capital intelectual del reino. Algunos eran contemporáneos

suyos, como el doctor Alonso López Pinciano, vallisoletano de origen, autor de un importante tratado de poética inspirado en Aristóteles y publicado en 1596, cuyas ideas parecen haber dado fuerte impulso a la reflexión estética del autor del *Quijote*; también con Lucas Gracián Dantisco, que figuraba hacía mucho en el número de sus amigos. Otros, todavía jóvenes, como Luis de Góngora, habían logrado con sus versos una fama halagüeña, y su presencia en la ciudad contribuía a su esplendor. Otros, por último, hacían sus inicios literarios: un Francisco de Quevedo, aunque todavía estaba en las aulas de la Universidad, ya polemizaba con Góngora, mientras que Justo Lipsio, el ilustre humanista flamenco, le había admitido entre sus corresponsales. Gracias a ellos en parte, Valladolid impone su prestigio ante una opinión pública a la que sorprenden el brillo de sus fiestas y la variedad de sus diversiones. Los poetas cómicos y sus intérpretes ocupan desde luego un lugar destacado: impulsada por el talento de Lope de Vega y de sus discípulos, la *comedia nueva* suscita un entusiasmo extraordinario, una afición que comparten nobles y plebeyos. No ha salido tal cual de la mente de su inventor, sino que se trata de una creación colectiva, cuya boga se perpetuará más allá del siglo XVII, y seguirá siendo hasta el final una producción de masa; en ella lo mejor va acompañado de lo peor, pero, a través de la diversidad de temas y motivos, consigue hacer nacer el teatro de todo lo que tenía vocación de convertirse en teatro.

Para hacer posible tal metamorfosis, se necesitaba un público capaz de expresar una demanda o, al menos, una expectativa. Ese público, fragmentado durante mucho tiempo en comunidades diversas, va a tomar cuerpo a escala de la Península en los años mismos en que Miguel recorre Andalucía y en que, con la ayuda de las cofradías locales, todo el reino se cubre de una red de salas permanentes. Cuando finaliza el reinado de Felipe II, es lo bastante fuerte para enfrentarse a los adversarios del teatro que, aprovechando el luto consecutivo a la muerte del rey, lograron prolongar el cierre de los corrales: al cabo de unos pocos meses, la medida es anulada bajo las presiones de la opinión pública. Como contrapartida, el poder se esfuerza por controlar los espectáculos y regular el estatuto de los

comediantes. Un decreto dado por Felipe III el 26 de abril de 1603 especifica que no se podrán representar comedias en época de Cuaresma y que deberán ser desterradas de los conventos. Si las compañías ambulantes que van de pueblo en pueblo siguen siendo toleradas, ocho compañías de actores —las «compañías de título», cuyos miembros se reclutan todos los años mediante contrato— reciben un privilegio real y son las únicas autorizadas para representar en las grandes ciudades. Sus animadores —los omnipotentes autores— se benefician de este modo de un régimen de favor; a cambio, se comprometen a cooperar estrechamente con las municipalidades. Esa colaboración va a asegurar a la comedia su excepcional difusión. Directores, regidores y adaptadores a la vez, los principales autores ejercen un verdadero monopolio. A ellos, tanto como a los espectadores de los corrales, debe Lope de Vega la primacía que rápidamente se le reconoció. Mas esa preeminencia no es sólo la del perfecto intérprete de los gustos de su nación; ilustra la prodigiosa fecundidad del Fénix de los Ingenios; atestigua, sobre todo, su capacidad para traducir sobre las tablas, expresándolo en todos los registros, el sentimiento que tiene una sociedad de sus contradicciones íntimas. A una España desengañada después de sus aventuras guerreras y dispuesta a entregarse a los encantos de lo imaginario, el poeta más popular de su tiempo supo tenderle el espejo en que ella soñaba contemplarse.

Lope hizo su aprendizaje en el momento en que Cervantes se agotaba en comisiones y viajes. Se formó, sobre todo, al contacto de los valencianos que, alrededor de Guillén de Castro, también intentaban inventar un arte nuevo; meditó su ejemplo, haciendo fructificar la herencia. Cuando Felipe III decide, tras la demanda general, la reapertura de los teatros, está en plena posesión de su oficio. Su éxito es entonces clamoroso; pero comienza a crear envidiosos. No sabemos si, por esas fechas, Miguel figuraba ya entre ellos. Algunos años después, en el prólogo a las *Ocho comedias*, no dejará de celebrar al «Monstruo de Naturaleza», el cual, alzándose «con la monarquía cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes». Pero, por ahora, las relaciones entre los dos hombres se han

enfriado notablemente. En 1602, el clima parecía bueno, si hemos de creer al soneto liminar con que se adornan las *Rimas* del Fénix, publicadas ese año en volumen junto con *La hermosura de Angélica*. Jugando con el nombre del poeta, el autor del *Quijote* cantaba en él «la apacible y siempre verde Vega»

> a quien Apolo su favor no niega,
> pues con las aguas de Helicón la baña

Sin embargo, se nota cierta ironía en los dos versos dedicados, más adelante, a la «santa multitud de los amores» que Venus aumenta y cría en esa vega: en *La hermosura de Angélica*, Lope exalta en términos apenas velados los encantos de Micaela de Luján, su amante, por la que había abandonado a su legítima esposa y que le dará uno tras otro tres hijos.

¿Qué pasó después? Tal vez algún incidente ocurrido hacia 1603 en Madrid o Sevilla: alguna sátira de Cervantes, hoy perdida, pero que debió de herir a Lope en lo vivo. Puede ser, también, que Miguel, receloso ante la dictadura del Fénix sobre la escena española, le reprochara públicamente sus infracciones a las «reglas del arte». En cualquier caso, el cura amigo de Don Quijote no tardará en convertirse en su portavoz, al referirse, en una frase agridulce, a «un felicísimo ingenio destos reinos» cuyas comedias «por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfección que requieren». Alusión tanto más incisiva cuanto que el cura arremete primero, sin más precisiones, contra las «comedias al uso», calificadas por él de «espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia». Por su parte, Lope nos ha dejado una carta de su puño y letra, firmada el 4 de agosto de 1604, que da testimonio de su ira. Da cuenta en ella de su horror de la maledicencia, «cosa para mí más odiosa que (...) mis comedias a Cerbantes», evoca a los poetas «en ciernes para el año que viene» y concluye con este saetazo: «ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a Don Quixote».[3] ¿Vapuleo de un libro conocido por algunos iniciados antes de haberse puesto siquiera en venta? No: más

simplemente, alusión acerba a los poemas liminares que el escritor reconocerá haber compuesto personalmente, en vez de apelar a los ingenios de la corte.

Si la fecha de esa carta es exacta —ha sido puesta en duda—, al menos algo parece cierto: en el verano de 1604, Lope ha oído hablar del caballero manchego y se refiere a él cinco meses antes de que salga a luz la historia de sus aventuras. No es el único: en *La pícara Justina*, de López de Úbeda, compuesta entre 1602 y 1604, la heroína es proclamada

> más famosa (...)
> que Don Quijote y Lazarillo,
> que Alfarache y Celestina...

Más aún: Juan Pérez, un morisco español que pasó a llamarse Ibrahim Tabilí tras su expulsión de la Península, nos contará, treinta años después, un incidente del que hubo de ser testigo: a finales de agosto de 1604, uno de los clientes de una librería de Alcalá, lector apasionado de libros de caballerías, provocó con su vehemente admiración la risa de los asistentes. Entonces, un estudiante que se encontraba allí se burló entonces de él: «¡Ya nos remaneçe otro Don Quijote!». Esta anécdota desprende demasiado tufo a artificio literario para ser perfectamente creíble. Pero la confrontación de los diferentes testimonios no deja de revelar una expectativa impaciente. En el comienzo del año 1605, en los primeros días de enero, esa expectativa va a verse colmada: *Don Quijote* sale por fin de las prensas; la obra magna ha nacido.

Nacimiento de Don Quijote

Han transcurrido siete años desde el día en que, en medio de las incomodidades de la cárcel de Sevilla, Miguel tuvo la idea primera de su novela. De las orillas del Guadalquivir a las riberas del Pisuerga, ¿cuántas horas robó a sus obligaciones para poder encontrarse a solas con su

creación? ¿Cuántas páginas hubo de rehacer para perfilar los personajes y ordenar esta epopeya de un género nuevo? Prolijo cuando evoca a los autores ficticios tras los que se oculta y que, según él, consignaron las hazañas de su héroe, Cervantes es mucho más reservado sobre su propio trabajo de escritor. La imagen que de sí mismo nos ha dejado es la del artesano que llega al término de su labor y que, en el momento de redactar su prólogo, se encuentra de pronto indeciso: «Muchas veces tomé la pluma para escribille, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diría...». Este autorretrato no está exento de artificio; pero podemos apostar que la duda asaltó con frecuencia a Miguel a lo largo de su recorrido, hecho aun más difícil por los azares de una existencia aventurada. Sus idas y venidas entre sus diferentes moradas, sus embrollos con los acreedores, sus problemas de herencia con su familia política debieron de interrumpirle más de una vez en su tarea, obligándole a reanudar los hilos de su relato. Como da a entender claramente, todo aquello a lo que aspiraba para dar libre curso a su invención le fue negado implacablemente: «El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento».

¿Cuál fue el proceso de su redacción? Se ha creído poder descubrir varios estratos mediante el análisis interno, correspondientes a las etapas esenciales de la génesis del libro. Desde luego, el examen minucioso de sus menudas contradicciones deja adivinar una progresión sinuosa, puntuada de fluctuaciones, de pasos en falso, de arrepentimientos. Pero, al precio de una revisión de conjunto, Cervantes logró limar la mayoría de las asperezas y, salvo algunos detalles, ajustar las partes de la obra. Esta revisión tuvo lugar, sin duda, durante el verano de 1604, por una suma probablemente módica —mil quinientos reales como máximo—, en el momento de la adquisición del manuscrito por Francisco de Robles. Al mismo tiempo, las gestiones

emprendidas por el novelista y su editor para obtener las autorizaciones necesarias obtenían feliz término. El 26 de septiembre se les concede el privilegio real. Entretanto, la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta ha comenzado a componer el libro. En diciembre, los últimos pliegos salen de las prensas, en tanto que el licenciado Murcia de la Llana, encargado oficialmente de sacar la fe de erratas, devuelve tranquilamente un texto plagado de ellas. El mismo mes se firmaba la «tasa», que fijaba el precio del volumen, encuadernado, en doscientos noventa maravedís y medio. Por los ochenta y tres pliegos en octavo que lo componían (seiscientas sesenta y cuatro páginas), era un precio razonable, a condición de vender al menos quinientos ejemplares de esta edición tirada en papel barato. A Francisco Rico, autor de un importante estudio sobre el tema,[4] debemos esenciales aportaciones sobre esta impresión madrileña hecha en dos meses justos. Deslinda, primero, entre el «autógrafo», llamado «borrador», y el «original», nombre que se daba a la copia realizada por un amanuense profesional y destinada a la imprenta. Examina luego los diferentes modos de proceder de quienes se dedicaban a revisar dicha copia, calibrando los desplazamientos e interpolaciones realizados durante esta etapa, antes de apreciar en su cabal medida las intervenciones del censor. Así puede resaltar el carácter deliberadamente abierto de este *Quijote*, entreverado de núcleos escritos en distintos momentos y en distintos formatos y que pudieron tener una vida previa más o menos independiente, como el cuento del Cautivo. Condición que hubo de contribuir al aspecto revuelto y no demasiado legible que debió de presentar el autógrafo, confirmando la necesidad que tuvo Robles de pasar por la etapa intermedia de la copia de uno o varios amanuenses. Además, parte de la labor realizada por Cervantes consistió, con toda probabilidad, en introducir alteraciones al estilo de lo que se solía hacer en aquella época. Finalmente, en vista del espacio de libertad y capacidad de decisión que se otorgaba entonces al editor y al impresor, fue el corrector quien estableció la grafía y puntuación del texto que se iba a imprimir, para lo cual el autor le dio carta blanca. Sólo que la revisión así operada distó de dar un resultado satisfactorio, puesto que la superposición

de puntos, comas y tildes a un discurso nacido sin ellos no dejó de dañar el texto de Cervantes, provocando numerosas tachas, tanto en la puntuación como en la colocación de acentos.

Pocas semanas antes, Miguel había dedicado el fruto de su labor a un muchacho de veintisiete años, Alonso Diego López de Zúñiga y Sotomayor, duque de Béjar. Al parecer, este gran cazador ante el Eterno no fue un generoso mecenas. Cervantes, que lo abandonará pronto por el conde de Lemos, hará decir a Don Quijote que hay pocos señores y grandes en España a quienes se pueda dedicar un libro; no son muchos los dignos de tal homenaje: «Y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse a la satisfación que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores». Lo que no precisa, sin embargo, es que la dedicatoria dirigida al duque no era más que un plagio de otra dedicatoria, ofrecida veinticinco años antes por Fernando de Herrera al marqués de Ayamonte. En cuanto a Béjar, su nombre volverá a aparecer en letras de molde, asociado esta vez al de Góngora, quien le dedicará, a principios de 1614, sus inmortales *Soledades*.

SEGVNDA PARTE

DEL INGENIOSO CAVALLERO DON QVIXOTE DE LA MANCHA.

Por Miguel de Ceruantes Saauedra, autor de su primera parte.

Dirigida a don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su Magestad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la Zarça de la Orden de Alcantara, Virrey, Gouernador, y Capitan General del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo de Italia.

Año  1615

CON PRIVILEGIO,

En Madrid, *Por Iuan de la Cuesta.*

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey N. S.

Portada de *Don Quijote de la Mancha.* Segunda Parte, 1615. *(Foto Archivo Espasa Calpe)*

No quedan claras las razones que pudieron hacer que Cervantes se volviera hacia este aristócrata. Tal vez, como quieren algunos, el haber costeado el duque el arrendamiento de los apartamentos que Miguel y compañía disfrutaron durante su estancia en Valladolid, por pertenecer a su mayordomo Juan de las Navas. En tal caso, el escándalo provocado por la muerte de Gaspar de Ezpeleta y las investigaciones del juez Villarroel consecutivas a esta muerte explicaría el posterior distanciamiento entre el escritor y su mecenas.[5] De cualquier forma, no parece que el prólogo refleje tal desapego. En él se burla, eso sí, Cervantes, pero su ironía se dirige a esos colegas timoratos que hacen preceder sus obras de sonetos elogiosos debidos a plumas complacientes y entreveran su prosa de sentencias tomadas de los mejores autores para poner de relieve su propia audacia: «Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padrastro de don Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres...». Así que no se quiere preocupar de epigramas y de máximas. ¿Quiénes van a componer la guirnalda de sonetos con que se adorna el libro? Amadís de Gaula, Belianís de Grecia, Orlando furioso: dicho en otros términos, el autor en persona, oculto tras las máscaras con que alternativamente se viste. ¿Quién va a proporcionarle citas y adagios? Nadie; porque, como le declara el amigo que saca a escena, «gracioso y bien entendido», al que finge tomar por testigo de su apuro:

> Y, pues, esta vuestra escritura no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos (...), sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo (...). Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla.

En el momento en que su *alter ego* le traza este hermoso programa, Miguel ha puesto el punto final a la primera serie de las hazañas de su

héroe: la que corresponde a sus dos primeras salidas. Lo que ha pretendido, nos dice, es «derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros». Pero ¿qué pensar de esta intención confesada? ¿Hay que admitir sin pestañear que no tuvo otro designio que el que reivindica de nuevo diez años más tarde, en el umbral de la muerte: «poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías»? ¿Qué crédito debe otorgarse a estas declaraciones? Sin que quepa la menor duda, hay cierta paradoja en la insistencia que pone Cervantes en pregonar de este modo su ardor iconoclasta. En el año de gracia de 1605, los Amadises y otros Palmerines son libros que todavía se leen; pero ya no son obras de moda. Lo que sabemos de su difusión, lo que los hombres del Renacimiento nos dicen del entusiasmo que provocaron, prueba que la boga de los libros de caballerías culmina durante el reinado de Carlos V, para decrecer lentamente en la segunda mitad del siglo XVI. Quienes confiesan, a veces a contracorriente, el placer que sacan de su lectura, son a todas luces los testigos de otra época: Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila, aún joven adolescente, sin olvidar al emperador en persona, gran aficionado a estos relatos.

Pasado el medio siglo, aparecen los primeros signos de un reflujo que va a acusarse tras el desastre de la Invencible. Ya no es la época en la que los conquistadores bautizaban California o Patagonia los territorios que exploraban al otro lado del océano, con el nombre de comarcas imaginarias recorridas por sus héroes predilectos. Ha llegado más bien la hora de los cuentecillos que refieren disparates cometidos por los empedernidos lectores de esas fábulas: la historia del padre de familia que, de vuelta al hogar, encuentra su casa en lágrimas porque Amadís ha muerto; la del estudiante de Salamanca que, para socorrer a una heroína en peligro, saca la espada en medio de su lectura, provocando el terror de sus vecinos. Como lo prueban estas historias ejemplares, la decadencia de estos libros no se debe simplemente a los reparos de los moralistas que, ya bajo Carlos V, denunciaban sus indecencias y sus necedades; no se explica tampoco por la hostilidad que suscitan de parte de las autoridades civiles y religiosas:

corresponde, ante todo, a una evolución del gusto. Las proezas de los paladines, los desafíos que les lanzan enanos, gigantes o encantadores, las cabalgadas que los llevan a través de montes y bosques, el amor más o menos casto que confiesan a la dama de sus pensamientos, todas estas cosas que, en otro tiempo, ganaban los sufragios de los aficionados, han cesado de agradar a los que marcan el tono.

Pérdida de favor, se dice, de un público aristocrático que se niega ya a ser cómplice: entrado en años, ya no gusta de estos relatos que, para decirlo con frase de Bajtin, remiten el mundo entero a las categorías de lo «repentino», del azar, de lo maravilloso, de lo inesperado. Pero hay que descubrir las razones de ese cambio de actitud; después de todo, observa Mario Vargas Llosa, aún hoy encontramos un encanto innegable en esas fantasías ingenuas que exaltan alegremente los sortilegios de la libre aventura. Por tanto, si los súbditos del Rey Prudente van apartándose poco a poco de esas novelas, es que, en este fin de siglo en que mandan letrados y banqueros, ya no pueden ofrecerles la representación idealizada del mundo en que les hubiera gustado querido vivir. Otras formas de evasión los atraen, más sutiles tal vez, más conformes con las costumbres de una elite urbana y sedentaria, más concordes, por ello, con un nuevo orden de valores. Lo demuestra el éxito del género pastoril, que ofrece a los lectores su propia imagen, traspuesta en un marco bucólico propio para la introspección. A pesar de las burlas de Berganza, ese éxito, del que se hace eco el *Quijote*, se va a mantener durante todo el reinado de Felipe III.

Cervantes leyó y releyó a buen seguro el *Amadís*: el cura y el barbero, entregados a la tarea de examinar las obras que han trastornado la mente del ingenioso hidalgo, quieren librar de la hoguera purificadora al «mejor de todos los libros de este género». En cambio, envían al fuego lo más granado de su descendencia. ¿Comparten la opinión de los censores de épocas pasadas que descubrían en estas novelas la mano del demonio? Probablemente, no. Fino lector de Aristóteles, el cura los juzga a la luz de la *Poética*, a fin de separar el buen grano de la cizaña y, como secuela, establecer con su colega el canónigo en qué condiciones las «fábulas

mentirosas» pueden «casar (...) con el entendimiento de los que las leyeren». A primera vista todo eso no interesa más que a los pedantes y no puede entrar en las preocupaciones del caballero. Pero la genialidad de Miguel ha consistido precisamente en colocar el debate en el corazón mismo del proyecto de su héroe, uniendo así teoría y práctica de la novela.

La primera novela moderna

Al decidir «irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes ejercitaban», Don Quijote plantea una cuestión peligrosa: la que, siguiendo a Leo Spitzer, Marthe Robert formula en un notable ensayo, y que continúa siendo para la literatura un incesante tema de turbación: «¿Cuál es el lugar de los libros en la realidad? ¿En qué importa a la vida su existencia? ¿Son verdaderos absolutamente o de forma relativa, y si lo son, cómo prueban su verdad?».[6] Lector ejemplar, el ingenioso hidalgo va a poner esa verdad a prueba, descubriendo a costa propia la ambigüedad entre literatura y vida.

Del hidalgüelo que al comienzo de la narración se ofrece a nuestras miradas, puede decirse que nada le predispone a entrar en la inmortalidad. ¿Dónde ha nacido? «En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre —nos dice el narrador— no quiero acordarme.» ¿Cuándo? «No ha mucho tiempo.» ¿Quién es?

> Un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor (...). Quieren decir que tenía el sobrenombre de Quijada, o Quesada, que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben; aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana.

Pues bien: este ser de poca sustancia y de estado civil incierto va a metamorfosearse. Limpiando las armas mohosas de sus antepasados, elevando a su rocín a la dignidad de caballo de batalla, bautizándose con un

nombre pomposo que nadie nunca ha llevado antes, accede a una existencia nueva, que en adelante le pertenece en propiedad y que nadie podrá impugnarle. Al mismo tiempo, por grande que sea su deseo de abolir su prehistoria, no puede romper los vínculos que lo unen a lo cotidiano; quiera o no quiera, pertenece a su siglo. Son los entuertos del presente lo que Don Quijote se ha dado por misión enderezar; pero su error es servirse de las armas del pasado.

Así se esclarece el programa trazado por Cervantes en su prólogo: interpretado de forma conveniente, anuncia el proceso paródico que informa de punta a cabo la novela y dirige en cierto modo su dinámica, desde el momento en que Don Quijote, a ejemplo de Amadís, se reviste de sus armas, hasta aquella noche en que unos supuestos encantadores le atan «muy bien las manos y los pies» para devolverlo enjaulado a su morada. La epopeya burlesca que protagoniza está en constante desfase con los modelos en los que entiende inspirarse: los gigantes a los que desafía no son más que molinos; el yelmo de Mambrino, que conquista, es una bacía de azófar; los fantasmas a los que da asalto, pacíficos penitentes blancos. En cada ocasión, la realidad inflige un mentís a las ilusiones del caballero; en cada ocasión, éste se aferra obstinado a sus quimeras. A Sancho, que le conmina a tener cuidado con esos molinos que no tienen brazos, sino alas, opone un rechazo despectivo: «Bien parece (...) que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes; y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla». La respuesta no carece de gracia: pero nuestro hidalgo, al calificar como lo hace a sus adversarios, obedece a una sola lógica, la de la sinrazón. Su locura no es una demencia; es la monomanía de un «ingenioso», víctima de una imaginación perturbada; un obstinado también que, para descifrar el mundo, no quiere más código que el que ha encontrado en sus libros predilectos.

Pero por vergonzosa —o por divertida— que pueda ser su derrota, nunca agota el sentido de su empresa. La verdad de Don Quijote no es la de un pelele desarticulado que las alas del molino envían contra el polvo.

Tampoco se confunde, ni siquiera a modo de parodia, con la de los relatos fabulosos que se empeña en defender en respuesta a las argucias del canónigo, apegado a las normas de una verosimilitud literal, llegando a convertirse, no sin talento, en el poeta de las aventuras del caballero del Lago. Se resume en el acto fundador por el que decide correr mundo, reivindicando con vehemencia la identidad que se ha forjado: «Yo sé quien soy», proclama al volver de su primera salida, cuando un aldeano vecino suyo le devuelve malparado a su aldea. Perseverando en su ser, trasciende milagrosamente la suma de determinaciones que pesaban inicialmente sobre él. Mientras que un Guzmán de Alfarache sigue siendo tributario, hasta su conversión final, de su nacimiento infame y se esfuerza por convencernos de su incapacidad de liberarse, Don Quijote mantiene contra viento y marea el proyecto de un hombre libre cuyo drama es el de servir de bisagra entre el mundo prosaico donde arraiga y el mundo ideal hacia el que se proyecta incansablemente.

Hacer revivir la andante caballería es, en efecto, se quiera o no, encarnarla en un universo que ya no es el de los libros. De ahí el «realismo» cervantino: las llanuras de La Mancha, los caminos en los que nuestro hidalgo se cruza con aldeanos, arrieros y negociantes, la venta en que hace un alto, no son simplemente los elementos de un marco pintoresco; son los signos familiares de un presente del que no puede liberarse y que, en la cumbre de su exaltación, lo devuelve inexorablemente a tierra. Para proseguir en su empresa y preservar así su autonomía, Don Quijote no tiene más recurso que reducir ese presente a su porción congrua, integrándolo en su sistema de pensamiento. Así, explica sus frustraciones por la acción de encantadores dedicados a perderle: son ellos los que han hecho desaparecer su biblioteca —tapiada en realidad por un albañil diligente— y transforman los gigantes en molinos para quitarle el placer de vencerlos. Mientras sigue en el ámbito de la ilusión, se otorga, de este modo, con notable satisfacción, los medios de interpretar las contradicciones de lo real; a este precio, sobre las ruinas del mundo legendario a que sin cesar se refiere, va edificando el mundo ambiguo del que es héroe.

Forzado a pesar suyo a relativizar lo absoluto, Don Quijote adquiere, con el contacto de todos cuantos surgen en su camino, una presencia que le habría faltado si sus disparates le hubieran conducido a algún asilo y condenado al aislamiento. Las sabrosas frases que dice al azar de sus encuentros, esas palabras que nos hacen palpable el espesor de las cosas, son la fuente misma de la ilusión de vida que de él emana. De ahí la importancia decisiva que reviste la aparición del criado que comparte sus aventuras en su segunda salida. ¿Don Quijote y Sancho? Dos personas inseparables a quienes su respectiva complexión opone como las figuras medievales de doña Cuaresma y don Carnal, y cuyo diálogo, se ha dicho, confronta lo real a lo ideal, la prosa a la poesía. Guardémonos, sin embargo, de forzar la oposición. En más de un caso, el ingenioso hidalgo sabe mostrarse prudente frente a cuanto amenaza con atacar a sus fantasmas. Por querer probar la solidez del yelmo que ha fabricado con cartón, deshace, con un golpe de espada, el trabajo de una semana. La lección le basta: aunque repara pronto los destrozos, se abstiene de toda nueva experiencia para no echar a perder el dicho yelmo, teniéndolo «por celada finísima de encaje». En cuanto a su escudero, no es, ni mucho menos, un hombre «de muy poca sal en la mollera», aun cuando las apariencias estén contra él. Ese simple está dotado de malicia, aunque su prudencia no siempre le ahorre compartir los sinsabores de su amo; a su modo, también es un hombre que sabe dar al sueño lo que le pertenece: movido por la promesa de una isla, conservará hasta el final la esperanza de convertirse en su gobernador.

La pintoresca pareja que forman amo y criado no es, pues, la asociación de dos símbolos; es la reunión fraterna de dos seres de carne y hueso, cada uno de ellos dotado de un lenguaje que le es propio, y que nos entregan su intimidad. Al azar de sus conversaciones, sabias o divertidas, que enriquecen la narración con el contrapunto de sus reacciones frente a la aventura, su aparente antagonismo se muda de forma progresiva en una armonía sutil. Llega incluso un momento en que, como a pesar suyo, se contaminan uno a otro. A Don Quijote, que le agobia a preguntas al regreso de su embajada ante Dulcinea, preguntándole si, al acercarse a la dama de

sus pensamientos, no ha sentido «un olor sabeo, una fragancia aromática», Sancho replica sin el menor apuro: «Lo que sé decir (...) es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa». ¿Respuesta de sentido común? No: mera patraña. Aunque lo pretenda, Sancho no ha visto nunca a Dulcinea, ni siquiera bajo los rasgos de la aldeana que describe en esos términos. Para calmar la impaciencia de su amo, ha tenido que improvisar un cuento. Es, pues, él quien, obligado y forzado, acaricia aquí las quimeras, mientras que el mentís del caballero —«tú debías estar romadizado, o te debiste oler a ti mismo»— es, paradójicamente, un rasgo de lucidez.

A quien pretenda trazar la frontera que separa sus dos puntos de vista, Don Quijote y Sancho se le aparecen cogidos de este modo en el vaivén que, al hilo del relato, nos hace oscilar entre lo grotesco y lo sublime, entre la realidad y la ilusión. Este movimiento pendular, que ritma la narración, no asocia únicamente a los dos protagonistas en su captación respectiva de los seres y las cosas. Implica a todos los personajes que la inmortal pareja encuentra en su camino y que también tienen su parte de verdad: la pastora Marcela, tan rebelde al matrimonio como enamorada de la libre vida de los campos; el desdichado Cardenio, a quien sus cuitas amorosas han llevado a lo más apartado de Sierra Morena, y cuya locura entabla el más extraño de los diálogos con la del caballero; la bella Dorotea, unas veces amante desconsolada, engañada por su seductor, y otras mujer astuta que se disfraza de infanta Micomicona para burlarse del ingenioso hidalgo; el capitán cautivo, cuyos novelescos amores con la mora Zoraida se recortan en el telón de fondo de los recuerdos concretos de Lepanto y Argel. A medida que sus intervenciones sucesivas van enriqueciendo la acción con intrigas episódicas, Don Quijote y Sancho parecen convertirse en meros espectadores. Sin embargo, en cada ocasión las peripecias que les cuentan quienes las han vivido interfieren en su propia historia: por vías a menudo imprevistas, el curso de los acontecimientos no tarda en devolverlos al primer plano. Así, en el momento en que la acción principal parece suspendida por la lectura de la historia del curioso impertinente, cuyo

manuscrito ha descubierto el cura en la venta, el espantoso alboroto que arma Don Quijote, librando batalla con los odres de vino, nos recuerda muy oportunamente que es él quien sigue siendo el héroe épico por excelencia. Seguirá siéndolo hasta el final de la Primera Parte, puesto que ésta acaba con su vuelta al redil: enjaulado por unos encantadores —que no son otros que el cura y el barbero—, será llevado, arrastrado por un par de bueyes, hasta su aldea.

Conforme el lector se va adentrando en este universo múltiple, descubre planos que se superponen, relatos que se ajustan unos a otros, espejos que se responden hasta el infinito. A esta construcción colaboran, por cierto, todos esos amantes desamparados que narran sus desventuras, y a los que un providencial concurso de circunstancias termina por reunir en la venta donde Don Quijote fue curado de sus heridas: intercaladas en el cuerpo mismo de la narración, estas historias consideradas verdaderas varían a porfía las formas de su interpolación. Pero también depende mucho del arte con que el novelista se oculta tras los seudonarradores a los que presta su voz y en quienes delega sus poderes. El más fascinante de estos dobles es, sin duda alguna, Cide Hamete Benengeli: émulo aparente de aquellos cronistas árabes a quienes, por pura convención, endosaban la paternidad de varios libros de caballería, es al mismo tiempo el autor postizo del que Cervantes se separa para juzgar la obra que está escribiendo, y el escrupuloso historiador que descubre al lector su esfuerzo para captar a sus héroes en toda su plenitud, haciéndole entrar así en el acto mismo de la creación literaria.

Se suele decir que Cervantes, con el *Quijote*, inventó la primera novela de los tiempos modernos: porque, como ha escrito Michel Foucault, las semejanzas y los signos «han roto en él su antigua armonía»; «las similitudes decepcionan, se inclinan hacia la visión y el delirio».[7] Pero es también porque este relato instaló por primera vez en el interior del hombre la dimensión imaginaria. En lugar de contar desde fuera lo que le ocurre al héroe, le da la palabra y la libertad de usar de ella a su guisa, recreando de este modo el movimiento por el que cada personaje se inventa a medida que

vive los acontecimientos. Esta revolución copernicana, nadie supo hacerla antes de Cervantes; ni Montemayor, con sus pastores congelados en una introspección doliente, ni Mateo Alemán, con su pícaro crispado en su soliloquio. ¿Sospechó Miguel su amplitud en el momento en que, en su prólogo, declaraba no querer irse «con la corriente del uso»? Ni él ni sus lectores captaron sin duda su alcance exacto. Pero el vivo éxito del libro, su difusión rápida y constantemente ampliada le revelaron que supo responder a las expectativas del público.

Un éxito inmediato

A Don Quijote, quien, al principio de la Segunda Parte, se maravilla de que exista una historia de sus hazañas, el bachiller Sansón Carrasco, uno de los personajes que se van a incorporar a sus nuevas aventuras, le replica en tono perentorio y algo burlón:

> Es tan verdad, señor, (...) que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso; y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y a mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga.

No preguntemos a Sansón las indicaciones precisas que pueden esperarse de un contable. Además de que omite las ediciones madrileñas de Cuesta, cita una edición catalana que no aparecerá de hecho hasta 1617; y menciona Amberes, donde sin duda hay que comprender Bruselas. Es que el bachiller es un ente de ficción y su testimonio un artificio de escritura por el que la novela se inscribe en el seno de la novela. Pero hay un hecho cierto: en el momento en que profiere estas palabras, el *Quijote* ha conquistado al público ibérico y, aun cuando la predicción final huela a guasa, no por ello dejará la posteridad de encargarse de hacerla verdad.

Este éxito no se hace esperar, como demuestran varios indicios convergentes. En marzo de 1605, dos meses después de la salida de la obra,

Francisco de Robles y la imprenta de Juan de la Cuesta deben iniciar la segunda edición madrileña, que verá la luz antes del verano. Desafortunadamente, apunta Rico en su ya mencionado estudio, los seis largos meses que se dedicaron a su impresión no dieron resultados más felices. Entre otros motivos, porque, con toda probabilidad, Cervantes no pudo hacer correcciones en prensa. Pocas semanas antes, en los primeros días de febrero, había obtenido un nuevo privilegio, que ampliaba a Portugal y a los reinos de la antigua corona de Aragón el que anteriormente se le había concedido únicamente para Castilla. En abril, concede a Robles la autorización exclusiva de imprimir y vender el libro en toda la extensión de la Península. Precaución indispensable: en Lisboa acababan de publicarse dos ediciones piratas, y pocos meses más tarde otras aparecerán de forma clandestina en Valencia. Esta competencia desleal puede parecer halagüeña; pero, de hecho, perjudicaba los intereses del escritor y de su editor: un documento firmado por Cervantes y fechado el 12 de abril de 1605 da cuenta de las diligencias que Robles se dispone a seguir contra sus colegas faltos de delicadeza. Si se hubiera atrevido a apostar por el entusiasmo de sus lectores y a negociar de entrada un privilegio menos restrictivo que el que había conseguido Miguel, el librero no hubiera tenido que dedicarse a la persecución de los falsificadores.

Tres meses han bastado, pues, para ver al *Quijote* batir todos los récords de venta. Su fama no tarda, además, en franquear los mares. En febrero, un primer lote de ejemplares de la edición *princeps* es registrado en Sevilla y enviado a Perú. En abril, un segundo cargamento es enviado al otro lado del Atlántico. Por eso nos explicamos mejor la necesidad de Robles de poner a la venta, en el mes de junio, la reedición de Cuesta. A partir de ahora, el nombre del ingenioso hidalgo es conocido por todos; su flaca silueta se ha vuelto famosa, asociada a las formas orondas de su fiel escudero. Cierto que muchos no se enteraron de sus hazañas más que de oídas, en una época en que sólo una minoría sabe leer y accede directamente al texto. Pero hay otras formas de volver familiares Don Quijote y Sancho a los analfabetos: son las cabalgatas, los bailes, las mascaradas los que nos los muestran

durante las fiestas y diversiones cuyo pretexto proporciona la actualidad. Así, el 10 de junio de 1605, desfilan en Valladolid, durante festejos cuya causa precisaremos en seguida, dos personajes que se les parecen; así reaparecen, dos años más tarde, en circunstancias análogas, pero en esta ocasión en el confín remoto del Perú: mientras tanto, han tomado vuelo.

A través de estos testimonios intuimos la razón primera de un éxito tan notorio. Es un relato burlesco, una novela cómica cuya aparición saludaron los contemporáneos de Felipe III; y si le otorgaron inmediatamente sus preferencias, fue precisamente porque esta novela les hacía reír. Esta dimensión esencial se ha perdido de vista con frecuencia: la crítica romántica, en particular, ha difundido una transfiguración de la obra maestra, traducción simbólica del conflicto de lo ideal y de lo real, que todavía nos marca con su impronta. Semejante interpretación es, como veremos, legítima y coherente; pero el siglo XVII no la presintió para nada. Como ya vimos, Cervantes pretendía hacer de modo que, leyendo esta historia, el melancólico se mueva a risa y el risueño la acreciente. Este reto que lanzaba en su prólogo, volverá a recordarlo más tarde en el *Viaje del Parnaso*, estimando con justo derecho haberlo mantenido. Por su parte, todos los que, siguiéndole, hicieron del caballero el héroe de alguna fantasía literaria —Guillén de Castro, Quevedo, Calderón— lo muestran bajo los rasgos de un personaje ridículo, incluso grotesco: una triste figura, en el sentido que la lengua clásica confiere a esa expresión. Asimismo, todos los espectáculos en que participa subrayan a porfía sus disparates, en perfecto acuerdo con las gracias de Sancho. Se pretende que el rey, viendo a un escolar estallar en carcajadas, habría declarado a sus acompañantes: «Aquel estudiante o está fuera de sí, o lee la historia de Don Quijote». Aunque esta anécdota sea de autenticidad dudosa, no deja de resumir el sentir de toda una época.

Si desestimamos este aspecto del libro, es que ya no concedemos a lo cómico el valor terapéutico y estético que en otro tiempo se le reconocía: los niños y sólo los niños pueden reír con las aventuras del amo y su criado, como si tuviéramos que renegar del niño que todos llevamos dentro.

También porque, al no disponer de las claves necesarias, no captamos todas las sutilezas de una comicidad fundada en la parodia: las fábulas caballerescas que son su referencia, a menudo implícita, se nos han vuelto extrañas. Finalmente, porque la locura es para nosotros una fuente de inquietud: es incongruo, indecente incluso, burlarse del loco como gustaban hacer nuestros antepasados, y sentimos como trágica la soledad de un héroe que Cervantes nos muestra incomprendido por todos. En resumen, la distancia que separa nuestra visión del *Quijote* de la que se formó la Europa clásica refleja, sin duda alguna, una profunda evolución de las costumbres y las sensibilidades.

Hay que ponerse de acuerdo además sobre la calidad de esa risa cuyo gusto hemos perdido. De haber creado Cervantes dos bufones, análogos a los que imaginará Avellaneda, el autor de la Segunda Parte apócrifa, el éxito de su gran libro no hubiera sido más que humo. Si las hazañas de sus héroes tuvieron desde el principio ese poder de sugestión, fue porque su empresa, más allá de sus justificaciones confesadas, revestía un valor ejemplar. Al poner a prueba la verdad de las fábulas caballerescas, Don Quijote manifiesta, con la desmesura que le es propia, un fenómeno característico de los tiempos modernos: el poder contagioso de la literatura en todos aquellos a los que abre las puertas de lo imaginario, tomando si es preciso, otras vías, otros modos de difusión además de la lectura. Todos los personajes de la novela participan, en grado diverso, de ese contagio: unos en broma, como el cura y el barbero, cuyo disfraz ya hemos evocado; otros a lo trágico, como Grisóstomo, al que su gusto por lo pastoril termina llevando al suicidio.

Al hacerlo, el *Quijote* no es sólo, como se ha dicho, la encrucijada en que convergen las modas literarias de la época. Es también la síntesis de todas las formas de ficción que gozaron del favor de los hombres del Renacimiento, encarnando cada personaje, a través de su destino, una referencia particular a la literatura. Más aún, regenera esas fábulas «mentirosas» inscribiendo su cuestionamiento en el corazón mismo de las vidas que se despliegan ante nuestros ojos. Igual que el caballero resucita a

su manera las hazañas de Amadís, igual que Grisóstomo da, con su muerte, un nuevo impulso al género pastoril, Cardenio, al expresar la desesperación que siente, recupera los acentos de los cancioneros, mientras que Ginés de Pasamonte, al prometer la historia verdadera de sus acciones, desvela de forma inopinada las ambigüedades de la picaresca. Constantemente confrontadas, por el juego de los puntos de vista y el encaje de los diferentes relatos, estas verdades parciales terminan por abolirse en el seno de una verdad superior que las reconcilia. Y hasta Sancho viene a mezclar su voz a este concierto; Sancho, cuyas ocurrencias, réplicas, refranes y chistes son otras tantas vetas del rico filón al que la fantasía cervantina debe una parte de su sabor: el de un folclore en plena vitalidad, ampliamente difundido por la tradición oral y que resulta ser un factor añadido de connivencia. En efecto, es en el crisol del folclore donde se han forjado las figuras contradictorias del simple y del listo, asumidas por Sancho con igual fortuna; todo el arte de Cervantes ha estado en decantar los elementos para fundirlos en una creación que sólo a él pertenece.

Obra polifónica por excelencia, el *Quijote* ha venido a colmar así una expectativa que no había podido satisfacer plenamente ninguna de las fórmulas experimentadas hasta entonces. Pero, aunque el mundo que nos propone encontró la adhesión inmediata de los lectores, también mantiene con el mundo real una relación tan problemática como la que la España del Siglo de Oro anudó con su época. La odisea de Don Quijote, que se pone la armadura medieval para jugar al justiciero solitario, es una aventura eminentemente simbólica en los albores del siglo XVII: resume de maravilla la elección de una sociedad enfrentada a una realidad completamente distinta a la que conoció antaño, y a la que sus contradicciones condenan a proyectarse en el sueño. En 1600, cinco años antes exactamente de que Cervantes publique su obra maestra, el arbitrista Martín González de Cellorigo hacía de esa sociedad un diagnóstico singularmente lúcido: «Parece que se ha querido reducir nuestros reinos a una república de hombres encantados, que viven fuera del orden natural».[8] A esta España en crisis —crisis del poder y crisis de conciencia, como observa

atinadamente Pierre Vilar—,[9] sus fantasmas la han sacado fuera del «orden natural». Y he aquí que justamente se encarna bajo los rasgos de un personaje que busca con obstinación soluciones anacrónicas a los problemas de su época: figura ridícula, pero cuyas extravagancias tuvieron valor de ejemplo, porque, si bien los súbditos de Felipe III mantuvieron con él las distancias, no dejaron —a pesar suyo y casi sin saberlo— de reconocerse en él.

España en paz

En esta primavera de 1605 que ve al *Quijote* conseguir todos los votos, la estrella del duque de Lerma brilla en todo su esplendor. Si sigue gozando más que nunca del favor del rey, también puede contar con la gratitud de los ediles de Valladolid: con su bendición realiza, so capa de embellecer la ciudad, fructíferas operaciones inmobiliarias. Su prosperidad da seguramente envidia; pero nadie cuestiona su poder, aunque la forma en que lo usa desagrada a muchos testigos. Uno de ellos, poniendo su esperanza en las virtudes del monarca, pretendía, cinco años antes, que la república iba a levantarse de nuevo, por más bajo que haya caído. Hoy, en un momento en que el valido se afirma como el que manda, esa predicción no dejaría de extrañar. Pero ¿quién se acuerda? Aunque no supo sacar al país del marasmo, Lerma puede, por lo menos, jactarse del auxilio de la Providencia, porque ésta acaba de manifestar dos veces su benevolencia hacia España: favoreciendo el feliz resultado de las conversaciones con Inglaterra y concediendo a Felipe III el heredero deseado.

En efecto, el 8 de abril la reina Margarita daba a luz un hijo. Nacido un Viernes Santo, se beneficiaba, según la creencia popular, de los dones que se presta a brujos y adivinos. Como estos poderes concuerdan mal con la majestad real, se creyó más político predecir un destino excepcional al futuro Felipe IV: bajo tal signo, sería a buen seguro un gran rey. La corte y la ciudad festejaron el nacimiento como se debía y, menos de dos meses

más tarde, el bautismo del joven príncipe fue ocasión de nuevos regocijos. En nuestros días nos asombramos, nos escandalizamos incluso de estas manifestaciones de un fasto dispendioso. No olvidemos, sin embargo, que el bautismo de un príncipe, su matrimonio, su coronación y sus exequias eran otros tantos acontecimientos públicos que interesaban a la sociedad entera: se consideraba que la continuidad del cuerpo social estaba ligada a la persona del monarca y a la transmisión de la vida a sus sucesores. Cervantes evocará estos festejos en una de sus novelas, a través del romance que Preciosa, la gitanilla, dedica a la reina al día siguiente de la ceremonia de purificación después del parto, y que, acompañándose del tamboril, canta:

> Vivas, ¡oh blanca paloma!,
> que nos has de dar por crías
> águilas de dos coronas,
> para ahuyentar de los aires
> las de rapiña furiosas;
> para cubrir con sus alas
> a las virtudes medrosas (...).
> Esta perla que nos diste,
> nácar de Austria, única y sola,
> ¡qué de máquinas que rompe!,
> ¡qué [de] designios que corta!
> ¡Qué de esperanzas infunde!...

Por desgracia, el futuro iba a infligir un triste mentís a estas profecías: bajo Felipe IV, Rocroi y la paz de los Pirineos marcarán el fin de la preponderancia española.

Entre los representantes de las potencias extranjeras que asistieron a esas ceremonias, el embajador de Inglaterra, lord Howard, iba a desempeñar el papel principal. En efecto, su visita no era de simple cortesía, sino que tenía un objeto preciso: ratificar el tratado firmado un año antes, en Londres, con el nuevo rey, Jacobo I. El fracaso en 1601 de un desembarco en las costas de Irlanda había convencido a Lerma de que la voz cantante debían llevarla los diplomáticos. El sucesor de Isabel, más conciliador que la Reina Virgen, se hallaba en unas disposiciones de ánimo análogas.

Enviado a Londres por España, el condestable de Castilla, Juan Fernández de Velasco, halló sin demasiado esfuerzo un terreno de acuerdo con sus interlocutores: el 28 de agosto de 1604, las dos potencias pusieron fin a un conflicto que había durado dieciséis años. De hecho, la misión de lord Howard tenía un carácter ampliamente protocolario: aprovechando su llegada, se trataba de festejar al mismo tiempo el bautismo del heredero del trono y el retorno de una paz deseada por todos.

Lo curioso del caso es que el embajador escogido por Jacobo I no era otro que el almirante que, en compañía de Essex, había ocupado y asolado impunemente Cádiz nueve años antes. Cervantes, cuyos versos irónicos se recordarán, debió de hacer el cotejo. Otros expresarán sin ambages su sorpresa, como el autor anónimo de este soneto atribuido durante mucho tiempo a Góngora:

> Parió la Reina; el Luterano vino
> con seiscientos herejes y herejías;
> gastamos un millón en quince días
> en darles joyas, hospedaje y vino.
>
> Hicimos un alarde o desatino,
> y unas fiestas que fueron tropelías,
> al ánglico Legado y sus espías
> del que juró la paz sobre Calvino.
>
> Bautizamos al niño Dominico,
> que nació para serlo en las Españas;
> hicimos un sarao de encantamento;
>
> quedamos pobres, fue Lutero rico;
> mandáronse escribir estas hazañas
> a don Quijote, a Sancho, y su jumento.

Este poema sarcástico expresa, con cierta aspereza, la indignación de todo un sector de la opinión. Confirma asimismo la popularidad conseguida en menos de seis meses por el ingenioso hidalgo y su fiel escudero. Tal vez la alusión final evoque un intermedio burlesco ofrecido en sainete, al día

siguiente del Corpus, a los espectadores de la corrida de toros organizada en la Plaza Mayor. Si hemos de creer al cronista Pinheiro da Veiga,

> aparecióse un Don Quijote que iba en la delantera solo y sin compañía, como aventurero, la cabeza cubierta de un enorme chapeo y en los hombros un buen capote de bayeta con mangas de lo mismo, calzones de velludo y buenas botas con espuelas de pico de gorrión. Iba batiendo las ijadas a un pobre cuartago rucio con una gran matadura en el espinazo, producida al parecer por las guarniciones de un coche o la silla de un cochero. Seguíale su escudero Sancho Panza, el cual llevaba calados unos anteojos en señal de mayor autoridad, la barba erguida, y en la mitad del pecho una venera del hábito de Christo...[10]

Dicho esto, el historiógrafo de las hazañas de las que el soneto nos da una gráfica visión podría bien ser Cervantes en persona. Según un documento quince años posterior, se le encargó una relación de las fiestas dadas en Valladolid en esta ocasión. Un texto que lleva este título se ha conservado, pero, en opinión de su editora, Patricia Marín Cepeda, no podemos determinar a ciencia cierta quién fue el que lo compuso.

Entre los gentilhombres de cámara adscritos al servicio del condestable de Castilla, durante su misión en Londres, en agosto de 1604, figuraba William Shakespeare. Supone Astrana Marín que, al año siguiente, acompañó al embajador británico a Valladolid. Resulta tentador imaginar, como han hecho algunos, un encuentro en la cumbre de los dos gigantes de las letras. Pero dejemos de soñar. Lo que sí, en cambio, no deja lugar a dudas es que Howard y sus compatriotas, al regresar a su tierra a finales de junio, difunden el rumor de los hechos de Don Quijote. En 1607, antes incluso de que se inicie la primera traducción de la novela, el poeta George Wilkins, en una comedia representada en el escenario del Globo, hace decir a uno de sus personajes: «Muchacho, sostenme bien esta antorcha, porque aquí me tienes armado para combatir a un molino de viento».

La corrida del 10 de junio fue marcada, según dicen, por un incidente heroico-cómico. Uno de los caballeros que se habían aventurado en la arena fue descabalgado por un toro particularmente combativo. A esta caída, que no valió a la víctima más que contusiones, Góngora dedicó un poema satírico al que no falta gracia:

Cantemos a la jineta
y lloremos a la brida,
la vergonzosa caída
de don Gaspar de Espeleta.
¡Oh si fuera yo poeta,
qué gastara de papel
en decir cositas dél!
Dijera a lo menos yo,
que el majadero cayó
porque cayessen en él.
Dijera del caballero,
visto su caudal y traza,
que ha entrado poco en la plaza,
y menos su despensero...

Nos gustaría tener el testimonio de Miguel sobre el caso. Y no sólo para satisfacer una curiosidad frívola. El personaje cuya derrota nos ha contado el poeta de las *Soledades* iba a desaparecer, pocos días más tarde, en circunstancias trágicas. El 27 de junio de 1605, mientras Valladolid se repone de la estancia de la embajada inglesa, Gaspar de Ezpeleta es herido de muerte junto al Rastro de los Carneros, delante del lugar que Cervantes había elegido por domicilio con los suyos. Esta coincidencia aparentemente fortuita va a trastornar la vida del escritor. El desastre provocado por el caso durará poco, sin duda; pero no por ello dejará de amargarlo.

El caso Ezpeleta

¿Quién era don Gaspar de Ezpeleta? Un joven de buena familia que, como se ha dicho, se había echado a perder. De ascendencia navarra (había nacido en 1567 en Pamplona), sirvió primero en Aragón en los ejércitos del rey. Caballero de Santiago a la muerte de Felipe II, enviado luego en misión a Flandes, se comprometió en París en unas intrigas dudosas que le costaron la prisión y hubieran podido llevarle al cadalso. Sacado de ese mal paso por el condestable de Castilla, reanudó el servicio de las armas, combatiendo,

no sin valor, ante Ostende, antes de volver a España a finales de 1604. Sus gestiones ante el Consejo de Castilla para obtener pensiones y subsidios conocieron entonces un éxito desigual; los documentos conservados a este propósito permiten vislumbrar una cabeza loca y un libertino siempre con poco dinero. Consultado sobre su caso, el Consejo de Estado dictaminó que «por su modo de govierno y proçeder mereçe poco».[11] Así se explica mejor las burlas que se mereció, por parte de Góngora, la «vergonzosa caída» de este sujeto poco recomendable que, dejando mujer e hijo en Pamplona, llevaba una vida alegre en Valladolid. Compañero de placer del marqués de Falces, capitán de los arqueros del rey, era amante, con notoriedad pública, de Inés Hernández, esposa legítima (y analfabeta) de un escribano real llamado Melchor Galván.

Ése es el personaje que, de modo imprevisto, irrumpe en la vida del autor del *Quijote*. En la noche del 27 de junio, hacia las once, gritos de socorro procedentes de la calle vienen a turbar el silencio nocturno. Atraídos por esos gritos, los dos hijos de Luisa de Garibay, la vecina de descansillo de Miguel, encuentran a la puerta de su casa a un hombre desangrándose. Transportado por ellos hasta el piso de su madre —con ayuda de Cervantes, que había ido a echar una mano—, el herido recibe los primeros cuidados de Magdalena. Un cirujano, traído a toda prisa a su cabecera, constata al punto dos heridas profundas: una en el muslo derecho, otra en el bajo vientre. Un sacerdote, venido con él, oye al desconocido en confesión.

¿Qué ocurrió en los solitarios parajes del Rastro de los Carneros? Eso es lo que el alcalde Villarroel, llegado poco después en compañía de dos corchetes, tenía por misión aclarar. Interrogada por él, la víctima —que no era otra que Ezpeleta— va a mantener una versión de los hechos que no puede ser más sucinta: después de haberse despedido del marqués de Falces, con quien había compartido la cena, don Gaspar fue abordado por un hombre vestido de negro ante el hospital de la Resurrección; se armó un duelo, durante el cual su contrario le propinó dos estocadas antes de desaparecer en la noche. Este relato tan escueto exigía nuevas diligencias en

el sumario. Pasaba en silencio, sobre todo, el hecho de que, al abandonar a Falces, Ezpeleta había despedido a sus servidores; no decía tampoco nada del escudo con que entonces se había provisto. Villarroel va a llevar el interrogatorio de forma muy extraña. Mientras el criado del herido, Francisco de Camporredondo, acusa por su nombre a Melchor Galván, cuyo domicilio estaba muy cerca, el alcalde, que, por su cargo, mantenía relaciones continuadas con el escribano, se cuida de mantener fuera del campo de sus investigaciones a la esposa adúltera y al marido celoso. Actitud muy sospechosa, ya que el magistrado, aprovechando un instante en el que se creía al amparo de las miradas, se apoderó a escondidas de un billete que la víctima conservaba, plegado en cuatro, en uno de sus bolsillos. Circunstancia agravante: una de las pensionistas de Juana Gaitán, Isabel de Islallana, afirmará haber visto al asaltante, mostrándose segura de reconocerle; sin embargo, su testimonio no será tenido en cuenta.

De forma inesperada, van a ser los moradores del edificio quienes interesen exclusivamente al magistrado investigador. Juana Gaitán, cuyo segundo marido, Diego de Hondaro, había muerto hacía poco, había recibido en varias ocasiones las visitas de los duques de Pastrana y de Maqueda, dos personajes que habían tenido que vérselas con la justicia. Su amiga Mariana Ramírez, que desde hacía poco compartía el mismo piso, había sido condenada, por su parte, por concubinato con un tal Diego de Miranda, homónimo del Caballero del Verde Gabán al que Don Quijote encontrará más tarde en su camino. Todo esto hacía murmurar al vecindario, y muy especialmente a Isabel de Ayala, la beata del desván a quien indignaban las liviandades de los pisos inferiores. Miguel y los suyos no iban a escapar a las maledicencias. Para subvenir a las necesidades de su familia, el excomisario había entablado relaciones con varios hombres de negocios en el momento mismo en que el gran capitalismo financiero de los genoveses triunfaba en la Península: uno se llamaba Agustín Raggio, vinculado a toda una red de «negociantes» italianos establecidos en Génova, Amberes, Madrid y Valladolid; otro era un financiero portugués llamado Simón Méndez, tesorero general de las aduanas marítimas de

Castilla y de Galicia, que, al parecer, se proponía enviarle a Toledo para recaudar unos títulos de renta. Todo un mundo con el cual había mantenido trato durante sus años de Andalucía volvía a asomar, iluminando de pronto la otra cara, todavía mal conocida, del autor del *Quijote*. «Un hombre que escribe e trata negocios e que por su buena habilidad tiene amigos»,[12] dirá de él su hermana Andrea, en su declaración ante Villarroel. Nadie mejor que Andrea supo traducir, con estas sencillas palabras, el misterio que emanaba de la persona y ocupaciones de su hermano.

Lo malo es que Agustín Raggio, debido a sus deudas, andaba en dimes y diretes con la justicia, y Simón Méndez iba a conocer poco más tarde la cárcel en Madrid por el mismo motivo. En cuanto a Cervantes, si hemos de creer una alusión de Pinheiro da Veiga, seguía frecuentando las casas de juego. Era más que suficiente para alimentar los chismorreos de la comadre, intrigada por el espectáculo de aquel ocioso flanqueado por cuatro mujeres sin recursos confesados. La declaración que nos ha dejado va a poner en cuestión la honorabilidad de sus vecinos: se dice en ella que los Cervantes recibían día y noche visitas escandalosas, y que Isabel de Saavedra se exhibía abiertamente con Simón Méndez.

De este modo, Cervantes se veía implicado en un asunto al que, sin embargo, era extraño. Un testimonio capital hubiera podido demostrar su inocencia, el de la víctima. Pero Gaspar de Ezpeleta entregó su alma al alba del 29 de junio, sin haber completado sus primeras declaraciones. Antes de morir, su única acción será dar a Magdalena un vestido de seda en agradecimiento de los cuidados recibidos, lo cual no podía hacer otra cosa que comprometerla a ojos de los malévolos. Al día siguiente, Villarroel mandó encarcelar al autor del *Quijote* en compañía de otras diez personas, entre las que estaban Andrea, Isabel, Constanza, Juana Gaitán, Mariana Ramírez y Diego de Miranda. Paradójicamente, Magdalena no figuraba en el grupo. Por su parte, Catalina estaba entonces ausente de Valladolid, por haber ido a Esquivias con uno de sus hermanos para liquidar asuntos de familia. Una vez más, Miguel se veía enfrentado a la adversidad. La amargura que sacó de este incidente se trasluce en un episodio del *Persiles*,

que nos muestra a Auristela y Periandro injustamente acusados de un asesinato que no han cometido. En vano se esfuerzan por defender su causa ante los magistrados: «Lo echó a perder del todo, porque, en oliendo los sátrapas de la pluma que tenían lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos, como es uso y costumbre, hasta los huesos». ¿También Villarroel era venal? En cualquier caso, lo cierto es que hizo cuanto estaba en su mano, bien por iniciativa propia, bien por la de algún personaje bien situado, para borrar las pistas y permitir al verdadero culpable salir impune.

La injusticia cometida era, sin embargo, demasiado flagrante para que los presuntos sospechosos permanecieran mucho tiempo encarcelados. Las nuevas declaraciones recogidas por Villarroel, empezando por la de la posadera de Ezpeleta, bastaron para descartarlos. Por su parte, a Cervantes y a los suyos no les costó mucho confundir a Isabel de Ayala y probar la inanidad de sus acusaciones. Sus respectivas declaraciones se encuentran entre los documentos del proceso. Entre otros detalles nos revelan la existencia del misterioso Santi Ambrosio, con el que Andrea de Cervantes se había casado cuando todavía vivía en Madrid, y del que ahora era viuda. Nos informan asimismo de que Isabel de Saavedra, la hija del mayor escritor de su tiempo, era analfabeta. En libertad condicional al cabo de cuarenta y ocho horas, los acusados fueron consignados en su domicilio. El 5 de julio solicitan que se ponga término a esa residencia vigilada. Miguel reclama además que se le libre de «unas calzas y un jubón y una ropilla que tiene en su poder de don Gaspar de Ezpeleta, porque se pudre con la sangre que tiene».[13] El 18 de julio su demanda fue admitida y se dio carpetazo al caso; pero Villarroel acompañó su decisión con dos medidas vejatorias: a Diego de Miranda se le invitó a abandonar la ciudad, mientras que a Simón Méndez se le prohibía entrar en la casa del Rastro. A pesar de las sospechas que pesaban sobre él, Melchor Galván no fue llamado a declarar ni una sola vez: un esposo ultrajado, escribano además, tenía derecho a lavar su honra sin tener que rendir cuentas a la justicia. En cuanto a Cervantes, su reputación quedaba más que herida, dado que el éxito de su novela le había colocado en primer plano: especulador dudoso, asiduo de los garitos, padre

cómplice de una hija descarriada, se veía expuesto a la malignidad pública y no tenía ningún deseo de seguir recorriendo las calles de Valladolid. En esta ocasión las circunstancias van a serle propicias: pronto acabarán los años dorados de la efímera capital de Felipe III.

Nueva partida

Parece que Cervantes prolongó hasta el otoño su estancia a orillas del Pisuerga. ¿Qué hizo durante todo el verano? Lo imaginamos dedicado en su casa del Rastro a sus ocupaciones habituales, cumpliendo con sus deberes religiosos en San Lorenzo, acercándose discretamente al mentidero del Corrillo, donde se intercambiaban las últimas noticias. Se quiere creer también que tuvo fuerza suficiente para volver a coger la pluma y escribir algunas de sus futuras novelas ejemplares. *El casamiento engañoso* tiene por marco Valladolid; *El coloquio de los perros*, ya lo hemos dicho, se inicia y concluye en el hospital de la Resurrección. Estos dos relatos, que se encajan uno en otro, ¿se empezaron en ese verano? Que el autor del *Quijote* situara la acción de una de sus fábulas a dos pasos de la casa en que vivió durante dos años no quiere decir que copiara del natural los lugares a que se refiere: lo que la mirada no ha hecho más que rozar puede tomar, a ojos del recuerdo, un relieve sorprendente. Tal vez Valladolid debió su transfiguración literaria a la distancia que Cervantes adoptó al abandonar la ciudad, mientras que, hasta entonces, no era para él otra cosa que el marco cotidiano de una existencia prosaica.

Lo que, desde luego, le llevó una parte apreciable de su tiempo fue la caza de todos los estafadores que trataban de aprovechar el éxito de su novela. Un documento del 25 de julio de 1605 da cuenta de una acción judicial iniciada por Robles contra el librero valenciano Juan Ferrer, quien en ese momento preparaba una nueva edición pirata. Robles, que acababa de sacar la reedición de Cuesta, publicada en Madrid en junio, parece que terminó transigiendo con su colega, repartiéndose ambos el mercado en

provecho de sus intereses respectivos. Eso al menos permite sospechar la extraordinaria semejanza de las dos ediciones, la auténtica y la apócrifa. Tal vez el Licenciado Vidriera se refiera a este acuerdo, concluido en detrimento del novelista, en las desengañadas palabras que dice sobre la forma en que algunos editores se burlan de sus autores cuando imprimen un libro a sus expensas: «pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos».

Ya que quienes se enriquecían a su costa no lo trataban como hubieran debido, Miguel pudo al menos sacar algún consuelo de la fama adquirida por sus héroes. Pinheiro da Veiga nos ha dejado al respecto un indicio significativo. Describiendo a un amante ridículo que, a la hora del paseo, se había lanzado, para declarar su pasión, a los pies de tres hermosas que tomaban el fresco a la sombra, se le ocurre de forma espontánea una imagen para pintar al personaje: «un Don Quijote vestido de verde, flaco, alto de cuerpo y desmadejado».[14] Esta escena burlesca, que hizo soltar carcajadas a todos los transeúntes, parece haberse producido pocos días antes del asunto Ezpeleta: la relación que de ella nos ofrece Pinheiro nos da a entender que, en esa fecha, el ingenioso hidalgo se había convertido en una figura proverbial, borrando así la frontera entre literatura y vida.

Semejante privilegio concedido a un personaje de novela tenía que despertar envidia entre las gentes de letras. El más vengativo parece haber sido Lope de Vega, cuyas palabras acerbas recordamos. Tal vez cargó en la cuenta de Cervantes unos versos dirigidos contra él: un soneto de cabo roto donde se vapuleaba las obras de las que el Fénix se sentía más orgulloso. No se hizo esperar la réplica, sea del propio Lope, sea de alguno de sus discípulos: un soneto de igual factura pero de una violencia y de una grosería sin precedentes:

> Yo, que no sé de la-, de li-, ni lé-,
> no sé si eres, Cervantes, co- ni cú-,
> sólo digo que es Lope Apolo, y tú
> frisón de su carroza y puerco en pie.

Para que no escribieses, orden fué
del Cielo que mancases en Corfú.
Hablaste, buey, pero dijiste *mu*;
¡oh, mala quijotada que te dé!

Honra a Lope, potrilla, o ¡guay de ti!,
que es sol, y si se enoja, lloverá.
Y ese tu *Don Quijote* baladí,

de culo en culo por el mundo va,
vendiendo especias y azafrán romí
y, al fin, en muladares parará.

Como se ve, Miguel no era atacado solamente en su obra; era también difamado en su persona: sus orígenes sospechosos (el cerdo era un animal impuro para los judaizantes), su herida en Lepanto, sus miserias físicas, nada quedaba a salvo.

Nueve años más tarde, en la *Adjunta al Parnaso*, recordará este penoso incidente con palabras indirectas:

> Estando yo en Valladolid llevaron una carta a mi casa para mí, con un real de porte; recibióla y pagó el porte una sobrina mía, que nunca ella le pagara; pero diome por disculpa que muchas veces me había oído decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico y en el porte de las cartas, ora sean de amigos o de enemigos; que las de los amigos avisan; y de las de los enemigos se puede tomar algún indicio de sus pensamientos. Dieronmela; y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal de «Don Quijote»; y de lo que me pesó fue del real, y propuse desde entonces de no tomar carta con porte...

Esa conclusión no carece de elegancia, pero no sabemos cuál fue la reacción inmediata de la víctima: bien pudo ser tan viva como el ataque de que había sido objeto. A veces Cervantes tenía los colmillos afilados y manejaba acertadamente la alusión pérfida. Lo demostrará en otras ocasiones.

Otras preocupaciones van a apartarle de esta querella mediocre. A principios del otoño, empieza a correr con insistencia un rumor que ha de ampliarse poco a poco: la corte se dispone a volver a Madrid. En efecto,

Lerma había iniciado negociaciones con los ediles madrileños. El 24 de enero de 1606, la noticia se anuncia de modo oficial. Dos meses más tarde, los primeros convoyes abandonan Valladolid. A finales de abril, el traslado está concluido. No deja de asombrar esa vuelta, a cinco años de intervalo. Para justificarla se pretendió que las nieblas que reinan durante el invierno sobre las orillas del Pisuerga dañaban la salud del monarca: a sus vapores deletéreos se debía el impétigo que había sufrido la familia real; fueron ellas las que provocaron las epidemias de sarampión, de viruela y de peste que el año anterior habían afectado a la ciudad y la amenazaban de nuevo. También se murmuró que Madrid había pagado muy cara una decisión tan favorable a sus intereses: durante diez años entregarían al rey cada año doscientos cincuenta mil ducados, a los que debía añadirse la sexta parte del monto global de los alquileres percibidos por la ciudad. Finalmente, había prometido correr con los gastos de la mudanza de la corte. Cabe pensar que Lerma recibió su parte de este pacto. Así y todo, la prudencia imponía el regreso de Felipe III. Con el desarrollo del comercio atlántico y el creciente peso de Portugal en el seno del conjunto peninsular, el centro de gravedad del país se había desplazado hacia el sur. En desventaja por la insuficiencia del tejido industrial y artesanal, la debilidad de la actividad productiva y los límites del capitalismo local, Valladolid estaba demasiado septentrional para desempeñar el papel motor con que se había podido contar. Conviene añadir, para la pequeña historia, que la emperatriz María había muerto en Madrid hacía tres años y, por tanto, ya no podía oponerse a los designios del privado.

Cervantes, al parecer, abandonó Valladolid en otoño, dos meses antes del anuncio de la partida de la corte, como se deduce de un indicio tradicionalmente invocado por sus biógrafos: su firma falta al pie de la demanda presentada por Magdalena y Andrea para obtener los atrasos de soldada de su hermano Rodrigo. ¿Fue para algún asunto a Salamanca, donde se inicia la acción de *El Licenciado Vidriera*? ¿No se dirigió más bien a Esquivias, donde lo esperaba su esposa y donde parece haber pasado la mayor parte de 1606? Sea como fuere, sus hermanas no tardaron en hacer

sus maletas para volver a Madrid tras los pasos de su clientela. Es ahí donde Catalina y Miguel volverán a encontrarlas, dieciocho meses más tarde, para una última etapa que no acabará sino con la muerte.

6

El oficio de escritor (1607-1614)

No quiero irme con la corriente del uso...

Don Quijote, I, Prólogo

Las galanterías de Isabel

Cervantes acaba de cumplir los sesenta: le ha llegado la hora de poner fin a sus andanzas. Madrid, donde desembarca en compañía de Catalina, le muestra el rostro risueño de una villa restablecida en sus prerrogativas. Con la alegría del regreso de la corte, se prepara para vivir un desarrollo sin precedentes. Su población alcanza ya las cien mil almas y no la supera más que Sevilla. Sólo los malévolos se asombran de una prosperidad estrictamente ligada a la presencia del rey y de su entorno, y que no resistiría una nueva partida. «Sólo Madrid es corte», repite a porfía toda España. Adagio de doble sentido: sólo Madrid es capaz de ser capital, pero Madrid no es más que eso. De este dicho ambiguo, los madrileños sólo se quedan con la acepción halagüeña; el revés de la medalla es para los envidiosos.

Objeto de las atenciones de Felipe III y de Lerma, la sede de la corte va a conocer nuevos embellecimientos; pero sólo después de la muerte de Miguel el paisaje urbano manifestará sus signos tangibles. A pesar de la munificencia de sus mecenas, palacios, hospitales y conventos siguen

siendo de proporciones modestas. En cuanto al Alcázar, cuya reparación fue emprendida antes del regreso del rey, tardará quince años en verse con la piel nueva. El espectáculo que se ofrece a los ojos de los extranjeros sigue siendo el de un entramado de callejas mal pavimentadas y nauseabundas, bordeadas de casas de ladrillo y de adobe. Sólo algunas vías importantes —la calle Mayor, la calle de Atocha, la calle de Toledo— se pueden comparar con las de las grandes capitales europeas. En ellas late realmente el corazón de la ciudad, se concentran los comercios de lujo, se codean en todo momento cortesanos y mendigos, mientras mirones y ociosos comentan las últimas noticias: las losas de Palacio, las gradas de San Felipe, la calle de León son otros tantos mentideros, donde, verdadera o falsa, la información circula, donde se forja la opinión pública, donde se hacen y deshacen reputaciones.

¿Dónde encontró un techo Cervantes cuando llegó? Otro punto oscuro. Durante algún tiempo parece haber elegido domicilio en la calle del Duque de Alba, cerca del «Estudio de la Villa», donde fue discípulo de López de Hoyos. Pero hay que esperar a febrero de 1608 para saberlo alojado, de fuente segura, en el barrio de Atocha: exactamente detrás del hospital de Antón Martín, «casas de don Juan de Borbón».[1] Un año más tarde, sin cambiar de barrio, se traslada a la calle de la Magdalena,[2] detrás del palacio del duque de Pastrana, a unos pocos pasos de la librería de Robles y de la imprenta de Cuesta, sus observatorios predilectos. Mal que bien se adapta a esta residencia modesta, antes de abandonarla al cabo de dos años.

Lo mismo que en Valladolid, Miguel y su esposa han reunido a las cuatro mujeres que componen el resto de la tribu. Pero, a diferencia de su prima Constanza, que permanece en el seno familiar, Isabel de Saavedra, la hija del escritor, no tarda en volar del nido. Hacia diciembre de 1606 se casa con un tal Diego Sanz del Águila, personaje tan misterioso para nosotros como Santi Ambrosio, el difunto marido de Andrea de Cervantes. En la primavera del año siguiente, da a luz una niña, que llevará el nombre de Isabel Sanz del Águila y Cervantes. Un año más tarde, en junio de 1608, ya es viuda. Aquel infortunio va a ser mitigado, sin embargo por el consuelo,

moral y material, de un protector llamado Juan de Urbina, al que ya mencionamos con motivo de la aventura con Ana Franca, y que, en adelante, estará íntimamente vinculado a los asuntos del escritor. Secretario del duque de Saboya, al que había conocido en Valladolid, este amable cincuentón, gracias a su talento para los negocios, vivía con holgura: su patrimonio de bienes raíces, sus acciones, sus inmuebles, sus especies al contado eran otros tantos atractivos para una arribista sin escrúpulos como parece haberlo sido Isabel de Cervantes. Con esposa y varios hijos —entre ellos, una hija casada que acababa de hacerle abuelo—, Urbina, no obstante, vivía solo en Madrid desde el retorno de la corte: a principios del verano de 1606, su mujer y su hija se fueron a Italia con los hijos del duque. Isabel aprovechó esta partida para sustituirlas, bien por piedad filial, si nos empeñamos en considerar a Urbina como su verdadero padre, bien, de modo más plausible, como amante oficial. Desconocemos la forma en que se anudaron estos amores ilícitos cuyo fruto bien pudo ser la pequeña Isabel. En cualquier caso, Diego Sanz no tuvo tiempo apenas para hacer de testaferro. En cuanto a su tierna esposa, se las arregló con su viudez, ya que, el 24 de junio, Urbina la estableció junto con su hija en la calle de la Montera, en una casa muy cercana a la que él mismo ocupaba en la calle de los Jardines y que fue alquilada a nombre de su criado, Francisco Molar.

Isabel no permaneció mucho tiempo sin marido: el 8 de septiembre de 1608 se casa con Luis de Molina, quien, al parecer, supo sacar partido de sus relaciones con Miguel. Como su suegro, Molina había estado cautivo en Argel, de donde había vuelto en 1598; como él, se había rozado con el mundo de las finanzas y de los negocios en calidad de agente de los Stratta, poderosa familia de banqueros genoveses; como él, se casaba al acercarse a la cuarentena, más rico de deudas que de rentas, pero provisto de una sinecura —escribano de la Corona— que lo ponía libre de necesidad. ¿Será que Cervantes pudo imponer a Molina a Isabel y a Urbina? Los datos de que disponemos sobre este asunto no nos permiten responder. Pero todo hace pensar que el contrato de matrimonio, firmado diez días antes de la ceremonia, estuvo precedido de una dura negociación. Según los términos

de este documento, Isabel aportaba como dote diez mil ducados, oficialmente entregados por su padre; en realidad, éste no estaba en condiciones de otorgar tal cantidad: seis meses antes, el 23 de noviembre de 1607, se había visto obligado a pedir a Robles un adelanto de cuatrocientos cincuenta reales. El verdadero donante no era otro que el amante de su hija, cuyos bienes, por otro lado, se encontraban hipotecados, a petición de Molina, hasta el pago completo de la dote. A cambio, el escribano prometía casarse con Isabel en el plazo de un mes, obligándose a entregar a la joven, en caso contrario, una indemnización de mil ducados. Isabel, por su parte, suscribió un compromiso idéntico. La casa de la calle de la Montera se convertía en propiedad de la joven Isabel Sanz, conservando su madre y su padrastro el usufructo. En caso de muerte de la niña, Miguel resultaba el heredero de la casa; de hecho, una cláusula secreta preveía que volvería a manos de Urbina, su legítimo dueño.

Una unión sellada en tales condiciones se anunciaba bajo los peores auspicios. Duró no obstante veintitrés años. Isabel no puso demasiada buena cara al cónyuge que le habían encontrado y que, entre otras precauciones, había exigido no consumar el matrimonio sino después de entregada la mitad de la dote; y es a su tía Magdalena, y no a su marido, a quien la hija de Cervantes se dirigió para ayudarla a recuperar la herencia de Ana Franca. Pero supo aliarse a él para defender sus intereses comunes. Molina, en efecto, no tardó en entrar en conflicto con Urbina, por asuntos de dinero en los que ambos parecen haber cometido errores. Es cierto que las joyas, el vestuario y el mobiliario ofrecidos a Isabel por su protector debieron de excitar su codicia, pero no dejaron, al mismo tiempo, de herir su susceptibilidad. En su testamento, dictado el 25 de diciembre de 1631, reconocerá humildemente haber consumido y gastado gran parte de la dote de su esposa, a la vez que la instituye como su única heredera.[3] Isabel será tan dura con él hasta el final. Al negar a su cónyuge una parte de sus bienes domésticos, no le consentirá más que una limosna de doscientos ducados, «considerando que Dios nuestro señor fue servido de dármele en compañía».[4]

En todo este asunto, la actitud de Cervantes se explica a la vez por su deseo de salvar las apariencias y por el de salir cuanto antes del apuro: casada de nuevo Isabel, es al esposo y no al padre a quien incumbía velar por su honor o, en su defecto, sufrir las consecuencias de su mala conducta. ¿Pensó el autor del *Quijote* otro destino para ella? Acostumbrado a los descarríos de las mujeres de su familia, no debió de sorprenderse de las desventuras de su hija única y se comprende la actitud de su esposa, cofirmante del famoso contrato, de quien recibió ayuda y apoyo. A decir verdad, Catalina quería acabar cuanto antes con la protegida de Urbina, en un momento en que Constanza, que permanecía bajo el techo familiar, se había metido en nuevos amoríos. Una escritura notarial del 18 de diciembre de 1608 da cuenta, en efecto, de una demanda de la joven contra un tal Francisco Leal. No se especifica la querella, pero resulta fácil adivinarla. A semejanza de su madre y de su tía, Constanza consiguió finalmente, a título de reparación, la modesta suma de mil cien reales, en tanto que Catalina, llegado el momento, la pondrá en su testamento. Isabel, en cambio, brillará en él por su ausencia, a diferencia de Molina, incluido —afrenta suprema— entre los herederos.

> ¡Hijas inobedientes
> que al curso de los años
> anticipáis el gusto,
> destrúyaos Dios, los Cielos os maldigan!

En su comedia de *La entretenida*, Cervantes pone estas imprecaciones en boca de un padre; no sabemos si él mismo llegó a proferirlas. Sin ilusiones sobre su progenitura, aspiraba ante todo a vivir en paz. Aún tenía que librarse de todos los que seguían buscándole camorra, empezando por sus antiguos comanditarios, siempre colgados de sus faldones. El 6 de noviembre de 1606, los agentes del Tesoro vuelven a la carga: le reclaman sesenta ducados de atrasos de deudas y le invitan a comparecer ante ellos en un plazo de diez días. ¿Solicitó Miguel la intervención de su yerno? Hemos perdido la respuesta que quince días más tarde dirigirá a sus perseguidores.

Pero parece que, en esta ocasión, sus explicaciones fueron juzgadas satisfactorias: no volverá a hablarse de las cuentas de Vélez-Málaga.

En regla con su rey, Cervantes quiere también ponerse en regla con Dios. El peso de los años, el fardo creciente de las dolencias, los achaques del mal que se lo llevará ocho años más tarde, son otros tantos signos de un ocaso cuyo fin no se oculta: «Mi edad —escribirá pronto en el prólogo de las *Novelas ejemplares*— no está ya para burlarse con la otra vida». Catalina y Andrea van a mostrarle además el camino a seguir: el 8 de junio de 1609, tras un año de noviciado, ambas visten el hábito de la Orden Tercera de San Francisco, a ejemplo de Magdalena, que las había precedido algunos meses. Este compromiso solemne es un adiós al mundo y a sus apariencias; sin embargo, en esta ocasión Andrea se dirá, curiosamente, viuda del general Álvaro Mendaño, un digno militar que al parecer nunca existió.

Sin llegar tan lejos en la vía de la renuncia, Miguel, dos meses antes, se había afiliado el 17 de abril a la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento. Esta devota cofradía, recién fundada, reclutaba sus miembros entre las gentes de letras: buen número de ellos irán a reunirse con el autor del *Quijote*. No dice la historia si todos se obligaron a acatar las estrictas reglas que imponía a sus miembros: llevar un escapulario, ayuno y abstinencia los días prescritos, continencia absoluta, asistencia cotidiana a los oficios, ejercicios espirituales, visita de hospitales, sencillez de vida y de costumbres. Cervantes pasa por haber seguido ese programa al pie de la letra; pero podemos estar seguros de que Lope —veinte años menor que él, cierto— no dio pruebas de tanta constancia y ardor.

Este fervor tardío no ha dejado de intrigar. ¿Cómo concordarlo con las pullas irónicas, las alusiones impertinentes a la Iglesia que recorren los textos cervantinos? Fino conocedor del Evangelio, Cervantes maneja a menudo el arte de las medias palabras, bien para burlarse de los clérigos con irreverencia, bien para criticar ciertas prácticas supersticiosas, habituales entre sus contemporáneos: la observancia formal de los ritos, la devoción interesada en las almas del Purgatorio, los padrenuestros de los

tartufos de toda laya, he ahí algunos de los temas que evoca como quien juega, sin acrimonia pero no sin humor. Hablar de anticlericalismo de *fabliau* sería equivocarse con esa veta frondosa que lleva la marca de su tiempo. Pero se diga lo que se diga, no es cierto que proceda de la lectura de Erasmo. En materia de religión, el desacuerdo de Cervantes con el tono medio de su época puede dejar traslucir a veces el influjo de tal o cual corriente de pensamiento determinada, pero ante todo expresa la elección de un espíritu abierto, enemigo de prejuicios, aunque respetuoso con el dogma y el culto: un humanista, en el sentido amplio del término, formado muy lejos del polvo de las bibliotecas, en la escuela de la vida y de la adversidad.

En estas condiciones, no deja de sorprender un fervor tan vivamente pregonado, en vista de las formas inesperadas que reviste. Hubo una época en que todo un sector del cervantismo interpretó estas actitudes como otras tantas precauciones frente a los guardianes de la ortodoxia. Otros, en cambio, tienden ahora a considerarlas como una concesión dispensada a tres mujeres que, llegadas a la vejez, se demoraban cada vez más al pie de los altares. Pero bien pudo ser la decisión meditada de un hombre que, en el crepúsculo de su vida, trataba de unir con lazos más estrechos la fe y las obras. A menudo se ha relacionado esta devoción, de alcance tridentino, con la insistencia que pronto pondrá el autor de las *Novelas ejemplares* en protestar en su prólogo de la pureza de sus intenciones. También se han descubierto sus efectos en la expurgación, realizada por él, de un pasaje del *Quijote* en que el caballero, para recitar «un millón de avemarías», se arma de un rosario confeccionado con un faldón de su camisa. Tal vez sea una explicación entre otras de una revisión cuya génesis ignoramos. Se nos escapan las razones que pudieron motivar a Cervantes. En cuanto a nosotros, que lo juzgamos sólo por sus actos, cabe concederle, al menos, que no fueron ni mediocres, ni mezquinas, puesto que el «raro inventor» jamás renegó de su vocación.

Sombra de la muerte

Miguel permaneció fiel a sus convicciones: va a demostrarlo durante la expulsión de los moriscos. Decidida por Felipe II tras el fracaso de la sublevación de las Alpujarras, la dispersión de la comunidad andaluza no había sido más que una medida a medias. En Castilla, en Aragón, en Valencia subsistían otros focos, otras comunidades igual de apegadas a su lengua, a sus costumbres y a sus tradiciones. Tenderos y artesanos en Castilla, los moriscos formaban en su mayoría núcleos minoritarios. En Aragón, en cambio, donde generalmente eran pastores, en Valencia y en Murcia, cuyas huertas cultivaban, su condición era mucho más difícil. Aunque, protegidos por la nobleza local, deseosa de conservar su mano de obra, alcanzaban en ciertas zonas más del tercio de la población y padecían la hostilidad de los cristianos viejos. Mirados con malos ojos porque eran prolíficos, rebeldes a toda asimilación dictada por la fuerza, acusados de cómplices de los corsarios argelinos, eran el blanco señalado por los sectarios convencidos de que España tenía que cerrarse sobre sí misma, librándose de cuantos pretendían seguir siendo diferentes, para poder preservar su identidad.

Lanzada por algunos exaltados, la idea de un destierro generalizado tardará mucho tiempo en volverse efectiva. Las tergiversaciones de Felipe II, consciente de que los moriscos eran oficialmente cristianos, la resistencia de los barones valencianos, poco dispuestos a perder a sus *fellahs*, las dificultades técnicas planteadas por su destierro desalentaban a las mejores voluntades. Muerto el Rey Prudente, los partidarios de la expulsión reanudan su ofensiva. Llevados por Ribera, el arzobispo de Valencia, apoyados por la reina, adicta a su causa, asedian al nuevo rey y a su valido. Vacilante al principio, Lerma termina por decidirse a dar el paso: mediante la promesa de ser indemnizados, los barones acaban por aceptar la medida en el momento mismo en que la paz con los Países Bajos libera a la flota de sus misiones guerreras y permite preparar el traslado de los moriscos a África del Norte. El 9 de abril de 1609, día en que había concluido la Tregua de los Doce Años con las Provincias Unidas, Felipe III

firma el decreto fatal: la casi totalidad de la población morisca —entre doscientas cincuenta y trescientas mil personas, mujeres y niños incluidos — se ve forzada a dejar la Península. Se necesitarán cinco años para realizar la operación.

Fuera del reino de Valencia, la llamada España «mayoritaria» aprueba lo que el cardenal de Richelieu llamaría «el más osado y más bárbaro consejo de que hace mención la historia de todos los siglos».[5] Cervantes, en cambio, es uno de los que introducen una nota discordante en ese concierto de aplausos: a poco que fueran capaces de leer entre líneas, ésta no pudo escapar a los lectores de su tiempo. La diatriba antimorisca que pronuncia Berganza, en *El coloquio de los perros*, es por sí sola una obra maestra de ironía: si bien se hace eco de las quejas de los cristianos viejos frente a una minoría activa y prolífica, expresa una visión de las cosas harto más compleja que el discurso oficial, basado en una argumentación exclusivamente religiosa. Detalle revelador: esa «morisca canalla» a la que vitupera Berganza se encarna en el hortelano andaluz que lo ha recogido generosamente... Pero es en el episodio de Ricote, uno de los más conmovedores de la Segunda Parte del *Quijote*, donde tocamos con el dedo el drama de esta comunidad. Convecino de Sancho, al que inesperadamente encuentra en el camino del exilio, Ricote simboliza el caso de millares de inocentes que, divididos entre dos culturas, no por ello dejaban de ser los leales súbditos de su rey. Con una vivacidad cuando menos extraña, atribuye a una inspiración divina la enérgica resolución adoptada por Su Majestad; pero su acento no engaña cuando evoca los efectos de la pena del destierro, que le afecta así como a sus correligionarios, considerada por él «la más terrible que se nos podía dar»:

> Doquiera que estamos lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berbería, y en todas las partes de África donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde más nos ofenden y maltratan (...); y agora conozco y experimento lo que suele decirse: que es dulce el amor de la patria.

Este grito de desesperación dice más que todo lo que pudo argumentarse en contra del principio invocado para legitimar la expulsión: declarar a los moriscos colectivamente responsables de los delitos o crímenes imputados a una minoría. En realidad, nada justificaba el destino que los golpeó sin discriminación alguna. Además de un error político mayor, la expulsión fue un pecado. Pero quien tuvo el valor de recordarlo, aunque fuera con palabras encubiertas, fue el autor del *Quijote*.

En otoño del mismo año, el 9 de octubre de 1609, Andrea de Cervantes desaparece de forma súbita, víctima de una misteriosa fiebre. Muerte brutal, como se infiere de la ausencia de cualquier testamento. La mayor de las hermanas de Miguel tuvo unas exequias discretas, propia de una mujer de condición modesta, terciaria de San Francisco, además. El registro de los entierros de San Sebastián, su parroquia, la califica de «viuda de Sante Ambrosio, florentín de hedad de 65 años».[6] Surgido inesperadamente durante su toma de hábito, el general Álvaro Mendaño había vuelto a su nada.

Seis meses más tarde, otra muerte va a ensombrecer la existencia del escritor: la de su nieta, la joven Isabel Sanz. Dará lugar a un proceso sórdido, nacido de un conflicto surgido entre Urbina y los padres de la niña. A consecuencia de este evento, el exsecretario del duque de Saboya se declara libre del saldo de la dote prometida a Isabel de Molina. Peor aún: el 27 de marzo de 1610, reafirma sus derechos sobre la casa de la Red de San Luis, donde la joven se había instalado con su marido, y cuyo disfrute conservaba, en principio, de por vida. No puede negarse que Cervantes ayudó en esta operación: reconocido formalmente como propietario legal del edificio, según los términos del contrato firmado el año anterior, renunció a sus derechos ficticios en favor de Urbina, con la sola condición de que la renta presuntamente sacada de la casa fuera consagrada a obras pías. Suponía hacer poco caso de la reacción de su hija. Isabel, que se considera timada, intenta una acción judicial contra su padre, a fin de anular el acuerdo: la ruptura entre Miguel y su hija queda consumada desde entonces. En cuanto a Urbina, embarcado en un asunto cuyas

complicaciones no había previsto, intenta entonces una transacción: primero asociando a Molina a sus negocios, lo cual provocará nuevos embrollos; luego, una vez vencido el plazo fijado para la liquidación de la dote, entregando al matrimonio, a título de compensación, la suma de veintidós mil reales; pero este desenlace provisional no se producirá sino después de nuevas peripecias que contribuirán a envenenar la existencia del infortunado escritor.

En este clima de hosquedad y amargura, Cervantes parece haber encontrado cierto alivio junto a su mujer: más del que podía esperar de doña Guiomar el soldado de *El Juez de los divorcios*. Sin embargo, la personalidad de Catalina no deja de estar envuelta para nosotros en misterio. Lo poco que de ella sabemos, en el curso de esos años, concierne a su ingreso en la Orden Tercera, de la que ya era novicia, y en la que profesó el 27 de julio de 1610. Once días antes, había dictado su testamento ante notario: en él se hace mención, en términos explícitos, del «mucho amor y buena compañía» que ambos esposos han tenido.[7] Podría no ser más que una simple fórmula, habitual en este tipo de documentos, si Catalina, al tiempo que legaba como estaba previsto lo esencial de sus bienes a su hermano Francisco, no hubiera reservado su disfrute íntegro a Miguel. Como estos bienes estaban comprometidos para liquidar las deudas contraídas antaño por los Salazar, Cervantes no podía quejarse de haber sido perjudicado. Al contrario, en caso de que Catalina muriera la primera, no sería él, sino su cuñado, quien tendría que liquidar la sucesión. Además del lecho conyugal, la ropa y el mobiliario de la casa, Catalina dejaba a su marido, a título simbólico, dos parcelas de terreno. Tal vez saldaba algún escrúpulo frente a sus hermanos. Así se explicaría su deseo de ser enterrada junto a su padre, en el coro de la iglesia de Esquivias, «junto a la grada del altar mayor». Una vez viuda, se echará atrás, pidiendo descansar junto a su esposo.

Mientras tanto, si hemos de dar fe a un documento recién descubierto, Cervantes seguía «tratando negocios», como ya lo había indicado su hermana mayor al juez Villarroel en Valladolid. Juan Prieto Gordillo,

archivero en el Ayuntamiento de Castilleja de la Cuesta, en la provincia de Sevilla, acaba de encontrar, en efecto, el testimonio de una visita realizada por el escritor a Lora del Río en 1610, para una recaudación de tributos en la Fundación del Monte de Piedad creado por la familia del Conde Duque de Olivares en el siglo XVI. Según reza en efecto este documento: «Recíbesele mas en cuenta sesenta y ocho mil que se pagaron en Lora a Don Miguel de Cervantes de bienes de Su Excelencia, a cuenta de corridos de un tributo del año seiscientos y diez, que debía al dicho monte, a doscientas y seis».[8]

La hermana menor de Andrea, convertida en Magdalena de Jesús, no tarda en seguir a su hermana en la tumba. El 11 de octubre de 1610 hace su testamento. Según su deseo, las exequias deberán ser lo más sencillas posible, acompañadas «con la menos ponpa que paresçiere a mis testamentarios».[9] A decir verdad, éstos no podían hacerse muchas ilusiones sobre los supuestos bienes cuya lista figura en un anejo del documento: los trescientos ducados que Fernando de Lodeña se había comprometido, veinticinco años antes, a pagarle; y parte de los atrasos de soldada de Rodrigo, reclamados en vano al Estado. En este particular, se declara que Miguel renuncia a la parte que le corresponda a favor de Constanza. En cuanto a Magdalena, bien sabía a qué atenerse sobre el pacto con Lodeña, como se infiere de sus propias palabras: «No dejo herederos de mi hacienda, fuera de lo arriba dicho, por no tener bienes ningunos ni quedar de mi cosa que valga nada».[10] Enferma, al parecer, desde hacía varios meses, morirá el 18 de enero de 1611. Será enterrada según la costumbre de la orden en la que había profesado definitivamente un año antes: en hábito de franciscana, sin velo en la cara. Un entierro cuyas costas —doce reales— serán liquidadas por los frailes. Poeta a ratos perdidos, el hijo de Lodeña, también llamado Fernando, firmará uno de los sonetos liminares de las *Novelas ejemplares*, perpetuando así el nombre de su padre.

A juzgar por las exequias de su hermana, Miguel se encontraba de nuevo en apuros en el mismo momento en que Juan de Urbina, blanco de los ataques de Isabel, no podía servirle de ninguna ayuda. ¿Pensó entonces

que su familia política aceptaría acudir en su socorro? Así suelen explicar al menos su partida para Esquivias, en la primavera de 1611, y la prolongada estancia que parece haber hecho ahí hasta fin de año. Pero Francisco de Palacios vigilaba un patrimonio cargado de deudas y no estaba en condiciones de otorgarle indefinidamente hospitalidad. Vuelta a Madrid en enero de 1612, Catalina deberá otorgar una nueva dotación en favor de su hermano: sin duda como reembolso de sumas gastadas o adelantadas por éste en esta ocasión.

Ese regreso a la Villa y Corte va acompañado de una nueva mudanza. Desde hace casi dos años, Miguel no vive ya en la calle de la Magdalena, sino en una cercana «en la calle del León, frontero de Castillo, panadero de Corte»: [11] ahí es donde su hermana había muerto. En los primeros meses de 1612, la familia Cervantes, reducida ya al matrimonio y a Constanza, se traslada a una casa próxima, situada detrás del cementerio de San Sebastián: en la calle de las Huertas, «frontero de las casas donde solía vivir el príncipe de Marruecos».[12] Este príncipe no era otro que el famoso don Felipe de África, ya conocido del lector por su conversión a la fe de Cristo, y a quien el excomisario había visto en Carmona, durante sus andanzas andaluzas. Esa «humilde choza», esa «antigua y lóbrega posada», que menciona en el *Viaje del Parnaso*, tenía una sola ventaja: hallarse a dos pasos de los principales corrales, en lo que entonces se llamaba el «barrio de las Musas». A ejemplo de Lope, cuya casa y cuyo huerto son hoy lugar de peregrinación, Quevedo y Vélez de Guevara serán algunos de los numerosos escritores que establezcan ahí sus penates. Ironía del destino: la calle en que el Fénix eligió domicilio se llama hoy calle de Cervantes.

El autor del *Quijote* no va a aventurarse ya fuera de la corte, a no ser por breves idas y venidas. El 2 de julio de 1613, se dirige por última vez a su ciudad natal. Este viaje a Alcalá marca un nuevo jalón en su evolución espiritual: a semejanza de su mujer y de sus hermanas, ingresa como novicio de la Orden Tercera. Si esta ceremonia tuvo lugar a orillas del Henares, ello se debe sin duda a que quiso hacer sus votos en presencia de Luisa, su hermana un año mayor, que pronto iba a ser elegida priora del

convento en el que había ingresado medio siglo antes. ¿Va a despedirse del mundo y a decir adiós a las letras? Todo lo contrario: doce días más tarde, el 14 de julio, dedica al conde de Lemos sus *Novelas ejemplares*. En medio de los lutos y los sinsabores de una vida difícil, estos siete años madrileños fueron, paradójicamente, los más fecundos de su carrera de escritor.

La república de las letras

En el momento en que Cervantes se une a la corte en Madrid su fama está pasando los Pirineos. En mayo de 1607, aparece en los Países Bajos españoles una nueva edición del *Quijote*, obra del librero de Bruselas Roger Velpius. Realizada con especial esmero, va a ser base de la sabrosa versión inglesa de 1612, hecha por Thomas Shelton, el cual se jactará de haberla hecho el mismo año, «en el espacio de cuarenta jornadas». En julio de 1608, una tercera edición madrileña sale de las prensas de Juan de la Cuesta. Al mismo tiempo, Nicolás Baudoin publica en París la traducción francesa de una de las historias intercaladas, con el título de *Nouvelle du Curieux malavisé*. Al año siguiente, Jean Richer ofrece a los lectores galos una selección de fragmentos del *Quijote*: el entierro de Grisóstomo y el famoso discurso de las Armas y las Letras figuran en buen lugar en esta antología. En cuanto a César Oudin, está preparando por aquellas fechas una traducción de *La Galatea*, que dedicará a «las damas francesas». Miguel parece haber ignorado ese entusiasmo universal. En cambio, probablemente oyó hablar de las fiestas de Salamanca que, en 1610, marcaron la beatificación de san Ignacio, durante las cuales un *Triunfo de Don Quijote* recorrió las calles de la ciudad; y supo que una nueva edición de su libro acababa de aparecer en Milán.

Aureolado con su nueva gloria, Miguel intenta mantener su puesto en el mundo de las letras. Visitante asiduo de la tienda de Robles —de quien se asegura que también tenía una casa de juego—, no se limita a acudir a los mentideros. Sin que pueda dudarse de su fervor religioso, su ingreso en la

congregación del Santísimo Sacramento es también el acto de un profesional que trata de estar presente donde es necesario. Fundada bajo el doble patrocinio del cardenal Sandoval y del duque de Lerma, esta congregación era también una academia en la que se cultivaba a las Musas con la bendición del Señor. Así nos explicamos la participación activa de Lope de Vega en su creación, aunque, luego, se limitase a reinar en las reuniones plenarias. Vicente Espinel, Quevedo, Salas Barbadillo y Vélez de Guevara solicitan también su ingreso. El día del Corpus de 1609, Cervantes contribuyó a la guirnalda poética compuesta en honor del Todopoderoso; pero hemos perdido los versos que, según se dice, le valieron el primer premio. En 1612, está confirmada de nuevo su participación. Ese año sale por fin de las prensas la *Topographía e historia general de Argel*, a nombre de Fray Diego de Haedo, su supuesto autor, donde se pondera la conducta heroica de un hidalgo de Alcalá: Miguel se vio así devuelto a cuarenta años atrás, al universo del cautiverio, en el momento en que se preparaba, al término de seis años de silencio, para afrontar por tercera vez el juicio de los lectores. En esa época, la estricta disciplina establecida por los estatutos de la cofradía empieza a relajarse. Tres años más tarde, en febrero de 1615, los trinitarios, cuyo convento albergaba a la congregación, exigieron el retorno a costumbres más austeras. Ese deseo fue rechazado por la mayoría de los miembros, que se trasladaron entonces al convento de los Hermanos menores del Espíritu Santo. Sólo seis miembros votaron en contra de esa decisión. Podemos pensar que Cervantes fue uno de ellos: por fidelidad a la regla primitiva, pero también por simpatía hacia la orden que en otro tiempo le había sacado del infierno de Argel.

Se suele pensar que su participación en estas justas literarias le permitió conocer al más famoso de sus mecenas: don Pedro Fernández de Castro y Andrade, séptimo conde de Lemos. Sin embargo, buena parte de la crítica tiende a retrasar su encuentro, considerando que pudo ocurrir en Valladolid, a través de la colaboración del conde de Saldaña, cuñado de don Pedro, así como de aquel don Fernando de Toledo, señor de Higares, con el cual Cervantes, como ya vimos, mantenía relaciones en el momento en que

sucedió la muerte violenta de Gaspar de Ezpeleta. De cualquier manera, este gran señor, espíritu refinado y protector ilustre de las letras, se mereció el reconocimiento de los mejores escritores de su tiempo: Lope, Góngora y Quevedo, entre otros, se beneficiaron de sus liberalidades. Sobrino del duque de Lerma, con cuya hija además se había casado, estaba destinado a los más altos cargos. Apenas salido de la adolescencia, había sido nombrado presidente del Consejo de Indias; en la primavera de 1610, a la edad de 34 años, es virrey de Nápoles. Movido por el deseo de hacerse una corte literaria, pide entonces a su secretario, Lupercio Leonardo de Argensola, que designe a los que le acompañarán a Italia. Góngora aspira a ser de la partida; también Cervantes, sin duda para volver a los lugares de su juventud y alejarse de las trapacerías de Isabel. A Argensola, amigo desde hace mucho, le otorgó en otro tiempo los más vivos elogios en *La Galatea*, repitiéndolos por boca del cura del *Quijote*. Humanista distinguido, poeta estimable, el secretario del virrey no deja de ser, por desgracia, un mediocre que teme ser eclipsado por alguien más dotado. Con la ayuda de su hermano Bartolomé, no va a llevarse más que a plumíferos que no le harán sombra: la posteridad ha olvidado sus nombres.

Poco tiempo antes Góngora había conocido la misma desventura con el duque de Feria, enviado a París con ocasión de la muerte de Enrique IV para dar el pésame del rey de España. Este doble rechazo se trasluce en uno de sus mejores sonetos:

> El conde mi señor se fue a Nápoles;
> el duque mi señor se fue a Francia;
> príncipes, buen viaje, que este día
> pesadumbre daré a unos caracoles.

También Cervantes siente la afrenta; más aún, quizá: en efecto, si hemos de creer a Martín de Riquer, parece haber ido a Barcelona con la esperanza de conseguir una audiencia de Lemos a comienzos de junio de 1610, en el momento en que el nuevo virrey se preparaba para embarcar hacia Nápoles. [13] Fue en vano. Pero, en vez de atacar a su protector, Cervantes reservó

sus flechas para los dos hermanos; miopes declarados, declara en el *Viaje del Parnaso*, tuvieron la vista corta:

> Mucho esperé, si mucho prometieron,
> mas podía ser que ocupaciones nuevas
> les obligue a olvidar lo que dijeron.

Su edad, sus dolencias, el triste estado en que se encontraba Magdalena eran, por cierto, serias desventajas para él. Nos cuesta trabajo imaginar a ese sesentón despidiéndose de su patria y de los suyos y luego, una vez llegado, suspendiendo sus proyectos para cumplir sus deberes de cortesano. Sopesándolo todo, fue mejor para él —y para nosotros— no partir para Nápoles. Sus relaciones con Lemos, que había permanecido al margen de estas intrigas, no se vieron mermadas: al contrario, van a volverse más intensas y profundas.

A falta de poder ir a Nápoles, Miguel se conforma con las academias que por entonces florecen en Madrid: así la Academia del Parnaso, también llamada «Academia Selvaje», cuyas sesiones van a celebrarse, a partir de 1612, en la calle de Atocha, en el palacio de don Francisco de Silva y Mendoza, su fundador. Estas reuniones a las que concurren ingenios selectos son también el campo cerrado donde se enfrentan: todo un pequeño mundo dividido por ásperas enemistades, pero que se divierte con esas querellas antes de cantarlas. La España de Felipe III gusta de estos versos: del gran señor al escolar, del artesano al canónigo, todos tratan de rimar, «porque la poesía no está en las manos, sino en el entendimiento —se nos dice en el *Persiles*— y tan capaz es el alma del sastre para ser poeta, como la de un maese de campo». Entre estos aficionados, sólo los ociosos pueden pasar allí todo el tiempo del que disponen. Allí se rozan con los escritores de oficio, someten a su dictamen el fruto de sus veladas o despachan la obra improvisada con desigual fortuna. Cervantes participó en estas justas. Un día de marzo de 1612, Lope le pidió para leer sus propios versos sus anteojos, «que pareçían —escribe— guevos estrellados, mal echos».[14] El autor del *Quijote* pudo comprobar que el mejor de los competidores no se

llevaba forzosamente la palma: «Procure Vuesa Merced llevar el segundo premio —aconseja Don Quijote al hijo de Don Diego de Miranda—, que el primero siempre se lleva el favor o la gran calidad de la persona; el segundo se le lleva la mera justicia». Esta atinada sentencia no parece haber sido oída: al decir de Lope de Vega, en una carta al duque de Sessa, su protector, «sólo me cuentan de las Academias, donde acuden todos los señores y muchos de los poetas. [En la del Parnaso] se mordieron poéticamente un licenciado Soto, granadino, y el famoso Luis Vélez; llegó la historia hasta rodelas y aguardar a la puerta; hubo príncipes de una parte y otra; pero nunca Marte miró tan opuesto a las señoras Musas».[15]

Cervantes se divierte también con estos enfrentamientos burlescos, mientras su nombre se difunde por toda Europa. Después de Italia, después de los Países Bajos, donde en 1611 aparece una segunda edición bruselense del *Quijote*, Alemania acoge al ingenioso hidalgo, presente en Heidelberg, durante una mascarada ofrecida en 1613 al elector palatino. Pero es en Inglaterra donde su éxito culmina. A ejemplo de Wilkins, Middleton, Ben Jonson y Philip Massinger se hacen eco de su fama. En 1611, Fletcher saca *El mequetrefe The Coscomb*) de la historia de *El curioso impertinente* y Nathaniel Field la adapta a su vez en su *Perdón para las damas*. El mismo año, Beaumont se asocia a Fletcher para escribir una farsa titulada *The Knight of the Burning Pestle*. Este «caballero de la mano ardiente» no es otro que un mancebo de tienda que sueña con atravesar a estocadas a los gigantes; un personaje del que «tal vez se piense que es de la raza de Don Quijote», declaran los dos autores. Y reivindican tan descaradamente su derecho de primogenitura que, a pesar suyo, acaban por confesar su filiación y su propia deuda hacia Cervantes. Al año siguiente, Thomas Shelton publica la traducción que dormía en sus cajones: *The Delightful Historie of the Most Ingenious Knight Don Quixote de la Mancha*. Será, por supuesto, un bestseller. Finalmente, un año más tarde, Fletcher —siempre él — colabora con Shakespeare en una comedia inspirada en las locuras de Cardenio. Todavía se representaba en 1653; por desgracia, desde entonces se ha perdido.[16]

¿Y Francia? No se queda atrás. En 1611, año venturoso, se publica en París, en castellano, una nueva edición de *La Galatea*, destinada probablemente a la enseñanza del español. En el mismo momento, César Oudin, gran aficionado a la prosa cervantina, recoge el guante de Shelton y comienza a traducir el *Quijote* a lengua francesa. Necesitará cuatro años para rematar su tarea: poco más o menos el tiempo que Cervantes tardó en dar a la luz, con el título de *Novelas ejemplares*, una colección de novelitas puestas en el telar al hilo de los años y que va a confirmar su reputación.

Historia de un manuscrito

Historia mal conocida, la de la formación de las *Novelas* cervantinas se remonta sin duda a los últimos años del reinado de Felipe II: eso es al menos lo que puede deducirse del examen de un documento esencial, el manuscrito Porras.

Poco más o menos, en el momento en que Miguel revisaba por última vez la Primera Parte del *Quijote*, un racionero de la catedral de Sevilla, Francisco Porras de la Cámara, se dedicaba a entretener los ocios de su amo, el cardenal Niño de Guevara. Copiadas de su mano y de las de su secretario, llegó a reunir un buen surtido de historias y anécdotas. Entre ellas, dos relatos anónimos que probablemente le habían llegado sin nombre de autor, pero cuyo título nos resulta familiar: *Rinconete y Cortadillo* y *El celoso extremeño*. Descubierta a finales del siglo XVIII, esta miscelánea debió de conocer durante cuarenta años muchas vicisitudes, antes de padecer las consecuencias de un motín, siendo lanzada en 1823 a las aguas del Guadalquivir. Víctima de los furores de un populacho manipulado por los esbirros de Fernando VII, Bartolomé José Gallardo, el bibliófilo liberal a quien pertenecía, no se consoló nunca de la pérdida del precioso manuscrito. Al menos tuvo tiempo de hacer varias copias y de comparar el texto de las dos novelas con la versión publicada por Cervantes en 1613. Por desgracia, no sabemos nada de las circunstancias en que Porras hizo el

libro. ¿Se limitó a transcribir las obras que lo forman? ¿O bien corrigió o alteró ciertos pasajes, como en la actualidad piensan algunos? De cualquier modo, el examen de las variantes revela la revisión sufrida por la historia de *El celoso extremeño*: inicialmente, la inocente esposa del viejo Carrizales cedía a los intentos de su seductor; en la edición definitiva, le opone una resistencia tan obstinada que el galán se cansa y los dos amantes supuestos se duermen castamente uno en brazos del otro. El choque que sufre el viejo al descubrirlos abrazados no es menor que si hubieran consumado de forma efectiva el adulterio; pero es una lección muy distinta la que se ofrece al lector. Volveremos sobre ello en el momento oportuno.

La transcripción hecha por Porras prueba, pues, una primera difusión de estas dos novelas, y sobre todo de *Rinconete*, mencionado además en la Primera Parte del *Quijote*. Un hispanista anglosajón, E.T. Aylward supone que, en realidad, las escribió un anónimo y que luego Cervantes, tras haber efectuado las correcciones que hemos dicho, se atribuyó su paternidad. Según el mismo, el «globo sonda» de la alusión del *Quijote* permitió al escritor comprobar que nadie le disputaba el *Rinconete*, llevándole a consumar la superchería en 1613; de ahí el tono perentorio con que en su prólogo reivindica como suyas estas obras «no imitadas ni hurtadas».[17]

Por ingeniosa que sea esta hipótesis, equivale a prestar una singular hipocresía a un escritor que, en 1614, será víctima en propia carne de la impostura de Avellaneda y sentirá dolorosamente la publicación del *Quijote* apócrifo. En realidad, como ha observado Geoffrey Stagg, las diferencias entre ambas versiones tienden a manifestar la sustitución de una primera pluma, la de Cervantes, por una segunda, la de un plagiario que bien pudo ser Porras, el cual se dedicó a retocar los originales en diferentes lugares antes de incluirlos en su miscelánea.[18] En estas condiciones, el manco de Lepanto tuvo que esperar hasta 1613 —cuatro años después de la muerte de Niño de Guevara— para restablecer el verdadero texto de sus dos novelitas, incluyéndolas en el volumen que dio entonces a la imprenta. En cualquier caso, habida cuenta de su incorporación previa en aquel cartapacio preparado para el cardenal arzobispo de Sevilla, la redacción de las dos

obras data con certeza de la estancia de Cervantes en Andalucía, de esos años oscuros, aunque fecundos, que pasó a la sombra de la Giralda, entre su salida de la cárcel y su regreso definitivo a Castilla.

Pero ¿qué sabemos de las otras diez novelas del volumen de 1613? A falta de criterios precisos de datación, su cronología ha dado lugar a las hipótesis más contradictorias. *La española inglesa*, cuya protagonista sobrevive al saco de Cádiz, ha sido tenida durante mucho tiempo por una de las más antiguas. Como para *El amante liberal*, hoy se prefiere ver en ella una obra más tardía. *La Gitanilla*, *El Licenciado Vidriera*, *La ilustre fregona*, *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros* hacen referencia, por su parte, a sucesos señalados del primer decenio del siglo XVII: éxito sin precedentes del *Guzmán de Alfarache*, retorno de la corte a las riberas del Manzanares, nacimiento del futuro Felipe IV, hostilidad creciente de la opinión contra los moriscos. Pero algunas de estas alusiones tal vez sean contemporáneas de una última revisión, posterior a la redacción propiamente dicha. En cuanto a *La fuerza de la sangre*, *Las dos doncellas* y *La señora Cornelia*, no hay datos que permitan fijar con exactitud el momento de su composición. En última instancia, el método que, hasta la fecha, parece haber dado resultados más significativos es el que propone Francisco Rico a partir del examen del empleo por Cervantes de las fórmulas respectivas *A lo que* y *A lo cual*. Sin entrar en más detalles, basta citar la conclusión de su estudio: «Podemos concluir que la totalidad del primer *Quijote* y la totalidad de las *Novelas ejemplares* pertenecen a un mismo estadio de la producción de Cervantes. Lo que de ninguna manera cabe admitir es que el grueso de las *Novelas ejemplares* se sitúe entre el primero y el segundo *Quijote*: una regresión desde *A lo que* hasta *A lo cual* e inmediatamente otra en sentido opuesto serían del todo ininteligibles». [19]

Para complicar un poco más los datos del problema, la colección de Porras contenía una tercera novela anónima, *La tía fingida*, cuya atribución ha hecho correr ríos de tinta. Se ha inferido de su indecencia que Miguel, por escrúpulos, la habría apartado de la edición de 1613. En nuestros días,

su autoría sigue planteando muchas dudas, hasta tal punto que no estamos en condiciones de adscribirla a ciencia cierta a Cervantes.[20]

Volviendo a las obras recogidas por él en vista de su publicación, lo más probable es que hiciese la última revisión en la primavera de 1612: a su vuelta de Esquivias, en su «lóbrega posada» de la calle de las Huertas. La aprobación oficial que abre la edición de las *Novelas ejemplares* está fechada, en efecto, el 9 de julio de 1612. Otorgada por un fraile trinitario, fray Bautista Capataz, fue redactada en el convento mismo en que hasta entonces se reunía la Congregación del Santísimo Sacramento. En el *Viaje del Parnaso*, Miguel evoca la tez biliosa de ese monje poeta,

> descalzo y pobre, pero bien vestido
> con el adorno que le da la fama.

Confirmada el mismo día por el doctor Gutierre de Cetina, esta opinión favorable es corroborada el 8 de agosto por un correligionario del primer censor, fray Diego de Hortigosa. ¿Quiso proclamar Miguel de este modo su entera sumisión a la santa Iglesia? ¿Pretendió, en esa ocasión, recordar los lazos que le unían a los Redentores? Tal como nosotros lo percibimos, su itinerario espiritual nos incitaría a responder de modo afirmativo. No por ello dejará de bautizar con el apellido de Hortigosa a la celestina que saca a escena en el entremés de *El viejo celoso*: con Cervantes, el ingenio nunca pierde sus derechos.

Necesitó tres meses para obtener el privilegio destinado a protegerle de los editores piratas: los mismos que, siete años antes, se habían aprovechado sin vergüenza del éxito del *Quijote*. Tras nuevas gestiones, que le llevaron más de un año, fue ampliado más allá de Castilla, a los dominios de la corona de Aragón. El 31 de julio de 1613, el libro recibe una última aprobación, firmada esta vez por un joven admirador, Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. Esta aprobación es, de hecho, un vibrante elogio, en el que Salas subraya con placer «la justa estimación que en España y fuera de ella se hace de su claro ingenio, singular en la invención y copioso en el

lenguaje». El censor se convierte en crítico literario, el crítico más encomiástico del mundo.

Sólo le quedaba hallar al librero dispuesto a comprar el manuscrito. También esta vez será Robles. La fecha tardía del acta de venta, firmada el 9 de septiembre de 1613, ha hecho suponer que Cervantes había buscado antes otros editores, y que sólo se había dirigido a Robles como último recurso. Con la ayuda de la fama, ¿le parecía insuficiente la suma que se le ofrecía? «No hay ningún [librero en Madrid] que no quiera los privilegios de balde —declara un personaje del *Persiles*— o a los menos por tan poco precio que no le luzga al autor del libro.» No conviene, sin embargo, creer a pie juntillas todas las palabras que un escritor pone en boca de sus personajes. Los mil seiscientos reales concedidos por Robles representaban una suma nada escandalosa para la época; pero hacía mucho tiempo que se los había pagado en forma de adelantos. De ahí un contrato redactado de tal forma que no hizo más que avalar un acuerdo tácito, ocurrido sin duda muchos meses antes.

Así pues, a finales de la primavera, el taller de Juan de la Cuesta dispone del manuscrito de las *Novelas*, concluyendo su impresión a principios de agosto. Pocos días antes, el 14 de julio de 1613, el autor había dedicado su libro al príncipe que no le llevó consigo a Italia. La tradición exigía que una epístola dedicatoria fuera a la vez un elogio del generoso mecenas y una demanda rogándole que tomara la obra que se le ofrecía bajo su protección. A Miguel, como ya sabemos, le gustaba afirmar su independencia; va a reincidir sin ambages:

> Yo, pues, huyendo de estos dos inconvenientes, paso en silencio aquí las grandezas y títulos de la antigua y Real Casa de vuestra Excelencia, con sus infinitas virtudes, así naturales como adquiridas (...). Tampoco suplico a vuestra Excelencia reciba en su tutela este libro, porque sé que, si él no es bueno, aunque le ponga debajo de las alas del hipogrifo de Astolfo y a la sombra de la clava de Hércules, no dejarán los Zoilos, los Cínicos, los Aretinos y los Bernias de darse un filo en su vituperio, sin guardar respeto a nadie. Sólo suplico que advierta vuestra Excelencia que le envío, como quien no dice nada, doce cuentos que, a no haberse labrado en la oficina de mi pensamiento, presumieran ponerse al lado de los más pintados. Tales cuales son, allá van, y yo quedo aquí contentísimo por parecerme que voy mostrando en algo el deseo que tengo de servir a vuestra Excelencia, como a mi verdadero señor y bienhechor mío.

Como se ve, esta página es un testimonio de respeto y gratitud. Pero respira sobre todo la legítima confianza de un escritor que sabe lo que vale y para quien sólo cuenta, en última instancia, el juicio del lector.

A éste queda reservado el mejor de estos preliminares: un prólogo a tono con el que había escrito ocho años antes para el *Quijote*. Por cierto, este fragmento antológico ha dado lugar a veces a curiosas interpretaciones. Así se nos dice, con notable humor, que el ilustre Jáuregui, tan buen pintor como delicado poeta, hubiera retratado al autor si se le hubiera pedido. Un oscuro artista de principios del siglo pasado, José Albiol, quiso dar cuerpo a esta fantasía exhibiendo un buen día el famoso cuadro. Descubrimiento memorable, pero sospechoso cuando menos, como lo prueban dos detalles incongruentes de esa tela manipulada de forma expresa: la indicación del nombre del modelo —*Don* Miguel de Cervantes—, cuando éste jamás se hizo llamar así; y la fecha de 1600 asignada a la obra, que significaría que Jáuregui, genio precoz, realizó el encargo a la edad de... diecisiete años. No obstante, el cuadro suscitó la admiración de varios eminentes cervantistas, en tanto que Albiol acabó regalándolo a la Real Academia Española, sin desvelar por supuesto la superchería.[21]

El único retrato auténtico que conservamos es el que el autor incluyó en su prólogo en sustitución del de Jáuregui, y que quiso ofrecer a su amado lector:

> Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis (...); el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor de *La Galatea y* de *Don Quijote de la Mancha* (...). Llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra.

Tal es la imagen que Miguel quiso dejar a la posteridad. Aunque fuera vivo su orgullo de haber combatido en Lepanto y de haber soportado, con la frente alta, las tribulaciones del cautiverio, sus obras, desde entonces,

prevalecen sobre su hoja de servicios. Es el escritor quien aquí nos habla de sí mismo, variando constantemente los ritos de su presentación a un lector al que alternativamente hace su testigo, su confidente, su mediador y su cómplice. Y es entonces cuando somete su nueva obra al público que ya lo ha consagrado.

Un Boccaccio español

> Y más que me doy a entender, y es así, que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana, que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas, y van creciendo en los brazos de la estampa.

Puede parecer sospechosa la insistencia de Cervantes en reivindicar así su primacía. No obstante, no plantea dudas. Antes, España había practicado el cuento y el apólogo, pero en la estricta observancia de las formas canónicas que la Edad Media había legado al Renacimiento: nada más que un teatro de sombras, una concatenación de sucesos esquematizados por un narrador omnisciente que, ante un auditorio imaginario, tira de los hilos de sus títeres antes de concluir con la moraleja de la historia. Juan de Timoneda, el librero valenciano a quien sin duda Miguel visitó a su regreso de Argel, había fijado el modelo de estas ficciones impregnadas de folclore: sintomáticamente las llamó «patrañas», dando a entender de este modo que se destinaban a un lector conquistado de antemano, dispuesto a admitir cualquier simplicidad.

Hay que esperar a finales del siglo XVI para ver a las letras españolas aclimatar la novela corta, en el sentido que damos hoy a este concepto: no una cascada de peripecias inscritas en el diseño de una narración breve, sino más bien una crisis a la que se enfrentan los personajes y cuyos efectos se descubren a través de sus reacciones. En 1559, la admirable *Historia del Abencerraje* había anticipado esa mutación evocando, sobre el telón de fondo de los últimos tiempos de la Reconquista, el conmovedor idilio de

una amable mora y su caballeresco amante. A finales del reinado de Felipe II, Mateo Alemán toma el relevo con las cuatro historias incluidas en su *Guzmán de Alfarache*. Pero, a decir verdad, no son más que relatos intercalados y, en esa fecha, Cervantes ya había dado las primicias de su talento.

No se aventuraba por ello en terreno virgen: antes de él, Boccaccio y sus epígonos habían consagrado en Italia la *novella*, donde el relato, concentrado en torno a un elemento central, resalta lo que es único en el personaje y su destino. España no esperó al autor del *Quijote* para importar el término que la designa y reservar la mejor acogida a un género hasta entonces desconocido. Traducido al castellano al final del siglo XV, el *Decamerón* había sido objeto de cinco ediciones sucesivas y figuraba en la biblioteca de Isabel la Católica. La vigilancia de los inquisidores, que colocaron la obra entre los libros prohibidos por el *Índice* de 1559, suspende esa brillante carrera, aunque sin afectar la boga de los *novellieri*. Durante sus años de Italia, Miguel leyó a Boccaccio en lengua original, tras haber autorizado la Inquisición romana la reedición de sus obras expurgadas. También se familiarizó con sus émulos, cuyas fábulas habían adquirido carta de ciudadanía en su patria: las *Historias trágicas y ejemplares* de Matteo Bandello fueron editadas en castellano en Salamanca en 1589 y, como ya vimos, parece que Miguel compró su traducción francesa algunos años más tarde, durante una estancia en Sevilla; un año después, los *Hecatommithi* de Giraldi Cinthio fueron publicados en Toledo, conociendo en toda España una amplia difusión. Pero, como recalca el citado prólogo, se trataba de novelas importadas del extranjero, y a menudo adaptadas, más que realmente traducidas. Así pues, en todos los aspectos, la labor de Cervantes fue la de un pionero.

Aceptó el reto de los italianos; pero lo hizo tomando sus distancias. «Nuestro Boccaccio español», como pronto lo llamará Tirso de Molina, meditó, sin duda, el ejemplo de los *novellieri*; de ellos tomó incluso las características formales del género; pero se abstuvo de todo plagio servil. Las reminiscencias que afloran aquí y allí siguen siendo referencias difusas,

que no autorizan a hablar de imitación. Salas Barbadillo fue uno de los primeros en haber levantado acta de ello rindiendo homenaje a la invención de las *Novelas ejemplares*: esa invención en la que, según confesión propia, nuestro poeta no tenía rival.

Queda por apreciarla en su plena medida. Si se considera sus intrigas, las novelas cervantinas se limitan habitualmente a retomar motivos y situaciones tradicionales cuyo origen se remonta a la más alta antigüedad. O bien un amor contrariado termina por encontrar salida en una feliz unión: *La Gitanilla*, *El amante liberal*, *La ilustre fregona*, *La española inglesa* nos ofrecen cuatro variaciones sobre ese tema clásico. O bien el matrimonio es la reparación de una falta, nacida del deseo impulsivo de un seductor audaz: *La fuerza de la sangre*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia* ilustran este esquema. O bien, como ocurre en *El casamiento engañoso* y en *El celoso extremeño*, el suceso desbarata, a veces de forma trágica, los designios pecaminosos de quienes contravienen las leyes de la naturaleza. Raptos, duelos y reconocimientos suelen jalonar la trayectoria de los personajes; pero es su manera, más que su materia, lo que constituye el encanto de estos relatos. Lo que nos entregan, en efecto, no es una mera suma de experiencias fragmentarias, sino la forma en que los héroes las viven y las sienten, conforme se van descubriendo a sí mismos, al hilo de una búsqueda en la que nos arrastran de modo irresistible tras ellos. Este descubrimiento puede proporcionarles una felicidad compartida que, lejos de estar asegurada de antemano, sólo se conoce al término de una larga ascesis. Y a la inversa, puede ser el choque por el que el culpable interioriza la sanción que le golpea y acepta pagar el precio de su error.

De este traslado de acento que supedita el *qué* al *cómo*, deriva, más allá de los diferentes esquemas experimentados, la economía del relato cervantino. De ahí la flexibilidad de una fórmula irreductible a un modelo preformado. Determinado a explotar todos sus recursos, el autor del *Quijote* los adaptó a su propósito en cada ocasión, sin vacilar en salirse de los caminos trillados. Así, la odisea de Rinconete y Cortadillo en el seno del hampa sevillana concluye, al parecer, con una prudente resolución de los

dos muchachos: dejar cuanto antes ese lugar de perdición; pero al instante se nos dice, con una pizca de ironía, que tardará varios meses en realizarse. Asimismo, las peregrinaciones italianas del Licenciado Vidriera parecen anunciar toda una serie de peripecias; pero, de hecho, no son más que la prehistoria de sus vicisitudes: el licenciado Tomás Rodaja no se descubre como tal sino a partir del momento en que se vuelve loco; por temor a quebrarse en mil pedazos, se refugia en adelante en la paradoja y el aforismo. En cuanto a la autobiografía de Berganza, pícaro de cuatro patas que una noche recibe el don de la palabra, se inserta en la trama del diálogo que mantiene con su compadre Cipión: un diálogo transcrito por el capitán Campuzano, el héroe de *El casamiento engañoso*, quien lo lee a su amigo Peralta. De ello resulta un doble encajamiento, auténtico desafío a las convenciones de la escritura.

Ese desafío, Cervantes lo lanza también a los cánones que suelen regir las relaciones entre realidad y ficción. El supuesto realismo de las *Novelas ejemplares* ha sido a menudo considerado su rasgo predominante. Pero, como queda dicho, narrador y personajes, al contemplar el teatro del mundo, no registran el espectáculo de seres y cosas. Si tratan de traducir lo concreto, es para restituir en su desarrollo una experiencia singular y hacerla compartir por el lector, elevándola a categoría universal. De ahí, cualquiera que sea el marco, la indiferencia por lo pintoresco de pacotilla; y a la inversa, la valoración del detalle revelador. De las orillas del Guadalquivir, por donde Rincón y Cortado se van a pasear, el narrador sólo retiene «el gran concurso de gentes del río, porque era un tiempo de cargazón de flota y había en él seis galeras, cuya vista les hizo suspirar, y aun temer el día que sus culpas les habían de traer a morar en ellas de por vida». Sean o no legítimos estos temores, es el punto de vista del héroe lo que presta a este marco su presencia, incorporando descripciones y narraciones al diálogo de los personajes y transmutando una aparición en una auténtica puesta en escena: basta un ademán, a veces, para que el ser que se ofrece a nuestros ojos nos entregue sin saberlo su verdad. Así, el

soldado famélico que desde el inicio de *El casamiento engañoso* se presenta al lector en la puerta del Hospital de la Resurrección:

> por servirle su espada de báculo y por la flaqueza de sus piernas y amarillez de su rostro, mostraba bien claro que, aunque no era el tiempo muy caluroso, debía de haber sudado en veinte días todo el humor que quizá granjeó en una hora. Iba haciendo pinitos y dando traspiés, como convaleciente.

Bastan estas pinceladas para que nos fijemos en ese buboso que lleva los estigmas de su desgracia y cuya condición y destino no tardaremos en descubrir.

El realismo cervantino, en última instancia, es el arte de captar cada ser en situación: en lucha consigo mismo, con otro, con la sociedad entera. De donde se deduce que, según las circunstancias, el mundo en que evolucionan los personajes y en que se descubren puede ser o bien el mar Mediterráneo, por donde el protagonista de *El amante liberal* sigue las huellas de su amada, o bien el barrio de Toledo en que se desarrolla la acción de *La fuerza de la sangre*, o bien la morada sevillana convertida en prisión de Leonora, la esposa de *El celoso extremeño*. Puede ser, finalmente, un universo en trampantojo: el marco aparente de nuestra vida cotidiana, pero refractado por la locura de un licenciado de vidrio o por el discurso de un perro elocuente. ¿Es inverosímil ese diálogo de Cipión y Berganza, recogido por un enfermo en su camastro de hospital? Es lo que replica el licenciado Peralta a su amigo Campuzano, que le afirma haber oído y casi visto con sus ojos a los dos compadres de cuatro patas. Pero basta con que le lea su coloquio para que alcance —y nosotros con él— su invención y artificio, «sin ponerme más en disputas (...) si hablaron los perros o no». ¿Tuvo lugar efectivamente el coloquio? No es esa la cuestión. El coloquio es perfectamente coherente: no se necesita más para juzgarlo creíble.

En el *Viaje del Parnaso*, Cervantes dirá en tres versos lo que pensó haber conseguido:

> Yo he abierto en mis *Novelas* un camino

> por do la lengua castellana puede
> mostrar con propiedad un desatino.

Esta paradoja de una ficción cuya verdad escapa a las normas de lo comprobable es una apuesta que no hubiera rechazado Aristóteles. Lector asiduo de sus comentaristas, el autor del *Quijote* supo superar de este modo la letra de sus glosas para encontrar el espíritu de la *Poética*. En este sentido, las doce novelas que nos ha dejado merecen ser llamadas «ejemplares»: son, en efecto, doce ficciones experimentales que exploran de forma sistemática las vías de la creación novelesca. Esta acepción particular de un calificativo ambiguo es la que tiende a adoptar nuestro tiempo. Pero, ¿cómo entendió el siglo XVII la «ejemplaridad» cervantina? Al parecer, Miguel tenía sus ideas al respecto. Lo poco que de ello nos dice no disipa todas las nieblas, pero nos permite sortear más de un escollo en el particular.

Unas novelas ejemplares

> Heles dado el nombre de *ejemplares*, y si bien lo miras, no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso; y si no fuera por alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas, como de cada una de por sí.

Hay algo que nos sorprende en esta advertencia. No sabemos si se destina al querido lector, o si no se trata, más bien, de desarmar a un censor de quien el narrador se ofrece a ser guía, al tiempo que se oculta en el momento decisivo. Se ha leído este discurso de muchas formas: expresión, para unos, de una hipocresía heroica; testimonio, para otros, de un arrepentimiento tardío. Tenemos que ir más allá.

No fue Cervantes el primero que desarrolló este tema. A fin de legitimar las fábulas «mentirosas», la Edad Media solía presentarlas como otros tantos *exempla*: fijando un episodio de la existencia humana, ayudaban al lector a corregirse. En el clima espiritual de la Contrarreforma, atenta al

poder de persuasión de la literatura, la ejemplaridad de los relatos de ficción va a ser erigida en criterio de verdad: al contrario de las historias licenciosas del *Decamerón*, cuyo mensaje es independiente de toda referencia explícita a una norma, esos relatos tienen que ofrecer al lector un abanico de «casos»; en otras palabras, otras tantas lecciones de vida de las que pueda sacar un «sabroso y honesto fruto». Así es como un Giraldi Cinthio, con este propósito, asigna a sus *novelle* una intencionalidad declarada, una finalidad deliberadamente edificante, lo que, desde luego, favoreció su difusión en España. En esa misma línea de pensamiento, un Suárez de Figueroa, en *El Pasajero*, definirá más tarde la «novela» como «una composición ingeniosísima, cuyo ejemplo obliga a imitación o escarmiento», designando de esta manera el doble rostro de la ejemplaridad.

¿Compartió Miguel su opinión? Digamos más bien que sintió algunas de sus preocupaciones. Por lo que se refiere en particular a *El celoso extremeño*, las enmiendas introducidas en la versión conservada por Porras están ahí para atestiguar un prurito de decencia al que el prólogo de 1613 da a veces el cariz de una auténtica obsesión: «Una cosa me atreveré a decirte, que si por algún modo alcanzara que la lección destas novelas pudiera inducir a quien las leyera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí, que sacarlas en público». Puede pensarse que los cuatro censores cuya aprobación explícita se solicitó se empeñaron en aplacar los escrúpulos del autor, puesto que se decidió a dar su manuscrito a la imprenta. Pero ¿le sugirieron expurgarlo? Muy listo será quien pueda responder. Del estudio atento de los textos que conservamos en dos estados distintos, se deduce que, si Cervantes atenuó algunas impertinencias o suprimió algunas picardías, la mayoría de las veces no aportó sino correcciones mínimas que no cuestionan su proyecto inicial. Júzguese por el epílogo de *Rinconete y Cortadillo*: aleccionado por la depravación de las costumbres sevillanas, Rincón está presto a «aconsejar a su compañero no durasen mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta, y tan libre y disoluta». Esta resolución le honra, a buen seguro; sólo que tiene que ponerla en práctica, porque, añade a renglón seguido el

narrador, «con todo esto, llevado de sus pocos años y de su poca experiencia, pasó con ella adelante algunos meses, en los cuales le sucedieron cosas que piden más luenga escritura, y así se deja para otra ocasión contar su vida y milagros...». Desenlace abierto, pero, asimismo, moralidad irónica, que no puede medirse con la vara de un estrecho conformismo.

También hay que mirarlo dos veces antes de imputar a la prudencia o a la mojigatería el *rifacimento* de *El celoso extremeño*. En la versión de Porras, la heroína consumaba el adulterio con Loaysa; en la redacción definitiva, se dice que su valor fue tal, «que en el tiempo que más le convenía, le mostró contra las fuerzas villanas de su astuto engañador, pues no fueron bastantes a vencerla, y él se cansó en balde, y ella quedó vencedora, y entrambos dormidos». Este casto sueño sería pasmoso si no viniera a confirmar lo que sospechábamos a cuenta del galán: este holgazán, que, por bravata, se ha jurado penetrar en la plaza, no tiene de seductor más que la apariencia; perfecto representante de una «gente baldía, atildada y meliflua», es en realidad un impotente agotado por sus noches de vela y al que su designio y su conducta descalifican, haciéndolo indigno de los favores de Leonora. En tales condiciones, el adulterio no es más que un simulacro: de su mancilla se salva la inocente niña encerrada por Carrizales en una jaula dorada. Víctima de las apariencias, el vejete muere de dolor, igual que en el relato primitivo; pero él solo asume su culpa. De ahí el precio del perdón que concede, en su lecho de muerte, a la desconsolada esposa, a la que el desmayo impide «contar por extenso la verdad del caso». Una vez viuda, Leonora irá a terminar sus días en un convento.

NOVELAS EXEMPLARES DE MIGVEL de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO A DON PEDRO FERnandez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su Magestad, Virrey, Gouernador, y Capitan General del Reyno de Napoles, Comendador de la Encomienda de la Zarça de la Orden de Alcantara.

Año 1614.

CON LICENCIA.

En Pamplona, por Nicolas de Assiayn, Impressor del Reyno de Nauarra.

Portada de las *Novelas Ejemplares*. Pamplona, 1614. *(Foto Archivo Espasa Calpe)*

La ejemplaridad de las *Novelas* cervantinas no preexiste, pues, al relato; le es consustancial, y es al lector, y sólo a él, a quien corresponde sacar la lección de una historia cuyo poder de sugestión deriva de que es a la vez ficción y verdad, tan capaz de sorprender como de convencer. De esta historia ambigua, el narrador no quiere ni puede entregar la clave. El desenlace que prepara, sea recompensa o, por el contrario, castigo, no puede ser la sanción de un *deus ex machina*, el fallo sin sorpresa de un destino complaciente: es el término del recorrido simbólico, jalonado de obstáculos, realizado por el personaje de un extremo al otro, la salida del laberinto adonde le ha conducido su estrella y por el que ha vagado durante tanto tiempo. Para Ricardo, el amante liberal, ganar el corazón de Leonisa no es sólo merecer su gratitud cuando le ayuda a escapar de los turcos; es también mostrarse lo bastante generoso para dejarla libre de escoger a quien ama. Para Andrés Caballero o Tomás de Avendaño, casarse el uno con Costanza y el otro con Preciosa no es hacer de príncipe azul con una Cenicienta castellana; es, ante todo, aprender a amarla por sí misma, respetando sus deseos y sus designios, libre de llevar la vida de los mozos de mesón o compartir la existencia de los gitanos. Existencia poetizada, se dirá, adornada con las galas de lo novelesco. Digamos también transfiguración de un mundo de réprobos, más coherente y más convincente que los estereotipos negativos que los gitanos suscitan en la literatura de la época. A partir de ese momento, poco importa que Preciosa y Constanza resulten hijas ambas de la flor y nata de la nobleza. El reconocimiento providencial que les permite recobrar in extremis su condición no es una mera convención de escritura; es una forma, para la sociedad, de conformarse a los decretos de la naturaleza, sellando así el encuentro de dos corazones.

Se ha observado que las *Novelas ejemplares* nos muestran que la realidad es así y no podía ser de otro modo: se desvela ahí con sus compromisos y sus mentiras, con su parte de azar y de necesidad. Pero no basta el azar para arreglar las cosas, ni la necesidad para que no se arreglen; intervienen también nuestras decisiones en un camino sembrado de trampas donde el bien y el mal intercambian en ocasiones sus máscaras: en otros

términos, el ejercicio de nuestra voluntad, en lucha con el desorden de un mundo cuya armonía secreta nos esforzamos por descubrir. Para lograrlo, hay que meditar, llegado el caso, el ejemplo de quienes, al parecer, no estaban destinados a mostrarnos el camino: los falsos ingenuos al modo de Rinconete, cuya mirada asombrada penetra las apariencias; los locos al estilo del Licenciado Vidriera, que, por contemplar el mundo al revés, lo ponen sobre sus pies; los perros de raza como Berganza, capaces de compartir el destino de los hombres a la vez que se desmarcan del universo humano. Tal es, en última instancia, el «misterio escondido» evocado por el autor en su prólogo y ocultado, según él, en sus escritos.

Nada más salir de las prensas, las *Novelas* cervantinas van a conocer un éxito fulgurante: cuatro ediciones en diez meses, entre ellas una pirata aparecida en Pamplona, y una falsificación, publicada en Lisboa. Veintitrés ediciones confirmarán ese entusiasmo al hilo del siglo. Van a dar su carta de nobleza a un género que España cultivará con notable constancia. Tirso de Molina es, sin la menor duda, el más brillante discípulo del Boccaccio español. Castillo Solórzano, Salas Barbadillo, Liñán y Verdugo, María de Zayas van a seguir a su vez sus huellas. Incluso Lope de Vega trató de recoger el guante en sus *Novelas a Marcia Leonarda*, mencionando de pasada, con cierta tibieza, esas ficciones «en que no faltó gracia y estilo a Miguel de Cervantes». Inglaterra, tan aficionada al *Quijote*, les reserva una acogida igual de calurosa: antes incluso de hacer la traducción íntegra, lleva a la escena, en transposición muy libre, *La Gitanilla*, *La ilustre fregona*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*, *La fuerza de la sangre*, *El amante liberal* y *El casamiento engañoso*. En cuanto a Francia, les dedica un verdadero culto: traducidas en 1615 por Rosset y D'Audiguier, reeditadas en ocho ocasiones durante el siglo XVII, las *Novelas ejemplares*, en su versión original, se convierten en el libro de cabecera de todos los que presumen de practicar el español. A los sucesores de Rotrou y de Corneille les ofrece a la vez todo un repertorio de situaciones, recogidas y reelaboradas por la comedia novelesca; a los prosistas del Gran Siglo —Urfé, Voiture, Scarron, Sorel, Segrais—, les proponen modelos que no

dejarán de imitar. Esta predilección de los discretos por las *Novelas* cervantinas, abiertamente preferidas al *Quijote*, se mantiene hasta que, en el siglo XVIII, éste recupere una supremacía que desde entonces no le ha sido negada.

Viaje del Parnaso

«El autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*»: tal decía el pie con que Cervantes había adornado su retrato, añadiendo a renglón seguido: «y del que hizo el *Viaje del Parnaso*, a imitación del de César Caporal Perusino». Esta última indicación nos sorprende hoy, pero revela el precio concedido por el escritor a un fruto tardío de su genio, relegado a la sombra por la posteridad.

¿Quién era Cesare Caporali? Un poeta menor, oriundo de Perusa, en Italia. Como Cervantes, había servido a la familia Acquaviva, antes de fallecer poco más o menos con el siglo. Su *Viaggio in Parnaso*, contemporáneo de *La Galatea*, había tenido cierto éxito, siendo reeditado en dos ocasiones. El autor del *Quijote* afirma haberlo imitado; más exactamente, le tomó la idea primera del poema. Como su modelo, nos cuenta una odisea burlesca: su ascensión del monte Parnaso y su comparecencia ante Apolo, rodeado del coro de las Musas; pero la expedición cervantina presenta un carácter profundamente original. Caporali emprendía su viaje montado sobre una mula; Cervantes prefiere «las ancas del destino» para «salir de su patria y de sí mismo». Tras despedirse de Madrid, de sus corrales y sus mentideros, toma el camino de Cartagena con ocho maravedís de queso y un candeal en sus alforjas. Allí se embarca en una galera hecha de estrofas y de versos: guiado por Mercurio, ese esquife debe ir en ayuda del Parnaso, amenazado por un ejército de veinte mil poetastros. Pronto se le une un batallón de escritores, cuya lista, entreverada de referencias alusivas, desconcierta algo al lector moderno; se hace a la mar y llega a Grecia después de haber costeado Italia.

Nada más llegados, los compañeros de Mercurio reciben una calurosa acogida de Apolo, con la única excepción de Miguel, el cual tiene que recordar sus servicios para que el dios le muestre un asomo de interés. Se presentan entonces los asaltantes, cuyo ataque provoca una confusión pasajera, pero finalmente serán rechazados a golpes de novelas, de sátiras y de sonetos. Rociado por Morfeo con un licor soporífero, nuestro héroe se duerme para despertar en Nápoles, donde se han dado grandes fiestas por orden del virrey. ¿Será que su protector, el conde de Lemos, va a admitirlo por fin a su lado? Por desgracia, esa etapa napolitana no fue más que un sueño, y es en Madrid donde Miguel despierta. Completamente chasqueado, concluye:

> Busqué mi antigua y lóbrega posada,
> y arrojéme molido sobre el lecho;
> que cansa, cuando es larga, una jornada.

A juzgar por la alusión de las *Novelas ejemplares*, cuyo prólogo data del verano de 1613, el poema estaba entonces preparado para la imprenta. Pero no fue publicado hasta noviembre de 1614. Debidamente acompañado de las aprobaciones y licencias habituales, fue dedicado con cierta frialdad a un adolescente de apenas quince años llamado Rodrigo de Tapia, hijo de un miembro del Consejo Real, adepto al partido de Lerma. Mientras tanto, Cervantes había enriquecido su *Viaje* con una *Adjunta* en prosa. En ese epílogo, nos refiere su encuentro con Pancracio de Roncesvalles, uno de sus más fervientes admiradores. Pancracio, personaje imaginario, le entrega una serie de ordenanzas humorísticas dictadas por Apolo contra los malos poetas, para conseguir que el Parnaso no siga expuesto a sus asaltos.

Tres mil endecasílabos, repartidos en ocho capítulos; ciento cincuenta poetas, mencionados, saludados y celebrados por el autor: esta epopeya a contracorriente contiene, a buen seguro, partes muertas. Nuestras referencias culturales ya no son las del siglo XVII, y los encantos del burlesco mitológico nos dejan un tanto fríos. En cuanto al desfile de poetas que Miguel encuentra durante su periplo, va acompañado de alusiones no

siempre fáciles de descifrar. A primera vista, ese desfile huele a ejercicio escolar: una puesta al día, en suma, del «Canto de Calíope», en el que ya se enumeraban amigos y rivales. Pero hay que ir más allá de las analogías superficiales: considerando bien los vaivenes de esos rimadores impenitentes entre los dos campos enfrentados, las traiciones que cometen, las defecciones que consuman, la negativa de Apolo a decirnos quiénes son los nueve poetas que él corona, vamos descubriendo, detrás de los elogios de encargo, una visión desengañada de las reputaciones usurpadas y de la hipocresía reinante. Las flechas que descarga aquí Cervantes apuntan en la dirección de Lope de Vega y sus satélites, siendo al mismo tiempo una respuesta contundente al desplante sufrido ante los Argensola. Por ello el *Viaje del Parnaso* no podía colocarse bajo el amparo de Lemos. Sólo los verdaderos creadores se merecen un legítimo aprecio: así Quevedo, cuya musa bufona recibe un cálido homenaje; así Góngora, por encima de todos, admirado por su *Polifemo*, esa obra maestra ambiciosa donde por primera vez se ha plasmado el ideal barroco.

Lo que Miguel nos dice de sus propios escritos, lo que deja entrever de sus ideas y de sus gustos literarios tenía que llamar necesariamente la atención. Pero, en contra de lo que se creyó, esas confidencias no son meras indicaciones para uso de los manuales de literatura. Hoy se capta mejor su verdadero interés: son los fragmentos dispersos de una historia personal. Sin la menor duda, ese viaje mítico es una manera de revancha: una forma de enlazar con Lemos sin tener que pasar por sus seguidores. Es también una peregrinación a las fuentes. Alejándose del marco de su vida presente, de esa Villa y Corte evocada a grandes rasgos, el narrador nos lleva con él a un recorrido cargado con el recuerdo de sus pasadas andanzas: del golfo de Narbona al de Génova, de las bocas del Tíber al estrecho de Mesina, de las riberas de Corfú a la bahía de Nápoles, vemos desfilar los lugares que sorprendieron su imaginación y su sensibilidad.

En este espacio remodelado por la memoria emerge poco a poco el héroe del día: «Miguel de Cervantes Saavedra, en la calle de las Huertas», como reza el sobrescrito de la carta que Pancracio le tiende de parte de

Apolo. Cantor de su propia expedición, pero también interlocutor de dioses y de hombres, se va dibujando ante nuestros ojos. Cada encuentro añade una pincelada a su retrato; pero cada una de ellas tiene su propio valor. Algunas sugieren su decrepitud:

> Yo, socarrón; yo, poetón ya viejo.

Otras señalan una pretendida incultura asumida por el narrador con un distanciamiento burlón. Otras evocan sus virtudes, sus méritos, la fama que le han valido sus escritos:

> ¡Oh Adán de los poetas, oh Cervantes!
> . . . .
> Tus obras los rincones de la tierra,
> llevándola[s] en grupa Rocinante,
> descubren y a la envidia mueven guerra.

Otras, por último, revelan su paciencia y su resignación en la adversidad; así, cuando Apolo le ordena, a falta de silla, que doble su capa y se siente en ella, le contesta con cierta melancolía:

> —Bien parece, señor, que no se advierte,
> le respondí, que yo no tengo capa.

Todo este juego de sombras y luces se recorta sobre el trasfondo de las hazañas de antaño, de los sinsabores pasados, de las decepciones presentes, de los proyectos inmediatos. Marcado por las desdichas, pero consciente de sus dones de «raro inventor», Miguel supera esa constatación lúcida de suertes y desgracias para proyectarse hacia el futuro indeciso que ante él se abre. Impone su imagen de marca, construyendo su yo en la confluencia de lo vivido y de lo imaginario: no como la suma de juicios hechos sobre él, sino a través, y más allá, de sus contradicciones mismas.

Cervantes emprendió esta conquista de una identidad singular, irreductible a una «esencia» preestablecida, con el mismo ardor que Don Quijote. Pero, enfrentado al misterio de su destino, no nos dice si la llevó a

buen puerto: como la de Ginés de Pasamonte, aún no estaba acabada su vida, y no le correspondía anticipar el veredicto de los siglos. Simplemente, en el curso de una estrofa, nos confirmó lo que dejaban sospechar sus canas. Él, que pretendía

> cantar con voz tan entonada y viva,
> que piensen que soy cisne y que me muero,

sabía que nos entregaba ahí su testamento poético: el adiós de un hombre que, temiendo ser víctima de sus sueños, supo hacerles cara con una sonrisa.

La ilusión cómica

La pasión por el teatro vivida por Cervantes desde su mocedad se ha apoderado de España entera: Felipe III, al permitir la reapertura de los corrales, ha creado las condiciones para un nuevo impulso. Con el retorno de la corte a Madrid, esta pasión va a enardecer a la Villa y Corte con una fuerza desconocida hasta entonces.

Durante su etapa andaluza, Miguel no había cortado los puentes con los cómicos. Pero su contrato con Osorio había quedado en letra muerta. Su encarcelamiento en Sevilla, su partida para Valladolid, en vísperas de la publicación del *Quijote*, su reinstalación a orillas del Manzanares tras el caso Ezpeleta fueron otras tantas peripecias que lo mantuvieron alejado de las tablas, encerrándolo en el ingrato papel de censor de comedias al uso. De nuevo en Madrid, descubre un mundo de ociosos, ávido de diversiones, que corre cada día a aplaudir —o a silbar— un repertorio condenado a renovarse de modo constante. En lo esencial, el espectáculo teatral sigue siendo de una sencillez extrema. Lo que, en cambio, gana consistencia con el correr de los años es el programa de las representaciones. Con sus tres mil versos y sus tres jornadas, la comedia es, por supuesto, el plato fuerte; pero entremeses, bailes y mascaradas van a amenizar los entreactos,

multiplicando las formas de la ilusión. Como antes, los «autores» son los que llevan el juego: productores e intérpretes a la vez, son los intermediarios cortejados a porfía por los poetas. Como contrapartida, tienen que responder a los deseos de un público turbulento: ganarse los votos de los temibles mosqueteros no es cosa fácil.

Respaldado por una cohorte de discípulos, Lope de Vega sigue siendo su preferido. Su extraordinaria fecundidad, su prodigiosa invención lo convierten en el ídolo de los aficionados. Ahora bien, el Fénix ya no es del todo el de antes. Aunque sigue a la escucha de los corrales, tiende a guiar su demanda en vez de limitarse a responder a ella día a día. Vigila personalmente la publicación de sus comedias, reivindicando su caudal amenazado por los hurtos de los plagiarios y las usurpaciones de los histriones. Al mismo tiempo da a la Academia de Madrid la primicia de su *Arte nuevo de hacer comedias*: una epístola de circunstancias, compuesta al parecer entre 1605 y 1608, y destinada a convencer a aquellos doctos que, a semejanza del cura del *Quijote*, le reprochan sus complacencias y su facilidad. Hábil táctico, empieza por hacer alarde de su conocimiento de los preceptos, con gran acopio de citas sacadas de las autoridades. Luego finge defender al que tiene la culpa: al vulgo que le da de vivir, ha decidido «hablarle en necio». Así se las arregla para justificar sus audacias. Haciendo alternar reflexiones teóricas y consejos prácticos, enuncia y defiende las innovaciones introducidas por él: mezcla de lo trágico y lo cómico, pluralidad de tiempos y lugares, primacía de la acción sobre los caracteres, distribución de los papeles entre tipos consagrados, versificación polifónica que adapta metros y estrofas a las diferentes tonalidades. Subraya asimismo la eficacia de su fórmula: una intriga de peripecias rápidamente tramada, una concatenación de lances, que mantiene en vilo a un espectador al que divierten las salidas del gracioso. Por último, recalca su carácter contingente: en conformidad con los gustos de una época, la poética de la comedia nueva no es un catálogo de normas inmutables; es el fruto de una experiencia empírica constantemente reajustada a la prueba de los hechos.

Tal vez Cervantes no había vuelto a Madrid cuando esa epístola se leyó por primera vez. Pero probablemente recibió una copia manuscrita antes de releerla a placer en la versión impresa que se publicará en 1609. Nunca aceptará las ideas de su rival. Tendrá la elegancia de concederle públicamente la supremacía que en ese momento se le reconoce de forma unánime; pero no sigue su senda. No por fidelidad a una pretendida tradición clásica, invocada sin duda por los pedantes, y que la escena española nunca respetó; más bien por razones complejas que no son de orden estético en su totalidad: los privilegiados lazos anudados por Lope con los cómicos; los excesos a los que le condujo su genio demasiado pródigo («Potro es gallardo, aunque va sin freno», dirá de él Góngora); por último, los compromisos de sus émulos que, para satisfacer una demanda excesiva, produjeron en más de una ocasión una «mercadería vendible», es decir, un teatro de puro consumo. También señala con el dedo, sin la menor indulgencia, los tópicos de las comedias al uso: las impertinencias del gracioso, pieza maestra del sistema cuya presencia constante al lado de su amo le parece incongrua y chocante; o bien los matrimonios en cascada que sancionan todo desenlace que se respete, y cuya arbitrariedad denunciará a menudo. En cambio, admite ahora conformarse con la pluralidad de tiempos y espacios. En *El rufián dichoso*, donde predica con el ejemplo, nos muestra cómo «Comedia» se aplica a calmar los escrúpulos de «Curiosidad»:

Los tiempos mudan las cosas
y perfeccionan las artes,
y añadir a lo inventado
no es dificultad notable.
Buena fui pasados tiempos,
y en éstos si los mirares,
no soy mala, aunque desdigo
de aquellos preceptos graves
que me dieron y dejaron
en sus obras admirables
Séneca, Terencio y Plauto,
y otros griegos que tú sabes.
He dejado parte de ellos
y he también guardado parte,

> porque lo quiere así el uso,
> que no se sujeta al arte.

«Añadir a lo inventado» no es, por cierto, el manifiesto de un innovador. Es la mera comprobación de una situación a la que Miguel se resigna. Más que un dogmático siempre dispuesto a legislar en nombre de Aristóteles, el autor de *La Numancia* aparece como el nostálgico de una época que vio el éxito de sus primeras obras, el testigo de una época caduca: si se resuelve a hacer algunas concesiones a la moda, no entiende que tenga que renegar un ápice de sus convicciones. En el momento mismo en que su prosa le permite recuperar una audiencia que creía haber perdido, lo vemos pensando, si no en desafiar a un rival más joven en su propio terreno, al menos en ocupar en él el rango que le es debido. Veamos de qué manera, en lo que será el prólogo de sus *Ocho comedias*, nos quiere confiar sus esperanzas y sus desilusiones:

> Algunos años ha que volví yo a mi antigua ociosidad, y pensando que aún duraban los siglos donde corrían mis alabanzas, volví a componer algunas comedias; pero no hallé pájaros en los nidos de antaño; quiero decir que no hallé autor que me las pidiese, puesto que sabían que las tenía, y así las arrinconé en un cofre y las consagré y condené al perpetuo silencio.

Cervantes no nos dice quiénes son esos autores con los que contaba y que decepcionaron de ese modo sus expectativas. Tal vez Gaspar de Porres, que en otro tiempo había montado *La Confusa*: al parecer, le destinaba *Los baños de Argel* —con la prima de un papel para Catalina Hernández, su esposa—, pero éste puso término a su carrera en 1609. Tal vez también Nicolás de los Ríos, sin duda mejor dispuesto, pero que iba a morir prematuramente un año más tarde, y cuya fama recuerda en *Pedro de Urdemalas*. Si creyó poder restablecer sus finanzas con los ducados prontamente ganados que se solían embolsar los poetas de éxito, esa esperanza se desvaneció en humo. Para colmo de desgracia, la muerte de Margarita de Austria, esposa de Felipe III, ocurrida el 3 de octubre de 1611, iba a entrañar el cierre de los corrales hasta el verano de 1613. El divorcio de Miguel con el mundo de la escena estaba consumado.

¿Qué hacer en tales condiciones? Dado que los autores le negaban su ayuda, no tenía otra salida que prescindir de ellos. El 22 de julio de 1614, en la *Adjunta al Parnaso*, confiaba a Pancracio de Roncesvalles su nuevo designio: hacer imprimir sus comedias, «para que se vea de espacio lo que pasa apriesa, y se disimula, o no se entiende, cuando las representan. Y las comedias tienen sus sazones y tiempos, como los cantares». Confesión doblemente reveladora. Cervantes ya no siente esa fiebre teatral que dominó durante tanto tiempo y hace latir el corazón de los madrileños; es ahora un solitario que disfruta de un placer más secreto, el de la lectura, en el silencio de su modesto hogar. Pero su deseo de revancha sigue siendo vivo: ofrecidas a un público de lectores fieles, sus comedias bien podrían conocer, fuera de los circuitos obligados, un éxito imprevisto: ¡hermosa ocasión de desarmar a los irreductibles! Invertir los procedimientos habituales de esta manera era una apuesta tentadora; pero aún tenía que encontrar editor. Rechazado por Robles, poco dispuesto a lanzarse a esta aventura, Cervantes va a dirigirse a uno de sus colegas; pero lo que nos dice de la acogida recibida testimonia poca solicitud por parte de su nuevo socio:

> En esta sazón me dijo un librero que él me las comprara si un autor de título no le hubiera dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero que del verso nada; y si va a decir verdad, cierto que me dio pesadumbre al oírlo (...). Torné a pasar los ojos por mis comedias y por algunos entremeses míos que con ellas estaban arrinconados, y vi no ser tan malas ni tan malos que no mereciesen salir de las tinieblas del ingenio de aquel autor a la luz de otros autores menos escrupulosos y más entendidos. Aburríme y vendíselas al tal librero, que las ha puesto en la estampa como aquí te las ofrece; él me las pagó razonablemente; yo cogí mi dinero con suavidad, sin tener en cuenta con dimes y diretes de recitantes.

Este librero se llamaba Juan de Villarroel. En julio de 1615, recibe el privilegio real que necesitaba Miguel para poder enviar el manuscrito a la imprenta. A mediados de septiembre, apenas salida de las prensas, pone en venta la obra: *Ocho comedias y ocho entremeses nunca representados*. También en esta ocasión el libro va dedicado al conde de Lemos. Cervantes, que en su prólogo rinde homenaje al «gran Lope de Vega», le dispara en la dedicatoria la flecha del parto: una referencia desabrida a los cómicos que, «de puro discretos, no se ocupan sino en obras grandes y de graves autores,

puesto que tal vez se engañan». Reincidirá en el entremés de *La guarda cuidadosa*, que nos muestra a un zapatero entusiasmado con versos que le parecen de Lope, «como lo son todas las cosas que son o parecen buenas».

Un año antes, en la *Adjunta al Parnaso*, el autor del *Quijote* había reivindicado seis comedias y seis entremeses de inminente publicación. Por tanto, debió de hacer un último esfuerzo para completar la colección, a menos que haya sacado del baúl un puñado de inéditos puestos al día para la publicación. Se ha pensado que algunas de las obras de la época de *La Numancia* fueron así retomadas y corregidas. *El bosque amoroso*, *La gran turquesca* y *La Confusa* serían comedias dadas erróneamente por perdidas: rebautizadas, respectivamente, *La casa de los celos*, *La gran sultana* y *El laberinto de amor*, se nos habrían conservado al precio de una refundición más o menos forzada. Tal hipótesis no está suficientemente asentada para convencernos del todo. Al menos puede presumirse que, en Sevilla o Valladolid, Cervantes esbozó alguna de las comedias que se decidió a publicar en 1615: *Los baños de Argel*, por ejemplo, cuya intriga presenta coincidencias evidentes con el relato del Cautivo intercalado en la Primera Parte del *Quijote*. Otras, en cambio, fueron compuestas poco antes de su publicación: tal es probablemente el caso de *La entretenida* y de *Pedro de Urdemalas*, así como de la mayor parte de los ocho entremeses.

No se preocupó por aclarar estas cuestiones espinosas. En el admirable prólogo que puso al frente del volumen sólo nos explica lo que tuvo a bien decir. Eminentemente subjetivo, este testimonio nos muestra cómo Cervantes contempló el advenimiento de uno de los tres grandes teatros que conoció la Europa clásica, y cómo se resignó finalmente a no ser más que su precursor.

¿Un teatro por nacer?

Apartado de los corrales, ignorado del público madrileño, el teatro cervantino no encontró durante mucho tiempo más que incomprensión o

indiferencia. Eclipsado por el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, se ha convertido en pasto de especialistas que, a principios del siglo pasado, se dedicaron a someterlo a su escalpelo, con criterios heredados del teatro a la italiana; más preocupados, por consiguiente, de juzgar que de comprender unas obras ajenas a las normas que les eran familiares.

Sólo los entremeses han escapado a su condena. Pero su valoración ha sido el fruto de un malentendido. Entretenimiento sin pretensión, colocado —de ahí su nombre— entre dos jornadas de una comedia, el entremés aspiraba a distraer a los espectadores, representando las ridiculeces y los defectos del común de los mortales en su vida diaria. Lope de Rueda, aplaudido por Miguel en sus años mozos, había abierto el camino: sus «pasos», antepasados directos de los entremeses, explotan con éxito toda una gama de comportamientos cómicos encarnados por tipos fijados por la tradición: duplicidad de la esposa fiel, desventuras del viejo demasiado confiado, astucias del estudiante «tracista», torpezas del aldeano simple, a veces más maligno de lo que nos permite creer, baladronadas del soldado fanfarrón. Retomando estas situaciones ya consagradas, Cervantes las inscribió en un marco diseñado con trazo seguro: bien el entorno madrileño —Puerta de Guadalajara, calle de Toledo—, donde se sitúa la acción de *El juez de los divorcios*, de *La guarda cuidadosa*, de *El vizcaíno fingido*; bien el ambiente rústico, por cierto estilizado, de *Los alcaldes de Daganzo* y de *El retablo de las maravillas*.

Con eso bastaba para que se los considerase pintorescos cuadros de costumbres. Pero ni siquiera en su teatro el autor del *Quijote* es el mero observador de lo efímero. La materia de sus entremeses es, ante todo, un folclore permanente cuya vitalidad todavía hoy nos permite apreciar refranes, cantares y cuentecillos: las esposas ariscas de *El juez de los divorcios* son deudoras cercanas de las «malcasadas» de los *fabliaux*; la fregona de *La guarda cuidadosa*, requerida al mismo tiempo por un soldado famélico y un rollizo sacristán, transpone a su manera las vacilaciones de las muchachas del *bruscello* transalpino; la entrada subrepticia del galán introducido por Hortigosa en la morada de *El viejo celoso* se encuentra ya

en Aristófanes y Esopo; el espectáculo invisible que montan los titiriteros de *El retablo de las maravillas* deriva de una fábula polimorfa en la que Andersen se inspirará a su vez en *El traje nuevo del emperador*.

Cervantes no se limitó a rejuvenecer ese folclore mediante un juego de alusiones a los acontecimientos y costumbres de su época. Renovó su sustancia injertando en ellos los deseos y los fantasmas de una España en crisis: en primer lugar, esa obsesión de la «mancha» que condena a los aldeanos de *El retablo* a proclamar que ven las pretendidas maravillas que les describen, en el momento en que se supone que judíos y bastardos no pueden contemplarlas. También le dio fuerza y vigor gracias al poder del juego y del lenguaje. En ocasiones el desfile de las secuencias o de los personajes basta para servir de ritos de presentación: así las sucesivas apariciones de los demandantes de *El juez de los divorcios*, o los episodios imaginarios ensartados en *El retablo de las maravillas*. Pero la mayoría de las veces, el engaño o la trampa dan lugar a una verdadera intriga, fértil en saltos y en situaciones inesperadas: la intervención del estudiante aguafiestas en *La cueva de Salamanca*, quien, engañando a un marido demasiado crédulo, saca a la mujer adúltera del mal paso en que se había metido; la desvergüenza de Lorenza, la esposa frustrada de *El viejo celoso*, que, atrincherada en su cuarto, detalla a su esposo los encantos del galán que la acaricia. Situaciones codificadas, desde luego, pero que recuperan su frescor gracias a los recursos de un lenguaje expresivo, apto para recrear la vida; gracias también al baile de entradas y salidas, al contrapunto de gestos y de mímicas, al contracanto de danzas y estribillos.

De no haber sido más que escenas de género, los entremeses sólo se hubieran merecido una rápida mención, un breve homenaje algo condescendiente. Pero Cervantes no pinta ni denuncia como moralista los prejuicios y las apariencias. Inventa un teatro en libertad que pone en órbita; y son las marionetas que anima ante nuestros ojos las que, llegado el momento, dejan caer de sí mismas la máscara que les daba figura humana, reduciendo a su sola apariencia los seres que se supone que representan. A este precio, en *El viejo celoso*, el adulterio que se comete entre bastidores

puede ser descrito por la misma que lo comete; el barbero y el sacristán de *La cueva de Salamanca*, transformados por el estudiante en pacíficos demonios, adormecen las sospechas del marido cornudo; y *El retablo de las maravillas* nos desengaña situándonos ante nuestra propia imagen, proyectada en el doble reflejo de un espectáculo ficticio y de los que se reflejan en él.

Obras menores en que se revela un autor mayor, los entremeses modulan a su manera las cuestiones candentes que habían lanzado a Don Quijote a los caminos de La Mancha: el debate de lo real y de lo ficticio se encarna sobre tablados de fortuna, sin que el género que lo soporta reniegue un solo instante de su vocación cómica. Más ambiciosas, las ocho comedias conservadas por Villarroel han padecido, por su parte, que se las compare siempre con las obras maestras de Lope. A nuestro parecer, exigen que se las aprecie por sí mismas. Unas expresan una visión original del islam, donde, a diferencia de las habituales comedias de cautivos, la experiencia viva se trasluce bajo la fabulación novelesca. *Los baños de Argel*, inspirados por el cautiverio argelino; *El gallardo español*, que nos hace revivir el asedio de Orán por los turcos; *La gran sultana*, que nos muestra a Amurat a los pies de una esclava cristiana, descubren, a pesar de su fervor nacionalista, un matizado cuadro de relaciones entre cristianos e infieles.

OCHO COMEDIAS, Y OCHO ENTREMESES NVEVOS,

Nunca repreſentados.

COMPVESTAS POR MIGVEL de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDAS A DON PEDRO FERnandez de Caſtro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de ſu Mageſtad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la Zarça, de la Orden de Alcantara, Virrey, Gouernador, y Capitan general del Reyno de Napoles, y Preſidente del ſupremo Conſejo de Italia.

LOS TITVLOS DESTAS OCHO COMEDIAS Y ſus entremeſes van en la quarta hoja.



Año 1615.

CON PRIVILEGIO.

EN MADRID, *Por la viuda de Alonſo Martin.*

A coſta de Iuan de Villarroel, mercader de libros, vendeſe en ſu caſa a la plaçuela del Angel.

Portada de la obra *Ocho comedias y ocho entremeses nuevos.* Madrid, 1615. Biblioteca Nacional.
(Foto Archivo Espasa Calpe)

Por el contrario, otras obras nos trasladan a un universo de libre fantasía. *La casa de los celos* y *El laberinto de amor* toman su asunto de las fábulas de Ariosto. *La entretenida* sitúa en pleno Madrid un extraño vodevil cuyos equívocos nacen de un incesto supuesto. *Pedro de Urdemalas*, por su parte, nos lleva tras los pasos de un héroe truculento en un mundo lleno de folclore agreste. Por último, *El rufián dichoso* dramatiza un hecho histórico, la conversión auténtica de un tunante sevillano: tocado por la gracia, Cristóbal de Lugo rompe con los bajos fondos y el hampa para morir en olor de santidad en un convento de México. Combinando los motivos más diversos, tejidas de referencias múltiples, las comedias cervantinas funden así en un mismo crisol Poesía e Historia, en la encrucijada de la literatura y de la vida.

Sin duda, a quien las concibió le faltó hacerse plenamente dueño de su técnica. La empresa era ardua: ¿cómo configurar en un tablado, sin sujetarse a las modas, las acciones así puestas en escena? ¿Cómo «representarlas» en el pleno sentido del término, desarrollando el conjunto de sus significaciones? Privado del contacto con la farándula, separado de un público con el que no pudo establecer un diálogo fecundo, Cervantes forjó un arte experimental que sufrió por no poder ser experimentado. De ahí la gama de fórmulas que ensayó una tras otra, donde las secuencias episódicas, unidas por un juego de correspondencias simbólicas, se multiplican a menudo en detrimento de la acción. De ahí las fluctuaciones de una práctica de compromiso, marcada por el éxito de la comedia nueva, pero distinta del patrón impuesto por el Fénix. *La entretenida*, donde criados y criadas terminan por relegar a sus amos a la sombra, y donde un lacayo borracho trata de hacer de confidente, puede leerse como una crítica de las comedias al uso, con sus estereotipos y sus convenciones. No por ello deja de representar, aunque de forma indirecta, una concesión tardía al «arte nuevo».

En el momento mismo en que Lope hacía triunfar su propia fórmula, ¿cómo podían acoger los corrales este teatro problemático, que nunca reduce a un esquema simple y eficaz la complejidad de los acontecimientos

vividos? Sin embargo, hay algo muy nuevo en esa búsqueda de un lenguaje distinto, capaz de instaurar, por la magia del verbo, un mundo plasmado por la ambigüedad y la duda. Esa magia nos proporciona los juegos de espejos de *Los baños de Argel*, de *El laberinto de amor* y de *La entretenida*, que, insertando el teatro en el teatro, profundizan sin cesar las cambiantes relaciones del ser y del parecer. De ese tema fascinante, *Pedro de Urdemalas* nos ofrece la variación más sutil: convertido en actor en el momento del desenlace, Pedro desaparece de las tablas para dirigirse a una escena imaginaria: la comedia auténtica finaliza así en el preciso instante en que comienza el espectáculo anunciado.

También expresa, de una obra a otra, el movimiento por el que los personajes se interrogan sobre el sentido de su existencia. Los héroes de Lope, arrebatados por voluntades opuestas, desafían las convenciones establecidas; pero de hecho no tratan sino de recuperar los valores que subyacen en ellas, dentro de un orden del mundo fijado desde toda la eternidad. De este modo se identifican con una «naturaleza» dada de antemano, a la que aspiran a unirse de forma confusa. También las criaturas cervantinas parten a la búsqueda de sí mismas: pero se inventan a medida que se descubren, para construir poco a poco una identidad que les pertenece en exclusiva. Cristóbal de Lugo, el rufián dichoso, se juega su destino a un golpe de dados que, en *Le diable et le Bon Dieu*, también jugará, aunque a su manera, el Goetz imaginado por Sartre: ha apostado convertirse en salteador de caminos si perdía. Después de ganar contra todo pronóstico, decide hacerse santo, invirtiendo de este modo los términos de su apuesta. Aunque acepte el plan divino —al contrario de Goetz, que hace trampa—, no por ello deja de encarnar un proyecto de existencia por la virtud de una elección de la que es único responsable. Esta libertad señera es también la de Pedro de Urdemalas. Este nuevo Till Eulenspiegel, que toma del folclore sus disfraces y sus trazas, no se libera sólo de su prehistoria metamorfoseándose en un cómico proteiforme. Convertido, según confesión propia, en «una quimera», sólo se expresa en el plano de lo imaginario, librándose de cualquier estatuto que lo mutilaría petrificándolo.

A favor de esta mutación, se afirma plenamente como un ser virtual, que encuentra ahí su verdad profunda.

Desdeñado por sus contemporáneos, ¿logrará un día insertarse en nuestro presente el teatro cervantino? Ha concluido hoy la dictadura del teatro «a la italiana», sustituido a menudo por otros dispositivos escénicos, donde la técnica moderna ofrece al director de escena posibilidades infinitas. Por lo tanto, semejante perspectiva no parece absurda. Algunos ya han intentado dar un paso en esa dirección: García Lorca, como animador de «La Barraca» en vísperas de la guerra de España, al devolver los entremeses, «a la luz del sol y al aire libre de los pueblos»; Jean-Louis Barrault, a quien debemos una adaptación memorable de *La Numancia*, que la dio a conocer al público de París; Jacques Prévert, cuyo *Tableau des Merveilles* aúna la audacia subversiva de *El retablo* con los ideales del Frente Popular; más cerca de nosotros, Francisco Nieva y Adolfo Marsillach, autores, el uno, de un fastuoso montaje de *Los baños de Argel*, el otro de una brillante escenografía de *La gran sultana*. Estas tentativas dispersas tienen para nosotros un valor ejemplar. Ojalá otras experiencias permitan a ese teatro por nacer acceder plenamente a la vida.

7

De una a otra vida (1614-1616)

Que desta a la otra vida es grande el salto.

Viaje del Parnaso, IV

El regreso de los héroes

Al final de la Primera Parte, Don Quijote, devuelto a su hogar por obra del cura y del barbero, vecinos suyos, seguía convencido de ser víctima de malvados encantadores. Preso de su monomanía, dejaba augurar nuevas peripecias. Ama y sobrina, se nos dice, «quedaron confusas y temerosas de que se habían de ver sin su amo y tío en el mesmo punto que tuviese alguna mejoría, y sí fue como ellas se lo imaginaron».

Cervantes parecía prometer, pues, una continuación; pero, por no estar seguro de la acogida de los lectores, había, por prudencia, mantenido dudas, remitiéndose, como de costumbre, a la discreción de Cide Hamete Benengeli:

> Pero el autor de esta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, a lo menos por escrituras auténticas; sólo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha, que don Quijote la tercera vez que salió de su casa fue a Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento.

Era alzar una punta del velo sobre lo que sería la Segunda Parte, si es que llegaba a ver la luz; en tal caso, se precisaba que las aventuras del ingenioso hidalgo acabarían con su muerte. Pero en caso de que se renunciara al proyecto, el narrador justificaba por adelantado un eventual abandono, amparándose tras el silencio de los archivos: a falta de testimonios sobre los que fundar esta «verdadera historia», tendríamos que quedar sin conocer su fin. Jugando hábilmente con el artificio de los autores ficticios, Cervantes se había dado plena libertad.

Para suerte nuestra, se decidió a tomar de nuevo la pluma y a llevar la empresa a buen fin. El primer mérito correspondió a los lectores de 1605: entusiasmados con los hechos del caballero manchego, reclamaron su vuelta a escena; pero si su deseo pudo ser atendido fue, probablemente, porque encontraron un elocuente abogado en la persona de Robles. Para el librero madrileño, el éxito de la Primera Parte había sido un buen negocio, y estaba muy interesado en renovar la hazaña. Pero, para conseguirlo, tenía que convencer al autor. Desde su regreso a la Villa y Corte, Miguel debió de ser objeto de amistosas presiones. La salida en Bruselas de una nueva edición, el inicio de la preparación, en la imprenta de Cuesta, de una segunda reedición madrileña fueron, a buen seguro, argumentos de peso a los que no fue insensible. ¿Cuánto tiempo tardó en decidirse? Todo depende de la fecha que se asigne a la alusión que Sansón Carrasco hace, al principio de la Segunda Parte, a la difusión de la Primera y a los doce mil ejemplares «impresos hasta el día de hoy». Si corresponde a 1611 —es la hipótesis más verosímil—, habrá vacilado cuatro o cinco años. El año 1611 es la época de la última estancia del autor en Esquivias. En esa fecha, siete reediciones, lícitas o clandestinas, han aumentado la audiencia de la edición *princeps*. En el extranjero, los traductores han iniciado la tarea: en Inglaterra, Thomas Shelton ha acabado incluso la suya y está a la búsqueda de un impresor; en Francia, Baudoin y Richer han abierto el camino que César Oudin tomará tras ellos.

Miguel necesitará cuatro años para llevar a término la labor. Cuatro años para setenta y dos capítulos: un ritmo más rápido que el llevado para

redactar los cincuenta y dos capítulos de la Primera Parte, escalonados en cerca de seis. Notable hazaña: aunque liberado de los agentes del Tesoro, durante todo este período Cervantes conoció muchas preocupaciones domésticas. Y además no olvidemos ni las *Novelas ejemplares*, a las que, hasta 1612, concede gran parte de su tiempo, ni las demás obras que tenía entre manos —poemas, novelas, relatos, comedias, entremeses—, cuya redacción prosigue a ratos perdidos. La publicación de las *Novelas*, en el otoño de 1613, le vuelve disponible otra vez. Pero antes de acercarse de nuevo al ingenioso hidalgo, se dirige, en su prólogo, a un público que sin duda se impacienta. Ha acabado, le dice, el *Viaje del Parnaso*, y no desespera, «si la vida no me deja», de ofrecer a sus adictos *Los trabajos de Persiles*. Mas primero ha de ver, «y con brevedad dilatadas, las hazañas de don Quijote y donaires de Sancho Panza».

«Con brevedad» no ha de tomarse al pie de la letra. La epístola que Sancho, gobernador de Barataria, dirige a su mujer, Teresa, es de un año posterior a esas declaraciones: está datada el 20 de julio de 1614. Ahora bien, figura en el capítulo 36 de la Segunda Parte, es decir, poco más o menos en la mitad del trayecto. Comprometiéndose como lo había hecho, Cervantes quiso, pues, tranquilizar a un editor que le veía demorarse en unas obras consideradas como menores. Negociante sagaz, Robles sabe por dónde van las preferencias del público. En 1612, Thomas Shelton ha dado a luz por fin su traducción del *Quijote*; en 1613, diez ediciones de la obra maestra, todas en castellano, circulan por Europa; en 1614, César Oudin publica, a su vez, la primera traducción francesa. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Mundo, bailes, desfiles y mascaradas ponen de manifiesto la gloria del caballero y la popularidad de su escudero. El momento para reeditar la hazaña de 1605 no puede ser más idóneo.

Cervantes ya está convencido. El 22 de julio de 1614, dos días después de haber escrito la carta de Sancho, compone la *Adjunta al Parnaso*. El poema está listo para ser enviado a la imprenta, de modo que el *Quijote* pasa a ser la meta inmediata. El escritor trabaja a marchas forzadas: durante el verano, en poco más de dos meses, no redacta menos de veintitrés

capítulos. Es entonces cuando ocurre lo imprevisible: a finales de septiembre sale en Tarragona, al cuidado del librero Felipe Robert, el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha*, «que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras». Nueve años antes, Miguel había dejado vislumbrar una continuación, confirmando más adelante su propósito al anunciar su publicación; pero es un advenedizo el que, si se puede decir, le ha ganado en los últimos metros: un desconocido, natural de Tordesillas, cuyo nombre figura en la tapa del libro, el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda.

Un impostor enmascarado

En un momento en que está meditando algún nuevo capítulo, Cervantes ve entrar en su casa a un amigo. Con el rostro grave, éste le tiende un volumen que acaba de salir de las prensas. Calzándose sus famosos anteojos, nuestro escritor hace lo que hará Don Quijote: se pone inmediatamente, «sin responder palabra (...), a hojearle». ¿Pasaron así las cosas? Como puede sospecharse, la fantasía de los biógrafos no ha tenido freno sobre este tema. A decir verdad, no sabemos ni cómo tuvo conocimiento Miguel de la continuación apócrifa, ni cuál fue su primera reacción. En una época que tenía una idea completamente distinta de la nuestra sobre la propiedad literaria, y en la que, además, prevalecía en las letras y las artes una concepción muy amplia de la imitación inventora, el poeta de renombre o, simplemente, el afortunado autor de un libro de éxito estaba bastante seguro de tener émulos. En la Italia del Cinquecento, el *Orlando furioso* de Ariosto había aceptado de ese modo el desafío lanzado por Boiardo con su *Orlando enamorado*. En la España del Renacimiento, la boga de *La Celestina* había suscitado la boga de «la celestinesca», cascada de continuaciones, más o menos fieles al espíritu original. Durante el reinado de Felipe II, *Lazarillo de Tormes* había engendrado a su vez toda una descendencia, mientras que Gaspar Gil Polo prolongaba la *Diana* de Montemayor con una *Diana*

enamorada que no es indigna de su modelo. Más recientemente, un tal Mateo Luján de Sayavedra había dado a luz una *Segunda Parte del Guzmán de Alfarache*, mientras Alemán trabajaba todavía en la suya. Como se ve, la práctica era muy corriente.

¿Cómo habría de escapar el *Quijote* al destino común? En el prólogo de 1605, Cervantes se había proclamado no el padre, sino el padrastro de su héroe. Al hilo de su relato, se había ocultado tras los cronistas ficticios de una historia presuntamente verídica. Había anunciado nuevas aventuras, sin decirnos quién sería su narrador.

Forse altri canterà con miglior plettro,

Ahí estaba el Ariosto para contestar a la pregunta con el último verso del *Orlando furioso*. Concluir así —aunque fuese en broma— era tender un cable al desconocido, que se apresuró a cogerlo.

Mejor que un desconocido: una máscara. Desde hace cuatro siglos la personalidad de Avellaneda permanece envuelta en misterio. Todos los esfuerzos desplegados para identificarlo han resultado inútiles. Disimulados bajo ese seudónimo, se ha creído encontrar hasta cuarenta personajes de todas condiciones: hombres de letras, entre ellos Mateo Alemán, Bartolomé Leonardo de Argensola, Guillén de Castro, Pedro Liñán de Riaza, Ginés Pérez de Hita, Tirso de Molina, Suárez de Figueroa y, por supuesto, Lope de Vega, quien, de hecho, bien pudo haber escrito el prólogo; un gran señor, amigo y protector de Lope, el duque de Sessa; un dominico, Juan Blanco de Paz, cuyas calumnias había soportado Miguel en Argel; otro dominico, fray Luis de Aliaga, el confesor mismo del rey. En última instancia, ha surgido otra hipótesis, según la cual el autor del *Quijote* apócrifo se llamaría simplemente Avellaneda, sin dar, por ello, con la salida del laberinto. Por boca del ingenioso hidalgo, el propio Cervantes abrió una pista, observando que el lenguaje del falsario era aragonés, ya que «tal vez escribe sin artículos». Pero no hay que equivocarse en lo tocante a su observación: lo que pone así en la picota, no son las particularidades de un estilo

entreverado de regionalismos, sino las incorrecciones y torpezas que encubre. Más significativos son los tics de escritura señalados por la crítica moderna: citas en latín eclesiástico, marcado elogio de la vida conventual, alusiones repetidas a la devoción del rosario. Más que un clérigo o un escolarzuelo, denunciarían, en opinión de Martín de Riquer, a Jerónimo de Pasamonte, el soldado-escritor que, como se recordará, inspiró a Cervantes el personaje del galeote Ginés. De origen aragonés, habría puesto su pluma al servicio de Lope, contribuyendo de esta forma a complicar un poco más la historia bastante enmarañada de las desavenencias entre los dos escritores. Es de notar, dicho de pasada, que Ginés de Pasamonte reaparece en la Segunda Parte auténtica, bajo los rasgos de Maese Pedro, el titiritero cuyos figurines son destrozados por el caballero.[1]

La hipótesis es interesante, pero, a falta de argumentos realmente probatorios, no es más que una hipótesis. En primer lugar, y como apuntaron ya otros cervantistas, no hay prueba documental de un contacto personal entre Cervantes y Pasamonte, a pesar de haber coincidido en el tercio de Miguel de Moncada, ni tampoco queda probado una lectura por el primero de la autobiografía manuscrita del segundo. Por otra parte, como apuntó Edward C. Riley, es dudoso que Pasamonte pudiera escribir el *Quijote* apócrifo. Paranoico y obsesionado, tenía por aquellas fechas una imperiosa necesidad de recuperación y parece poco plausible que la religiosidad atormentada que impregna su autobiografía se ocultara luego bajo la máscara burlesca de un individuo conocedor del cotilleo literario de la época y determinado a tomar venganza de un rival que lo ofendió previamente. Además, la cultura que demuestra Avellaneda, aunque de menor peso que la de Cervantes, es mucho más sustancial que la que trasciende de la obra que nos ha dejado con su firma. A fin de prepararse para escribir un libro a la manera de Cervantes, hubiera necesitado todo un curso de lecturas adecuadas, cosa que resulta inverosímil en un momento en que tenía la vista tan mala que le costaba trabajo leer y escribir.[2] En tales condiciones, y hasta una información más amplia, Avellaneda sigue siendo

para nosotros un enigma; y en cuanto a la trascendencia propiamente literaria de su enemistad con Cervantes, resulta difícil apreciarla.[3]

Adoptado con un fin confesable, el seudónimo que encabeza el apócrifo hubiera sido un artificio inocente: la pimienta obligada de una de esas supercherías habitualmente practicadas en la república de las letras, y cuyos indicios encontramos al frente del volumen. Dudosa, en efecto, es la mención de Felipe Robert, impresor que había cerrado su negocio hacía un año; falso, por lo mismo, el lugar de publicación, pues todo parece indicar que Avellaneda hizo imprimir su libro en Barcelona. Después de todo, Miguel podía haberse divertido, sin pararse más en el tema, con este homenaje indirecto de un discípulo inesperado: una especie de broma de estudiante, que puede reconocerse desde la dedicatoria, dirigida «al alcalde, regidores y hidalgos de la noble villa de Argamasilla, patria feliz del hidalgo caualiero Don Quijote».

Pero también había escándalo: el prólogo, con su rosario de calumnias y de afrentas. Pase todavía que Avellaneda —tal vez por Lope interpuesto— se haya aplicado a desmarcarse de su predecesor. Se le concederá haber intentado comparar este prólogo a los que nos ha dejado Cervantes: «menos cacareado y agresor de sus lectores» que el de *Don Quijote*, pretende él, siendo al mismo tiempo «más humilde» que el de las *Novelas ejemplares*. Eso era, con la virulencia que se impone en la materia, bajar los humos del «raro inventor», a fin de invitarle a mostrar mayor modestia. Pero lo inadmisible eran sus repetidos ataques *ad hominem*. Se burla sin miramientos de los achaques de su víctima, que «confiesa de sí que tiene sola una [mano]». Luego arremete sin vergüenza contra su edad, antes de acusarle de tener «más lengua que manos». Y añade:

> Y pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el Castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos (como él dice) al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda, por no haber título quizás en España que no se ofendiese de que tomara su nombre en la boca...

Algo que el Fénix daba ya a entender en su carta de 1604. Entretanto, Miguel había vuelto a anudar relaciones con sus lectores. De ahí la conclusión acerba del dicho: «Conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa, que eso son las más de sus *Novelas*: no nos canse».

Avellaneda no se limitó a asumir la paternidad de estas declaraciones insultantes. En el curso del relato va a reincidir, prestando a su héroe palabras difamatorias sobre Catalina de Salazar, tratada por el caballero de conversa y sospechosa de infidelidad hacia su esposo. ¿Cervantes cornudo? El autor del soneto anónimo de Valladolid ya lo había dicho con toda crudeza. Allí no se hacía en realidad más que glosar un refrán que, jugando con el patronímico de Miguel, se burla de las astas con que se adorna la frente de los ciervos y de los Cervantes. En el Siglo de Oro, un «cervantes» era simplemente un cornudo; [4] a lo largo de su vida, el nuestro debió de soportar muchas veces las ironías del adagio. ¿Qué quejas personales podía tener el aragonés contra él? Tal vez —caso de tratarse de Pasamonte— haber representado a su homónimo Ginés bajo la especie de un galeote sin fe ni ley. Tal vez, también, le envidiaba simplemente su genio. Sacar adelante a Don Quijote y Sancho durante un episodio estaba, sin duda, al alcance de cualquiera. Pero, incluso en ese caso, había que devolverles la vida y conservársela de principio a fin en sus nuevas aventuras. Pues bien, entre la obra maestra original y la continuación apócrifa, no hay ni sombra de comparación posible. En sí misma, la intriga imaginada por Avellaneda no ofrece mucho interés. Don Quijote y Sancho parten efectivamente para Zaragoza, según lo que se había anunciado. Una vez en el lugar, participan en las justas y se cubren en todo momento de ridículo o de oprobio. Encandilados por la vida urbana, van luego de ciudad en ciudad, se detienen en Alcalá, luego en Madrid, y cada una de sus etapas está marcada por incidentes grotescos o repugnantes. En el camino toman una compañera llamada Bárbara: una antigua prostituta, cuya suciedad corre pareja con su necedad. Sus peregrinaciones concluyen en Toledo, donde Don Quijote acaba en una casa de locos.

Un monigote acompañado de un bufón: eso nos parecen, a lo largo del relato, el caballero y su escudero. Esta representación deriva de la forma en que los dos héroes reaccionan ante las situaciones a las que se hallan enfrentados: extraños al mundo donde evolucionan, reproducen de forma incansable, con una regularidad mecánica, los mismos comportamientos estereotipados, las mismas incongruencias, las mismas bufonadas. De este modo, los disparates que cometen son el indicio de la indiferencia que el autor parece tener respecto a sus personajes, como si Avellaneda hubiera querido envolverlos en la aversión que dice sentir por los libros de caballerías. Cada una de sus aventuras se salda mediante un chasco que les vale las peores afrentas y los arrastra hacia una decadencia inexorable. Por consiguiente, nunca tenemos la sensación de ver actuar ante nuestros ojos a Don Quijote y a Sancho. Los héroes de Cervantes encarnaban un proyecto, que mantenían con obstinación a pesar de sus desengaños. Las criaturas de Avellaneda, en cambio, se deshacen poco a poco a merced de los acontecimientos. Su trato aparente no es más que un diálogo de sordos, un perpetuo vaivén entre dos soliloquios redundantes y verbosos. A fin de cuentas, el único mérito de este libro consiste en ser la perfecta contrafigura de una obra maestra cuya plena medida captamos aun mejor con ver la copia que provocó. Pero para hacer este ingrato papel, al *Quijote* apócrifo no le bastaba con aprovechar los servicios de un editor pirata. Tenía que sobrevivir a un éxito de escándalo, pasar de una forma o de otra a la posteridad. El único que podía ahorrarle un olvido inmediato era, evidentemente, Cervantes: lo conseguirá.

La respuesta al desafío

Víctima, diez años antes, de una desventura semejante, Mateo Alemán se había vengado de lo lindo. Su plagiario, un valenciano llamado Juan Martí, se había ocultado también tras un seudónimo, haciéndose llamar Mateo Luján de Sayavedra. A Alemán se le ocurrió entonces incluirlo en las

nuevas aventuras de su héroe: bajo el disfraz de un pordiosero llamado Sayavedra, lo hizo compañero de Guzmán. Un triste compañero, a decir verdad, que, después de amistar en Roma con nuestro pícaro, le roba su equipaje y huye; vuelve a encontrarlo en Bolonia y se hace su cómplice y su «sombra»; por último, embarca con él rumbo a Barcelona. Tras enloquecer, se toma entonces por Guzmán de Alfarache y, en su delirio, se arroja por la borda. Este desenlace cruel de una historia simbólica expresa perfectamente el resentimiento despertado en el padre de la novela picaresca por la puñalada recibida.

Cervantes va a proceder de forma distinta, pero su respuesta no será menos viva. Mateo Alemán la había tomado exclusivamente con el autor de la superchería, persiguiéndole con su rabia y reservándole como fin una suerte infamante. Cervantes prefiere responder con el desprecio a las palabras del impostor. Desde el pórtico de su Segunda Parte, le ajusta las cuentas en uno de esos prólogos cuyo secreto domina y para el que Avellaneda va a proporcionarle la entrada en materia. Sabe con qué impaciencia se espera su réplica. Pues bien, tanto peor si esa esperanza queda frustrada:

> ¡Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre o quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganza, riñas y vituperios del segundo *Don Quijote*, digo, de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona! Pues en verdad que no te he de dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haya.

¿Supo Miguel alguna vez quién se ocultaba tras el nombre de Avellaneda? Apenas parece haberse preocupado por ese desconocido. Lo único que le reprocha expresamente son sus insultos personales.

> Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo (...), o si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo

menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga.

La respuesta no carece de garbo, pero respira también la melancolía del testigo de un tiempo concluso. Para acabar con el falsario, bastará con remitirlo a su nada bajo la mirada burlona de los que ríen. Igual que el loco del apólogo que hinchaba de aire como un odre al primer perro que encontraba, celebrando ante todos su hazaña, Avellaneda creyó que escribir un libro era un juego de niños. Ahí está cogido en su propia trampa. Conclusión implícita: que se vaya también al manicomio, y no se hable más.

Quedaba el cuerpo del delito: la Segunda Parte apócrifa. A ella ha de reservar Miguel sus mejores flechas; pero va a hacerlo como artista de genio, incorporándola, por vías indirectas, a la sustancia misma de su propia ficción. En un primer momento, Don Quijote encuentra en una venta a dos lectores del libro de Avellaneda. Decepcionados por las necedades que acaban de leer, someten la obra a su juicio. Don Quijote se contenta con hojearla, pero no por ello deja de encontrar «tres cosas en este autor dignas de reprehensión»; en particular, el cambio de nombre de Teresa, la mujer del escudero, rebautizada como María Gutiérrez. Ejemplo insignificante, pero elegido adrede para coger al pretendido historiador en flagrante delito de inexactitud; para provocar también el asombro de Sancho, desconcertado por este error de estado civil. No tenéis por qué sorprenderos, le replican los dos amigos, «píntaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe —Dios se lo perdone, dijo Sancho. Dejárame en mi rincón, sin acordarse de mí...». Enfrentado a su propia caricatura, Sancho reivindica con vehemencia su ser verdadero y saca de ello un aumento de vitalidad. Por su parte, Don Quijote también quiere desmarcarse de su doble. No se limita a poner al apócrifo en la picota cada vez que descubre un nuevo ejemplar: dado que el impostor ha ido a Zaragoza, se niega a imitarlo: «y así sacaré a la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes como yo no soy el don Quijote que él dice». Finalmente, tras haber

recobrado su plena autonomía, el ingenioso hidalgo hace el más insólito de los encuentros: el de uno de los personajes inventados por el plagiario. Encarcelado en Zaragoza por poner trabas a la acción de la justicia, el héroe de Avellaneda fue liberado gracias a la intervención de un caballero morisco, llamado Don Álvaro Tarfe. Cervantes introduce a este recién venido en su propio relato. A Don Álvaro que, con toda buena fe, dice ser amigo del Caballero de la Triste Figura, se le acerca cortésmente el auténtico Don Quijote. Pero el hombre que tiene ante sí nada tiene que ver con aquel que ha librado de las manos del verdugo. Víctima, como es lógico, del mismo error, Sancho se sale entonces de sus casillas para tomarla con el estafador que se hace pasar por él:

> y ese Sancho que vuestra merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas (...); y el verdadero don Quijote de la Mancha (...), es este señor que está presente, que es mi amo; todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

Basta para que Don Álvaro se diga convencido: «en cuatro razones» que le ha dicho, Sancho le ha enseñado más que su doble en «cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas». Víctima de los encantadores, el morisco agradece al escudero haberlo desengañado, aceptando de buena gana confirmar ante escribano el tenor de sus declaraciones. A la vez que perpetúa el recuerdo de la novela de Avellaneda, Cervantes le lanza de este modo la estocada. Subraya como se debía sus inverosimilitudes; pero son sus propios personajes a quienes corresponde mostrar que esa historia fallida es también una historia falsa. Cogido en el fuego cruzado del narrador y de sus héroes, el *Quijote* apócrifo no ha logrado reponerse de este contraataque que asocia en un mismo impulso crítica y creación. Dueño del juego cuyas reglas había fijado, Miguel ha tenido inmisericorde la última palabra.

Última carta que se creía escrita por Cervantes en vísperas de su muerte, dirigida al arzobispo Sandoval, el 26 de marzo de 1616. Hoy está demostrado que se trata de una falsificación. *(Foto Archivo Espasa Calpe)*

El encuentro con Álvaro Tarfe ocurre poco antes de que terminen las aventuras «verdaderas» de Don Quijote y de Sancho. En enero de 1615, Cervantes llega a su fin: habrá necesitado seis meses apenas para componer los quince capítulos finales de su novela. Quedaban las gestiones previas a su publicación: serán hechas en dos meses. Provisto de dos aprobaciones en regla firmadas respectivamente por Márquez Torres y por Valdivielso, así como de un privilegio de veinte años otorgado a 30 de marzo y válido para toda la extensión del Imperio español, Robles entrega el manuscrito a la imprenta de Juan de la Cuesta. Ahora bien, a diferencia de la Primera Parte,

la Segunda no se fabricó en el mismo breve plazo, sino que necesitó no menos de seis meses, puesto que el cuerpo del libro no se terminó hasta el 21 de octubre. A finales de este mes, Miguel redacta el prólogo en que le canta las cuarenta al impúdico licenciado. Finalmente, el día 30, dedica la obra a su mecenas, «cuya cristiandad y liberalidad, bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie». Una vez más, el conde de Lemos ha hecho honor a su reputación. Pero otro protector favorece también al escritor: el tío del duque de Lerma, el cardenal Sandoval y Rojas. Cervantes le fue presentado, sin duda, durante una de las reuniones de la Cofradía del Santísimo Sacramento. Comparte con Lemos el vibrante homenaje que rinde a los dos príncipes, que, según nos dice, han acudido en su ayuda, «sin que los solicite adulación mía ni otro género de aplauso». Hallamos esa misma cantinela en todos los escritores que se beneficiaron de su generosidad. Miguel, por tanto, se expresa sin segundas intenciones, como hombre que no tiene más que alabarse de aquellas atenciones tardías que recibe en el ocaso de su vida.

Algunas semanas más tarde, a finales de noviembre, los madrileños tienen entre las manos el libro tan esperado: la *Segunda Parte del Ingenioso Cavallero Don Quixote de la Mancha*. *Por Miguel de Cervantes Saavedra, autor de su primera parte*. Atento a reivindicar su hacienda, Miguel ofrece a sus lectores «una segunda parte (...) cortada del mismo artífice y del mesmo paño que la primera». Ya caballero, el ingenioso hidalgo veía su promoción debidamente reconocida, al encabezar el relato de sus nuevas aventuras: un relato «dilatado», según el autor, es decir, prolongado, llevado hasta su término, pero también ampliado y agrandado. Fidelidad al diseño concebido quince años antes; pero también convicción de haber superado, desbordado ese primer esbozo: un desafío audaz que va a ser mantenido.

Don Quijote*, continuación y final*

A buen seguro, la espera de los impacientes lectores de 1615 fue colmada. La Segunda Parte auténtica no confirmó sólo las cualidades de la Primera; llevó la novela a su perfección asegurándole un éxito inmediato, confirmado en adelante por la posteridad.

De acuerdo con lo dicho por el propio Cervantes, se trata esta vez de la tercera y última salida de Don Quijote: una salida a la que, por supuesto, Sancho se halla asociado y que lleva a los dos compañeros muy lejos de su aldea. Aunque se dirigen inicialmente hacia Zaragoza, mudan de parecer en ruta y llegan finalmente hasta Barcelona, antes de reemprender el camino de vuelta. En esta expedición hay tres momentos culminantes. Ante todo, las primeras aventuras, entre las que destacan la llegada a El Toboso y el encantamiento de Dulcinea, el combate singular con el Caballero del Bosque, el descenso a la cueva de Montesinos y el retablo de Maese Pedro. Luego, la estancia en casa de los Duques que, para divertirse a costa de sus huéspedes, los embarcan en unas peripecias preparadas de antemano: desencantamiento de Dulcinea, cabalgada de Clavileño, gobierno de Sancho en Barataria. Por último, coincidiendo con el descubrimiento de la continuación apócrifa, la llegada a Barcelona, donde Don Quijote es vencido por el Caballero de la Blanca Luna. Se compromete entonces, a instancias de su contrario, a no llevar las armas durante un año, y vuelve tristemente a su aldea, donde muere después de recobrar el juicio.

Respecto a las expediciones anteriores, esta tercera salida se abre a nuevos horizontes. Recuérdese la Primera Parte: desde Sierra Morena, amo y criado se fueron sin tardanza a la venta de Maritornes y no la dejaron hasta la intervención de los falsos encantadores. Ahora, amplían el campo de sus exploraciones: lugar ameno de las bodas de Camacho, riberas majestuosas del Ebro, bosques patrimoniales que rodean el palacio del Duque, supuesta ínsula —en realidad aldea— en que Sancho va a ejercer su cargo de gobernador. El marco urbano de Barcelona, desde donde se descubre el Mediterráneo, amplía más aún el espacio de la ficción. Al mismo tiempo, los seres que surgen a raíz de los encuentros, bien como simples comparsas, bien, más a menudo, como actores de pleno derecho,

nos ofrecen toda una gama de edades y condiciones: aldeanos y pastores, actores en gira, moriscos clandestinos, bandoleros, hidalgüelos de aldea, caballeros catalanes, grandes señores rodeados de toda la gente de su casa, toda una comedia humana desfila ante nuestros ojos como para anclar mejor la acción en la realidad cotidiana y acrecentar la impronta de lo vivido; después de Ricote, encarnación del problema morisco, Roque Guinart, auténtico bandido catalán con quien Don Quijote mantiene una entrevista memorable, asegura de este modo el cruce de la aventura con la actualidad inmediata.

Lejos de perderse en este universo, Don Quijote y Sancho constituyen, por el contrario, el eje en torno al cual se organiza. Imponen de entrada su presencia por la forma misma en que animan la intriga. En vez de dejarse llevar por los eventos y vagar al azar de su fantasía, se han asignado primero una meta precisa, Zaragoza y sus justas. Luego, aunque desisten de su propósito inicial, cuidan de no apartarse de su camino, aun cuando a veces prolonguen sus etapas más de lo que habían previsto. Su estancia en el palacio de los Duques viene, sin duda, a suspender su viaje y les impone incluso separarse momentáneamente. Pero, por voluntad de su anfitrión, siguen en primer plano; y si bien Don Quijote renuncia a las justas aragonesas, cambiando in extremis de itinerario, confirma de este modo su libre determinación.

De ello resulta una arquitectura distinta a la que el autor concibió diez años antes. En la Primera Parte, la acción principal daba paso con frecuencia a acciones secundarias que venían a complicar la historia: los dos protagonistas se convertían entonces en testigos de peripecias adventicias; a veces incluso eran simples oyentes de narraciones intercaladas. En una especie de examen retrospectivo, Cervantes intentará defender ese artificio que parece haberle sido reprochado. Sin embargo, va a renunciar a esa construcción ambiciosa que por momentos amenazaba con dispersar la atención del lector. Esta vez, dirá, no ha querido «ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun éstos,

limitadamente y con solas las palabras que bastan a declararlos». De este modo justifica la inclusión de seis relatos episódicos que, gracias a la participación directa y a veces decisiva de los dos protagonistas, se encuentran orgánicamente ligados a la acción principal. Así es como Doña Rodríguez, la dueña de la Duquesa, apela a Don Quijote, defensor de viudas y huérfanos, para que obligue al amante de su hija a cumplir su promesa y casarse con la joven. A iniciativa del Duque, que aprovecha la ocasión para enriquecer el repertorio de sus mascaradas, el Caballero desafía en campo cerrado a aquel de quien cree que es el vil seductor. Pero, en ausencia de su verdadero adversario, que se había apresurado a huir, Don Quijote no tiene delante de sí más que a un hombre de paja, exigido por las necesidades del espectáculo: de ahí una cascada de equivocaciones. Otro ejemplo de esa subordinación: la escapada nocturna de la hija de Diego de la Llana, que sale de su casa en traje de varón «para ver todo el pueblo». Resulta que esta empresa novelesca, que podría ser el tema de alguna novela a la italiana, tiene por marco Barataria. De repente, se suspende con la intervención del gobernador Sancho, cuyos corchetes han sorprendido a la muchacha, y que la devuelve a su padre tras un sermón muy sentido.

El propósito de Don Quijote no sólo determina, por tanto, el itinerario que elige con su servidor, sino que rige a la vez el movimiento del relato y su economía. Como se comprende, no expresa la mera curiosidad de un hidalgo de aldea que de pronto sintiese deseos de ver mundo. Participar en las justas de Zaragoza es, para el ingenioso hidalgo, manifestar, en el pleno sentido del término, su existencia: mostrarse en carne y hueso a todos cuantos no le conocen más que por el relato de sus hazañas. Y él tiene la revelación de ese relato antes incluso de lanzarse de nuevo a los caminos. El analfabeto Sancho ha sido el primero en enterarse, dándose prisa en advertir a su amo

> que anoche, le dice, llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo a dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*; y dice que me mientan a mí en ella con mi mesmo nombre de Sancho Panza, y a la señora Dulcinea del Toboso,

> con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió.

Don Quijote no está menos turbado; pero no se asombra de esa hazaña de que se espanta su servidor, ya que, por su parte, la considera al alcance de cualquier encantador. Su inquietud es otra: «y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza había de ser grandílocua, alta, insigne, magnífica y verdadera». ¿Cumple todas estas condiciones? En otros términos, ¿es conforme con el canon de la epopeya que sólo es poéticamente verdadera si transfigura al héroe cuyas hazañas canta? Lo que le dice Sancho, contentísimo de saber que sus hechos están imbricados a los de su señor, hace pensar que no es así; y eso es precisamente lo que se deduce de las aclaraciones traídas por Sansón Carrasco. A juzgar por lo que nos dice el bachiller, la epopeya ideal con que soñaba el caballero no es, de hecho, más que una crónica divertida, compuesta por un moro y traducida del árabe al castellano para universal entretenimiento: crónica que, por consiguiente, deriva de la verdad particular de la historia; crónica verídica hasta el punto de que tiene en cuenta los más mínimos detalles: «No se le quedó nada al sabio en el tintero; todo lo dice y todo lo apunta: hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta». Incluso las palizas recibidas por el ingenioso hidalgo se indican con toda exactitud.

Se entabla entonces un sorprendente debate. Por un lado, Don Quijote censura a Cide Hamete por haber contravenido los preceptos de la *Poética*. Bien podría haber pasado en silencio esos vapuleos consignados con tanta exactitud: «pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas, si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fee que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero». A lo que Sansón replica invirtiendo el argumento, porque Cide Hamete ha pretendido hacer obra de historiador y no de poeta; y no sin malicia, cita también a Aristóteles en apoyo de sus palabras: «pero uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como

fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna». Del hallazgo inicial de la Primera Parte a la revelación final de la continuación apócrifa, crítica y creación prosiguen de este modo un diálogo ininterrumpido de que se nutre la sustancia misma de la novela.

Lo que realmente está en juego no son los gustos literarios de Don Quijote, o las opciones estéticas del seudonarrador; más allá de la controversia que lo enfrenta al bachiller, es el reconocimiento por los demás de la imagen que quiere dejar de sí mismo; es también, a través de su vaivén entre el perfil con que soñaba y el que se le impone, su reivindicación obstinada de una independencia que afirma con pertinacia. Por eso se abstiene de leer el relato de Cide Hamete; por eso denuncia con vigor la continuación de Avellaneda, en su preocupación por desmarcarse de su doble, de ese impostor que le ha robado el nombre. Saca de todo ello un ardor renovado, pero, al mismo tiempo, se encuentra dividido entre su figura histórica y su figura poética: rectificando unas veces la una, exaltando otras la otra, llevará hasta el final lo que Marthe Robert, en una acertada fórmula, denomina su perpetuo vagabundeo entre su ser vivo y su ser de papel.[5]

La nueva odisea

Si Cervantes tardó en ceder al deseo de Robles, fue porque resucitar a sus héroes presentaba para él un doble riesgo: idénticos a sí mismos, Don Quijote y Sancho estaban condenados a estancarse; diferentes, se verían afectados en su coherencia. Para superar la alternativa, su creador intentó —y ganó— una apuesta audaz: confrontarlos de entrada a la imagen que de ellos se había formado el lector. Amo y criado, como con toda justicia observó Thomas Mann, viven de la fama de su propia fama: hasta entonces nunca se había producido nada semejante en la literatura.[6] Atentos a desmarcarse de los libros y de las leyendas que propalan de ellos verdades

sospechosas, se renuevan a merced de unas situaciones a las que adaptan su conducta; pero perseverar en su ser sigue siendo, a fin de cuentas, su única ambición.

De ahí el perfil que reviste en adelante su odisea. En la Primera Parte, Don Quijote era, como se ha observado, el factótum de su propia epopeya: a medida que forjaba su identidad, inventaba en el mismo movimiento su propio mundo; por efecto de su sinrazón, la venta se volvía castillo y los molinos gigantes. Si se lanza de nuevo a los caminos, ya no transforma las cosas; son las circunstancias, o, simplemente, los hombres quienes fabrican un universo a medida de sus hazañas o de sus deseos. A veces la aventura surge por sí sola; entonces, confiando en su estrella, el caballero va decidido a su encuentro: así, desafía a un león en su jaula, aun cuando vea a la fiera volverle la espalda; así, baja a lo más profundo de la cueva de Montesinos, donde, según dirá más tarde, va a tener los encuentros más extraordinarios.

Habitualmente, sin embargo, la aventura nace de la voluntad de un individuo, aunque sólo después descubrimos su intervención. El encantamiento de Dulcinea es, evidentemente, cosa de Sancho, quien, para ocultar a su amo que nunca ha cumplido la embajada que le había encargado, le señala a la primera aldeana que se presenta como la dama de sus pensamientos; a Don Quijote, que, con toda lógica, declara no reconocerla, le afirma descaradamente que es de nuevo juguete de los encantadores. Los amores de Gaiferos y de la bella Melisendra se inscriben, por su parte, en el espacio de un retablo de títeres; víctima de una ilusión cómica, Don Quijote irrumpe en escena, con gran perjuicio del titiritero y sus fantoches. Las peripecias que marcan la estancia en el palacio del Duque son, en lo esencial, fruto de una gigantesca mistificación en la que colaboran servidores y vasallos, cumpliendo cada cual con el papel que se le ha asignado. Clavileño es un caballo de madera a cuyos lomos nuestros dos héroes, con los ojos vendados, creen hacer una cabalgada celeste. Dulcinea, que de pronto reaparece en un ambiente fantasmagórico, no es más que un paje disfrazado. Los vasallos del gobernador Sancho, que pueblan la ínsula Barataria, son unos comparsas de los Duques que, hasta el

asalto final, cumplen al pie de la letra las instrucciones recibidas. Finalmente, los dos combates que Don Quijote libra con sus contrarios —uno victorioso, contra el Caballero del Bosque; el otro, desafortunado, contra el Caballero de la Blanca Luna— son una engañifa: en ambas ocasiones, el adversario no es otro que Sansón Carrasco, metamorfoseado en paladín por las necesidades de la causa.

En este universo de trampantojo, ya no se establece, como antes, la diferencia entre la ilusión del héroe y la realidad que lo rodea. Don Quijote evoluciona ahora en el mundo de las apariencias, mundo indeciso que refleja, deformándolo, su propio mundo interior. Unas veces lo edifica de cabo a rabo un demiurgo ocasional que puede ser Sancho, Maese Pedro, el Duque o Sansón; otras se ordena a la manera de un sueño que revivimos a través de su narración. El juego de espejos que de ello resulta se multiplica hasta el infinito, sin que podamos nunca trazar con mano segura la frontera entre el ser y el parecer: incluso Teresa Panza, a pesar de su robusto buen sentido, termina por rendir las armas cuando ve presentarse ante ella a un paje portador de un collar de la Duquesa y de una carta del gobernador Sancho. Uno de los testigos de esta escena resume perfectamente el sentir general: persuadido de «que ésta es una de las cosas de don Quijote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamientos», solicita tocar y palpar al paje «por ver si es embajador fantástico o hombre de carne y hueso».

Desde luego, el lector cómplice se sonríe ante este desasosiego, porque ya sabe a qué atenerse en todo este asunto. Pero se siente menos seguro cuando sigue el desarrollo de la aventura de Dulcinea: el desencanto prometido bajo condiciones por el encantador Merlín es el desenlace esperado de una ficción en tercer grado. En efecto, Merlín no es más que uno de los comparsas del Duque; Dulcinea nunca ha sido víctima de un sortilegio; por último, ni Don Quijote ni Sancho se han encontrado con ella en toda su vida. ¿Quiere entonces llamar al narrador en su ayuda? Peor aún: las «admirables cosas» que el caballero afirma haber visto en la cueva de Montesinos son tales, que Cide Hamete, forzado a remitirse al solo

testimonio del héroe, está a punto de pensar que se trata de una aventura apócrifa, al tiempo que juzga imposible que Don Quijote haya podido mentir. Ahora bien, éste acaba preguntándose si ha soñado lo que le ha ocurrido durante su descenso. En cuanto a Cide Hamete, se trata de un narrador ficticio cuyas iniciativas, siempre sospechosas, vienen a introducir constantemente la duda en nuestro espíritu. ¿Aventura auténtica?, pregunta Cide Hamete. ¿Aventura verosímil?, se pregunta el lector. Otras tantas cuestiones a las que no da respuesta un episodio que no por ello deja de ser una etapa esencial en el itinerario espiritual del personaje.

De este modo, la ilusión se une constantemente al artificio, al hilo de esta odisea que, paradójicamente, se quiere la revancha del «verdadero» Don Quijote sobre todos los fantasmas que han usurpado su identidad. Esta revancha de la verdad sobre la mentira apunta a ponernos al amparo de un vértigo que nos hace preguntarnos, como ha observado Borges, si no somos *nosotros también* seres de ficción.[7] Pero no contribuye menos a multiplicar los planos y las perspectivas, puesto que esa verdad sigue siendo la de los libros, y que el combate que lleva aquel héroe precedido de su fama inscribe la novela conclusa en el mismo corazón de la novela que se está haciendo. Empeñado en significar la vida, Don Quijote sigue siendo hasta el final un ente de ficción; a esa ambigüedad debe gran parte de la fascinación que ejerce: se trasluce además hasta en su discurso. A la Duquesa, que le pregunta si Dulcinea es fantástica o real, le responde cautamente que «éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo». Mas, en cuanto a saber si la han engendrado y dado a luz en su imaginación, es ésa una cuestión que a sus ojos no tiene sentido: «Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo...». Basta para que la Duquesa renuncie a seguir su indagación: la esencia de Dulcinea es independiente de su existencia; reside en su perfección.

Esta circunspección no deja de acompañarse con cierta malicia, hasta el punto de hacernos dudar a veces de la facilidad aparente con que el

caballero parece dejarse engañar. A Sancho, que le hace un relato pasmoso de la cabalgada de Clavileño, le sopla al oído una frase que dice mucho sobre su lucidez: «Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más». De esto se ha concluido que Don Quijote se había «sanchificado», en tanto que su escudero, convencido de ser gobernador de Barataria, se «quijotizaba» a su manera. Y es cierto que vemos confirmarse una contaminación recíproca del amo y del criado de la que en la Primera Parte tuvimos un anticipo. Pero la experiencia del poder abre los ojos de Sancho, que se despide de sus vasallos dejándoles «admirados, así de sus razones como de su determinación tan resoluta y discreta». En cambio, Don Quijote sigue convencido de haber resucitado la caballería andante, y su convicción es tanto más fuerte cuanto que todos se dedican a alimentarla: unos, para burlarse de él; otros, debido a la fama que debe al relato de sus anteriores aventuras. Su estancia en Barcelona, donde hace una entrada triunfal y se ve recibido con todos los honores, marca el apogeo de su carrera a la vez que lo colma de asombro. En estas condiciones, su derrota contra el Caballero de la Blanca Luna no es simplemente una mistificación más: es la roca Tarpeya que sigue al Capitolio. Forzado a deponer las armas y a tomar el camino de vuelta, el ingenioso hidalgo se adentra finalmente en la vía que lo llevará hasta el desengaño. Al recobrar la razón en su lecho de muerte, vuelve a ser Alonso Quijano: se despoja de su desmesura y de su orgullo. Pero, por vivo que pueda ser su arrepentimiento, por más que proclame que ya no es Don Quijote, no se le permite renegar de sí mismo. Alonso Quijano entrega el alma tras haber execrado los libros de caballería; pero, en el acta de defunción que levanta el notario, se dirá que comúnmente se le llamaba Don Quijote de la Mancha; y es efectivamente con ese nombre con el que ha pasado a la eternidad.

Muerte y transfiguración

¿Podía Don Quijote haber acabado de otro modo sus días? Ésa es la cuestión que planteó Thomas Mann. Matarlo de muerte violenta en plena locura hubiera sido reservarle un destino absurdo; pero prepararle una vejez pacífica equivalía a condenarlo a una suerte indigna de él. Alonso Quijano sólo recobra el juicio para pasar de la vida a la muerte; pero no es ni para expiar su error ni para prohibir a ningún Avellaneda lanzarlo de nuevo a los caminos; es porque esta salida es el desenlace lógico de un plan que lo destina a ser desmentido en el momento mismo en que cree realizarlo: en esta fractura entre su vocación y su destino residen a la vez la verdad y el misterio del personaje y, según la forma en que ese misterio se percibe, su capacidad para producir sentidos nuevos.

Los contemporáneos de Cervantes reservaron a la Segunda Parte una acogida semejante a la que había recibido la Primera. El sabor paródico de esta epopeya espuria los indujo a regocijarse con las hazañas de un extravagante. Sobre el tema conmovedor del testamento de Don Quijote, Quevedo va a componer un poema bufonesco, mientras que, en una de sus comedias, *La dama boba*, Lope de Vega nos habla de

> Un Don Quijote mujer
> que dé que reír al mundo.

La Europa clásica no comprendió de forma distinta al Caballero de la Triste Figura. Saint-Amant, en *La Chambre du Débauché*, evoca «sus aventuras más grotescas», mostrándole «en muy lamentable estado»,

> en una gran fosa lleno de lodo,
> tan molido como el grano.

Charles Sorel se sitúa en la misma veta con su *Berger extravagant*, trasponiendo al modo pastoril las locuras quijotescas. En la Inglaterra de la Restauración, Samuel Butler imagina su *Hudibras*, campeón ridículo de la causa presbiteriana, bajo los rasgos de un caballero panzudo, flanqueado

por un escudero igual de risible. Por tanto, el triunfo que conoce la obra corresponde a la recepción que le reserva una época que sigue fiel al espíritu de carnaval, y esto aunque el advenimiento del Estado moderno venga acompañado de la emergencia de nuevos valores. Nos gustaría saber si, con la evolución del gusto y de las costumbres, algunos *happy few* no expresaron otro punto de vista: Molière, por ejemplo, que en 1660 representa, pero «bastante mal», el papel de Sancho, en *Don Quichot ou les Enchantements de Merlin*, una obra perdida por desgracia, tras haber sido «arreglada por Mademoiselle Béjart»; o bien La Fontaine, que nos confía que Cervantes le encanta; o también Saint-Evremond, quien, según nos dice, «leía continuamente el *Quijote* y no lo terminaba sino para volver a empezarlo».[8] Estas alusiones por demasiado discretas nos dejan con la miel en los labios sin satisfacer nuestra curiosidad.

Es en el siglo XVIII cuando aparecen los primeros signos de una mutación que se confirma al hilo de los años, verificando así la regla según la cual toda gran obra escapa a su creador. Si las desventuras del caballero siguen haciendo reír, la decadencia española les confiere un nuevo alcance. Ese insensato que se obstina en defender el ideal heroico de una edad conclusa, que choca con la incomprensión de todos aquellos con los que se cruza en su camino y que sólo abandona sus ilusiones en su lecho de muerte, prefigura, para los hombres de las Luces, la decadencia de su nación. Pero será el romanticismo alemán quien dé el salto decisivo. Expresión por excelencia de la dualidad humana, síntesis del drama y de la epopeya, símbolo del encuentro del Ser y del No-Ser, la aventura quijotesca se transforma en una odisea mítica cuyo protagonista viene a ser el héroe de los tiempos modernos. Esta transfiguración ha sido tachada a veces de contrasentido. Por cierto, además de desestimar el propósito manifiesto del autor, tiene por accesorios los valores que tanto significaban para sus primeros lectores, en tanto que refleja una exaltación del individuo, convertido en referencia suprema para los hombres del siglo XIX. Ahora bien, si Don Quijote ha revelado un perfil antes insospechado, es porque su relación con el mundo le predisponía a mostrarse bajo esa luz. Entre otros

ejemplos, nuestro caballero es incoherente cuando suelta a los galeotes encadenados que, luego, le muelen a palos en lugar de hacer caso a sus conminaciones y presentarse ante Dulcinea cargados con sus cadenas; pero, objetivamente, no deja de realizar un acto de justicia, liberando a unos condenados víctimas de un castigo inicuo y cuyas penas no pueden compararse con los delitos cometidos por ellos. Según la perspectiva adoptada, el episodio puede leerse de dos formas diferentes, y esas lecturas se completan sin anularse.

Digamos algo más: aunque se distanciaron de la parodia, los románticos no fueron insensibles a la comicidad cervantina. Pero, en una obra múltiple cuyas riquezas no se han agotado, privilegiaron, más que lo burlesco y el humor, la tercera dimensión de esa comicidad: la risa simpática que despierta en nosotros la mirada lúcida que amo y criado dirigen sobre sus propias hazañas. Al término de una noche de vela y de angustia, los dos compañeros descubren que el estrépito que los había asustado proviene de seis batanes que golpean alternativamente el cauce del río:

> Miró también don Quijote a Sancho, y viole que tenía los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que a la vista de Sancho pudiese dejar de reírse; y como vio Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños, por no reventar riendo.

De este modo, sacan a la luz la tensión de contrarios que encierra este libro magistral; una tensión que simboliza un héroe dividido entre cordura y locura, un hidalgo doblemente «ingenioso» en el sentido en que lo entendía el siglo XVII: a la vez delirante y sutil.

Grandioso en su proyecto, que lo arranca al tiempo y al espacio, irrisorio en su fracaso, que lo rehabilita a pesar suyo, Don Quijote, al obstinarse en negar la historia, contribuye sin duda a expresar sus contradicciones. Pero, lejos de abolirse en una significación inmediata, su empresa traduce una aspiración secreta que compartimos todos, independientemente de los valores a que se refiera; por ese motivo, desborda indefinidamente todos los sentidos sucesivos con que se la ha

podido cargar. Para Turgueniev, el caballero encarnaba la fe en una verdad eterna, superior al individuo. Para Unamuno, se identificaba con su sed de inmortalidad. Hoy en día, lo que más nos llama la atención no es tanto el mensaje que entrega sino el gesto que lo resume: más que un ideal contingente, el doble movimiento que hace que cuanto más se obstina el héroe en enfrentarse al mundo, más se esconde o se resiste éste, ahondando así el abismo, trágico o cómico, que media entre lo real y su representación. De Dickens a Melville, de Flaubert a Dostoyevsky, de Kafka a Joyce y García Márquez, la novela moderna ha retomado de forma incansable esta parábola épica. Cervantes, sin saberlo, inauguró el camino, lo cual nos lo hace singularmente cercano; aunque más todavía, tal vez, el haber sido el primero en introducirnos en el corazón de la ilusión novelesca, al poner al desnudo, para preservarla mejor, la mentira sobre la que toda ficción funda su verdad.

Preludio al Persiles

Diciembre de 1615: la Segunda Parte del *Quijote* acaba de salir de las prensas. Dentro de unos días, Cervantes va a vivir su última Navidad. Concluye un año marcado por gestiones con mecenas, libreros, censores: doce meses de una existencia que, con los datos de que disponemos, se resume para nosotros en la tarea del escritor. Durante las horas que roba a su pluma, no sabemos si sigue adicto a los mentideros y asiste a las academias. Asiduo de los oficios de su orden, se aplicará, más bien, a cumplir los deberes de su estado: ocupaciones piadosas que su salud declinante le obliga sin duda a restringir.

A su alrededor, el círculo de sus allegados sigue disminuyendo. Hace ya cuatro años que Magdalena se ha reunido en la tumba con Andrea. Por su parte, Constanza se dispone a establecerse por su cuenta, en la calle del Baño, sin por ello romper los lazos con los suyos. En cambio, Isabel ha roto todas las relaciones con su padre. Se encuentra, más que nunca, a matar con

Urbina. Este último, como se recordará, se había comprometido a pagarle dos mil ducados, en los términos de la transacción firmada con el matrimonio Molina. Si pensó que cansaría a la joven posponiendo las cosas indefinidamente, la conocería mal; Isabel, con la ayuda de su esposo el escribano, no vacila en lanzar contra él los rayos de la justicia, y de enero a agosto de 1614 consigue encarcelarlo hasta que liquide su deuda. Por respeto hacia su condición, el exsecretario del duque de Saboya se beneficia de un régimen de favor: en vez de ser enviado a la cárcel común, se aloja con pago de costas en el domicilio de un alguacil de casa y corte; pero no saldrá de ahí sino después de haber pagado.

Se supone que a Cervantes este arresto le cogió desprevenido. Pero, aunque enterado, le hubiera sido imposible modificar el curso de las cosas. El asunto era tal, que no podía solicitar la intervención de uno de sus protectores. En cuanto a pagar de su bolsillo la suma en litigio, se supone que la situación de sus recursos se lo prohibía, tanto si no más que su dignidad de padre ofendido. Debemos al licenciado Márquez Torres, uno de los censores de la Segunda Parte del *Quijote*, una anécdota insertada en el texto mismo de su aprobación, a la que se suele acudir para dar fe de su pobreza:

> Certifico con verdad que en veinte y cinco de febrero deste año de seiscientos y quince, habiendo ido el ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, mi señor, a pagar la visita que a Su Ilustrísima hizo el embajador de Francia, que vino a tratar cosas tocantes a los casamientos de sus príncipes y los de España, muchos caballeros franceses de los que vinieron acompañando al embajador, tan corteses como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron a mí y a otros capellanes del cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos, y tocando a caso en éste, que yo estaba censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron a hacer lenguas, encareciendo la estimación en que así en Francia como en los reinos sus confinantes se tenían sus obras: la *Galatea*, que alguno dellos tiene casi de memoria, la primera parte désta, y las *Novelas*. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarles que viesen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menor de su edad, su profesión, calidad y cantidad. Halléme obligado a decir que era viejo, soldado, hidalgo y pobre, a que uno respondió estas formales palabras: «Pues ¿a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público?». Acudió otro de aquellos caballeros con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo: «Si necesidad le ha de obligar a escribir, plega a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo».

Márquez Torres no nos dice el nombre del embajador; no se trataba del duque de Mayenne, llegado a Madrid tres años antes, sino de Noël Brûlart de Sillery, enviado a España para negociar la unión de Luis XIII y Ana de Austria. Tampoco nos precisa si tuvo lugar la visita planeada, si bien conviene agradecer su reacción a esos caballeros franceses. Por su parte, Cervantes, en su dedicatoria a Lemos, reincide en el mismo tema, aludiendo personalmente a sus apuros. El emperador de China, le dice a su mecenas, le ha sondeado para nombrarlo rector de un colegio donde sus súbditos aprenderían el castellano, con el *Quijote* por texto de estudio. «Preguntéle al portador si su majestad le había dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento»:

> Pues, hermano —le respondí yo—, vos os podéis volver a vuestra China a las diez, o a las veinte, o a las que venís despachado; porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que, sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que, sin tantos titulillos de colegios ni rectorías, me sustenta, me ampara y hace más merced de la que yo acierto a desear.

De este testimonio ambiguo, que mezcla al orgullo gratitud y adulación, no se puede inferir cuál fue, por aquellas fechas, la situación económica del escritor. En cambio, las actas notariales que llevan su firma dan a entender que seguía tratando negocios por las mismas fechas. Esto nos incita a poner en tela de juicio una supuesta estrechez en la que, hasta ahora, se solía creer a pies juntillas y que bien podría ser, al menos en parte, un tópico piadosamente recogido por los biógrafos.

En otoño de ese mismo año, Cervantes vende a Robles el manuscrito del *Quijote*. En esa fecha se muda por última vez. En compañía de Catalina y de María de Ugena, su criada, abandona la calle de las Huertas por una casa cercana, sita en la esquina de la calle de Francos y de la calle de León. Reconstruida hacía poco, probablemente tenía mejor aspecto que su hogar anterior. Cervantes ocupó la planta baja, mientras que el escribano real Gabriel Martínez, dueño del edificio, se reservaba el primer piso. Tres de las ventanas del apartamento se hallaban a la misma altura del mentidero de

los comediantes: eso suponía conceder a nuestro poeta una vista inexpugnable sobre todos aquellos histriones que hacían remilgos ante sus comedias, obligándole a darlas a la imprenta.[9]

Por muy decepcionado que estuviera, Miguel pasa página. Hay otro proyecto que centra su atención; o mejor, una empresa iniciada hace tiempo, luego suspendida durante años y que ahora requiere las pocas fuerzas que le quedan: *Los trabajos de Persiles* y *Sigismunda*. La idea de esta «historia septentrional», como la llamará el autor, se ha dicho que corresponde al programa trazado diez años antes por el canónigo del *Quijote*, al promover el proyecto de un libro de caballerías enmendado:

> Y dijo que, con todo cuanto mal había dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena: que era el sujeto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma (...). Porque la escritura desatada de estos libros da lugar a que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria; que la épica también puede escribirse en prosa como en verso.

El eclesiástico no se había limitado a estas declaraciones. Había llegado a escribir «más de cien hojas» de un libro conforme con ese canon y, tras haberlas sometido a los ignorantes y a los doctos, había encontrado en todos «una agradable aprobación». ¿Se refería efectivamente al *Persiles*, o más bien, al *Famoso Bernardo*, que poco antes de su muerte confesará haber iniciado? En cualquier caso, hay algo casi seguro: los primeros capítulos del *Persiles* son contemporáneos de las primeras aventuras del ingenioso hidalgo. Se remontan, al parecer, a esos años misteriosos que van del encarcelamiento en Sevilla a la instalación en Valladolid. Las reminiscencias cuyas huellas llevan proceden, en efecto, de autores griegos y latinos que, debido a traducciones recientes, conocen entonces un favor renovado. ¿Cómo Cervantes llegó a reanudar el hilo de su narración? De hecho, por feliz que se sintiese al saberse leído en toda Europa, sin duda debió de experimentar algún malestar secreto en deber su fama a las hazañas burlescas de un loco. Sus rivales no dejaron de observar que se había apartado de los géneros nobles, y, entre ellos, el de mayor prestigio, la

epopeya en verso. Sus mismos admiradores daban su preferencia a *La Galatea* y a las *Novelas*. A estos discretos quiso mostrar de qué era capaz. Mientras que, según confesión propia, el canónigo había renunciado a continuar, él mismo vuelve a la tarea en el ocaso de su vida. Como para mantener en vilo al lector, no cesa de hablarle una y otra vez de su proyecto. En 1613, en el prólogo a las *Novelas ejemplares*, se entretiene excitando su curiosidad: «si la vida no me deja, te ofrezco los *Trabajos de Persiles»*, declara en el momento de despedirse. Un año más tarde, en el *Viaje del Parnaso*, se vuelve algo más explícito:

> Yo estoy, cual decir suelen, puesto a pique
> para dar a la estampa al gran *Pirsiles*,
> con que mi nombre y obras multiplique.

Un año después publica sus comedias y la Segunda Parte del *Quijote*: dos ocasiones más de prometer su gran libro, mientras se dedica a ampliar el taller de su creación con un ardor que el presentimiento de su próximo fin hace más febril cada vez.

Esta insistencia se explica por dos motivos: por el temor a desaparecer antes de tiempo; pero también por sus dudas acerca de la acogida que le reservará el público. El 31 de octubre de 1615, en la dedicatoria del *Quijote*, se dirige al conde de Lemos:

> Con esto me despido, ofreciendo a Vuestra Excelencia los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, libro a quien daré fin dentro de cuatro meses, *Deo volente*; el cual ha de ser o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho *el más malo*, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al estremo de bondad posible.

El que firma esta dedicatoria va a cumplir, en el primer punto, su palabra; salvo que tardará ocho meses en vez de cuatro para concluirlo. Exactamente el tiempo que le quedaba por vivir. Dedicó la novela al de Lemos cuatro días antes de entregar su alma. Villarroel, a quien Catalina confiará el manuscrito, lo publicará en enero de 1617.

Una historia septentrional

Muerto cuatro meses antes, Cervantes hubiera dejado este mundo al mismo tiempo que Don Quijote. Pero el destino lo decidió de otro modo y, como para cerrar la vía que había abierto, prefirió dejarnos, a guisa de testamento literario, una obra que, en cierto modo, sigue siendo para nosotros un enigma.

Entendámonos: hasta una fecha reciente, el *Persiles* ha sido objeto de un malentendido. En estas aventuras septentrionales se ha visto una especie de sueño romántico, abrigado durante meses por Cervantes, antes de dar el último suspiro. En vez de seguir condenando las fábulas caballerescas, nos hubiera llevado, en un despiste senil, a un universo boreal poblado de figuras fantásticas y tejido de episodios increíbles. Nada más inexacto. Fiel a sus ideas estéticas, el autor del *Quijote* quiso, por el contrario, aceptar el desafío de lo maravilloso verosímil. Los libros de caballerías nos mostraban a un paladín partiendo de un tajo a un gigante tan grande como una torre, o dispersando en un abrir y cerrar de ojos un ejército de un millón de hombres. El *Persiles* pretende sustituir estos disparates por una fantasía controlada: conforme a los cánones de la *Poética*, lo extraordinario sigue siendo plenamente posible. Sólo queda por saber a qué precio.

«Libro que se atreve a competir con Heliodoro, si ya por atrevido no sale con las manos en la cabeza.» En su prólogo a las *Novelas ejemplares*, Miguel había señalado el modelo que quería seguir muy libremente: la novela griega del siglo III de nuestra era, cuyos principales títulos habían exhumado y traducido los humanistas del Renacimiento. *Teágenes y Cariclea*, de Heliodoro, *Leucipo y Clitofonte*, de Aquiles Tacio, hoy no son conocidos apenas más que por los eruditos. Pero, en la Europa de los siglos XVI y XVII, gozaron de una fama considerable. Ellos son, en efecto, los que, desde la Antigüedad, diseñaron el esbozo de lo que más tarde será la novela de aventuras. No en la suma de los elementos que toman de géneros anteriores: amores contrariados de los héroes, huida jalonada de obstáculos

y de encuentros que son otros tantos hitos en su recorrido, marco geográfico tan vasto como vario; sino en la disposición que nos proponen: una acumulación de sucesos fortuitos que irrumpen en la vida de los personajes y modifican sin cesar el curso de sus aventuras, aunque sin afectar jamás su ser ni sus sentimientos.

En cierto sentido, la novela de caballerías es el heredero infiel, el vástago espurio de la novela griega; y se comprende lo que fue el anhelo frustrado del canónigo: limpiarla de sus ingenuidades y sus exageraciones, pero conservando el molde. Así, pensaba, al autor le será lícito pintar

> ora un lamentable y trágico suceso, ahora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro fanfarrón; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores. Ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante, si quisiere...

Y concluía el canónigo:

> Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención, que tire lo más que fuere posible a la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente.

Cervantes, al precio de un esfuerzo supremo, intenta realizar plenamente este programa que él mismo emprendió a orillas del Guadalquivir. En verdad, el bosquejo del *Persiles* corresponde en muchos aspectos al que esboza el digno eclesiástico; pero el objetivo que expresa no concuerda menos con el ideal preconizado: aunar deleite y provecho, como ya recomendaba Horacio. Así se aclara el perfil que presentan las andanzas de Persiles y de Sigismunda. Como en Heliodoro, naufragios, capturas, prisiones, separaciones y reconocimientos marcan la progresión del relato. Pero la fuga de los amantes de las *Etiópicas* se metamorfosea en una peregrinación que lleva a los héroes de las nieves del Septentrión hasta Roma. Esa peregrinación responde a un voto misterioso que Sigismunda ha

decidido cumplir antes de casarse con Persiles. Hasta el final de su recorrido, viaja bajo el nombre de Auristela, mientras que Persiles elige el de Periandro y se hace pasar por su hermano. Condenados por su voto a una castidad tan perfecta que resulta algo sorprendente, los dos jóvenes se prohíben cualquier iniciativa que les aparte del camino recto. Sólo existen por relación a los obstáculos que surgen en su ruta y que ponen ante ellos salvajes crueles, corsarios codiciosos o pretendientes libidinosos.

Relato maravilloso, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* abre a la imaginación las dos vías de acceso a lo que Aristóteles denominaba lo posible extraordinario. Ante todo la de lo insólito, que, sobre la inmensidad de los mares que bañan las islas nórdicas, hace surgir, apoyadas en las cosmografías de la época, las representaciones múltiples de un mundo desconcertante: los navíos son aquí presa de bancos de hielo, los cazadores surcan la nieve con esquíes, las brujas que allí reinan toman de los licántropos su cara de loba. Y también la del azar y de la sorpresa, al hilo de incidentes dramáticos nacidos de los celos, de la venganza, de la hipocresía o del deseo, y de los que son víctimas o simplemente testigos Periandro y Auristela. Estos incidentes que marcan su peregrinación por tierras bárbaras menudean desde el momento en que los héroes, llegados a tierra cristiana, ganan Italia por Portugal, España y Francia. Nos muestran que la malicia de los hombres no es menor allí donde brillan las luces de la verdadera fe; pero, al mismo tiempo, constituyen las pruebas que afrontan los amantes hasta el feliz desenlace. Estas pruebas que jalonan su itinerario a primera vista parecen conferir a su viaje una significación trascendente, identificándola con una especie de búsqueda mística: la de un absoluto que simboliza *in fine* su unión inminente, marcada por el sello de una felicidad que se confunde con su redención.

Si el canónigo soñaba con un relato enmendado, el *Persiles* ha superado sus esperanzas ofreciendo a los lectores una novela griega *aggiornata*, adaptada al gusto de la España tridentina; una novela que se puede calificar de barroca en su objetivo, su economía general y su progresión. Hay que rendir justicia a las bellezas que ofrece y que le han valido un renuevo de

interés: el contraste entre el marco boreal de las primeras aventuras y los paisajes soleados en que acaba el peregrinaje de los amantes; la expansión de las figuras de lo extraño, plasmadas en los sortilegios del Septentrión pero también en los imprevistos surgidos a orillas del Mediterráneo; el entrelazamiento de la narración cardinal con los relatos episódicos que vienen a complicar su curso; el vaivén de los distintos narradores que, mediante incesantes *flash-back*, mezclan a lo maravilloso controlado de la historia principal los temas característicos de un maravilloso «salvaje», produciendo de este modo unas disonancias que tienden a borrar la frontera entre lo verdadero y lo fabuloso.

Nunca había llevado Cervantes tan alto sus ambiciones; nunca había unido con tan estrechos lazos, en su escritura, la teoría y la práctica de la ficción en prosa. Para emplear la afortunada definición de uno de sus editores, Juan Bautista Avalle-Arce, el *Persiles* es al mismo tiempo una novela, una idea de novela y, en la época que la vio nacer, la suma de todos los puntos de vista posibles sobre el género novelesco. Así, además, según parece, la entendieron los lectores de la época. Reeditada en cinco ocasiones el mismo año de su publicación, traducida en seguida a toda Europa, va a despertar, en Francia sobre todo, la curiosidad de los aficionados. Queda por determinar en qué medida semejante interés sigue siendo el nuestro. No es cierto, pese a lo que se ha dicho, que la progresión del relato sea el movimiento de una alegoría cristiana de la vida humana elevándose hasta la perfección. El mundo que se ordena alrededor de los dos protagonistas, sostenido por las verdades contradictorias de la fe y la filosofía, nos parece dividido más bien entre tensiones antagónicas; ahí radicaría la modernidad de esta novela, cuya factura estaría más cerca de nuestros hábitos que del sentir de los lectores de antaño. Pero no basta con que abra a nuestra imaginación un dédalo de curiosidades contradictorias para alcanzar, como quería Cervantes, el súmmum de la excelencia. Por aficionados que seamos a la experimentación literaria, este libro, fascinante por más de un motivo, nos deja perplejos a pesar de todo cuando lo cerramos. Sin duda hay episodios que llaman una y otra vez nuestra

atención; pero, salvo alguna que otra excepción, es muy tenue el vínculo que los une con el argumento central: así la historia de Feliciana de la Voz, la hija seducida que Periandro y Auristela descubren en el hueco de un árbol con su hijo, y que llega a enternecer a un padre y a un hermano dispuestos a sacrificarla en el altar del honor familiar; o bien, en un registro completamente distinto, la desventura de dos estudiantes de Salamanca, que, para excitar la compasión de unos rústicos aldeanos, se hacen pasar por cristianos escapados de galeras hasta el momento en que el alcalde, auténtico excautivo, desenmascara a los dos impostores para su mayor confusión. Estos momentos de realidad son del mejor Cervantes: nos muestran a un escritor en plena posesión de su arte, dueño de su pluma hasta su último aliento; pero son los fragmentos dispersos de un imponente edificio cuyas salas vacías recorremos indefinidamente. Entre todos los que, por curiosidad, han leído de cabo a rabo el *Persiles*, ¿cuántos pueden afirmar que lo han releído de un tirón por placer?

Hay una razón accesoria a nuestra frustración: el autor no pudo rematar su obra. Durante quince años, Cervantes no concedió a este libro más que el tiempo robado, aquí y allá, a otras obras u otras ocupaciones. Sólo durante el último año de su vida trabajó verdaderamente sin descansar, con una premura que el presentimiento de su muerte volvía más febril todavía. El *Persiles* se resiente de esa progresión deshilvanada cuyos signos permite observar una lectura atenta. Se resiente también del fatal desenlace, al haber sido sorprendido Miguel por la muerte antes de haber podido revisar su manuscrito.

Pero el origen profundo de nuestro fastidio obedece sin duda a que el *Persiles* está en los antípodas de nuestra propia concepción de la novela. A buen seguro encontramos en él los procedimientos narrativos, los artificios de escritura a que nos han habituado las demás ficciones cervantinas. Pero carece de algo esencial a nuestros ojos: la forma en que un personaje interioriza los acontecimientos en que se encuentra mezclado para hacer de ellos la trama de su existencia, la materia de una vida imaginaria. Los obstáculos que halla, los conflictos que experimenta, lo modifican poco a

poco, lo transforman incluso al término de su recorrido. Don Quijote en Barcelona es más Don Quijote que nunca, aunque ya no sea exactamente el mismo ser que a su inicio. Nada de eso ocurre con Persiles y Sigismunda; sean testigos o actores de las peripecias que jalonan su aventura, son seres que no evolucionan. De las mazmorras de la Isla Bárbara hasta la estancia gloriosa en la Villa Eterna, las pruebas que afrontan los confirman en su identidad, en su firmeza y en su constancia; pero no los modifican. Inmutables, permanecen inacabados, y su destino, en última instancia, nos resulta irremediablemente extraño: en el espacio sideral del *Persiles*, contemplamos sin decir palabra la carrera majestuosa de dos abstracciones.

En el umbral de la eternidad

Abril de 1616: Persiles y Sigismunda llegan al término de su peregrinaje. También Cervantes: la Ciudad Santa donde ha logrado conducir a sus héroes prefigura la Ciudad Celeste cuya misericordia divina le abrirá las puertas. ¿Esperó por un momento retardar el plazo? Seis meses antes, aún estaba desbordante de proyectos, si hemos de dar fe a lo que nos dicen prólogos y dedicatorias al respecto: una comedia —*El engaño a los ojos*— cuyo título evoca uno de sus artificios predilectos; un poema épico —*El famoso Bernardo*—, inspirado sin duda en las hazañas de Bernardo del Carpio; una colección de relatos, *Las semanas del jardín*; por último, la inevitable Segunda Parte de *La Galatea*, siempre prometida. Otros tantos desafíos lanzados a la muerte por un hombre que tiene tanto que decir y no quiere irse sin haberlo dicho todo. ¿Qué ha ocurrido con toda esa producción? Durante más de dos siglos, los investigadores han registrado en vano los archivos con la loca esperanza de encontrar su huella. Cansados de luchar, han llegado a la conclusión de que el autor, en la fiebre de los últimos meses, había prometido más de lo que podía cumplir y que sus borradores, en el mejor de los casos, no habían sido más que esbozos. Daniel Eisenberg, piensa haber encontrado un fragmento de *Las semanas*

del jardín. Tal es, al menos, la tesis que defiende, al cabo de un minucioso examen del *Diálogo de Selanio y Cilenia*, conservado en Sevilla en los fondos de la Biblioteca Colombina.[10] Hace más de un siglo, Adolfo de Castro ya había atribuido este diálogo a Cervantes. Pero Eisenberg defiende esta atribución con nuevos argumentos, aunque hemos de observar que no han convencido, ni mucho menos, a todos los cervantistas.[11]

A Cervantes le faltó tiempo para disipar nuestras dudas dando a la imprenta las obras que había puesto en el telar. Durante seis meses, dedicó al *Persiles* sus últimas fuerzas. Ahora sabe que el final está cerca. En el momento en que el invierno madrileño cede a la primera tibieza de una primavera apenas iniciada, piensa en prepararse para el gran viaje. Una carta escrita de su puño y letra, dirigida el 26 de marzo al cardenal Sandoval, ha hecho creer que había intentado despedirse de su mecenas; hoy está demostrado que esa carta es una falsificación. En cambio, se comprueba que se alejó de la Congregación del Santísimo Sacramento: la entrada masiva, tras los pasos del de Lerma, de la flor y nata de la aristocracia la había convertido en un círculo mundano donde Cervantes ya no se sentía a gusto. A ejemplo de sus hermanas y de Catalina, prefiere la Orden Tercera de San Francisco, de la que es novicio desde hace tres años. El 2 de abril de 1616, víspera de Pascua, pronuncia sus votos definitivos. La ceremonia está consignada en el Libro de la Orden.[12] Ahí se dice que tuvo lugar en el domicilio del escritor: indicio revelador de su grado de debilitamiento.

En estas condiciones, es obvio que nunca pudo ponerse entonces en camino y cubrir las doce leguas que separan Esquivias de Madrid. El viaje, evocado en el prólogo del *Persiles*, nos parece más bien efecto de una fantasía literaria: un pretexto del que Cervantes se sirvió para contarnos su encuentro con uno de sus admiradores. Encuentro inverosímil, si nos atenemos a las circunstancias en que se supone que tuvo lugar; encuentro en que, no obstante, lo esencial suena a verdadero. Verdadero el entusiasmo del fulano, un estudiante «vestido de pardo» que, al descubrir a quién tiene enfrente, salta a tierra y coge la mano del poeta exclamando: «¡Sí, sí; éste es

el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas!». Verdaderas las protestas del autor del *Quijote*, al que, por cierto, no le conviene demasiado ser calificado como autor de obras de entretenimento, si bien, con todo, deja transparentar el orgullo de haber sido reconocido, de disponer por fin de una identidad conquistada por la escritura. Verdaderas las palabras intercambiadas sobre la enfermedad de Miguel, cuyas débiles esperanzas hace añicos el interlocutor declarando: «Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna». Verdadera, por último, la respuesta del «señor Cervantes», que se muestra sin ilusiones sobre los efectos de ese tratamiento: «Eso me han dicho muchos, respondí yo, pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito, como si para sólo eso hubiera nacido». Pinceladas tomadas de la experiencia viva, que permiten a esta historia fingida mejor «casar el entendimiento» de un lector del que Miguel se despide con una última promesa: «Tiempo vendrá, quizá, donde, anudando este roto hilo, diga lo que aquí me falta, y lo que se convenía». ¡Extraordinario adiós de un escritor que, hasta su último aliento, se niega a poner el punto final!

Y sin embargo, en el momento en que escribe esas líneas, el 20 de abril de 1616, nuestro escritor se sabe condenado. La hidropesía diagnosticada por el estudiante, la sed inextinguible de que él mismo da cuenta son los síntomas de la enfermedad que sufre desde hace varios años: diabetes, se ha dicho, a menos que se trate de una cirrosis de hígado; dos enfermedades sin remisión en la época, y ante las que los médicos eran impotentes. Dos días antes, el lunes 18 de abril, el licenciado Francisco López, limosnero del convento de los trinitarios, había ido a administrarle los últimos sacramentos. Al día siguiente de la ceremonia, Cervantes aprovecha un breve respiro para dirigir al de Lemos la admirable dedicatoria del *Persiles*:

> Aquellas coplas antiguas, que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan:

Puesto ya el pie en el estribo,

quisiera yo no vinieran tan a pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar, diciendo:

Puesto ya el pie en el estribo,
Con las ansias de la muerte,
Gran señor, ésta te escribo,

Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies a vuesa Excelencia; que podría ser fuese tanto el contento de ver a vuesa Excelencia bueno en España, que me volviese a dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa vuesa Excelencia este mi deseo...

«Llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir.» Con el solo fin, precisa el agonizante, de ofrecer al ilustre mecenas las obras que le ha prometido y, particularmente, «el fin de la *Galatea* de quien sé está aficionado vuesa Excelencia». Por cierto, en el autor del *Quijote*, el hombre y el escritor no son más que uno. Pero en verdad, añade con melancolía, «si a dicha, por buena ventura mía, que ya no sería ventura, sino milagro, me diese el cielo vida». El milagro no se va a producir. El miércoles 20 de abril, Cervantes dicta de un tirón el prólogo del *Persiles*, y concluye dirigiéndose al lector: «Mi vida se va acabando y al paso de las efemérides de mis pulsos, que, a más tardar, acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida (...). Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos: que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida».

Éstas son las últimas palabras que de él conservamos. El viernes 22 de abril, poco más de una semana después de William Shakespeare, Miguel de Cervantes rinde el último suspiro. Al día siguiente, en los registros de San Sebastián, su parroquia, se consigna que su muerte ha ocurrido el sábado 23, de acuerdo con la costumbre de la época, que sólo se quedaba con la fecha del entierro.[13] También se anota que nombró a su esposa albacea,

que encargó diez misas por el descanso de su alma y que ha sido enterrado en el convento de los trinitarios. Fue inhumado según la regla de la Orden Tercera, con el rostro descubierto y vestido con el sayal de los franciscanos. Al hilo de los años, sus parientes también se irán. Constanza, su sobrina, va a ser la primera en morir en 1622; Catalina, su esposa, la sigue cuatro años más tarde; su hija Isabel le sobrevivió hasta 1652, sin dejar hijos.

Hoy no hay descendientes de Cervantes. Su testamento se perdió. En cuanto a sus restos, padecieron, a finales del siglo XVII, los efectos de la reconstrucción del convento que los albergaba y no se sabe de momento si las investigaciones emprendidas hace unos meses van a permitir su hallazgo.[14] Quedan las obras del «raro inventor» a quien el *Quijote* le valió entrar en la leyenda. Desde entonces, cada generación ha aportado su piedra al edificio, descubriendo del autor una imagen que le parecía ser la única «verdadera». En el siglo XIX, unos exaltaron al humanista secretamente subversivo, al precursor del racionalismo moderno; otros, por reacción, vieron en él el paladín de la España de los Austrias: dos versiones de un mismo fetichismo que hizo en varias ocasiones que el soldado de Lepanto se convirtiera en receptáculo de todos los saberes o en parangón de todas las virtudes.

A ese culto ingenuo, Unamuno le ha puesto coto: en su *Vida de Don Quijote y Sancho*, magnifica a la inmortal pareja en detrimento de su creador, superado por unos héroes cuyo destino no había previsto. Concertada paradoja de cuya lección merece conservarse la memoria. Después de los trabajos de Américo Castro al terminar la primera guerra mundial, hemos descubierto en efecto, si no un pensador, al menos un escritor en toda la acepción del término: el padre de la novela moderna. Pero aunque ya no sea para nosotros un genio inconsciente, el significado que hoy reviste su obra, como lo recuerda a su manera Unamuno, no se reduce ya al designio confesado que expresa. Detrás del artista cuya técnica escrutamos y que nos esforzamos por deslindar, el hombre de carne y de deseo que, un día tardío de su vida, eligió no abandonar la pluma, elude los esquemas en que querríamos encerrarlo. Impenetrable, su misterio nos

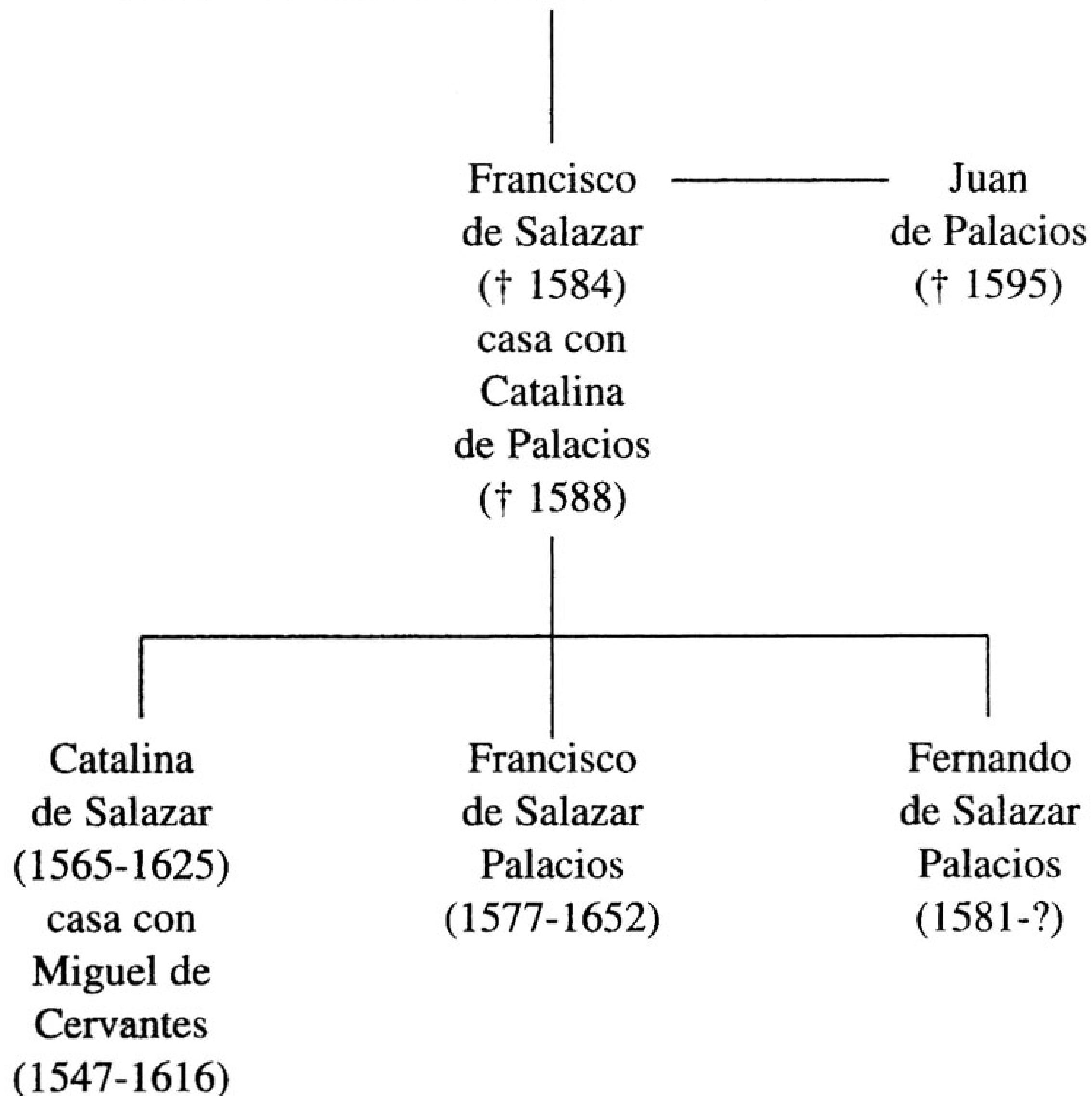
fascina, porque es la clave de una experiencia que se ofrece a nosotros a través de la escritura y a la que sin cesar encuentra nuestra propia experiencia de lector. Así lo entendió Cide Hamete, quien también quiso dejar a su pluma la palabra final: «Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno».

ANEXOS

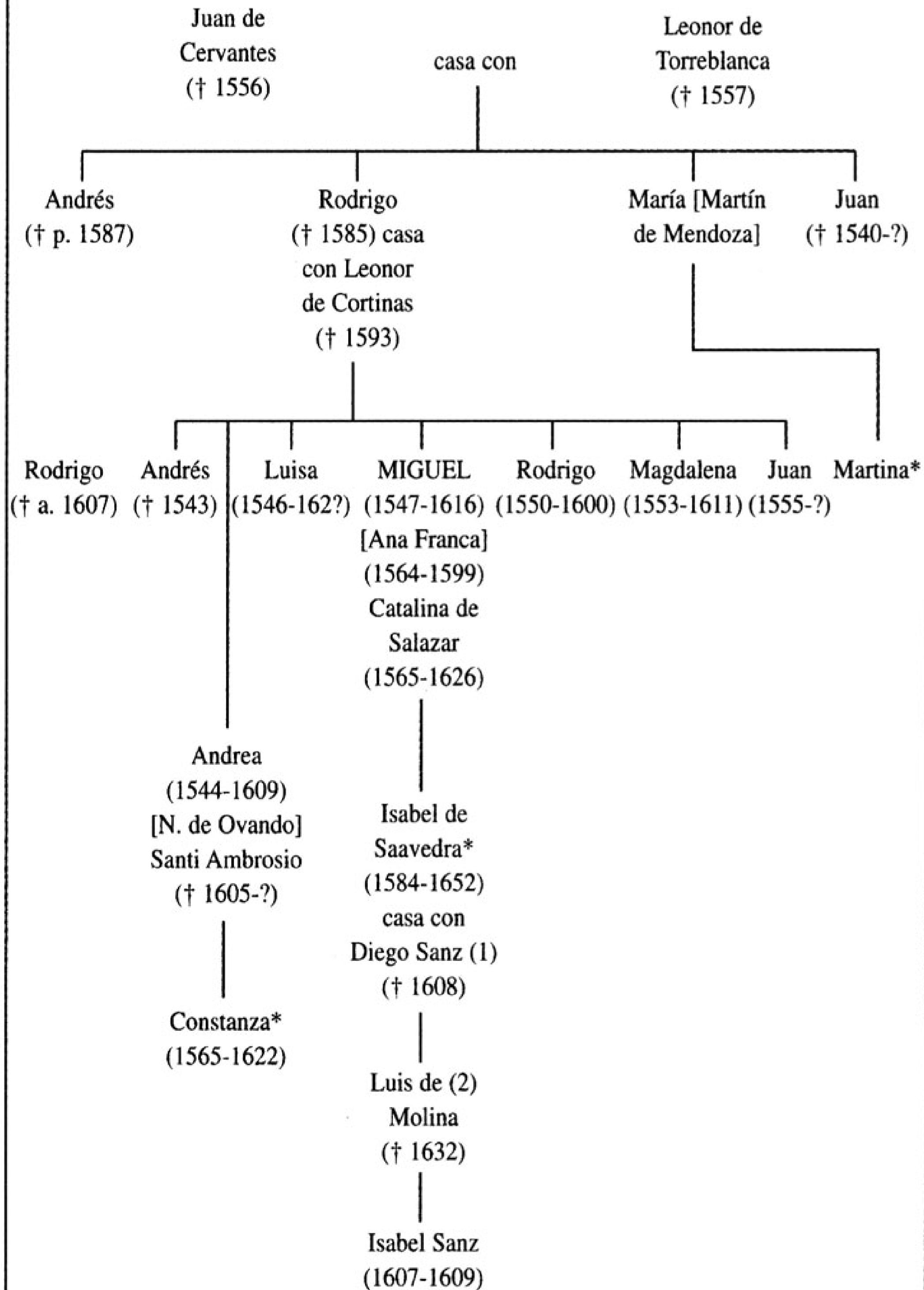
Nota sobre el sistema monetario español en el Siglo de Oro

Creado en 1497 por la ordenanza de Medina del Campo, este sistema permaneció estable a lo largo de todo el siglo XVI y durante una parte del XVII. Definía las monedas de oro (*ducado*), de plata (*real*) o de vellón (*blanca*), destinadas a las diversas transacciones. Esas monedas se medían en unidades de cuenta, es decir, en *maravedís*: el ducado valía 375 maravedís; el real, 34 maravedís, y la blanca, medio maravedí.

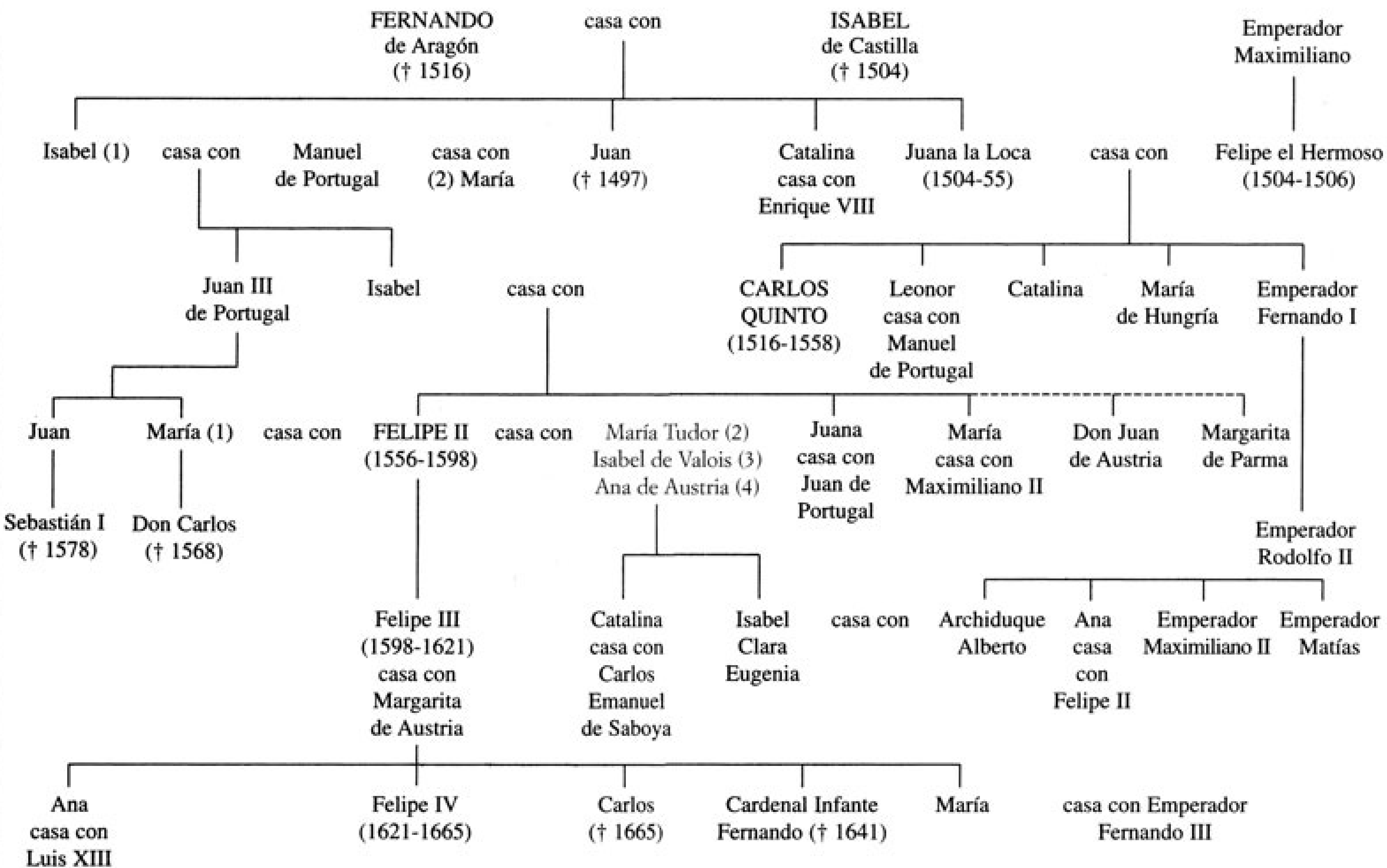
Las piezas acuñadas por la Corona eran la mayoría de las veces múltiplos de esas monedas: así el *doblón* o el *doble ducado*, también llamado *pistola*. El *escudo*, o *corona*, fue introducido en 1537 por Carlos V y tarifado en 350 maravedís, volviéndose entonces el ducado una moneda de cuenta de 375 maravedís.

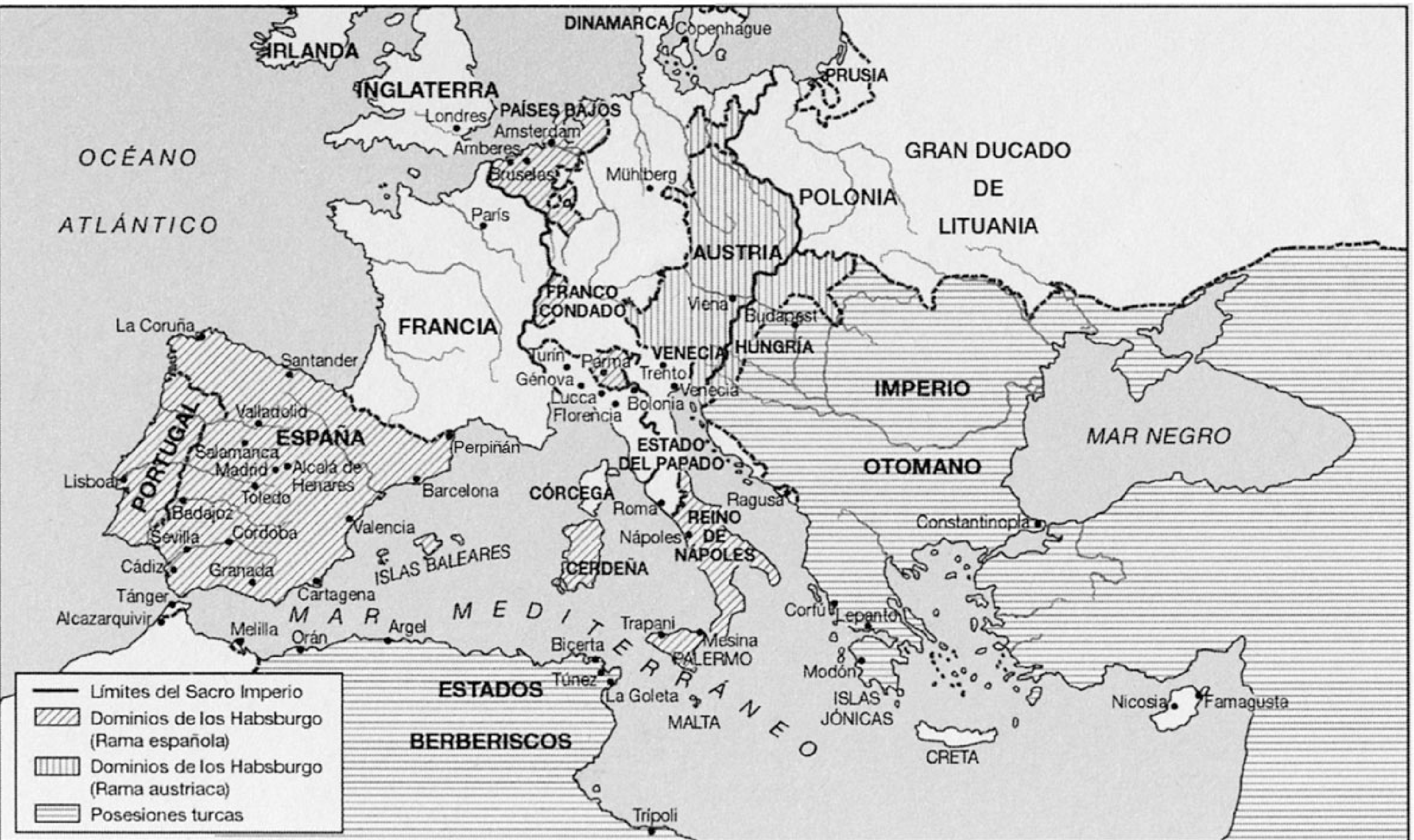

CUADRO GENEALÓGICO DE LOS SALAZAR
Francisco de Salazar († 1584) casa con Catalina de Palacios († 1588)
Juan de Palacios († 1595)
Catalina de Salazar (1565-1625) casa con Miguel de Cervantes (1547-1616)
Francisco de Salazar Palacios (1577-1652)
Fernando de Salazar Palacios (1581-?)

CUADRO GENEALÓGICO DE LOS CERVANTES



[] indica que el cónyuge es un amante.
** indica que el niño es un bastardo.*


CUADRO GENEALÓGICO DE LOS HABSBURGO
FERNANDO de Aragón († 1516)
casa con
ISABEL de Castilla († 1504)
Emperador Maximiliano
Isabel (1)
casa con
Manuel de Portugal
casa con (2) María
Juan († 1497)
Catalina casa con Enrique VIII
Juana la Loca (1504-55)
casa con
Felipe el Hermoso (1504-1506)
Juan III de Portugal
Isabel
casa con
CARLOS QUINTO (1516-1558)
Leonor casa con Manuel de Portugal
Catalina
María de Hungría
Emperador Fernando I
Juan
María (1)
casa con
FELIPE II (1556-1598)
casa con
María Tudor (2)
Isabel de Valois (3)
Ana de Austria (4)
Juana casa con Juan de Portugal
María casa con Maximiliano II
Don Juan de Austria
Margarita de Parma
Sebastián I († 1578)
Don Carlos († 1568)
Emperador Rodolfo II
Felipe III (1598-1621) casa con Margarita de Austria
Catalina casa con Carlos Emanuel de Saboya
Isabel Clara Eugenia
casa con
Archiduque Alberto
Ana casa con Felipe II
Emperador Maximiliano II
Emperador Matías
Ana casa con Luis XIII
Felipe IV (1621-1665)
Carlos († 1665)
Cardenal Infante Fernando († 1641)
María
casa con Emperador Fernando III


DINAMARCA
Copenhague
IRLANDA
INGLATERRA
PRUSIA
PAÍSES BAJOS
Londres
Amsterdam
Amberes
Bruselas
OCÉANO
ATLÁNTICO
Mühlberg
GRAN DUCADO
DE
LITUANIA
POLONIA
París
AUSTRIA
FRANCO
CONDADO
Viena
Budapest
FRANCIA
La Coruña
VENECIA
HUNGRÍA
Turín
Parma
Trento
Santander
Génova
Venecia
IMPERIO
Lucca
Bolonia
Florencia
Valladolid
PORTUGAL
ESPAÑA
MAR NEGRO
ESTADO
DEL PAPADO
Perpiñán
Salamanca
Alcalá de
Madrid
Henares
OTOMANO
Lisboa
Barcelona
CÓRCEGA
Toledo
Ragusa
Roma
Badajoz
REINO
DE
NÁPOLES
Constantinopla
Valencia
Sevilla
Córdoba
Nápoles
ISLAS BALEARES
Cádiz
Granada
CERDEÑA
Tánger
Cartagena
Alcazarquivir
MAR MEDITERRÁNEO
Trapani
Corfú
Lepanto
Argel
Melilla
Orán
Mesina
Bicerta
PALERMO
Modón
Túnez
La Goleta
ISLAS
JÓNICAS
Nicosia
Famagusta
ESTADOS
BERBERISCOS
MALTA
CRETA
Trípoli
Límites del Sacro Imperio
Dominios de los Habsburgo
(Rama española)
Dominios de los Habsburgo
(Rama austriaca)
Posesiones turcas

Europa a finales del siglo XVI



La península Ibérica en el siglo XVI



La Andalucía de Cervantes

Cronología

1547: 29 sept. (?). Miguel de Cervantes nace en Alcalá de Henares.
Mueren Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra.
Victoria de Mühlberg sobre los príncipes protestantes alemanes.
Primer *Índice* inquisitorial. Primeros estatutos de limpieza de sangre.

1551: Rodrigo de Cervantes parte para Valladolid.

1553: Rodrigo se reúne con su padre en Córdoba.

1554: Felipe, hijo de Carlos V, casa con María Tudor.
Lazarillo de Tormes.

1556: Muere Juan de Cervantes, abuelo de Miguel.
Abdicación de Carlos V. Advenimiento de Felipe II.

1557: Muere Leonor de Torreblanca, abuela paterna de Miguel.
Primera bancarrota de Felipe II.

1558: Mueren Carlos V y María Tudor. Advenimiento de Isabel de Inglaterra.

1559: Paz de Cateau-Cambrésis. Muerte de Enrique II. Felipe II casa con doña Isabel de Valois.
Montemayor, *La Diana*.

1561: Madrid, sede de la corte.
Nacimiento de Góngora.

1563: Primera piedra de El Escorial. Fin del concilio de Trento.
Nacimiento de Lope de Vega.

1564: Rodrigo de Cervantes se traslada a Sevilla.
Fracaso de los turcos ante Orán.
Nacimiento de Shakespeare.

1565: Luisa de Cervantes ingresa en el convento de Alcalá.
Fracaso de los turcos ante Malta. Revuelta de los Países Bajos.
Muere Lope de Rueda.

1566: Rodrigo de Cervantes se instala en Madrid.

1567: Primeras poesías de Miguel.

1568: Juan López de Hoyos lo llama «caro y amado discípulo». Inicios literarios.
Encarcelamiento y muerte de don Carlos. Muerte de Isabel de Valois.
Revuelta de los moriscos de Granada.

1569: Asunto Sigura. Miguel en Roma.
Ercilla, *La Araucana*.

1570: Al servicio del cardenal Acquaviva, en Roma.
Ocupación de Chipre por los turcos.

1571: Herido en Lepanto. Convalecencia en Mesina.
Formación de la Santa Liga. Batalla de Lepanto.

1572: Soldado aventajado. Toma parte en la campaña naval de don Juan de Austria. Cuarteles de invierno en Sicilia.
Muere Pío V. Campaña de Corfú y de Modón.

1573: Participa en la nueva expedición de don Juan de Austria.
Paz separada de Venecia con el Turco. Toma de Túnez por don Juan.
Mateo Vázquez, secretario de Felipe II.

1574: Cuarteles de invierno en Cerdeña (?), en Nápoles y en Sicilia.
Euldj Alí recupera Túnez.

1575: Estancia en Nápoles. En el camino de regreso, es hecho prisionero por los berberiscos frente a la costa de Cataluña. Cautivo en Argel.

1576: Primera tentativa de evasión.

Saqueo de Amberes por las tropas españolas. Don Juan, regente de los Países Bajos.

1577: Liberación de Rodrigo, hermano de Miguel. Segunda tentativa de evasión. Hasán Bajá, rey de Argel.
El Greco se instala en Toledo.

1578: Tercera tentativa de evasión.
Asesinato de Juan de Escobedo. Muere don Juan de Austria.
Sebastián de Portugal es muerto en la batalla de Alcazarquivir.

1579: Cuarta tentativa de evasión.
Caída de Antonio Pérez.
Apertura de los primeros corrales madrileños.

1580: Rescatado por los padres trinitarios. Regreso a Madrid, vía Valencia.
Felipe II, rey de Portugal.

1581: Misión en Orán. Estancia en Lisboa.

1582: Muere Teresa de Ávila.
En Madrid. Carta a Eraso. *El trato de Argel* (?).
Herrera, *Poesías*. Gálvez de Montalvo, *El Pastor de Fílida*.

1583: *Numancia* (?).
Juan de la Cueva, *Comedias y tragedias*.

1584: Amores con Ana Franca de Rojas. Nacimiento de Isabel de Saavedra.
Casa en Esquivias con Catalina de Salazar.
Felipe II se instala en El Escorial.

1585: Primera parte de *La Galatea*. Contrato con Gaspar de Porres.
Muere Rodrigo, padre de Miguel.
Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*.

1586: Estancias episódicas en Sevilla.

1587: Partida para Sevilla. Comisiones en Écija.
Preparativos de la Armada Invencible.
Lope de Vega es desterrado de Madrid.

1588: Nuevas comisiones. Muere Catalina de Palacios, suegra de Miguel.
Fracaso de la Armada Invencible.
Santa Teresa, *Obras*.
El Greco, *El entierro del Conde de Orgaz*.

1589: Nuevas comisiones. Estancias en Esquivias y Madrid (?).

1590: Demanda al Consejo de Indias. Redacción de la *Historia del Cautivo*.
Revuelta de Aragón.

1591: Comisiones en la región de Granada.
Evasión de Antonio Pérez. Muerte de Mateo Vázquez.

1592: Incidentes en Écija y en Teba. Encarcelado en Castro del Río. Contrato con Rodrigo Osorio.

1593: Comisiones en los alrededores de Sevilla. Requisa de trigo y cebada en La Puebla de Cazalla. Comisiones en Osuna, Morón de la Frontera y Villamartín (Cádiz).
Muere doña Leonor, madre de Miguel.
La casa de los celos (romance).

1594: Fin de las comisiones andaluzas.

1595: Recaudador de impuestos. Gira por el reino de Granada.
Advenimiento de Enrique IV de Francia.

1596: Saco de Cádiz por Howard y Essex.
López Pinciano, *Philosophia antigua poética*.

1597: Encarcelado en Sevilla.

1598: En Sevilla. *Soneto al túmulo de Felipe II*. Muerte de Ana Franca.
Magdalena de Cervantes recoge a Isabel de Saavedra.
Paz de Vervins con Francia. Isabel y Alberto, regentes de los Países Bajos. Muere Felipe II. Advenimiento de Felipe III. Gobierno del duque de Lerma.
Nacimiento de Zurbarán. Lope de Vega, *La Arcadia*. Cierre de los teatros.

1599: En Sevilla. Estancias en Castilla (?).

Epidemia de peste en España.

Mateo Alemán, Primera Parte del *Guzmán de Alfarache*. Nacimiento de Velázquez.

1600: Partida de Sevilla (?). Estancia en Toledo. Muere Rodrigo, hermano de Miguel, en la batalla de las Dunas.

Reapertura de los teatros. Nacimiento de Calderón.

1601: Traslado de la corte a Valladolid.

1602: En Esquivias. Complicaciones con el Tesoro público. Redacta *Don Quijote*.

Lope de Vega, *La hermosura de Angélica*.

1603: Muerte de Isabel de Inglaterra.

1604: En Valladolid. Desavenencia con Lope de Vega.

Paz con Inglaterra.

Mateo Alemán, Segunda Parte del *Guzmán de Alfarache*. Primera parte de las *Comedias* de Lope de Vega.

1605: Primera parte del *Quijote*. Asunto Ezpeleta.

Nacimiento de Felipe IV. Embajada de lord Howard.

López de Úbeda, *La pícara Justina*.

1606: Matrimonio de Isabel de Saavedra con Diego Sanz. En Esquivias (?).

Regreso de la corte a Madrid.

1607: En Madrid. Nacimiento de Isabel Sanz.

1608: Muere Diego Sanz. Isabel de Saavedra vuelve a casarse con Luis de Molina.

Comienza el asunto Urbina.

1609: Magdalena, Catalina y Andrea de Cervantes, novicias de la Orden Tercera de San Francisco. Miguel entra en la Congregación de los Esclavos del Santísimo Sacramento. Mueren Andrea e Isabel Sanz.

Tregua de los Doce Años con las Provincias Unidas. Inicio de la expulsión de los moriscos.

Lope de Vega, *Arte nuevo de hacer comedias*.

1610: Prosigue el asunto Urbina. El conde de Lemos es nombrado virrey de Nápoles. Miguel debe renunciar a la esperanza de reunirse con él. Viaja a Lora del Río para una recaudación de tributos
Asesinato de Enrique IV de Francia.

1611: Muere Magdalena. Estancia en Esquivias. Difusión europea del *Quijote*.
Muere Margarita de Austria.
Cierre temporal de los teatros madrileños.

1612: Frecuenta los cenáculos literarios de la capital.
Haedo, *Topographía e historia general de Argel*.

1613: En Alcalá. Novicio de la Orden Tercera. *Novelas ejemplares*.
Góngora, *Primera Soledad*.

1614: *Viaje del Parnaso*.
Avellaneda, Segunda Parte del *Quijote*. Muere el Greco.

1615: *Ocho comedias y ocho entremeses*. Segunda parte del *Quijote*.
Matrimonio de Luis XIII de Francia con Ana de Austria, hija de Felipe III.

1616: Pronuncia sus votos definitivos como tercero de San Francisco. Dedicatoria del *Persiles* a Lemos. Muere en Madrid el 22 de abril.
Muere Shakespeare.

1617: Publicación póstuma del *Persiles*.

Bibliografía

A Cervantes, a su vida y a su obra se han dedicado millares de libros y de artículos. Su calidad es, por supuesto, muy desigual. Los tres mil setecientos títulos recogidos en la *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, de José Simón Díaz (Madrid, CSIC, tomo VIII, 1970, páginas 4-442), no pasan de ser una selección realizada hace más de cuarenta años. Actualmente, lo más aconsejable consiste en aprovechar las posibilidades que ofrece internet: navegando por un lado desde la Universidad de Alicante (www.cervantes.virtual.com); y, por otro, consultando el proyecto Cervantes coordinado por el profesor Eduardo Urbina (www.csdl.tamu.edu/cervantes/esp/index.html), así como el sitio DIALNET.

En los límites asignados a este libro, proponer unas orientaciones hubiera sido imposible. Por tanto, no damos aquí sino algunos puntos de referencia, destinados especialmente al lector no especializado.

Lo que sabemos de la vida de Cervantes es fruto de investigaciones sucesivas realizadas desde el primer tercio del siglo XVIII: en primer lugar por los primeros biógrafos del autor del *Quijote*: Gregorio Mayans y Siscar, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Londres, J. Y R. Tonson, 1737 (reed.: A. Mestre, Madrid, Espasa-Calpe, 1972); Vicente de los Ríos, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* (en la ed. del *Quijote* de la Real Academia Española, tomo I, Madrid, 1780); Juan Antonio Pellicer y Saforcada, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Gabriel de Sancha, 1797; Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes*

Saavedra, ilustrada con varias noticias y documentos inéditos..., Madrid, Imprenta Real, 1819 (ed. facsímile con prólogo de José Lara Garrido, Universidad de Málaga, 2005); luego por generaciones de eruditos, entre los que destacan Cristóbal Pérez Pastor, *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, Madrid, Imprenta de Fortanet, 1899-1902, 2 vols., y Francisco Rodríguez Marín, *Nuevos documentos cervantinos*, Madrid, Real Academia Española, 1914 (incluido en sus *Estudios cervantinos*, Madrid, Atlas, 1947, pp. 175-350). Los documentos descubiertos por ellos proceden unas veces de los archivos públicos (Simancas, Sevilla, Madrid); otras, de los archivos parroquiales y notariales. Transcritos a principios del siglo XX por P. Torres Lanzas, los testimonios presentados por Cervantes al término de su cautiverio han sido reeditados hace poco con un importante estudio preliminar: Pina Rosa Piras, *La* Información en Argel *de Miguel de Cervantes: entre ficción y documento*, Alcalá de Henares, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2014. Se echa de menos una presentación metódica y crítica de todos los documentos referentes al escritor. Ésta fue esbozada hace un siglo por James Fitzmaurice Kelly, *Cervantes Saavedra. A Memoir*, Oxford University Press, 1913 (trad. española aumentada, Oxford, 1917). Dos nuevas recopilaciones han sido realizadas por K. Sliwa (*Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Pamplona, Eunsa, 1999; *Documentos cervantinos. Nueva recopilación*; *lista e índices*, Nueva York, Peter Lang, 2000). El mismo Sliwa ha elaborado un comentario de estos documentos que sigue el desarrollo de los acontecimentos vividos por el escritor, en su *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Kassel, Reichenberger, 2006. Las peregrinaciones españolas de Cervantes y su proyección en su obra se describen y comentan en José Guerrero Martín, *Por los caminos del «Quijote»*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2004; M. Á. Teijeiro Fuentes, *Cervantes: camina e inventa. Un recorrido literario por la España cervantina*, Madrid, Iluminaciones/Renacimiento/Universidad de Extremadura, 2014.

Carecemos, asimismo, de una biografía crítica digna de este nombre: en su mayoría, las *Vidas de Cervantes* son, en efecto, relatos novelados, entre

los cuales el más ameno sigue siendo el de Francisco Navarro y Ledesma, *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. Sucesos de su vida*, Madrid, Imprenta Alemana, 1905 (reed.: Colección Austral 401, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1944). La obra monumental de Luis Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Madrid, 1948-1958, 7 vols., es discutible en su método y sus prejuicios, pero reúne una suma considerable de informaciones, a veces inéditas, y constituye por ello una referencia insustituible. Existe un índice de este libro que se ha publicado en microfilm: Phyllis S. Emerson, *Index of Astrana Marín's* «*Vida ejemplar y heroica de Cervantes*»*, with a Chronology of Cervantes' Life*, Lexington, Erasmus Press, 1978. Lo mismo que el libro de Astrana, es accesible ahora por vía electrónica (https://www.h-net.org/~cervantes/csa/emerson_index. htm y http://hhh.gavilan.edu/fmayrhofer/spanish/astrana/in dex.htm). Entre las biografías posteriores que aspiran a mayor rigor, cabe señalar: Antonio Rey Hazas y Florencio Sevilla, *Vida de Cervantes*, Alianza, Madrid, 1995; Alfredo Alvar Ezquerra, *Cervantes, genio y libertad*, Madrid, Temas de Hoy, 2004; Manuel Fernández Álvarez, *Cervantes visto por un historiador*, Madrid, Espasa, 2005; Javier Blasco Pascual, *Cervantes, un hombre que escribe*, Valladolid, Difácil, 2006; Jorge García López, *Cervantes: la figura en el tapiz. Itinerario personal y vivencia intelectual*, Barcelona, Pasado y Presente, 2015.

Aportaciones recientes sobre la familia de Cervantes son el artículo de Krzysztof Sliwa y Daniel Eisenberg, «El licenciado Juan de Cervantes, abuelo de Miguel de Cervantes Saavedra», *Cervantes*, 17 (1997), pp. 106-114; los de Sliwa, «La supuesta hidalguía de Rodrigo de Cervantes, padre del autor del *Quijote*», *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, 2001, pp. 131-138, «La dualidad de Leonor de Cortinas, madre de Miguel de Cervantes Saavedra», *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Madrid, Castalia, 2000, I, p. 758-763, e «Hija y nieta de Miguel de Cervantes Saavedra,

Isabel de Cervantes y Saavedra e Isabel Sanz», *Actas del VIII Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, El Toboso, Ediciones Dulcinea del Toboso, 1999, pp. 267-274; el de Eisenberg, «El convenio de separación de Cervantes y su mujer Catalina», *Anales Cervantinos*, 35 (1999), pp. 143-149; el de Manuel Andrino, «Luis de Molina, yerno de Cervantes», *Gazeta de los Notarios*, 92 (agosto-septiembre de 1997), pp. 8-10; y el libro de Emilio Maganto Pavón, *Isabel de Saavedra, los enigmas en la vida de la hija de Cervantes*, Madrid, Editorial Complutense, 2013.

Entre los episodios biográficos que, en los últimos años, mayor interés han suscitado, merecen destacarse los siguientes:

— El origen alcalaíno de Cervantes y la autenticidad de su partida de bautismo (José César Álvarez, *La disputada cuna de Cervantes*, Alcalá de Henares, Bornove, 2005; Emilio Maganto Pavón, «Prólogo» a *La familia Villafranca y Miguel de Cervantes*. *Nuevos documentos cervantinos localizados en el Archivo General de Indias*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2014; *La partida de bautismo de Miguel de Cervantes y sus detractores*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2015).

— La supuesta ascendencia conversa del escritor (Américo Castro, *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid, Alfaguara, 1966; Francisco Márquez Villanueva, «La cuestión del judaísmo de Cervantes», Rogelio Reyes Cano (ed.), *Don Quijote en el reino de la fantasía. Realidad y ficción en el universo mental y biográfico de Cervantes*, Sevilla, Fundación Focus-Abengoa, 2004, pp. 51-74).

— Las relaciones entre Cervantes y López de Hoyos en Madrid en 1568 (Alfredo Alvar Ezquerra, *Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo xvi*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014).

— Las circunstancias de la partida a Italia en septiembre de 1569 (José Manuel Bailón Blancas, «Pasos perdidos de Cervantes en Italia (1568-1570)», en Alicia Villar Lecumberri (ed.), *Cervantes en Italia*. *X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Palma de

Mallorca, Universitat de les Illes Balears, 2001, pp. 35-41; José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, *La Epístola a Mateo Vázquez: historia de una polémica literaria en torno a Cervantes*, Alcalá de Henares, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2010).

— La estancia de Cervantes en Roma al servicio del cardenal Acquaviva y, más generalmente, sus relaciones con sus sucesivos protectores y mecenas, desde el cardenal Espinosa hasta Pedro y Rodrigo de Tapia, pasando por Ascanio Colonna, Mateo Vázquez, el duque de Béjar, el conde de Lemos y el cardenal Sandoval y Rojas (José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, *La Epístola a Mateo Vázquez*, *op. cit*.; Miguel Á. Teijeiro Fuentes, «Cervantes y los mecenas: "denle una segunda oportunidad, y escribirá el *Quijote*"», *Anales Cervantinos*, 45 (2013), pp. 9-44); Patricia Marín Cepeda, *Cervantes y la corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2015.

— Las heridas recibidas en Lepanto, el 7 de octubre de 1571 (José Manuel Bailón Blancas, «Nuevos datos a una biografía: Cervantes; Iglesia o Mar o Casa Real», en Christoph Strosetzki (ed.), *Visiones y revisiones cervantinas, Actas selectas del VII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2011, pp. 139-150).

— La captura de la galera *Sol* en 1575 por corsarios argelinos (Juan Bautista Avalle-Arce, «La captura de Cervantes», *Boletín de la Real Academia Española*, 48 (1968), pp. 237-280; reed. en *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, 1975, pp. 277-333).

— El cautiverio de Cervantes en Argel, entre 1575 y 1580 (Jaime Oliver Asín, «La hija de Agi Morato en la obra de Cervantes», *Boletín de la Real Academia Española*, 27 (1947-1948), pp. 245-339; Jean Canavaggio, «Agi Morato entre historia y ficción», *Crítica Hispánica*, 11, 1-2 (1989), pp. 17-22, reed. en *Cervantes entre vida y creación*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2000, pp. 17-22; Emilio Sola y José F. de la Peña, *Cervantes y la Berbería*, México-

Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1995; Alberto Sánchez, «Revisión del cautiverio cervantino en Argel», *Cervantes*, 17 (1999), pp. 7-24; María Antonia Garcés, *Cervantes in Algiers. A Captive's Tale*, Nashville, Vanderbilt University Press, 2002; Patricia Marín Cepeda, «Cuatro personajes en busca de autor para la *Topographía e historia general de Argel*: Diego de Haedo (arzobispo de Sicilia), Diego de Haedo (abad de Frómista), Sosa y Cervantes», J. Blasco, P. Marín Cepeda y Cristina Ruiz Urbón (eds.), *«Hos versiculos feci»: Estudios de atribución y plagio*, Madrid, Iberoamericana /Vervuert, 2010, pp. 103-140. Francisco Márquez Villanueva, *Moros, moriscos y turcos de Cervantes*, Barcelona, Bellaterra, 2010, pp. 15-98; Natalio Ohanna, «Cervantes, los renegados y las estrategias de inserción social», en *Cautiverio y convivencia en la edad de Cervantes*, Alcalá de Henares, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2011, pp. 75-154; Pina Rosa Piras, *La* Información en Argel *de Miguel de Cervantes: entre ficción y documento*, Alcalá de Henares, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2014).

— El origen del nombre Saavedra (María Antonia Garcés, «Los avatares de un nombre: *Saavedra* y Cervantes», *Revista de Literatura*, 65 (2003), pp. 351-374; Luce López Baralt, «El tal de Shaibedraa (*Don Quijote* I, 40)», *eHumanista/Cervantes*, 2 (2013), pp. 404-426).

— La autenticidad de la *Epístola a Mateo Vázquez* (puesta en duda hasta años recientes, pero reexaminada a consecuencia del descubrimiento, en la biblioteca madrileña Francisco de Zabálburu, de una copia manuscrita que se remonta a la segunda mitad del siglo XVI (José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, *La Epístola a Mateo Vázquez: historia de una polémica literaria en torno a Cervantes*, Alcalá de Henares, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2010).

— El trasfondo biográfico de *La Galatea* (José Montero Reguera, «Historia, política y literatura en *La Galatea* de Miguel de Cervantes», *Romeral. Estudios filológicos en homenaje a José Antonio Fernández Romero*, I. Báez y M.ª Rosa Pérez (eds.), Vigo, Servicio de

Publicaciones de la Universidad de Vigo, 2002, pp. 329-342; Antonio Rey Hazas, *Poética de la libertad y otras claves cervantinas*, Madrid, Eneida, 2005; Patricia Marín Cepeda, *Cervantes y la corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1609)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2015).

— Las peregrinaciones andaluzas de Cervantes (Francisco Márquez Villanueva, «Sevilla y Cervantes, una vez más», *Cervantes en letra viva. Estudios sobre la vida y la obra*, Barcelona, Reverso, 1999, pp. 127-150; José Montero Reguera, «El andalucismo de Cervantes. Historia de un equívoco», *Hesperia*, 13 (2010), pp. 97-118).

— Las relaciones entre Cervantes y Lope de Vega a partir de 1604 (Nicolás Marín López, «Belardo furioso: una carta de Lope mal leída», *Anales Cervantinos*, 12 (1973), reed. en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, Universidad de Granada, 1988, pp. 317-358; José Montero Reguera, «Una amistad truncada: sobre Lope de Vega y Cervantes (Esbozo de una compleja relación)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 39 (1999), pp. 313-336; Felipe B. Pedraza, *Cervantes y Lope de Vega: historia de una enemistad y otros estudios cervantinos*, Barcelona, Octaedro, 2006).

— El proceso editorial del *Quijote* de 1605 (Francisco Rico, *El texto del «Quijote». Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*, Barcelona, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles/Universidad de Valladolid; Destino, 2005).

— La muerte violenta en Valladolid de Gaspar de Ezpeleta, en junio de 1605 (Jean Canavaggio, «Nueva aproximación al proceso Ezpeleta», *Cervantes*, 17 (1997), pp. 25-45, reed. en *Cervantes entre vida y creación*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2000, pp. 45-63; Javier Salazar Rincón, *El escritor y su entorno: Cervantes y la Corte de Valladolid en 1605*, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 2006, pp. 151-202 y 315-358).

— El posible viaje a Barcelona con motivo de la partida del conde de Lemos a Nápoles (Martín de Riquer, *Cervantes en Barcelona*,

Barcelona, Sirmio, 1989, reed. en *Para leer a Cervantes*, Barcelona, Acantilado, 2003, pp. 283-387; Carme Riera, «Cervantes, *El Quijote* y Barcelona (Hipótesis de una estancia barcelonesa de Cervantes en 1571)», *Anales Cervantinos*, 37 (2005), pp. 33-43; «A vueltas con la tradición: de nuevo sobre Cervantes y Cataluña», *BRAE*, 85 (2005), pp. 559-572).

— La actitud de Cervantes frente al problema morisco (Francisco Márquez Villanueva, *Moros, moriscos y turcos de Cervantes*, Barcelona, Bellaterra, 2010, pp. 99-127).

— La paternidad de *La tía fingida* (Francisco Márquez Villanueva, «*La tía fingida*: literatura universitaria», *Trabajos y días cervantinos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995, pp. 157-189).

— La identidad del misterioso Avellaneda, autor del *Quijote* apócrifo de 1614 (Martín de Riquer, *Cervantes, Pasamonte y Avellaneda*, Sirmio, Barcelona, 1988, reed. en *Para leer a Cervantes*, El Acantilado, Barcelona, 2003, pp. 387-535; Edward C. Riley, «¿Quién era Pasamonte?», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 1998, pp. 85-96; Alfonso Martín Jiménez, *El «Quijote» de Cervantes y el «Quijote» de Pasamonte: una imitación recíproca*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001; Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, ed. de Milagros Cáceres Rodríguez y Felipe Bartolomé Pedraza Jiménez, Ciudad Real, Diputación Provincial, 2014); «Alonso Fernández de Avellaneda», *Segundo tomo del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, edición, estudio y notas de Luis Gómez Canseco, Madrid, Anejos de la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española. Centro para la Edición de Clásicos Españoles, 2014, pp. 9-46.

La personalidad de Cervantes y, más especialmente, su ideología, han sido tema de numerosos estudios. Emprendidos desde diversos enfoques y con metodologías no siempre compatibles, han provocado, a veces, fuertes

polémicas. Son los trabajos de Américo Castro, los que, pese a las reservas que puedan emitirse a su respecto, han inaugurado la edad moderna de los estudios cervantinos. *El pensamiento de Cervantes* (Madrid, RFE, 1925, reed. aumentada, Barcelona, Noguer, 1972) presenta al autor del *Quijote* como un humanista de filiación erasmista, en desacuerdo con el tono medio de la España oficial. Esta interpretación ha sido retomada en parte, con muchos matices, por M. Bataillon en *Erasmo y España*, México, FCE, 1966, donde el cristianismo de Cervantes es objeto de un examen de conjunto. Posteriormente, A. Castro revisó profundamente sus concepciones. *Cervantes y los casticismos españoles* (Barcelona, Alfaguara, 1966) y *Hacia Cervantes* (Madrid, Taurus, 1967) desarrollan otra hipótesis: la de un Cervantes converso, que reivindica a través de su obra los valores negados por la España mayoritaria. Hace más de treinta años, Louis Combet elaboró una interpretación psicoestructural de su obra, haciendo hincapié en la presencia recurrente de un síndrome masoquista compartido por el propio escritor (L. Combet, *Cervantès ou les incertitudes du désir. Une approche structurale de l'oeuvre de Cervantès*, Presses Universitaires de Lyon, 1980). Por su parte, Rosa Rossi buscó la clave del yo profundo del autor del *Quijote* en una doble diferencia, social y sexual, que se expresaría en su modo de escribir (R. Rossi, *Escuchar a Cervantes. Un ensayo biográfico*, Valladolid, Ámbito, 1988, reelaborado en *Sulle trace di Cervantes. Profilo inedito dell'autore del Chisciotte*, Roma, Editori Riuniti, 1997). Actualmente, ha observado con razón Anthony Close, el esfuerzo por definir y contextualizar la disidencia ideológica de Cervantes y los elementos de su pensamiento está en pleno auge en Estados Unidos. Entre los exponentes figuran Carroll Johnson, George Madrigal, James Iffland, N. Spadaccini, así como Jenaro Talens en España (véase al respecto A. Close, «Cervantes: Pensamiento, personalidad y cultura», en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, I, pp. LXXIII-XCIV.)

En cuanto a los presuntos retratos del escritor, no hay ninguno digno de fe. El que se atribuye a Jáuregui se inspira de forma manifiesta en el

autorretrato incluido en el prólogo de las *Novelas ejemplares*. Fue hecho probablemente a principios del siglo XX por un falsificador llamado José Albiol. El retrato encontrado en las colecciones del marqués de Casa Torres es un cuadro de época: no representa a Cervantes, sino a don Diego Mesía de Ovando, conde de Uceda. V. E. Lafuente Ferrari, *La novela ejemplar de los retratos de Cervantes*, Madrid, Dossat, 1948.

Una edición de las obras completas de Cervantes —al menos de las que nos han llegado— fue establecida por R. Schevill y A. Bonilla y San Martín (Madrid, Gráficas Reunidas, 1914-1931, 19 vols.). Otra edición, en un solo tomo, ha sido publicada por Florencio Sevilla (Madrid, Castalia, 1999). «Clásicos Castellanos» ha reeditado *La Galatea* (J. B. Avalle-Arce, Madrid, 1961, 2 vols.), al igual que ha hecho Cátedra (F. López Estrada y María Teresa López García-Berdoy, Madrid, 1995). Por su parte, «Clásicos Castalia» ha publicado *Don Quijote de la Mancha* (L. A. Murillo, Madrid, 1978, 3 vols.); las *Novelas ejemplares* (J. B. Avalle-Arce, Madrid, 1983, 3 vols.), también editadas por Cátedra (H. Sieber, Madrid, 1981, 2 vols.); los *Entremeses* (E. Asensio, Madrid, 1970); las *Poesías completa*s, incluido el *Viaje del Parnaso* (V. Gaos, Madrid, 1974-1981, 2 vols.); y el *Persiles* (J. B. Avalle-Arce, Madrid, 1969), también editado por Cátedra (C. Romero Muñoz, ed. revisada, Madrid, 2002). A Francisco Rico y sus colaboradores debemos la primera edición crítica, en el pleno sentido del término, del *Quijote*. Publicada por primera vez en 1998 (Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 2 vols.), y luego en 2001 y 2004, acaba de ser reeditada en la «Biblioteca Clásica» de la Real Academia Española (Madrid, 2015). En la Editorial Crítica, las *Novelas ejemplares* han sido editadas por J. García López, con estudio preliminar de J. Blasco (Barcelona, 2001) y, en la «Biblioteca Clásica» de la Real Academia Española, *La Galatea* por J. Montero Delgado, Francisco Javier Escobar y Flavia Gherardi (Madrid, 2010) y los *Entremeses* por Alfredo Baras Escolá, (Madrid 2012), anteriormente editor de la *Tragedia de Numancia* (Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008). Están en preparación el *Viaje del Parnaso* y las *Poesías* (por José Montero Reguera y Fernando Romo), así como las *Comedias* en

su totalidad (por Luis Gómez Canseco y colaboradores). *La conquista de Jerusalén por Godofre de Bullón*, descubierta por Stefano Arata en los fondos de la Biblioteca de Palacio y editada por él (*Anejos de Criticón*, 54 (1992), pp. 9-112), ha sido publicada también por Héctor Brioso Santos (Madrid, Cátedra, 2009), el cual está preparando una edición del conjunto de las obras atribuidas. Finalmente, por lo que se refiere al *Quijote* apócrifo, merecen destacarse la edición de Milagros Cáceres Rodríguez y Felipe Bartolomé Pedraza Jiménez (Ciudad Real, Diputación Provincial, 2014), así como la de de Luis Gómez Canseco (Madrid, Anejos de la BCRAE, 2014).

Notas

[1] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Pamplona, Eunsa, 1999, p. 37.

[2] Se recomienda al respecto el ponderado prólogo del libro de Emilio Maganto Pavón, *La familia Villafranca y Miguel de Cervantes. Nuevos documentos cervantinos localizados en el Archivo General de Indias*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2014, así como del mismo autor, *La partida de bautismo de Miguel de Cervantes y sus detractores*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2015.

[3] Al decir del Pontífice Paulo IV —por otra parte enemigo acérrimo de los Habsburgos— los españoles eran «semilla de judíos y de moros, la hez del mundo» (testimonio del embajador veneciano Navagero, citado por F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditeranéen à l'époque de Philippe II*, París, A. Colin, 1966, t. II, p. 255).

[4] K. Sliwa, *Documentos cervantinos. Nueva recopilación*; *lista e índices*, Nueva York, Peter Lang, 2000, p. 18b.

[5] Véase el apéndice «Nota sobre el sistema monetario español en el Siglo de Oro».

[6] Enrique Cock, *Jornada de Tarascona hecha por Felipe II en 1592*, en José García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, Aguilar, 1959, vol. I, p. 249.

[7] K. Sliwa, *Documentos cervantinos*, p. 79b.

[8] Como demuestra José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, en *La Epístola a Mateo Vázquez: historia de una polémica literaria en torno a Cervantes*, Alcalá de Henares, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2010, pp. 187 y ss.

[9] Tamayo de Vargas, en su catálogo de libros españoles, titulado *Junta de libros, la mayor que ha visto España, hasta el otoño de 1624*. No obstante estaba en circulación antes de esta fecha, puesto que el propio Cervantes alude a él en su *Viaje del Parnaso*, cap. VI, v. 174.

[10] A. Close, «Cervantes: pensamiento, personalidad, cultura», en *Don Quijote de la Mancha*, ed. del Instituto Cervantes dirigida por F. Rico, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Centro para la Edición de Clásicos Españoles, 2004, t. I, p. LXXX.

[11] Véase José Martínez Millán, «En busca de la ortodoxia: el inquisidor general Diego de Espinosa», en *La corte de Felipe II*, J. Martínez Millán, dir., Madrid, Alianza, 1994, pp. 189-228.

[12] *Historia y relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y sumptuosas exequias de la serenísima reina de España doña Isabel de Valois*, Madrid, Pierres Cosin, 1569.

[13] El estudio más completo es el que ha publicado recientemente Alfredo Alvar Ezquerra, *Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo xvi*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.

[14] Así se titula el capítulo dedicado a Cervantes por el ilustre hispanista, en su obra magna, *Erasmo y España*.

[15] Cervantes dedicará más tarde a san Francisco un soneto que figura entre sus poesías sueltas.

[16] Véase M. Á. Teijeiro Fuentes, «Cervantes y los mecenas: denle una segunda oportunidad y escribirá *El Quijote*», *Anales Cervantinos*, 45 (2013), pp. 10-13.

[17] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes...*, pp. 38-39.

[18] El uno, hijo de Miguel López de Cervantes y Lucía Alonso, el otro, de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina López, nacidos ambos en la misma década y en pueblos cercanos (K. Sliwa, «Semblanza documental de Miguel de Cervantes», en F. Sevilla Arroyo (ed.), *Retrato de Miguel de Cervantes Saavedra*, Guanajuato, Museo Iconográfico del Quijote, 2011, p. 107). Una ponderada puntualización en José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, *La «Epístola a Mateo Vázquez*»..., p. 201.

[1] En opinión de José Luis Gonzalo Sánchez-Molero (*op. cit.*, p. 202), más verosímil resulta la protección del cardenal Espinosa que la de otro cardenal, Gaspar de Cervantes y Gaete, quien sería lejano pariente de Miguel.

[2] Sobre la figura de Ascanio Colonna y el grupo literario que se formó en torno a este joven noble italiano, es de utilísima lectura el libro recién publicado de Patricia Marín Cepeda, *Cervantes y la corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)*, Madrid, Ediciones Polifemo, 2015.

[3] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes...*, pp. 50-51.

[4] Íntimo amigo, al decir de K. Sliwa, en el artículo citado *supra*, n. 14.

[5] También se ha examinado la posibilidad de que Cervantes volviera por aquellas fechas a Barcelona, en el momento en que la compañía de Diego de Urbina se encontraba en esta ciudad a punto de embarcarse para Italia. Véase Carme Riera, «Cervantes, *El Quijote* y Barcelona (Hipótesis de una estancia barcelonesa de Cervantes en 1571)», *Anales Cervantinos*, 37 (2005), pp. 33-43.

[6] Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 51.

[7] Citado por L. Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Instituto Editorial Reus, tomo II, 1949, p. 334.

[8] F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranén...*, t. II, pp. 396-398.

[9] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes...*, p. 44.

[10] Hipótesis emitida por E. Asensio en su *Itinerario del entremés*, Madrid, Gredos, 1969, p. 106.

[11] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes...*, p. 57.

[12] Juan Bautista Avalle-Arce, «La captura de Cervantes», *Boletín de la Real Academia Española*, 48 (1968), pp. 237-280; reed. en *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 277-333.

[13] La atribución al Dr. Antonio de Sosa, compañero de cautiverio del escritor, ha sido rebatida con argumentos de peso por Patricia Marín Cepeda en «Cuatro personajes en busca de autor para la *Topographía e historia general de Argel*: Diego de Haedo (arzobispo de Sicilia), Diego de Haedo (abad de Frómista), Sosa y Cervantes», J. Blasco, P. Marín Cepeda y Cristina Ruiz Urbón (eds.), *«Hos versiculos feci»: Estudios de atribución y plagio*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert, 2010, pp. 103-140.

[14] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 76.

[15] K. Sliwa, *op. cit.*, p. 78.

[16] Citado por L. Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica*..., t. II, p. 531. Esta frase procede de un memorial redactado probablemente por el Dr. Sosa.

[17] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 70.

[18] Diego de Haedo, *Topographía e historia general de Argel*, ed. de Ignacio Bauer y Landauer, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1927-1929, 3 vol., t. I, pp. 374-375.

[19] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 80

[20] K. Sliwa, *loc. cit.*

[21] K. Sliwa, *op. cit.*, p. 75

[22] L. Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica*, t. II, pp. 584-587. N. Ohanna, *Cautiverio y convivencia en la edad de Cervantes*, Alcalá de Henares, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2011, pp. 100-117.

[23] Citado por J. Oliver Asín, en «La hija de Agi Morato en la obra de Cervantes», *Boletín de la Real Academia Española*, 27 (1947-1948), pp. 285-286.

[24] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes...*, p. 57.

[25] Diego de Haedo, *Topographía e historia general de Argel*, t. III, p. 165.

[26] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 109.

[27] José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, *La Epístola a Mateo Vázquez: historia de una polémica literaria en torno a Cervantes*, Alcalá de Henares, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2010.

[28] K. Sliwa, *op. cit.*, p. 77.

[29] «Un arraez muy grande amigo del rrei, que se dice morato atarraez maltrapillo, renegado español» (K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes...*, pp. 75 y 81).

[30] K. Sliwa, *op. cit.*, p. 64.

[31] K. Sliwa, *op. cit.*, p. 68.

[32] K. Sliwa, *op. cit*., p. 77.

[33] K. Sliwa, *op. cit.,* p. 106.

[1] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 124.

[2] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., *loc. cit*.

[3] Para un nuevo examen de esta debatida cuestión, conviene acudir a las páginas que le dedica Patricia Marín Cepeda en su ya citado libro, *Cervantes y la corte de Felipe II. Escritores en el entorno de Ascanio Colonna (1560-1608)*.

[4] Fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*, en Juan Bautista Avalle-Arce, *La novela pastoril española*, Madrid, Istmo, 1974, p. 23.

[5] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 127.

[6] Se conserva el concierto que Cervantes firmó el 5 de marzo de 1585 con este autor de comedias, en el cual se comprometía a entregarle en un plazo de quince días, por el precio de cuarenta ducados, *La Confusa y El trato de Constantinopla y muerte de Celín* (Véase K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes...*, pp. 130-131).

[7] Véase Debora Vaccari, *I «papeles de actor» della Biblioteca Nacional de Madrid. Catalogo e studio*, Florencia, Alinea, 2006.

[8] E. Maganto Pavón, *Isabel de Saavedra, los enigmas en la vida de la hija de Cervantes*, Madrid, Editorial Complutense, 2013; *La familia Villafranca y Miguel de Cervantes*, *Nuevos documentos cervantinos localizados en el Archivo General de Indias*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2014.

[9] M. Herrero García, «Casos cervantinos que tocan a Madrid», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo de Madrid*, 20 (1951), pp. 3-55.

[10] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes...*, pp. 127-128.

[11] K. Sliwa, *op. cit.*, p. 87.

[12] «Item digo y declaro que yo no debo cosa alguna a ninguna persona», en K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 132.

[13] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 135.

[14] L. Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica*..., Madrid, Reus, t. III, 1951, pp. 589-594.

[15] D. Eisenberg, «El convenio de separación de Cervantes y su mujer Catalina», *Anales Cervantinos*, 35 (1999), pp. 143-149.

[1] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 195.

[2] K. Sliwa, *op. cit*. p. 202.

[3] Fundamental al respecto es el libro de Geoffrey Parker y Colin Martin, *La Gran Armada*, Barcelona, Planeta, 2011.

[4] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., pp. 225-226.

[5] Luce López Baralt, «El tal de Shaibedraa (*Don Quijote* I, 40)», *eHumanista/Cervantes* 2 (2013), pp. 404-426.

[6] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 226.

[7] L. Astrana Marín, *Vida heroica y ejemplar*..., t. IV, 1952, pp. 461-466.

[8] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., pp. 255-256.

[9] K. Sliwa, *op. cit.*, p. 262.

[10] Cristóbal de Chaves, *Relación de la cárcel de Sevilla* [¿1583-1597?], Madrid, El Árbol, 1983.

[11] Interpretación puesta en tela de juicio por José Luis Fernández de la Torre, quien considera que esta quintilla «no supone ninguna clase de crítica», sino que «formula la proverbial humildad de aquel que no atesora en la tierra sino en el cielo como recomienda el Evangelio de San Mateo, 6, 19» (Véanse las pp. 29-32 de su artículo «Cervantes poeta de festejos y certámenes», *Anales Cervantinos*, 22 (1984), pp. 9-41).

[1] L. Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica*..., tomo V, 1953, pp. 415-416.

[2] K. Sliwa, *Documentos cervantinos*..., p. 203b.

[3] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 310.

[4] F. Rico, *El texto del «Quijote». Preliminares a una ecdótica del Siglo de Oro*, Barcelona, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles/Universidad de Valladolid/Ediciones Destino, 2005.

[5] Sobre este episodio, véase el apartado *Un Bocaccio español* del Capítulo 6. Acerca de las relaciones entre el duque y Cervantes, véase A. Rojo Vega, *Documentos sobre el primer duque de Béjar*, Valladolid, Universidad, 2008, así como M. Á. Teijeiro Fuentes, «Cervantes y los mecenas...», pp. 26-28.

[6] M. Robert, *L'Ancien et le Nouveau. De Don Quichotte à Franz Kafka*, París, Grasset, 1963, p. 11.

[7] M. Foucault, *Les Mots et les choses*, París, Gallimard, 1966, p. 62.

[8] P. González de Cellorigo, *Memorial de la Política necesaria y útil restauración de la república de España*, Valladolid, 1600. fol. 29r.

[9] P. Vilar, «El tiempo del *Quijote*», en G. Haley (ed.), *El «Quijote» de Cervantes*, Madrid, Taurus, 1980, pp. 17-29.

[10] F. Rodríguez Marín, «Don Quijote en América», *Estudios cervantinos*, Madrid, Atlas, 1947, p. 110.

[11] Citado por L. Astrana Marín, *Vida heroica y ejemplar*..., Madrid, 1956, t. VI, vol. 1.º, p. 54.

[12] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 327.

[13] K. Sliwa, *op. cit*., p. 333.

[14] F. Rodríguez Marín, «Don Quijote en América», *Estudios cervantinos*, Madrid, Atlas, 1947, p. 110.

[1] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*.., p. 335.

[2] K. Sliwa, *op. cit.*, p. 342.

[3] K. Sliwa, *Documentos cervantinos*..., p. 225b.

[4] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 374.

[5] Cardenal de Richelieu, *Mémoires publiés d'après les manuscrits originaux*..., París, H. Laurens, t. I, 1907, p. 124.

[6] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 342.

[7] K. Sliwa, *op. cit*., p. p. 344.

[8] Archivo de la Colegiata de la Villa de Olivares, legajo n.º 29.

[9] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 346

[10] K. Sliwa, *loc. cit.*

[11] K. Sliwa, *op. cit*., p. 345.

[12] Como reza el sobreescrito de la carta de Apolo Délfico que le remite Pancracio de Roncesvalles, en la *Adjunta al Parnaso*.

[13] M. de Riquer, *Cervantes en Barcelona*, Barcelona, Sirmio, 1989; reed. en *Para leer a Cervantes*, Barcelona, El Acantilado, 2003, pp. 283-387. Hipótesis discutida por Carme Riera en su citado artículo, «Cervantes, *El Quijote* y Barcelona (Hipótesis de una estancia barcelonesa de Cervantes en 1571)», *Anales Cervantinos*, 37 (2005), pp. 33-43.

[14] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 353-354.

[15] Citado por A. Castro y H. A. Rennert, *Vida de Lope de Vega (1562-1635)*, Salamanca, Anaya, 1968, p. 198.

[16] Roger Chartier, *Cardenio entre Cervantes et Shakespeare. Histoire d'une pièce perdue*, París, Gallimard, coll. «NRF essais», 2011.

[17] E.T. Aylward, *Cervantes: Pioneer and Plagiarist*, Londres, Tamesis, 1982.

[18] G. Stagg, «The Refracted Image: Porras and Cervantes», *Cervantes*, 4 (1984), pp. 139-153.

[19] F. Rico, «Sobre la cronología de las novelas de Cervantes», en Christophe Couderc y Benoît Pellistrandi (eds.), *Por discreto y por amigo. Mélanges offerts à Jean Canavaggio*, Madrid, Casa de Velázquez, 2005, pp. 159-165.

[20] Sin embargo, Virginia Isla aduce nuevos argumentos a favor de su autenticidad, en Javier Blasco, Patricia Marín Cepeda y Cristina Ruiz Urbión (eds.), *Hos egos versículos feci. Estudios de atribución y plagio*, Madrid y Frankfurt am Main, Iberoamericana-Verwuert, 2010, pp. 75-101.

[21] E. Lafuente Ferrari, *La novela ejemplar de los retratos de Cervantes*, Madrid, 1948.

[1] Martín de Riquer, *Cervantes, Pasamonte y Avellaneda*, Barcelona, Sirmio, 1988, reed. en *Para leer a Cervantes*, Barcelona, El Acantilado, 2003, pp. 387-535.

[2] E. C. Riley, «¿Quién era Pasamonte?», *Actas del III Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, 1998, pp. 85-96.

[3] Para un estado de la cuestión, imprescindible es el estudio preliminar de Luis Gómez Canseco a su excelente edición de Alonso Fernández de Avellaneda, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Real Academia Española, 2014.

[4] Como señala G. Correas, en su *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, edición de L. Combet, revisada por R. Jammes y M. Mir-Andreu, Madrid, Castalia, 2000, p. 884.

[5] Marthe Robert, «Toujours Don Quichotte», *Sur le papier*, París, Grasset, 1967, p. 11.

[6] Thomas Mann, *Travesía marítima con Don Quijote*, Madrid, Júcar, 1974.

[7] J. L. Borges, «Magias parciales del *Quijote*», en *Otras inquisiciones*, *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, t. III, 2005, p. 50.

[8] Véase M. Bardon, *«Don Quijote» en Francia en los siglos xvii y xviii*, estudio introductorio de F. Etienvre, Universidad de Alicante, 2010, pp. 165-317 y 336-349.

[9] L. Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica*..., t. VII, Madrid, 1958, pp. 242-255. No sabemos en qué fecha exacta se mudó a esta casa, pero en ella profesará en la Orden Tercera el 2 de abril de 1616, pocos días antes de morir (K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 369).

[10] D. Eisenberg, *«Las semanas del jardín» de Miguel de Cervantes*, Salamanca, Diputacón Provincial, 1988.

[11] Javier Blasco, Patricia Marín Cepeda y Cristina Ruiz Urbión (eds.), *Hos ego versiculos feci*., pp. 19-74; P. Cuenca y J. A. Gómez, «La atribución cervantina de un diálogo anónimo renacentista», *eHumanista/Cervantes*, 1 (2012), pp. 81-102.

[12] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 369.

[13] K. Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes*..., p. 369.

[14] Si hemos de dar fe a una rueda de prensa celebrada el pasado 17 de marzo, las investigaciones realizadas en el convento de las Trinitarias de Madrid han concluido después de casi dos años de dudas: los restos del escritor estarían enterrados junto a otros adultos y niños en un nicho bajo la cripta de la iglesia de San Ildefonso. Los huesos, pertenecientes a seis hombres, cinco mujeres y seis niños, fueron reunidos en un enterramiento situado a 1,35 metros de profundidad en torno a 1730, un siglo después de la muerte del escritor. Tal reducción obedeció al traslado entre 1673 y 1698 de la iglesia primitiva a otra de nueva construcción, ambas dentro del perímetro conventual. Los restos de Cervantes se encontrarían fragmentados y mezclados con los de otros 16 difuntos, incluida su esposa, en una sepultura situada en el extremo del suelo de la cripta del convento. Los vestigios óseos más atribuibles son los de cuatro adultos. Ésa es la conclusión a la que ha llegado Francisco Etxeberria, forense y director del equipo de 36 expertos. Reconoce, sin embargo, que todavía no se puede cotejar este hallazgo con una prueba de ADN. No obstante, no se descarta una tercera fase que llevaría a realizar una serie de «análisis de carácter bioquímico» para poder determinar este extremo. Se va intentar extraer ADN de esas muestras, aunque el cotejo es prácticamente imposible porque los restos de Luisa, la hermana de Cervantes, están en un osario en Alcalá de Henares.

Cervantes
Jean Canavaggio

Título original: *Cervantès*

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico de Cervantes (epub): septiembre de 2015

ISBN: 978-84-670-4569-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com